Una biblioteca. Infinitas vidas



MATT HAIG



LA BIBLIOTECA DE LA MEDIANOCHE





«Entre la vida y la muerte hay una biblioteca. Y los estantes de esa biblioteca son infinitos. Cada libro da la oportunidad de probar otra vida que podrías haber vivido y de comprobar cómo habrían cambiado las cosas si hubieras tomado otras decisiones… ¿Habrías hecho algo de manera diferente si hubieras tenido la oportunidad?».

Nora Seed aparece, sin saber cómo, en la Biblioteca de la Medianoche, donde se le ofrece una nueva oportunidad para hacer las cosas bien. Hasta ese momento, su vida ha estado marcada por la infelicidad y el arrepentimiento. Nora siente que ha defraudado a todos, y también a ella misma. Pero esto está a punto de cambiar. Los libros de la Biblioteca de la Medianoche permitirán a Nora vivir como si hubiera hecho las cosas de otra manera. Con la ayuda de una vieja amiga, tendrá la opción de esquivar todo aquello que se arrepiente de haber hecho (o no haber hecho), en pos de la vida perfecta. Pero las cosas no siempre serán como imaginó que serían, y pronto sus decisiones enfrentarán a la Biblioteca y a ella misma en un peligro extremo. Nora deberá responder una última pregunta antes de que el tiempo se agote: ¿cuál es la mejor manera de vivir?

Matt Haig

La Biblioteca de la Medianoche

ePub r1.1
Titivillus 27.09.2021

Título original: *The Midnight Library*
Matt Haig, 2020
Traducción: Miguel Marqués Muñoz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A todos los trabajadores y trabajadoras de la salud.
Y a todas las personas que trabajan cuidando a otras personas.
Gracias.

Nunca podré ser todas las personas que quiero ser ni vivir todas las vidas que quiero vivir. Jamás podré aprender a hacer todas las cosas que quiero aprender a hacer. Y ¿por qué quiero?
Quiero vivir y sentir todas las tonalidades, matices y variaciones de la experiencia mental y física que sea posible.

—SYLVIA PLATH

«Entre la vida y la muerte hay una biblioteca» —dijo—. Y los estantes de esa biblioteca son infinitos. Cada libro da la oportunidad de probar otra vida que podrías haber vivido y de comprobar cómo habrían cambiado las cosas si hubieras tomado otras decisiones… ¿Habrías hecho algo de manera diferente si hubieras podido?

Una conversación sobre la lluvia

Diecinueve años antes de que decidiera morir, Nora Seed se encontraba en la cálida y pequeña biblioteca del instituto de enseñanza secundaria Hazeldene, en la ciudad de Bedford. Sentada ante una mesa baja, contemplaba un tablero de ajedrez.

—Nora, querida. Es natural que te preocupes por tu futuro —le dijo la bibliotecaria, la señora Elm, con los ojos brillantes como la escarcha bajo los rayos de sol.

La señora Elm hizo el primer movimiento, haciendo saltar uno de sus caballos por encima de los perfectamente alineados peones blancos.

—Por supuesto, debes dedicarles tiempo a los exámenes. Pero podrás ser lo que quieras ser, Nora. Piensa en todas las posibilidades que existen. Es emocionante.

—Sí, supongo.

—Tienes por delante toda una vida.

—Toda una vida.

—Podrías hacer cualquier cosa. Vivir en cualquier sitio. En algún sitio menos frío y menos húmedo, quizá.

Nora hizo avanzar un peón dos casillas.

Era difícil no comparar a la señora Elm con su madre, que trataba a Nora como un error que debiera ser corregido. Por ejemplo, cuando era bebé, a Nora la oreja izquierda le sobresalía más que la derecha; su madre, preocupada, se la pegaba al cráneo con cinta adhesiva y le encasquetaba encima un gorrito de lana.

—Yo odio el frío y la humedad —añadió la señora Elm, para dar énfasis a su propuesta anterior.

La señora Elm vestía un jersey de cuello vuelto color verde oscuro y tenía el pelo canoso y corto. Su rostro, de forma ovalada, hacía gala de algunas arrugas no demasiado profundas y una expresión amable. Era bastante mayor, pero resultaba ser quien mejor conectaba con Nora en todo el instituto. La señora Elm

siempre pasaba el recreo de la tarde en la pequeña biblioteca, hasta los días de sol.

—El frío y la humedad no siempre van de la mano —explicó Nora—. La Antártida es el continente más seco de la tierra. Técnicamente, es un desierto.

—Vaya, ese sitio encajaría contigo, ¿no te parece?

—Creo que no está lo bastante lejos.

—Bueno, quizá debieras hacerte astronauta y viajar por la galaxia.

Nora sonrió.

—La lluvia es aún peor en otros planetas.

—¿Peor que en el condado de Bedfordshire?

—En Venus es puro ácido.

La señora Elm se sacó un pañuelito de papel de la manga y se sonó la nariz con delicadeza.

—¿Ves? Con un cerebro como el tuyo se puede conseguir cualquier cosa.

Al otro lado de la ventana moteada de lluvia, Nora vio a un niño rubio pasar corriendo. Lo reconoció; estaba dos cursos por debajo de ella. Perseguía a alguien o quizá lo perseguían. Desde que el hermano de Nora se marchara, ella se había sentido un poco desprotegida ahí fuera. La biblioteca era un pequeño refugio de civilización.

—He dejado de ir a nadar y mi padre cree que lo estoy tirando todo por la borda.

—Bueno, no me corresponde a mí decirlo, ni mucho menos, pero hay muchas más cosas en el mundo aparte de nadar muy rápido. Tienes por delante un montón de vidas posibles. Como te dije la semana pasada, podrías ser glacióloga. He estado investigando y la… —Y entonces sonó el teléfono—. Un momento —dijo la bibliotecaria, con voz calma—. Tengo que cogerlo. —Nora se quedó mirando a la señora Elm hablar al auricular—. Sí. Aquí la tengo. —A la bibliotecaria, de repente, se le desencajó la cara. Se volvió para no ver a Nora, pero sus palabras eran perfectamente audibles en la silenciosa estancia—. Oh, no. No. Dios mío. Sí, por supuesto…

DIECINUEVE AÑOS MÁS TARDE

El hombre de la puerta

Veintisiete horas antes de que decidiera morir, Nora Seed se sentó en su astroso sofá para volver a hacer desfilar ante sus ojos, en su teléfono, las vidas felices de los demás, esperando que algo ocurriese. De repente, de la nada, algo ocurrió.

Alguien, por alguna razón ignota, había tocado a su timbre.

Se preguntó por un momento si debía abrir la puerta. Después de todo, ya se había puesto ropa cómoda, aunque fueran solo las nueve. Le daba vergüenza salir con su camiseta talla XXL que decía «SÉ BIOAGRADABLE» y sus pantalones de pijama de cuadros escoceses.

Se puso las zapatillas de andar por casa, para estar mínimamente presentable, y descubrió que en la puerta había un hombre. Un hombre al que reconoció enseguida.

Era alto y desgarbado y tenía un rostro aniñado y amable, aunque su mirada era luminosa y aguda, como si pudiera ver a través de las cosas.

Era bueno ver a ese chico, aunque le había causado cierta sorpresa, especialmente porque iba vestido con ropa de deporte y parecía acalorado y sudoroso pese al tiempo lluvioso y frío. Verse frente por frente con él la hizo sentirse aún más desaliñada que cinco segundos antes.

Se sentía sola, eso no podía negárselo a nadie. Había estudiado mucho a los existencialistas y sabía que la soledad era parte fundamental del ser humano en un universo falto de sentido en lo más fundamental, pero era bueno ver a aquel chico.

—Ash —dijo ella, sonriendo—. Te llamabas Ash, ¿verdad?

—Sí. Ash.

—¿Qué te trae por aquí? Me alegro de verte.

Unas semanas atrás, Nora estaba sentada al teclado eléctrico, tocando, y él había pasado corriendo por la avenida Bancroft, la había visto en la ventana del 33A y le había dedicado un fugaz saludo con la mano. Ash, un día —años antes — incluso la había invitado a tomar un café. Quizá estuviera por volver a invitarla.

—Me alegro de verte yo también —dijo él, pero las tensas arrugas de su frente no decían lo mismo.

Cuando Nora charló con él aquella otra vez, en la tienda de música, le había parecido que hablaba con tono despreocupado, pero ahora un peso le lastraba la voz. El chico se rascó una ceja y emitió otro sonido que no acertó a convertirse en palabra completa.

—¿Estabas corriendo? —Pregunta absurda. Era evidente que sí. Pero al chico pareció aliviarle por un momento poder hablar de algún asunto trivial.

—Sí. Voy a hacer la media maratón de Bedford. Es el domingo que viene.

—Oh, qué bien. Estupendo. Yo me propuse también hacer una media maratón, pero luego recordé que odio correr.

El comentario había sonado más gracioso en su mente que en las palabras que salían de su boca. No odiaba correr. Aun así, le perturbó la seriedad de su expresión. El silencio dejó de ser incómodo para convertirse en otra cosa.

—Me dijiste que tenías un gato —dijo él, por fin.

—Sí, tengo un gato.

—Se llama Voltaire, ¿verdad? ¿Un gato romano?

—Sí. Lo llamo Voltio. Voltaire le parece un poco pretencioso. Resulta que no es superfán de los filósofos franceses del XVIII... Es muy llanote, ¿sabes? Para ser un gato.

Ash se miró las zapatillas.

—Creo que lo han matado.

—¿Cómo dices?

—Lo he visto tumbado en la calzada. Le vi el nombre en el collar. Lo ha debido de atropellar un coche. Lo siento, Nora.

A Nora la asustó tanto aquella bofetada emocional que no supo más que seguir sonriendo, como si la sonrisa fuera un ancla que la sujetase al mundo en el que había vivido hasta entonces, en el que Voltio estaba vivo y ese chico al que Nora había vendido varios libros de partituras de guitarra tocaba a su timbre por otra razón muy distinta.

Recordó que Ash era cirujano. No veterinario, sino de humanos. Si decía que un ser vivo había dejado de estarlo, probablemente así era.

—Lo siento mucho —repitió.

A Nora la embargó un dolor que le era familiar. Solo la sertralina era capaz de detenerle el llanto en esos casos.

—Ay, Dios mío.

Salió resollando a las húmedas losas de cemento resquebrajado de Bancroft Avenue y vio a la pobre criatura peluda color azafrán echada junto al bordillo, sobre el asfalto reluciente por la lluvia. Tenía el rostro contra el pavimento y las piernas flexionadas en mitad de un galope, como persiguiendo algún pájaro imaginario.

—Oh, Voltio. ¡Oh, Dios mío, Voltio, no!

Nora sabía que debería sentir tristeza y desesperación por su felino amigo —y así era—, pero tuvo que acoger en su seno otro sentimiento más. Mientras contemplaba la expresión quieta y apaciguada de Voltaire —la ausencia total de dolor—, notó cómo una emoción ineludible se forjaba en la oscuridad de sus adentros.

La envidia.

Teoría de Cuerdas

Nueve horas y media después de decidir morir, Nora llegaba tarde a su turno de tarde en Teoría de Cuerdas.

—Lo siento —le dijo a su jefe, Neil, que estaba sentado en su despachito, un cuartucho sin ventanas inundado por el desorden—. Se ha muerto mi gato. Anoche. Y he tenido que enterrarlo. Bueno, me ayudó alguien. Pero entonces me quedé sola en mi apartamento y no pude dormir y se me olvidó poner la alarma y me he despertado a las doce y he tenido que darme muchísima prisa.

Todo aquello era cierto. Nora imaginó su aspecto desde fuera y supuso que serviría para apuntalar su relato: la cara sin maquillar, una desaliñada cola de caballo hecha a la carrera y el mismo peto de pana verde de segunda mano que llevaba poniéndose toda la semana para ir a trabajar y que le daba un aire de desesperación cansada.

Neil levantó la mirada de la pantalla del ordenador y se reclinó en la silla. Entrelazó los dedos de las manos, apoyando los índices extendidos uno sobre el otro, formando con ellos una especie de aguja de iglesia que se colocó contra la barbilla, como si fuera un Confucio meditando sobre una verdad universal profundamente filosófica y no el encargado de una tienda de música lidiando con una dependienta que había llegado tarde. En la pared tenía pegado un enorme póster de Fleetwood Mac, cuya esquina superior derecha se había despegado de la pared y colgaba como la oreja de un perrito.

—Mira, Nora. Me caes bien. —Neil era inofensivo. Un aficionado a la guitarra de cincuenta y tantos años al que le encantaba contar chistes malos y tocaba para los clientes de la tienda pasables versiones de antiguos temas de Bob Dylan—. Y sé que tienes movidas de salud mental.

—Todo el mundo tiene movidas de salud mental.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Me siento mucho mejor, en general —mintió—. No es un problema clínico. Mi médico dice que es una depresión reactiva… Y, bueno, parece que

últimamente hay varias cosas a las que… reaccionar. Pero no me he tomado ni un solo día libre. Aparte de ese día en el que mi madre… Sí, aparte de ese día.

Neil suspiró. Cuando suspiraba, hacia un ruido sibilante por la nariz: un lúgubre si bemol.

—Nora, ¿cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Doce años… —llevaba la cuenta perfectamente—, once meses y tres días. Día arriba, día abajo.

—Eso es mucho tiempo. Siempre he creído que estás destinada a hacer cosas mejores. Tienes treinta y muchos.

—Tengo treinta y cinco.

—Te están pasando muchas cosas. Enseñas a gente a tocar el piano…

—Tengo un alumno.

Neil se sacudió una miga del jersey.

—¿Te imaginas pasarte la vida encerrada en la ciudad en que naciste, trabajando en una tienda de instrumentos de música? A ver, ¿qué querías ser de mayor cuando tenías catorce años?

—¿Con catorce años…? No lo sé. ¿Nadadora, quizá?

Había sido la niña de catorce años más rápida de todo el país nadando a mariposa, y la segunda más rápida en estilo libre. Se recordó en pie en el podio, en un campeonato nacional de natación.

—¿Y qué pasó?

Recurrió a la explicación corta.

—Era mucha presión.

—Pero la presión es la que nos hace lo que somos. Empiezas siendo carbón y terminas convertido en diamante.

Nora decidió no matizar los conocimientos de Neil sobre mineralogía. No le dijo que, si bien el carbón y el diamante son ambos carbono, el carbón es demasiado impuro como para convertirse jamás en diamante, por mucha presión que se le aplique. La ciencia dice que uno empieza siendo carbón y termina siendo carbón. Quizá esa sea la lección vital que había que aprender.

Se atusó un mechón suelto de su pelo negro como el carbón y trató de sujetarlo con el coletero.

—¿A qué te refieres, Neil?

—Nunca es demasiado tarde para perseguir un sueño.

—Para perseguir ese sueño en concreto, el de nadar, desde luego que lo es.

—Nora, eres una persona muy cualificada. Tienes un grado en Filosofía…

Nora se miró la verruga que tenía en el dorso de la mano. Aquella verruga había pasado por todo lo que había pasado ella. Y ahí seguía, indiferente a todo. Dedicándose a lo suyo. A ser verruga.

—No es que en Bedford haya una demanda masiva de filósofos, a decir verdad, Neil.

—Fuiste a la universidad, viviste un año en Londres y volviste.

—No se me presentaron muchas opciones.

Nora no quería hablar sobre su madre muerta. Ni tampoco sobre su ex, Dan. Para Neil, que Nora cancelara su boda dos días antes de la fecha le parecía la historia de amor más fascinante desde Kurt y Courtney.

—Todos tenemos siempre opciones, Nora. Hay una cosa que se llama libre albedrío.

—Bueno… Si te adhieres a una visión determinista del universo, no.

—Pero ¿por qué quisiste trabajar aquí?

—Era o aquí o en el refugio de animales. Aquí pagabais mejor. Y, bueno, ya sabes, la música…

—Estabas en un grupo. Con tu hermano.

—Sí. Los Laberintos. Pero no teníamos futuro.

—Tu hermano no opina lo mismo.

A Nora esta observación la cogió por sorpresa.

—¿Joe? ¿Cómo lo sabes?

—Estuvo aquí y compró un ampli. Un Marshall DSL40.

—¿Cuándo?

—El viernes.

—¿Ha estado en Bedford?

—A menos que fuera un holograma, como el de Tupac en aquel festival.

Probablemente habría ido a visitar a Ravi, pensó Nora. Ravi era el mejor amigo de su hermano. Joe había tirado la toalla con la guitarra y se había mudado a Londres, donde tenía un empleo de mierda en una empresa tecnológica que odiaba. Ravi, sin embargo, se había quedado en Bedford. Ahora tocaba en un grupo de versiones llamado Los Cuatro del Matadero, que daba conciertos por los *pubs* de la zona.

—¡Vaya! Qué curioso.

Nora estaba bastante segura de que su hermano sabía que el viernes era su día libre. Caer en la cuenta de eso le provocó un agujazo en el estómago.

—Yo soy feliz aquí —continuó Nora, retomando el asunto.

—No, no lo eres. Pero… lo que tú digas.

Neil tenía razón. Nora tenía una herida muy dentro del alma y la herida supuraba. Su propia mente había tirado la toalla. Ensanchó la sonrisa.

—Lo que quiero decir es que estoy contenta en este trabajo. Contenta, satisfecha. Neil, necesito trabajar.

—Eres una buena persona. Te preocupas por las cosas que pasan en el mundo. Los sintecho, el medioambiente.

—Necesito trabajar.

Neil volvió a su pose de Confucio.

—Lo que necesitas es libertad.

—No quiero libertad.

—Esto no es una oenegé, Nora. Aunque he de decir que, si continuamos por este camino, pronto lo será.

—Escucha, Neil, ¿a qué se debe todo esto? ¿Es por lo que te dije la semana pasada? ¿Lo de que tienes que modernizar algunas cosas? Mira, se me han ocurrido algunas ideas para hacer que la gente más jov…

—No —atajó Neil, a la defensiva—. Esta tienda solo vendía guitarras. Teoría de Cuerdas, lo pillas, ¿no? Me diversifiqué. Hice que la cosa funcionara. Lo único que ocurre es que las cosas ahora vienen mal dadas y no puedo estar pagándote para que me espantes a los clientes poniéndoles cara de domingo nublado.

—¿Qué?

—Nora, me temo… —hizo una pausa de unos segundos, los mismos que lleva levantar un hacha en el aire—. Me temo que voy a tener que despedirte.

Vivir es sufrir

Nueve horas antes de que decidiera morir, Nora se dio un paseo sin rumbo por Bedford. La ciudad era una cinta transportadora de desesperanza. El centro deportivo, esa mole gris a la que su padre acudía antiguamente a verla hacer largos; el restaurante mexicano al que llevaba a Dan a cenar fajitas; el hospital donde trataron a su madre.

Dan le había escrito un mensaje el día anterior.

«Nora, echo de menos tu voz. ¿Podemos hablar? Dan Bs».

Ella le contestó que se sentía «histérica hasta el ridículo (XD)». Le habría resultado imposible enviarle cualquier otro mensaje; no porque no sintiera ya nada por él, sino por todo lo contrario. No podía arriesgarse a hacerle daño de nuevo. Le había arruinado la vida. «Mi día a día es un caos», le había escrito borracho en un mensaje, poco después del día de aquella boda que nunca llegó a celebrarse.

El universo tendía hacia el caos y hacia la entropía. Era termodinámica básica. Quizá fuese existencia básica, también.

Pierdes tu empleo y entonces empiezan a pasar otras cosas igual de jodidas.

El viento ululaba entre las ramas de los árboles.

Empezó a llover.

Se dirigió a refugiarse bajo la marquesina de una tienda de periódicos y revistas, con la profunda convicción —como se demostraría, nada desencaminada— de que las cosas no iban a dejar de empeorar.

Puertas

Ocho horas antes de que decidiera morir, Nora entró en la tienda de periódicos.

—¿Llueve mucho? —preguntó la mujer que atendía tras el mostrador.

—Sí —respondió Nora, sin levantar la cabeza. Su desesperación crecía como un peso que no fuera capaz de acarrear.

Vio en el expositor un número de *National Geographic*.

Observó la portada de la revista, en la que aparecía la imagen de un agujero negro, y llegó a la conclusión de que eso era lo que ella era: un agujero negro. Una estrella moribunda, colapsando dentro de sí misma.

Su padre había estado siempre suscrito a *National Geographic*. Nora recordó un artículo sobre las Svalbard, el archipiélago noruego situado en el océano Ártico. Jamás un lugar le había parecido tan lejano. Había leído sobre los frailecillos y sobre las investigaciones de los científicos en los glaciares y fiordos helados. Entonces, alentada por la señora Elm, decidió que quería ser glacióloga.

Nora vio la silueta desmañada y encorvada del amigo de su hermano —y antiguo compañero del grupo musical en el que ella también tocaba— junto al expositor de revistas de música. Ravi estaba enfrascado en un artículo. Nora debió de permanecer ahí, parada junto a él, durante una milésima de más, porque cuando dio un paso al lado para alejarse, oyó cómo la llamaba: «¿Nora?».

—Ay, Ravi, hola. Me han dicho que estuvo Joe en Bedford el otro día.

—Sí —respondió él, con un breve asentimiento.

—Eh… ¿Lo viste?

—Sí, sí que lo vi.

A continuación, se hizo un silencio que Nora sintió como un dolor.

—No me dijo que iba a venir.

—Pasó un momento, fue improvisado.

—¿Está bien?

Ravi volvió a guardar silencio. A Nora, tiempo atrás, le cayó bien Ravi. Había sido un amigo leal de su hermano. Pero, como ocurría con Joe, se levantaba entre ellos una especie de barrera. No se habían separado de la mejor manera. (Cuando Nora le dijo que tenía que dejar el grupo, él lanzó con fuerza las baquetas contra el suelo y salió dando zancadas del local de ensayo).

—Creo que está deprimido. —A Nora le pesó en la mente la idea de que su hermano pudiera sentir lo mismo que ella—. No es él mismo —continuó Ravi, con voz enojada—. Va a tener que dejar esa caja de zapatos en la que vive en Shepherd's Bush. Y olvidarse de tocar la guitarra principal en un grupo de *rock* de éxito. Por cierto, yo también estoy arruinado. Hoy por hoy, los conciertos en *pubs* no rentan nada. Hasta cuando aceptas limpiar los baños después de tocar. ¿Has limpiado los baños de un *pub* alguna vez, Nora?

—Yo también estoy pasando una época de mierda. Parecen las olimpiadas de la desgracia…

Ravi hizo algo a medio camino entre toser y reírse. Sus rasgos se endurecieron momentáneamente.

—Perdona, me has emocionado. ¿Quieres que toque algo triste de fondo?

Nora no estaba de humor.

—¿A qué viene la broma? ¿Es por lo de Los Laberintos? ¿Todavía?

—Para mí significaba mucho. Y para tu hermano, también. Para todos. ¡Teníamos un contrato con la Universal al alcance de la mano! Un disco, sencillos, una gira, promoción. Podríamos habernos convertido en Coldplay.

—Tú odias Coldplay.

—Eso es lo de menos. Podríamos estar ahora mismo en Malibú. Pero no, estamos en Bedford. No, la verdad es que a tu hermano no le apetece verte todavía.

—Yo estaba teniendo ataques de pánico, Ravi. Habría terminado decepcionando a todo el mundo, de todos modos. Le dije a la discográfica que firmara con vosotros. Yo estuve de acuerdo en escribir las canciones. No es mi culpa que fuera a casarme. Estaba con Dan. Era o una cosa u otra.

—Sí, claro. ¿Y cómo te fue con él?

—Ravi, eso no es justo.

—Justo. Qué gran palabra.

La mujer del mostrador nos miraba embobada.

—Los grupos musicales no duran. Habríamos sido lluvia de estrellas. Antes incluso de empezar.

—Las lluvias de estrellas son preciosas.

—Venga ya. Tú sigues tocando con Dinah, ¿no?

—Sí, y podría seguir con Dinah, pero también continuar tocando en un grupo musical de éxito y ganar dinero. Tuvimos la oportunidad ahí mismo —insistió, señalándose la palma de la mano—. Nuestras canciones eran fuego.

Nora se sintió mal consigo misma por corregir para sus adentros ese «nuestras» por un «mis».

—No creo que tu problema fuera el pánico escénico. O el miedo a casarte. Creo que tu problema era el miedo a la vida.

Aquello le dolió. Esas palabras le habían sacado todo el aire de los pulmones.

—Y yo creo que el tuyo —replicó ella, con voz temblorosa— es culpar a los demás por tu vida de mierda.

Ravi asintió con la cabeza, como si hubiese recibido una bofetada.

—Nos vemos, Nora.

—Saluda a Joe de mi parte —pidió ella mientras él salía de la tienda a la lluvia de la calle—. Por favor.

Vio por el rabillo del ojo la portada de la revista *Tu Gato*: un gato romano. Le pesaba la mente, como una sinfonía romántica, como si el fantasma de un compositor alemán viviera atrapado en ella, invocando el caos y la intensidad.

La mujer de detrás del mostrador dijo algo, pero Nora no la entendió.

—¿Perdón?

—¿Eres Nora Seed?

La mujer —melenita rubia y rayos UVA— se comportaba con un desenfado, una relajación y una felicidad que Nora hacía tiempo que era incapaz de interpretar ante nadie. Estaba echada sobre el mostrador, apoyada con los antebrazos, observando a Nora como quien observa un lémur en el zoo.

—Sí.

—Soy Kerry-Anne. Te recuerdo del colegio. La nadadora. Un cerebrito, también. ¿Cómo se llamaba…? El señor Blandford, ¿no fue él quien organizó una reunión de profes y alumnos como homenaje para ti, una vez? Decía que llegarías a los Juegos Olímpicos.

Nora asintió con la cabeza.

—¿Y? ¿Fuiste?

—Bueno, eh… Es que lo dejé. Me interesaba más la música… en esa época. Y luego, bueno, las cosas de la vida.

—Y ¿a qué te dedicas ahora?

—Pues… estoy entre varias cosas ahora.

—¿Tienes familia? ¿Marido, hijos…?

Nora negó con la cabeza, deseando que la cabeza se le desenroscara del cuerpo y cayera al suelo. Su cabeza. Al suelo. Para no tener que mantener nunca más una conversación con una extraña.

—Pues no te entretengas, que se te va a pasar el arroz.

—Tengo treinta y cinco. —Deseó que Izzy estuviera allí. Izzy jamás toleraba ese tipo de comentarios de mierda—. Y no estoy segura de que quiera…

—Jake y yo éramos como conejos, pero, bueno, llegó el momento de parar. Dos diablillos tenemos. Merece la pena, ¿sabes? Una se siente completa. Mira, te enseño una foto…

—Es que… Los teléfonos me dan dolor de cabeza.

Dan había querido tener hijos. Nora no lo supo nunca. La maternidad la aterrorizaba. El miedo a caer en una depresión más profunda. Si no era capaz de cuidar de sí misma, ¿cómo iba a cuidar de otra persona?

—Entonces, ¿sigues en Bedford?

—Ajá.

—Pensé que tú serías la que podría huir de aquí.

—Me fui, pero volví porque mi madre estuvo enferma.

—Oh, lo siento. Espero que esté mejor.

—Tengo que irme.

—Pero sigue lloviendo…

Nora escapó de aquel lugar y deseó que por delante de ella no hubiera sino puertas. Solo puertas, una tras otra, por las que pudiera pasar, una tras otra, para dejarlo absolutamente todo atrás.

Cómo ser un agujero negro

Siete horas antes de que decidiera morir, Nora caía en barrena y no tenía a nadie con quien hablar.

Su última esperanza era su antigua mejor amiga, Izzy, que estaba a más de diez mil kilómetros, en Australia. Las cosas entre ellas también se habían enfriado últimamente.

Sacó el móvil y envió a Izzy un mensaje.

Hola, Izzy. Llevamos tiempo sin hablar. Te echo de menos, amiga. Sería MARAVILLOSO ponernos al día. «Bs».

Borró el «Bs» y lo sustituyó por un «Besos».

No pasó ni un minuto antes de que apareciera la marca de leído. Nora esperó en vano a que apareciesen los tres puntitos ondulantes.

Pasó por delante de un cine en el que estrenaban esa noche la nueva película de Ryan Bailey; una ñoña comedia romántica ambientada en el salvaje Oeste titulada *El saloon de las últimas oportunidades*.

Ryan Bailey siempre tenía cara como de conocer cosas profundas e importantes. Nora lo había amado desde que lo viera interpretar a un pensativo Platón en la serie televisiva *Los atenienses* y desde que contase en una entrevista que había estudiado Filosofía. Se imaginaba manteniendo con él profundas conversaciones sobre Henry David Thoreau, a través de un velo de vapor, en el *jacuzzi* de su casa de West Hollywood.

«Sigue con confianza el rumbo de tus sueños —había dicho Thoreau—. Vive la vida que habías imaginado».

Thoreau había sido su filósofo favorito cuando estudiaba. Sin embargo, ¿quién sigue realmente con confianza el rumbo de sus sueños? Aparte de Thoreau, claro. Él se había ido a vivir al bosque, rechazando cualquier contacto con el mundo exterior, para sentarse a ver los árboles, escribir, cortar leña y pescar. La vida, en cualquier caso, era más sencilla probablemente hace dos siglos en Concord, estado de Massachusetts, que hoy en Bedford, condado de Bedfordshire.

O quizá no lo era.

Quizá a ella la vida se le daba fatal, sin más.

Pasaron horas enteras. Quería encontrar un propósito, algo que le diera un motivo para vivir. Pero no tenía nada. No tenía siquiera ese pequeño cometido de llevarle sus medicinas al señor Banerjee, su vecino, pues lo había hecho hacía dos días. Quiso darle a un hombre que vivía en la calle una limosna, pero se dio cuenta de que no llevaba dinero encima.

—Alegra esa cara —le dijo alguien—. Si lloras por haber perdido el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas.

«No veré ni el sol ni las estrellas. Yo soy el agujero negro».

Antimateria

Cinco horas antes de que decidiera morir, caminando de vuelta a casa, el móvil le vibró en la mano.

Quizá fuera Izzy. Quizá Ravi le había dicho a su hermano que se pusiera en contacto con ella.

Pero no.

—Oh, hola, Doreen.

Doreen le habló con voz agitada.

—¿Dónde estás?

La clase de piano. Se le había olvidado totalmente. ¿Qué hora sería?

—He tenido un día de mierda. Lo siento mucho.

—Hemos estado una hora esperando en la puerta de tu apartamento.

—Puedo darle la clase a Leo cuando llegue. En cinco minutos estoy.

—Demasiado tarde. Ya se ha ido con su padre y va a estar con él tres días.

—Ay, lo siento. Lo siento mucho.

Nora se deshizo en una cascada de disculpas. Se notaba ahogándose en sí misma.

—Si he de serte sincera, Nora, Leo está pensando en dejarlo.

—Pero… ¡se le da muy bien!

—Lo ha disfrutado mucho. Pero tiene demasiadas cosas que hacer. Exámenes, amigos, fútbol. No puede con todo.

—Tiene mucho talento, de verdad. He conseguido que toque cosas de Chopin, imagínate. Por favor…

Un suspiro profundo, profundísimo del otro lado del hilo.

—Adiós, Nora.

Nora imaginó que el suelo se abría a sus pies y ella caía a través de la litosfera y el manto, descendiendo sin freno hasta el núcleo, y el peso terminaba comprimiéndola hasta convertirse en un metal duro e insensible.

Cuatro horas antes de que decidiera morir, Nora pasó junto a su anciano vecino, el señor Banerjee.

El señor Banerjee tenía ochenta y cuatro años. Era frágil, pero había recuperado alguna movilidad desde su operación de cadera.

—Hace un tiempo de perros, ¿verdad?

—Sí —masculló Nora.

El señor Banerjee escudriñó el macizo de flores que tenía frente a la puerta de su casa.

—Pero, mira, los iris han florecido.

El anciano observó los puñados de flores moradas, forzando una sonrisa mientras ella se preguntaba qué tipo de consuelo podían ofrecer esas flores.

El señor Banerjee miraba con ojos cansados desde detrás de sus gafas. Estaba en el umbral de su puerta, palpándose los bolsillos en busca de sus llaves. Llevaba una botella de leche en una bolsa de plástico que parecía pesarle demasiado. Era raro verlo fuera de su casa. Una casa que ella había visitado durante su primer mes en aquel apartamento, para ayudarle a hacer una compra por internet.

—Ah —dijo él—, tengo algunas buenas noticias. Ya no va a hacer falta que me traigas los medicamentos. El mancebo de la farmacia se ha mudado por esta zona y dice que me los puede acercar.

Nora intentó responder algo, pero no le salieron las palabras. No acertó más que a asentir con la cabeza.

El anciano se las arregló para abrir la puerta por fin y la cerró tras de sí para encerrarse en aquel santuario dedicado a su querida esposa muerta.

Listo. Nadie la necesitaba. Se sentía un ser superfluo en el universo.

Una vez en su apartamento, el silencio se le hizo más estruendoso que cualquier ruido. Olía a comida de gato. Seguía habiendo en el suelo un cuenco medio lleno con comida de Voltaire.

Se sirvió un vaso de agua y se tomó con él dos antidepresivos. Se quedó contemplando el resto de pastillas, haciéndose preguntas.

Tres horas antes de que decidiera morir, todo su ser se dolía en un lamento arrepentido, como si la desesperación que embargaba su mente se le hubiera instalado también en el pecho, en los brazos y en las piernas. Como si hubiera colonizado todos los rincones de su cuerpo.

Ese lamento la llevó a pensar que todo el mundo estaba mejor sin ella. Cuando te acercas a un agujero negro, su tirón gravitacional te arrastra sin

remedio a su oscura y lúgubre realidad.

Aquella realidad se le antojó una especie de calambre mental incesante demasiado incómodo como para soportarlo y demasiado intenso como para no prestarle atención.

Nora echó un vistazo a sus redes sociales. No tenía mensajes ni comentarios ni nuevos seguidores ni ninguna solicitud de amistad. Nora era antimateria autocompasiva.

Entró en Instagram y vio que todo el mundo había averiguado cómo vivir, salvo ella. Puso un *post* bastante disperso en Facebook, una red que ya no utilizaba en realidad.

Dos horas antes de decidir morir, abrió una botella de vino.

Los viejos libros de texto de filosofía la miraban desde los estantes, accesorios fantasma de sus tiempos universitarios, cuando la vida todavía ofrecía posibilidades. Una planta de yuca y tres diminutos cactus en sendos tiestos de plástico. Imaginó vivir la vida desde un tiesto, ser una forma de vida no sintiente. Probablemente, todo sería más fácil.

Se sentó ante el pequeño teclado eléctrico, pero no tocó nada. Se imaginó junto a Leo, enseñándole el *Preludio en mi menor* de Chopin. Los momentos felices pueden provocar dolor si se les da tiempo.

Había un viejo cliché sobre los músicos, según el cual en un piano no hay notas equivocadas. Su vida, sin embargo, había devenido una cacofonía de sinsentidos. Una pieza que podría haber desembocado en maravillosos finales, pero se había convertido en un callejón sin salida.

Nora fijó la mirada en el espacio. El tiempo se le escurría entre los dedos.

Tras el vino, la lucidez la golpeó con toda claridad. Ella no estaba hecha para esta vida.

Todos los pasos dados habían desembocado en error y todas las decisiones tomadas habían traído consigo un desastre. Cada día, una retirada de aquello que había imaginado ser.

Nadadora. Música. Filósofa. Pareja. Viajera. Glacióloga. Feliz. Amada.

Nada.

No había dado la talla ni para «dueña de gato». Ni para «profesora particular de piano una hora a la semana». Ni para «ser humana capaz de conversar».

Las pastillas no estaban funcionando.

Nora se terminó el vino. La botella entera.

—Os echo de menos —dijo al aire, como si la acompañaran en esa

habitación los espíritus de todas las personas a las que había amado.

Llamó a su hermano, pero Joe no cogió el teléfono, y Nora le dejó un mensaje de voz en el contestador.

—Te quiero, Joe. Solo quería que lo supieras. No hay nada que pudieras haber hecho. Es cosa mía. Gracias por ser mi hermano. Te quiero. Adiós.

Empezó a llover otra vez. Se sentó ante la ventana con las contraventanas abiertas, mirando las gotas resbalar por el cristal.

Eran las once y veintidós de la noche.

Solo sabía una cosa con absoluta certeza: no quería llegar al día siguiente. Se incorporó. Buscó un bolígrafo y una hoja de papel.

Decidió que era un muy buen momento para morir.

Querido o querida quien seas:

Tuve muchas oportunidades para hacer algo de mi vida y las desaproveché todas y cada una de ellas. Gracias a mi descuido y mi mala suerte, el mundo ha tirado la toalla conmigo, así que tiene todo el sentido que yo tire la toalla con él.
Si sintiera que es posible quedarme, me quedaría. Pero no es así. No puedo quedarme.
Hago la vida peor a los demás.
No tengo nada que dar. Lo siento.
Trataos bien entre vosotros.
Adiós,

Nora

00:00:00

En un primer momento, la niebla era tan espesa que no se veía nada. Poco a poco, distinguió, a un lado u otro de ella, una serie de pilares. Nora se encontraba en mitad de un camino flanqueado por una especie de columnata. Los pilares eran de un color grisáceo, como el del cerebro, con motas de azul resplandeciente. Los vapores se disiparon, como espíritus que quisieran escapar sin ser vistos, y emergió de entre ellos, allá adelante, un contorno.

Un contorno rectangular, sólido.

El contorno de un edificio, del tamaño de una iglesia o de un supermercado pequeño. Tenía la fachada de piedra, del mismo color que los pilares, con una gran puerta central de madera y un tejado pretencioso, decorado con intrincado detalle, y un majestuoso reloj en el hastial; los grandes números romanos pintados en negro. Sus manecillas marcaban medianoche. Altas y oscuras ventanas de arco ojival, ribeteadas de ladrillo, se abrían en la fachada principal, equidistantes unas de otras. Cuando miró la primera vez le pareció que eran cuatro, pero un momento después vio que eran cinco. Debía de haberlas contado mal.

Como no había nada más alrededor y no tenía ningún otro lugar al que ir, Nora dio un cauto paso hacia el edificio.

Consultó la pantalla digital de su reloj de muñeca.

00:00:00.

Medianoche, tal y como marcaba el reloj del edificio.

Nora esperó al siguiente segundo, pero este no llegó. Fue acercándose al edificio, empujó la puerta de madera, traspuso el umbral, pero los guarismos de la pantalla no cambiaban. O algo iba mal en el reloj o algo iba mal en el tiempo. Dadas las circunstancias, podían ser ambas cosas.

«¿Qué está ocurriendo? —se preguntó—. ¿Qué coño es todo esto?»

Quizá aquel lugar ocultase algunas respuestas, pensó mientras cruzaba el umbral de la puerta. El interior estaba bien iluminado y el suelo era de una piedra de color claro, entre amarillo suave y color arena, como las páginas de un

viejo libro. Las ventanas que había visto desde fuera no aparecían en el interior. De hecho, aunque solo se había adentrado unos pocos pasos, las paredes habían desaparecido completamente, reemplazadas por estanterías llenas de libros. Pasillos y pasillos de estanterías de suelo a techo se extendían perpendicularmente a un lado y otro de un amplio corredor central que Nora ya enfilaba. Se asomó a uno de los pasillos y contempló boquiabierta la aparente infinitud de libros.

Había libros por todas partes, colocados sobre estantes tan delgados que parecían invisibles. Todos tenían el lomo de color verde, de tonos variopintos: algunos eran de un verde lodoso de pantano; otros, de un verde amarillento claro; otros, de un esmeralda intenso; otros, del color lujuriante del césped en verano.

A propósito del césped en verano: pese al hecho de que los libros parecían viejos, el aire de la biblioteca se sentía fresco. Transportaba un aroma a hierba exuberante y a aire libre, no al polvo que suele acumularse entre las páginas de los libros antiguos.

Los estantes parecían prolongarse eternamente hacia un lejano horizonte que no llegaba a divisarse, convergiendo en el punto de fuga, como en los trabajos de plástica del colegio. Solo se veían interrumpidos por los ocasionales corredores laterales.

Nora escogió uno de estos y se dispuso a caminar. Encontró una nueva intersección y decidió girar a la izquierda. Empezó a sentirse un poco perdida. Buscó una salida, pero no la encontró. Trató de desandar sus pasos hacia la entrada, sin éxito.

Al final, llegó a la conclusión de que jamás encontraría la salida de aquel lugar.

—Esto no es normal —se dijo a sí misma, buscando consuelo en el sonido de su propia voz—. Esto, definitivamente, no es nada normal.

Nora se detuvo y se acercó a una de las estanterías.

No figuraban en los lomos ni títulos ni nombres del autor o la autora. Aparte de la diferencia en el tono de verde, la única variación entre unos y otros estaba en el grosor. Eran todos de similar altura, pero unos más voluminosos que otros: algunos alcanzaban los cuatro dedos y los había que parecían meros folletos.

Nora extendió el brazo para sacar un libro. Se había fijado en uno de grosor mediano y un color oliva algo apagado. Parecía polvoriento y gastado.

Antes de que pudiera extraerlo completamente de su lugar, oyó una voz a su

espalda y dio un respingo.

—Ten cuidado —dijo la voz.

Y Nora se volvió para ver quién estaba ahí.

La bibliotecaria

—Por favor. Debes tener cuidado.

La mujer había aparecido de la nada. Vestía elegantemente y tenía el pelo corto y canoso y un jersey verde oscuro de cuello vuelto. Nora le calculó unos sesenta años.

—¿Quién es usted?

Antes de que hubiese formulado la pregunta, se dio cuenta de que ya conocía la respuesta.

—Soy la bibliotecaria —dijo la mujer, con modestia fingida—. Esa soy yo, sí.

Tenía un rostro de rasgos amables que, a la vez, denotaban una grave sabiduría. Llevaba el mismo pelo esmeradamente cortado que había llevado siempre y su cara tenía el aspecto que Nora siempre había recordado.

Ahí, delante de sus narices, tenía a la bibliotecaria de su instituto.

—La señora Elm.

La señora Elm esbozó una leve sonrisa.

—Quizá.

Nora recordó las tardes lluviosas jugando al ajedrez en la biblioteca del instituto.

Recordó el día que murió su padre. La señora Elm le dio la noticia con mucho tacto, estando en la biblioteca. Su padre acababa de morir repentinamente de un infarto, en mitad de un campo de *rugby*, rodeado de los niños del internado en el que era profesor. Nora se quedó aturdida como media hora, mirando con la mente en blanco las piezas de ajedrez, la partida sin terminar. La realidad era demasiado dura para absorberla de un trago. La noticia no tardó, sin embargo, en golpearla de nuevo, esta vez desde el flanco y con más fuerza, sacándola bruscamente de la realidad que había venido transitando hasta ese momento. Se abrazó muy fuerte a la señora Elm y se echó a llorar con la cara hundida en su jersey de cuello vuelto hasta que se le desollaron las mejillas por la abrasión de las lágrimas y el tejido acrílico.

La señora Elm la había sostenido entre sus brazos y le había acariciado la cabeza como a un bebé, sin lugares comunes ni consuelos vacíos, sin nada que no fuera atención. Recordó la voz de la señora Elm diciéndole en ese momento: «Las cosas irán mejor, Nora. Todo estará bien».

Pasó una hora más hasta que la madre de Nora fue a recogerla. Su hermano iba en el asiento de atrás como anestesiado. Había fumado, se notaba. Nora se sentó delante, junto a su madre, que conducía muda y temblorosa y le decía que la quería, sin recibir ninguna respuesta.

—¿Qué lugar es este? ¿Dónde estoy?

La señora Elm esbozó una sonrisa formal.

—En una biblioteca, cómo no.

—Esta no es la biblioteca del instituto. Y no se puede salir. ¿Estoy muerta? ¿Es esto la otra vida?

—No exactamente —dijo la señora Elm.

—No lo entiendo.

—Deja que te explique, entonces.

La Biblioteca de la Medianoche

Mientras hablaba, los ojos de la señora Elm cobraron vida, centelleando como dos charcos a la luz de la luna.

—Entre la vida y la muerte hay una biblioteca —dijo—. Y los estantes de esa biblioteca son infinitos. Cada libro da la oportunidad de probar otra vida que podrías haber vivido y de comprobar cómo habrían cambiado las cosas si hubieras tomado otras decisiones… ¿Habrías hecho algo de manera diferente si hubieras podido?

—¿Estoy muerta entonces? —preguntó Nora.

La señora Elm negó con la cabeza.

—No. Escucha atentamente. Estás entre la vida y la muerte —explicó, haciendo un vago gesto con la mano en dirección al pasillo y la distancia—. La muerte está fuera.

—Bueno, pues ahí es adonde debería ir. Porque lo que quiero es morirme —repuso Nora, y echó a andar.

Pero la señora Elm volvió a negar con la cabeza.

—La muerte no funciona así.

—¿Por qué no?

—Una no va a la muerte. La muerte viene a una.

Parecía que ni siquiera morir se le daba bien a Nora.

Era una sensación familiar, la de sentirse incompleta en casi todos los sentidos posibles. Un rompecabezas humano sin terminar. Una vida inconclusa y una muerte inconclusa también.

—Pero ¿por qué no estoy muerta? ¿Por qué la muerte no ha venido a mí? Le he enviado una invitación. Quería morirme. Pero aquí sigo, existiendo. Sigo teniendo conciencia de las cosas.

—Bueno, si te sirve de consuelo, muy probablemente estés a punto de morir. La gente que pasa por la biblioteca no suele quedarse mucho tiempo, de un modo u otro.

Cuando pensó en ello —y cada vez pensaba más en ello—, Nora solo se sentía capaz de pensar en ella misma como contraposición a todas las cosas que no era. Las cosas que no había sido capaz de llegar a ser, que eran muchas. Un lamento arrepentido se había activado en modo repetición en su mente. «No he sido nadadora olímpica. No he sido glacióloga. No me convertí en la esposa de Dan. No he sido madre. No he sido vocalista de Los Laberintos. No he sido capaz de convertirme en una persona verdaderamente buena o verdaderamente feliz. No he sido capaz de cuidar de Voltaire». Y, ahora, para rematar, ni siquiera había sabido morirse. Era realmente lamentable pensar en la cantidad de oportunidades que había desperdiciado.

—Mientras exista la Biblioteca de la Medianoche, Nora, estarás a salvo de la muerte. Ahora bien: debes decidir cómo quieres vivir.

Los estantes móviles

Los estantes que Nora tenía a uno y otro lado comenzaron a deslizarse sobre sí mismos, horizontalmente. Era posible, de hecho, que no estuvieran moviéndose los estantes, sino los libros en sí, y no estaba claro cómo ni por qué. No había ningún mecanismo visible que permitiese ese movimiento y no se veían ni se oían libros cayendo al suelo al final —o más bien al principio— de esos estantes. Los libros se deslizaban a diferentes velocidades, dependiendo del estante en el que se encontraran, pero todos lo hacían parsimoniosamente.

—¿Qué está pasando ahora?

La señora Elm se enderezó y endureció la expresión, hundiendo un poco el mentón en la escotadura del cuello. Dio un paso más cerca de Nora y unió las palmas de las manos.

—Querida, es hora de empezar.

—¿Empezar el qué, si no es mucho preguntar?

—Verás. Cada vida está conformada por muchos millones de decisiones. Algunas importantes, otras banales. Cada vez que se elige una opción en lugar de otra, se produce un resultado diferente. Una variación irreversible, que a su vez conduce a otras variaciones. Estos libros son portales a todas las vidas que podrías estar viviendo.

—¿Cómo?

—Existen tantas vidas como posibilidades. En cada una de ellas, tomas decisiones distintas. Y estas decisiones te conducen a diferentes resultados. Si en una de ellas haces una única cosa de manera diferente, la historia de esa vida será también diferente. Todas ellas se conservan en la Biblioteca de la Medianoche. Y todas son tan reales como esta misma.

—¿Vidas paralelas?

—No siempre son paralelas. Algunas son más bien… perpendiculares. Así que ¿quieres vivir alguna otra vida de tus vidas posibles? ¿Quieres hacer algo de manera diferente? ¿Hay algo que desees cambiar? ¿Hiciste algo mal?

Esa última pregunta tenía fácil respuesta.

—Sí. Absolutamente todo lo hice mal.

Su respuesta pareció hacerle cosquillas en la nariz a la bibliotecaria.

La señora Elm sacó ágilmente el pañuelo de papel que llevaba metido en la manga de su jersey de cuello vuelto, se lo llevó rápidamente a la boca y estornudó.

—¡Jesús! —dijo Nora, viendo cómo el pañuelo desaparecía de entre las manos de la señora en cuanto hubo terminado de usarlo, merced a una extraña magia higiénica.

—No te preocupes. Los pañuelos son como las vidas: siempre hay más. —La señora Elm recobró su discurso—. Hacer una única cosa de manera diferente es a menudo lo mismo que hacer todo de manera diferente. Las acciones no pueden revertirse dentro de la propia vida, por mucho que lo intentemos… Pero ya no estás dentro de la vida. Has salido al exterior. Es tu oportunidad, Nora, para comprobar cómo podrían haber sido las cosas.

«Esto no puede ser real», pensó Nora.

La señora Elm parecía estar al tanto de cualquier cosa que Nora pensase.

—Oh, sí que lo es, Nora Seed. Pero no es «real» tal y como has entendido siempre esta palabra. A falta de un término mejor, podría decirse que estás entre un lugar y otro. Esto no es la vida, pero tampoco es la muerte. No es el mundo real en el sentido convencional, pero tampoco es un sueño. No es una cosa ni otra. Es, en resumen, la Biblioteca de la Medianoche.

Los estantes, que seguían avanzando lentamente, se detuvieron. Nora se fijó en que uno de ellos, situado a su derecha, a la altura de su hombro, parecía vacío. Los libros del resto de estantes que la rodeaban estaban bien apretados unos contra otros, pero en ese había un único libro, tumbado sobre el fino estante de color blanco.

Aquel libro no era verde como los demás, sino gris. Del mismo color que la fachada de la biblioteca cuando la entrevió a través de la niebla.

La señora Elm lo cogió del estante y se lo entregó a Nora. La bibliotecaria la miró con cierto orgullo expectante, como si le hubiera entregado un regalo de Navidad.

Parecía ligero en manos de la señora Elm, pero no; pesaba mucho más de lo que parecía. Nora se dispuso a abrirlo.

La señora Elm negó con la cabeza.

—Tienes que esperar siempre a que yo te dé permiso.

—¿Por qué?

—Esta biblioteca es tuya. Está aquí para ti. Todos los libros que se conservan en ella son una versión de tu vida, salvo uno. Las vidas de todos los seres humanos podrían desarrollarse de un número infinito de maneras, ¿me explico? Estos libros que ves en todos estos estantes son tu vida y todos comienzan en el mismo punto temporal. Ahora mismo. A la medianoche del martes 28 de abril. Pero las posibilidades que ofrece la medianoche difieren mucho de un libro a otro. A veces. No siempre.

—Esto es una locura —sentenció Nora—. ¿Todos los libros son mi vida, salvo uno? ¿Cuál, este? Nora inclinó el libro de color gris piedra hacia la señora Elm. Esta enarcó una ceja.

—Sí. Excepto ese. Este libro lo has escrito tú. Sin haber tenido que empuñar siquiera una pluma.

—¿Cómo dice?

—Este libro es la fuente de todos tus problemas y también su solución.

—Pero ¿qué es?

—Se llama, querida, *Libro de los arrepentimientos*.

El *Libro de los arrepentimientos*

Nora se quedó mirándolo. Advirtió entonces el título, grabado en letra de pequeño tamaño sobre la cubierta:

Libro de los arrepentimientos

—Cada ocasión en la que te arrepentiste por haber hecho algo o no haberlo hecho, desde el mismo día que naciste, está aquí registrada —explicó la señora Elm, golpeteando la cubierta con un dedo—. Tienes mi permiso para abrirlo.

Como el libro pesaba tanto, Nora se sentó con las piernas cruzadas en el suelo de piedra con él en el regazo. Empezó a hojearlo.

El libro estaba dividido en capítulos, ordenados cronológicamente por años de vida: 0, 1, 2, 3… Hasta los 35. Los capítulos se iban alargando conforme el libro avanzaba, año a año. Sin embargo, los arrepentimientos que acumulaba no se referían específicamente a ese año en cuestión.

—El arrepentimiento hace caso omiso a la cronología. Flota en el tiempo. La secuencia de arrepentimientos contenidos en estas listas varía todo el tiempo.

—Ajá, entiendo. Supongo que tiene sentido.

Nora se dio cuenta enseguida de que los arrepentimientos abarcaban desde cualquier minucia cotidiana («Me arrepiento de no haber hecho ejercicio hoy») a cosas más sustanciales («Me arrepiento de no haberle dicho a mi padre que lo quería antes de que muriese»).

Había arrepentimientos de fondo recurrentes, que aparecían y reaparecían en múltiples páginas. «Me arrepiento de no haber seguido en Los Laberintos; defraudé a mi hermano». «Me arrepiento de no haberme quedado en Los Laberintos; me defraudé a mí misma». «Me arrepiento de no haber hecho más por el medioambiente». «Me arrepiento de todo el tiempo que dediqué a las redes sociales». «Me arrepiento de no haber ido a Australia con Izzy». «Me arrepiento de no haberme divertido más cuando era joven». «Me arrepiento de haber discutido tanto con papá». «Me arrepiento de no haber trabajado con

animales». «Me arrepiento de no haber estudiado Geología en la universidad en lugar de Filosofía». «Me arrepiento de no haber aprendido a ser una persona más feliz». «Me arrepiento de sentirme tan culpable». «Me arrepiento de haber tirado la toalla con los idiomas». «Me arrepiento de no haber estudiado asignaturas de ciencias en el instituto». «Me arrepiento de no haber sido glacióloga». «Me arrepiento de no haberme casado». «Me arrepiento de no haberme matriculado en ese máster en Filosofía en Cambridge». «Me arrepiento de no haberme cuidado más». «Me arrepiento de haber ido a vivir a Londres». «Me arrepiento de no haber ido a París a trabajar como profesora de inglés». «Me arrepiento de no haber terminado la novela que empecé en la universidad». «Me arrepiento de haberme marchado de Londres». «Me arrepiento de tener un trabajo sin posibilidades de futuro». «Me arrepiento de no haber sido mejor hermana». «Me arrepiento de no haberme tomado un año libre después de la universidad». «Me arrepiento de haber decepcionado a mi padre». «Me arrepiento de enseñar piano en vez de tocarlo». «Me arrepiento de haber sido tan desastre con el dinero». «Me arrepiento de no vivir en el campo».

Algunos arrepentimientos eran más leves que otros. Uno de ellos fluctuaba, pasando de ser prácticamente invisible a hacerse oscuro y pesado, y a la inversa, como si se encendiera y apagara mientras lo contemplaba. Era el arrepentimiento de «no haber tenido hijos todavía».

—Este arrepentimiento a veces lo es y a veces no —explicó la señora Elm, demostrando de nuevo que era capaz de leerle la mente—. Algunos se comportan así.

A partir de los 34 años, en el capítulo más largo al final del libro, aparecían muchos arrepentimientos referidos específicamente a Dan. Eran bastante fuertes y agudos y resonaban en su cabeza como un acorde *fortissimo* en un concierto de Haydn.

«Me arrepiento de haber sido cruel con Dan». «Me arrepiento de haber roto con Dan». «Me arrepiento de no haber ido a vivir a un *pub* en el campo con Dan».

Mientras leía, recordó al hombre con el que había estado a punto de casarse.

Sobrecarga de arrepentimientos

Nora había conocido a Dan cuando compartía apartamento con Izzy en el barrio londinense de Tooting. Amplia sonrisa y barba recortada. Su aspecto le hacía pensar en un veterinario de serie de televisión. Un chico divertido, curioso. Bebía bastante, pero parecía inmune a las resacas.

Había estudiado Historia del Arte y era capaz de dar a sus profundos conocimientos sobre Rubens y Tintoretto un uso de lo más inusitado, y llegó a dirigir las relaciones públicas de una marca de galletas proteínicas. Sin embargo, su sueño era muy distinto a todo aquello: abrir un *pub* en el campo. Un sueño que quería compartir con ella. Con Nora.

Ella se dejó llevar por su entusiasmo. Y se comprometió con el proyecto.

Pero, de repente, un día se dio cuenta de que no quería casarse con él.

En el fondo, tenía miedo de convertirse en lo que su propia madre había sido. No quería reproducir el matrimonio de sus padres.

Nora escudriñaba el *Libro de los arrepentimientos* y se preguntaba si sus padres se habían enamorado realmente o si se habían casado porque el matrimonio era algo a lo que había que llegar en el momento indicado con la persona disponible más cercana. Como ese juego en el que tienes que agarrar a la primera persona que tengas al alcance de la mano cuando la música deja de sonar.

Ella nunca había querido jugar a ese juego.

«Temer al amor es temer a la vida, y aquellos que temen a la vida ya están muertos en tres cuartas partes», había escrito el filósofo Bertrand Russell. Tal vez ese era su problema. Tal vez tenía miedo a vivir. Sin embargo, Bertrand Russell había cambiado más de esposa y de amante que de chaqueta, así que no era el más indicado para dar consejos.

Cuando su madre murió, tres meses antes de la boda, aquejó a Nora un dolor indescriptible. Ella había propuesto postergar la fecha, pero, por una cosa o la

otra, esto no ocurrió y el duelo de Nora se hizo uno con la depresión, la ansiedad y la sensación de que no tenía control sobre su propia vida. La boda parecía un síntoma más de ese caos vital percibido: Nora se sentía como atada a una vía de tren y la única manera de soltar las cuerdas que la inmovilizaban y liberarse era huir de aquella ceremonia. En realidad, no obstante, quedarse en Bedford, volver a la soltería, dar de lado a Izzy con sus planes de ir a Australia, comenzar a trabajar en Teoría de Cuerdas y adoptar un gato era, todo ello, lo opuesto a la libertad para ella.

—Oh, no —dijo la señora Elm, interrumpiendo el tren de pensamientos de Nora—. Es demasiado para ti.

De repente, Nora volvió a sentir toda esa contrición y dolor que le ocasionaba el haber decepcionado a todo el mundo y a sí misma; ese mismo dolor del que había intentado escapar para siempre no hacía ni una hora. Los arrepentimientos empezaron a enjambrarse. De hecho, el dolor que experimentaba leyendo las páginas abiertas de ese libro estaba siendo, en realidad, más agudo que el vivido mientras vagabundeaba sola por Bedford. El poder que emanaba de todos los arrepentimientos contenidos en ese libro se tornaba por momentos agonía. La culpa, el remordimiento y la pena pesaban demasiado. Se apoyó en los codos, dejó caer el pesado volumen y cerró los ojos. Apenas podía respirar, como si unas manos invisibles le atenazaran el cuello.

—¡Por favor, quiero que esto pare!

—Ciérralo —indicó la señora Elm—. Cierra el libro. No solo los ojos. Cierra el libro. Tienes que cerrarlo tú.

Nora sintió que estaba a punto de desmayarse. Se incorporó un poco y colocó una mano bajo la cubierta, que notaba ahora aún más pesada. Al final, no obstante, se las arregló para cerrarlo y resolló aliviada.

Todas las vidas empiezan ahora

—¿Y bien?

La señora Elm se había cruzado de brazos. Aunque era idéntica a la bibliotecaria de su colegio, sus maneras eran, sin duda, algo más bruscas. Era la señora Elm, pero de alguna manera no lo era. Resultaba muy confuso.

—¿Y bien, qué? —preguntó a su vez Nora, aún jadeando y aliviada de no tener que sentir la intensidad de todos sus arrepentimientos a la vez.

—¿Hay algún arrepentimiento que destaque entre todos? ¿Qué decisión te gustaría deshacer? ¿Qué vida te gustaría probarte?

Lo dijo así, con esa palabra: *probarte*. Como si estuvieran en una tienda de ropa y Nora pudiera elegir una vida como quien elige una camiseta. Aquel juego se le antojaba cruel.

Nora levantó la mirada y por primera vez se fijó en las luces. Eran bombillas desnudas que colgaban del extremo de unos largos cables, los cuales descendían desde un techo totalmente anodino, de color gris claro. Sin embargo, no parecía apoyarse sobre muro alguno, sino que, como el suelo, se prolongaba eternamente.

—La cosa es que existe una posibilidad muy elevada de que tu vieja vida se haya terminado. Querías morir y es posible que así ocurra. Y tendrás que ir a algún lugar. Tendrás que aterrizar en algún sitio. En otra vida. Así que tienes que pensarlo muy bien. Esta biblioteca se llama la Biblioteca de la Medianoche porque toda nueva vida ofertada aquí empieza a esta hora. Toda vida empieza ahora, sí. Todos estos futuros. Eso es lo que encontrarás aquí, eso representará el libro que elijas. Cualquier presente posible y el futuro que sobrevenga.

—¿En la biblioteca no hay pasados, entonces?

—No. Solo sus consecuencias. Pero estos libros también están escritos. Y yo los conozco todos. Tú no los puedes leer.

—¿Y cuándo termina cada vida?

—Puede durar segundos u horas. O días. Meses. O más. Si das con una vida que realmente quieres vivir, podrías vivirla hasta que mueras de vieja. Si

realmente deseas con fervor vivir una vida determinada, no tienes que preocuparte. Podrás quedarte en ella como si hubieras estado siempre allí. Porque, en alguno de los universos posibles, siempre has vivido en ella. No hay que devolver ningún libro al estante, por decirlo así. Esta biblioteca, más que prestar, regala. En el momento en que decidas que deseas esa vida, que la quieres de verdad, todo lo que alberga tu cabeza a día de hoy, incluida esta Biblioteca de la Medianoche, se terminará convirtiendo en un recuerdo tan vago e intangible que apenas serás capaz de recordarlo.

Una de las bombillas parpadeó un par de veces.

—El único peligro —continuó la señora Elm con un tono más lúgubre— lo correrás mientras estés aquí. Entre vidas. Si pierdes la voluntad de seguir adelante, se verá afectada tu vida raíz. Tu vida original. Y eso podría conducir a la destrucción de este lugar. Desaparecerías para siempre. Morirías. Y contigo, el acceso a este mundo de posibilidades.

—Pero eso es lo que quiero, precisamente. Quiero estar muerta. Por eso me tomé las pastillas. Quiero morir.

—Bueno, quizá. O quizá no. De hecho, aquí sigues.

Nora trató de entender.

—Entonces, ¿cómo vuelvo a la Biblioteca? ¿Y si me encuentro atrapada en una vida aún peor que la que he dejado?

—A veces puede ser muy sutil, pero cuando sientas una decepción más o menos plena, regresarás. En ocasiones se trata de un sentimiento que va a más; otras, llega de golpe. Si no ocurre, deberás mantenerte atenta, pero probablemente quiera decir que estás siendo feliz en esa vida. Es de cajón. Así que elige algo que habrías hecho de manera diferente y te buscaré el libro que corresponda. Y, con él, vendrá la vida que te toque.

Nora se quedó mirando fijamente el *Libro de los arrepentimientos*, que yacía cerrado sobre el suelo de baldosas entre amarillentas y parduzcas.

Recordó entonces una charla de madrugada con Dan al respecto de su sueño de regentar un *pub* pequeñito y mono en el campo. Su entusiasmo era contagioso y ese sueño casi se había convertido en el de ella también.

—Ojalá no hubiera dejado a Dan. Ojalá mantuviera la relación con él. Siento que no siguiéramos adelante, luchando por ese sueño. ¿Hay alguna vida en la que sigamos juntos?

—Por supuesto —respondió la señora Elm.

Los libros empezaron a moverse de nuevo, como si los estantes fueran cintas

transportadoras. En esta ocasión, no obstante, en lugar de avanzar como en procesión, empezaron a deslizarse cada vez más rápido, hasta no distinguirse unos lomos de otros. Los estantes eran una especie de ruidoso flujo de color verde.

De repente, se detuvieron con la misma brusquedad con que habían avanzado.

La señora Elm se agachó y extrajo un libro del estante inferior, a su izquierda. Las pastas eran de un verde muy oscuro. Se lo entregó a Nora. Era mucho más liviano que el *Libro de los arrepentimientos*, aunque de tamaño similar. Como en los demás casos, el lomo no decía nada, pero en la cubierta aparecía un título grabado, en el mismo color que la encuadernación.

El título era *Mi vida*.

—Pero esta no es mi vida.

—Oh, sí lo es, Nora. Todas estas vidas son tu vida.

—Y ahora ¿qué hago?

—Abre el libro y pasa la primera página.

Nora obedeció.

—De acuerdo —prosiguió la señora Elm con esmerada precisión—. Ahora, lee la primera línea.

Nora fijó la mirada y leyó.

Salió del *pub* al aire fresco de la noche…

Y Nora apenas tuvo tiempo para pensar hacia sus adentros: «¿*Pub*?». Algo ocurrió entonces. El texto empezó a girar formando un torbellino y se hizo indescifrable. El torbellino se aceleró y Nora sintió que la invadía una suerte de agotamiento. No llegó a soltar el libro de manera consciente, pero hubo un momento en que no era ya una persona que leía. Al final, desaparecieron tanto el libro que tenía entre las manos como la biblioteca que la rodeaba.

Las Tres Herraduras

Nora se encontraba en el exterior. El aire era límpido y frío. Pero a diferencia de lo que ocurría en Bedford, en ese lugar no llovía.

—¿Dónde estoy? —se susurró a sí misma.

Ante sí discurría una carretera que trazaba una suave curva, al otro lado de la cual se levantaban, adosadas unas a otras, unas pintorescas casas de piedra. Eran casas viejas, que respiraban tranquilidad con todas sus luces apagadas. Se apiñaban a la salida de un pueblo y más allá se extendía la quietud del campo nocturno. Por encima de su cabeza, el vasto cielo despejado, un reguero de estrellas y una luna en cuarto menguante. El aroma de los campos. El ulular de ida y vuelta de dos lechuzas. Y de nuevo el silencio. Un silencio que podría cortarse, que era una fuerza presente en el aire.

Qué extraño todo.

Hacía un rato estaba en Bedford. Luego, esa extraña biblioteca. Y ahora había aparecido en aquella bonita carretera de pueblo. Todo sin apenas moverse.

En su lado de la carretera, una luz dorada se filtraba a sus espaldas desde una ventana de una planta baja. Miró hacia arriba y vio un cartel de madera de *pub* elegantemente pintado, que crujía suavemente mecido por el viento. Tres herraduras entrelazadas y, por debajo, tres palabras esmeradamente talladas a mano: «Las Tres Herraduras».

Frente a ella, sobre la acera, una pizarra. Reconoció su propia letra, cuidadosamente trazada.

LAS TRES HERRADURAS

Martes Noche — ¡Concurso
de preguntas y respuestas!
20:30
«El verdadero conocimiento consiste
en saber que no se sabe nada».
—Sócrates (¡¡¡después de perder nuestro concurso!!!)

Había una vida en la que ella, Nora Seed, se atrevía a usar tres signos de admiración en una frase. Así escribía, probablemente, la gente más feliz y menos envarada que ella.

Un indicio prometedor.

Se miró la ropa. Una camiseta vaquera remangada hasta la mitad del antebrazo, vaqueros y zapatos de cuña: prendas que jamás se habría puesto en su vida real. El frío la hizo tiritar. Definitivamente, no iba vestida para estar fuera con aquella temperatura.

En el anular llevaba dos anillos; el viejo anillo de pedida con su zafiro —que se había quitado hacía más de un año, temblando y llorosa—, al que acompañaba una sencilla alianza matrimonial.

«Qué locura».

Llevaba un reloj. El de esa vida no era digital, sino un reloj de agujas, fino y elegante, con números romanos. Pasaba apenas un minuto de la medianoche.

«¿Cómo es posible todo esto?»

En esa existencia, la piel de sus manos era más suave. Quizá usara cremas. Le brillaban las uñas por un barniz transparente. Le reconfortó reencontrarse con la verruguita en el dorso de la mano izquierda.

Sus pasos hicieron crujir la grava. Alguien se dirigía hacia ella por el caminito de acceso al *pub*. Un hombre, al que iluminaban la luz que se derramaba a través de los ventanales del *pub* y también la que despedía un solitario farol. Tenía las mejillas sonrosadas y un dickensiano bigote grisáceo, y vestía una chaqueta estilo Barbour: una caricatura del británico hecha carne. Por su paso extremadamente cuidadoso, a Nora le pareció que iba un poco borracho.

—Buenas noches, Nora. El viernes vuelvo. Para ver al cantautor. Dan dice que es muy bueno.

En esa vida probablemente conocería el nombre de aquel señor.

—Sí, por supuesto. El viernes. Va a ser una noche estupenda.

Al menos su propia voz le seguía sonando familiar. Observó al hombre mientras este cruzaba la carretera, mirando a derecha e izquierda un par de veces, pese a la ausencia total de tráfico, antes de desaparecer por una callejuela que discurría entre dos casas de campo.

Estaba sucediendo de verdad. Aquello era real: era su vida en el *pub*. El sueño hecho realidad.

—Esto es muy muy extraño —dijo bajo el cielo nocturno—. Sí. Rarísimo.

Salió entonces del *pub* un grupo de tres personas, dos mujeres y un hombre

que sonrieron a Nora al pasar.

—La próxima la ganamos nosotras —dijo una de las mujeres.

—Sí —respondió Nora—. Siempre hay una próxima.

Se acercó entonces al *pub* y se asomó por la ventana. Parecía vacío, pero las luces continuaban encendidas. Ese grupo debía de ser el último que quedaba.

El *pub* parecía muy bonito. Cálido y con carácter. Mesas pequeñas, vigas de madera, una rueda de carro sujeta a una pared. Una espesa alfombra roja y una barra de madera erizada de una impresionante variedad de grifos de cerveza.

Se alejó de la ventana y divisó un cartel más allá del *pub*, donde la acera se convertía en campo.

Se acercó apretando un poco el paso y leyó lo que decía.

LITTLEWORTH
Conduzca con cuidado

A continuación, vio que en la parte superior del cartel aparecía un pequeño escudo de armas, alrededor del cual orbitaban las palabras «Condado de Oxfordshire».

—Lo conseguimos —musitó al aire campestre—. ¡Lo conseguimos!

Dan le había hablado por primera vez de ese sueño mientras caminaban por la ribera del Sena, en París, comiéndose unos *macarons* que habían comprado en el bulevar Saint-Michel.

Un sueño nada parisino, que los llevaría a vivir juntos en la Inglaterra rural.

Un *pub* en el campo, en el condado de Oxfordshire.

El cáncer de la madre de Nora reapareció, haciendo gala de toda su agresividad. Atacó sus ganglios linfáticos y rápidamente recolonizó su cuerpo. Así que tuvieron que postergar ese sueño y Dan dejó Londres para instalarse con Nora en Bedford. La madre de esta supo del compromiso matrimonial y se había propuesto seguir con vida hasta al menos ver a su hija casada. Pero no. Murió cuatro meses antes de la fecha prevista para la ceremonia.

Quizá eso era todo. Quizá esa fuera su vida. Quizá era la suerte de la principiante. O de la «casi» principiante.

Se permitió una sonrisa inquieta.

Avanzó de vuelta por el camino, oyendo la grava crujir a cada paso. Se dirigió hacia la puerta por la que había salido el borracho de chaqueta Barbour y olor a *whisky*. Tomó aire profundamente y entró.

Estaba calentito.

Y silencioso.

Entró a una especie de recibidor o pasillo. Las baldosas eran de barro cocido y la parte baja de las paredes estaba forrada de paneles de madera, el resto estaba decorado con un papel pintado de hojas de sicomoro.

Recorrió el corto pasillo para acceder a la estancia principal del *pub*, a la que se había asomado por uno de los ventanales. Un gato apareció de la nada y Nora dio un respingo.

Era un gato de raza birmana, flaco, elegante y de color chocolate, que ronroneaba como un loco. Nora se inclinó para acariciarlo y se fijó en el nombre que aparecía en la medalla que colgaba de su collar: Voltaire.

Un gato distinto, con el mismo nombre. A diferencia de su querido gato romano, dudó mucho de que a este Voltaire lo hubiesen adoptado. El gato no dejaba de ronronear. «Hola, Voltio Número Dos. Parece que eres feliz en este sitio. ¿Somos todos tan felices como tú?»

El gato ronroneó una posible respuesta afirmativa y frotó la cabeza contra la pierna de Nora. Esta lo cogió en brazos y se acercó a la barra. En los grifos de cerveza se contaban los distintivos de numerosas sidras y cervezas artesanas, *stouts*, IPA, *pale ales*: La Favorita del Vicario. Lost & Found. Miss Marple. Limones Durmientes. Sueños Rotos.

En la barra había un bote destinado a aportaciones para una oenegé dedicada a la protección de las mariposas.

Oyó un tintineo de vasos, como si alguien estuviera llenando un lavavajillas. Nora sintió que la ansiedad le oprimía el pecho. Era una sensación familiar. Apareció justo entonces, incorporándose desde detrás de la barra, un tipo larguirucho de unos veintitantos años, con un polo de *rugby* demasiado grande, que apenas prestó atención a Nora mientras recogía los vasos sucios que quedaban sobre la barra para colocarlos en el lavavajillas. Puso en marcha el aparato, cogió un abrigo de un perchero de pared que tenía al lado, se lo puso y sacó del bolsillo unas llaves de coche.

—Adiós, Nora. He hecho las sillas y he limpiado todas las mesas. Y acabo de poner el lavavajillas.

—Ah, gracias.

—Hasta el jueves.

—Sí —respondió Nora, sintiéndose como una espía a punto de ser descubierta—. Hasta el jueves.

Un instante después de que se marchara el chico, oyó pasos subiendo desde un sótano o algo así, justo por debajo del pasillito de entrada por el que acababa de pasar. Y, sin previo aviso, allí lo tenía, delante de sus narices.

Estaba muy distinto.

No tenía barba y en torno a sus ojos se habían dibujado más arrugas y dos oscuras medias lunas. Llevaba en una mano una pinta de cerveza tostada sin terminar. Seguía teniendo cierto aspecto de veterinario de serie de televisión, solo que transcurridas unas cuantas temporadas.

—Dan —dijo ella, como si necesitara identificarlo. Como cuando alguien ve una liebre desde el coche, en un prado junto a la carretera—. Solo quería decirte que estoy muy orgullosa de ti. Muy orgullosa de nosotros, de los dos.

Él se la quedó mirando con expresión vacía.

—Estaba apagando los serpentines. Tengo que limpiarlos mañana, hace dos semanas ya de la última vez.

Nora no tenía ni idea de a qué se refería. Acarició de nuevo al gato.

—Claro. Los serpentines. Sí.

Su marido —pues en esta vida era su marido— echó un vistazo a todas las mesas y las sillas subidas. Llevaba una ajada camiseta con la portada de la película *Tiburón*.

—¿Blake y Sophie se han ido ya?

Nora dudó. Supuso que se refería a las personas que trabajaban para ellos. El joven del polo de *rugby* debía de ser Blake. No parecía que hubiese más gente en el *pub*.

—Sí —dijo, tratando de sonar natural pese a lo absolutamente delirante de la circunstancia—. Creo que sí. Estaban terminando cosas.

—Estupendo.

Nora recordó haberle comprado la camiseta de *Tiburón* en su vigésimosexto cumpleaños. Diez años atrás.

—Hoy, las respuestas han tenido tela. Uno de los equipos, el de Pete y Jolie, ha respondido que la Capilla Sixtina la pintó Maradona.

Nora hizo un gesto de asentimiento y siguió acariciando a Voltio Número Dos. Como si tuviera alguna idea de quiénes eran Pete y Jolie.

—Para serte sincero, las de hoy tenían truco. Otro día las sacaré de otra web.

A ver, ¿quién va a saber cómo se llama la montaña más alta de la cordillera del Karanosequé?

—¿Del Karakórum? —aventuró Nora—. Sería el K2.

—Bueno, tú obviamente sí lo sabes —atajó, un poco abruptamente. Estaba un poco achispado—. Es el tipo de cosa que tú sabes, claro. Cuando a la mayor parte de la gente lo que le interesaba era el *rock*, a ti te gustaban más las rocas. Las de verdad.

—Oye —quiso puntualizar ella—. Que yo estuve en un grupo.

Un grupo que Dan no soportaba, recordó entonces, y que siempre había querido que ella abandonase.

Él se echó a reír. Nora reconoció la risa, pero no le gustó del todo. Había olvidado cuán a menudo a lo largo de su relación Dan se burlaba de otras personas, especialmente de Nora. Cuando estuvieron juntos, ella había intentado no ahondar demasiado en ese aspecto de su personalidad. Había otros muchos: fue absolutamente encantador con su madre mientras estuvo enferma, abrigaba muchos sueños de futuro, le resultaba atractivo y su compañía era agradable, lo apasionaba el arte y siempre se paraba a hablar con los sintecho. El mundo lo preocupaba. Una persona era como una ciudad: no se puede permitir que un par de cosas poco agradables te echen a perder el resto. Siempre habrá algunas calles o barrios que no te gusten. Pero lo bueno hace siempre que el conjunto merezca la pena.

Dan oía un montón de *podcasts* bastante irritantes que, en opinión de él, Nora debía escuchar también. La risa de Dan a Nora le hacía chirriar los dientes, en realidad. Y, además, hacía demasiado ruido al hacer gárgaras con el colutorio. Sí, y le quitaba el edredón, y a veces se ponía arrogante al opinar sobre arte, cine o música. Aun así, Dan no tenía ningún defecto evidente. Bueno —ahora que lo pensaba con detalle—, nunca le había ofrecido mucho apoyo con su carrera musical y, de hecho, le había advertido de que cantar en Los Laberintos y firmar con una discográfica le arruinaría su salud mental, y había insistido además en que su hermano era un poco egoísta. En ese momento, sin embargo, Nora no interpretó aquello como una bandera roja, sino como todo lo contrario: un semáforo en verde. Razonó lo siguiente: él se preocupaba por ella y era agradable hacerse acompañar por alguien que se preocupaba de una, a quien no le molestaban la fama y las frivolidades. Alguien que la ayudase a sortear los escollos del océano de la vida. Así pues, él le pidió matrimonio en la coctelería

de la azotea de la torre Oxo, en Londres, y ella dijo que sí. Quizá eso era lo que tenía que hacer, de todas todas, dadas las circunstancias.

Dan dio un paso adelante, dejó la pinta momentáneamente sobre la mesa y se puso a buscar en el teléfono un mejor juego de preguntas y respuestas.

Ella se preguntó cuánto habría bebido esa noche. Se preguntó también si el sueño de regentar un *pub* no habría sido el sueño de contar con un suministro inagotable de alcohol.

—¿Cómo se llaman los polígonos de veinte lados?

—No lo sé —mintió Nora, temerosa de provocar una reacción similar a la que acababa de vivir.

Él se metió el teléfono en el bolsillo.

—Ha ido muy bien, de todos modos. Han bebido como camellos, todos. Nada mal, para un martes. Las cosas parecen ir encauzándose… Mañana podremos decirle algo al banco… Quizá nos amplíen el plazo de devolución del préstamo. —Se quedó mirando el fondo del vaso, removió el culo de cerveza y lo apuró—. Tengo que decirle a A. J. que cambie el menú del almuerzo. En Littleworth a nadie le gusta la remolacha confitada, la ensalada de habas y los *muffins* de maíz. Esto no es el puñetero barrio de Fitzrovia. Y sé que no se venden mal, pero creo que esos vinos que elegiste no merecen la pena. Especialmente los californianos.

—De acuerdo.

Dan se giró y miró a su espalda.

—¿Dónde está la pizarra?

—¿Qué?

—¿No ibas a meterla?

Ajá, así que a eso había salido.

—No. Sí. Voy a por ella ahora.

—¿No acabas de salir?

Nora trató de ahuyentar los nervios esbozando una amplia sonrisa.

—Sí, bueno. Salí, porque tenía que… No sabía dónde estaba el gato. Voltio. Voltaire. No lo encontraba, así que miré fuera y ahí estaba.

Él se sirvió un *whisky* desde el otro lado de la barra.

Parecía ser consciente de que ella lo estaba juzgando.

—Solo me he tomado tres. Cuatro, quizás. ¡Es la noche del concurso! Ya sabes que me pongo un poco nervioso cuando tengo que hacer de maestro de

ceremonias. Soy más gracioso con un par de chupitos. Y he estado bastante gracioso, ¿no te parece?

—Sí. Muy gracioso. Graciosísimo.

Su semblante adquirió una expresión seria.

—Te he visto hablando con Erin. ¿Qué te ha dicho?

Nora no sabía muy bien qué respuesta dar.

—Ah, poca cosa. Lo de siempre. Ya sabes. Erin.

—¿Lo de siempre? Pensaba que nunca habías hablado con ella.

—Me refiero con «lo de siempre» a lo que se suele decir. No lo que Erin dice. Sino lo que la gente dice en estos casos…

—¿Cómo está Will?

—Eh, pues muy bien —arriesgó Nora—. Manda saludos.

A Dan los ojos se le iban a salir de las órbitas por la sorpresa.

—¿En serio?

Nora no tenía ni idea de por dónde continuar. A lo mejor Will era un bebé. O quizá Will estaba en coma.

—No, a ver, no ha mandado saludos así, tal cual. Perdona, no sé lo que estoy diciendo. Bueno… Voy a meter la pizarra.

Nora dejó al gato en el suelo y volvió a salir. En esta ocasión, se fijó en algo que no había visto al entrar.

Se trataba de un artículo de periódico enmarcado, del *Oxford Times*, con una fotografía en la que aparecían Nora y Dan en la puerta del *pub*. Dan la rodeaba con el brazo y vestía un traje que no le había visto nunca, mientras que ella llevaba un elegante vestido que jamás se habría puesto (rara vez se ponía vestidos) en su vida original.

PROPIETARIOS DE *PUB* CUMPLEN SU SUEÑO

Según el artículo, la pareja había comprado el *pub* en un estado deplorable por un puñado de libras y lo había restaurado gracias a una pequeña herencia recibida por Dan, a la que sumaron ahorros y préstamos bancarios. El artículo lo presentaba como una historia de éxito. La noticia estaba fechada dos años atrás.

Nora salió de nuevo al exterior, preguntándose si uno podría juzgar una vida a partir de unos escasos minutos posteriores a la medianoche de un martes. O si quizá eso era todo lo necesario.

Se estaba levantando viento. Las ráfagas habían empujado la pizarra, arrastrándola, y a punto estaban de tirarla. Antes de cogerla, notó un teléfono vibrar en su bolsillo. No se había dado cuenta de que lo llevaba ahí. Lo sacó: era un mensaje de texto de su amiga Izzy.

Le llamó la atención el fondo de pantalla: era una fotografía de Dan y ella juntos en algún lugar caluroso.

Desbloqueó el teléfono mediante el reconocimiento facial y abrió el mensaje. Era una fotografía de una ballena saltando en mitad del mar. Volaba espuma blanca por el aire como si alguien acabase de abrir una botella de champán. Era una foto increíble y solo verla ya le dibujó a Nora una sonrisa en la cara.

Izzy estaba escribiendo.

Apareció entonces un mensaje:

> Esta es una de las fotografías que hice ayer desde el barco.

Y otro:

> Una ballena jorobada mamá.

Y otra foto más: en este caso, dos animales cuyos lomos rompían las olas.

> ¡Con su ballenato!

El último mensaje incluía varios emoticonos de ballenas y olas.

Nora sintió una especie de resplandor cálido por dentro. No solo por las fotografías, que eran maravillosas, sin duda, sino por el contacto con Izzy.

Cuando Nora dejó plantado a Dan en la boda, Izzy había insistido en irse juntas a vivir a Australia.

Lo habían planeado todo al detalle: vivirían cerca de Byron Bay y trabajarían en alguno de los barcos de observación de ballenas.

Habían compartido montones de vídeos de ballenas jorobadas mientras preparaban aquella nueva aventura. Pero entonces a Nora le entraron las dudas y se echó para atrás.

De la misma manera que se había echado para atrás al respecto de su matrimonio o de su futuro como nadadora o como vocalista de un grupo musical. Pero había una diferencia: ahora ni siquiera tenía un motivo. Sí, había empezado a trabajar en Teoría de Cuerdas, y sí, sentía que debía atender los sepulcros de sus padres, pero sabía que quedarse en Bedford era la peor de las opciones posibles. Fue la que escogió, aun así. Una suerte de extraña morriña preventiva

que concomitaba con la depresión la llevó a convencerse, en última instancia, de que «no merecía» ser feliz. Que había hecho daño a Dan y que su castigo era llevar una vida de perenne llovizna y depresión en la misma ciudad que la había visto nacer. Que no tenía ni la voluntad ni la claridad de ideas ni, joder, la energía para emprender nada.

Fue así como terminó sustituyendo a su mejor amiga por un gato. Eso fue exactamente lo que hizo.

En su vida real jamás se había peleado con Izzy. Nunca había llegado la sangre al río. Pero después de que esta se marchase a Australia, las cosas se habían enfriado hasta convertirse su amistad en una estela vaporosa de esporádicos «me gusta» en Facebook e Instagram, salpicada de mensajes de cumpleaños bien surtidos de emoticonos.

Subió en la pantalla de la aplicación de mensajería para ver las antiguas conversaciones con Izzy y se dio cuenta de que, aunque mediaban entre ambas más de dieciséis mil kilómetros, su relación había mejorado con la distancia.

Cuando entró de nuevo al *pub*, cargando esta vez con la pizarra, Dan había desaparecido, así que cerró con llave la puerta trasera y esperó en el pasillo de entrada del *pub*, calculando dónde estarían exactamente las escaleras de bajada. No estaba segura de si realmente quería acompañar a ese supuesto marido suyo, algo entonado ya, en ese sótano.

Encontró las escaleras, que bajaban desde la parte trasera del edificio, tras una puerta que decía «Solo personal autorizado». Al pisar la alfombra de rafia beis del descansillo, vio en la pared un póster enmarcado de *Cosas que aprendes en la oscuridad*, una de sus películas favoritas de Ryan Bailey, que Dan y ella habían visto juntos en el cine Odeón de Bedford. A continuación, se fijó en una fotografía más pequeña que había en el precioso alféizar de una ventanita.

Era una foto de su boda. En blanco y negro, de reportaje profesional. Salían los dos de una iglesia bajo una lluvia de confeti. Era difícil distinguirles la cara, pero se hacía obvio que ambos reían y reían juntos. En aquella imagen fotográfica, al menos, parecían enamorados. Nora recordó cómo hablaba su madre sobre Dan: «Es un buen hombre. Tienes mucha suerte. Que no se te escape». También aparecía en la fotografía su hermano Joe, con la cabeza afeitada y un aspecto auténticamente feliz, copa de champán en mano, y Lewis, aquel efímero novio banquero de su hermano, un auténtico desastre de tipo. Y

también estaba Izzy, y Ravi, que en esa época tenía más pinta de contable que de batería, que aparecía junto a una mujer de gafas cuya cara no le sonaba de nada.

Mientras Dan estaba en el baño, Nora localizó el dormitorio. Era obvio que tenían problemas de dinero y así lo confirmaba lo nervioso que se había puesto al contarle lo de la cita con el banco; aun así, los muebles del dormitorio parecían caros.

Persianas inteligentes. Una cama amplia y cómoda. Una funda nórdica tersa y blanquísima.

Había libros a cada lado de la cama. En su vida real, Nora no había tenido un libro en la mesita de noche desde hacía al menos seis meses. Llevaba medio año sin leer, de hecho. Tal vez en esta vida tenía mejor capacidad de concentración.

Cogió uno de los libros, *Meditación para principiantes*. Debajo había una biografía de su filósofo favorito, Henry David Thoreau. También Dan tenía libros en su mesita de noche. El último que recordaba que él hubiese leído era una biografía de Toulouse-Lautrec titulada *Diminuto gigante*, pero en aquella vida leía un libro sobre negocios que se titulaba *De cero a héroe: cómo alcanzar el éxito en el trabajo, el ocio y la vida*, además de la última edición de *La guía de los buenos pubs*.

Nora se sentía diferente en su cuerpo. Un poco más sana, un poco más fuerte, pero tensa. Se dio un par de palmaditas en el estómago y supuso que en esa vida se ejercitaba un poco más. También notaba distinto el pelo: tenía un flequillo espeso y sentía que la melena le rozaba muy abajo en la espalda. Notaba un atisbo de abotargamiento mental. Probablemente llevaba en el cuerpo al menos un par de copas de vino.

Un instante después oyó la cisterna del baño. Luego, gárgaras. Un poco más ruidosas de lo imprescindible.

—¿Estás bien? —preguntó Dan al entrar en el dormitorio. Nora se percató de que la voz de él no sonaba como la recordaba. Le parecía algo hueca. Un poco más fría. Tal vez era el cansancio, o el estrés. Tal vez era la cerveza. Tal vez, el matrimonio.

Tal vez fuera otra cosa.

Era difícil recordar cómo sonaba antes la voz de Dan. Cómo era exactamente. Así funcionaba la memoria, no obstante. En la universidad, Nora había escrito un trabajo titulado «Los principios de la memoria e imaginación hobbesianas». Para Thomas Hobbes, la memoria y la imaginación estaban muy

emparentadas, y tras haber leído sus ideas al respecto, Nora descubrió que nunca había confiado del todo en sus propios recuerdos.

Al otro lado de la ventana, el resplandor amarillento de una farola iluminaba el desolado camino del pueblo.

—¿Nora? Estás muy rara. ¿Qué haces plantada ahí en medio? ¿Vienes a la cama o vas a hacer algún tipo de meditación así, de pie?

Y rio. Le pareció gracioso.

Nora se acercó a la ventana y corrió las cortinas. Luego, se quitó los vaqueros y los colgó en el respaldo de una silla. Escudriñó el rostro de su marido e intentó sentir la atracción que en otra vida la invadió hasta lo más hondo. Tuvo que hacer un esfuerzo hercúleo. No se esperaba aquello.

«Las vidas de todos los seres humanos podrían desarrollarse de un número infinito de maneras».

Él se desplomó con todo su peso sobre el colchón, como una ballena en el océano. Cogió el libro sobre negocios, *De cero a héroe*. Trató de concentrarse. Lo dejó a un lado. Tomó entonces el portátil que tenía junto a la cama y se puso los auriculares. Tal vez iba a escuchar un *podcast*.

—Estoy pensando en una cosa, nada más.

Nora empezó a sentir debilidad. Como si le faltase un largo trecho de camino por recorrer para llegar a algún lugar. Recordó a la señora Elm explicando cómo cualquier decepción vital podría llevarla de vuelta a la Biblioteca. Se dio cuenta de que iba a sentirse rarísima metiéndose en la cama con un hombre al que no había visto en dos años.

Consultó la hora en el despertador digital. 00:23.

Con los auriculares puestos, Dan la miró de nuevo.

—Bueno, escucha, si no quieres hacer un bebé esta noche, lo puedes decir, ¿sabes?

—¿Qué?

—Tendremos que esperar otro mes hasta que vuelvas a ovular…

«¿Estamos intentando tener un hijo? ¿Quiero yo un hijo?»

—Nora, ¿qué te pasa? Estás rarísima.

Nora se quitó los zapatos.

—No, no, estoy bien.

La asaltó un recuerdo relacionado con la camiseta de *Tiburón*.

Era una canción, de hecho. *Hermoso cielo*.

El día que le regaló a Dan la camiseta de *Tiburón* fue el mismo día en que

ella le tocó una canción que había compuesto para Los Laberintos: *Hermoso cielo*. Estaba convencida de que era la mejor canción que había escrito nunca. Y, más allá de eso, era una canción alegre que reflejaba el optimismo que la embargaba en ese momento de su vida. Era una canción inspirada por su nueva vida compartida con Dan. Este la había escuchado, sin embargo, como encogiéndose de hombros, con una indiferencia que en ese momento hizo daño a Nora. Se lo habría hecho notar en ese mismo momento, pero resultó que era el cumpleaños de él.

—Sí. Está bien —había juzgado.

Ella se preguntó por qué ese recuerdo había quedado sepultado para no emerger hasta entonces, como el gran tiburón blanco de su camiseta desvaída.

Otras muchas cosas volvían a su cabeza. La reacción absolutamente fuera de lugar cuando una vez le contó que un cliente —Ash, el cirujano y guitarrista aficionado que de vez en cuando pasaba por Teoría de Cuerdas a comprar partituras— le había propuesto desenfadadamente a Nora ir a tomar un café algún día.

(«Por supuesto que le dije que no. Deja de gritar»).

Peor aún fue cuando el representante de una gran discográfica (en realidad, un pequeño sello independiente respaldado por la Universal) quiso firmar con Los Laberintos. Dan le había dicho que, si firmaba, era poco probable que sobreviviesen como pareja. Había escuchado una historia dantesca de boca de un amigo de la universidad que estaba en un grupo de música: el grupo había firmado con un sello y el sello los estafó y terminaron todos en el paro y alcoholizados. O algo así.

«Podría llevarte conmigo —le había propuesto ella—. Lo incluiría en el contrato. Podríamos ir a todos lados juntos».

«Lo siento, Nora. Pero ese es tu sueño. No el mío».

A Nora le resultaba mucho más doloroso, visto en retrospectiva, cuánto se había esforzado ella, antes de casarse, por hacer suyo también el sueño del *pub* campestre en Oxfordshire.

Dan insistía una y otra vez en que se preocupaba por ella. Nora había sufrido ataques de pánico estando en el grupo, especialmente cuando había escenarios y directos de por medio. Pensándolo bien, sin embargo, esa preocupación venía revestida de cierto grado de manipulación.

—Creía que habías empezado a confiar en mí otra vez —decía él.

—¿Confiar en ti? Dan, ¿por qué no iba a confiar en ti?

—Ya sabes por qué.

—Pues claro que sé por qué —mintió—. Pero quiero oírte decirlo.

—Bueno, pues por lo que pasó con Erin.

Ella se quedó mirándolo como si fuera una mancha de tinta de un test de Rorschach en la que no fuese capaz de discernir una imagen clara.

—¿Erin? ¿Con la que hablé antes?

—¿Me vas a estar fustigando eternamente por un estúpido desliz estando borracho?

Fuera, en la calle, el viento soplaba cada vez con más fuerza, aullando entre los árboles como si estuviera tratando de decir algo en un idioma desconocido.

Esa era la vida por la que había estado doliéndose. Esa era la vida por no haber vivido la cual tanto se había fustigado. Esa era la línea temporal en la que se lamentaba no haber existido.

—¿Un estúpido desliz?

—Vale, dos.

La cosa se multiplicaba.

—¿Dos?

—Yo no estaba bien. Ya sabes, la presión. Por este sitio. Y estaba muy borracho.

—Te acostaste con otra, pero no parece que hayas estado buscando redimirte, la verdad.

—En serio, ¿tenemos que remover todo esto otra vez? Ya hemos hablado del tema. ¿No te acuerdas de lo que dijo la terapeuta? Lo de centrarnos en adónde queremos ir en lugar de en dónde hemos estado.

—¿No se te ha ocurrido pensar alguna vez que quizá no estemos hechos el uno para el otro?

—¿Qué?

—Te quiero, Dan. Y puedes ser una persona encantadora. Te portaste muy bien con mi madre. Y teníamos, bueno, tenemos, conversaciones estupendas. Pero ¿no te da la sensación de que se nos pasó nuestro momento? ¿De que hemos cambiado? —Ella se sentó en el borde de la cama. En la esquina más alejada de él—. ¿Nunca te sientes afortunado por tenerme? ¿Sabes lo cerca que estuve de dejarte dos días antes de la boda? ¿Eres consciente de lo hecho mierda que te habrías quedado de haberte dejado plantado?

—Guau. ¿De verdad? Veo que te tienes en muy alta estima, Nora.

—¿Y no debería? O sea, ¿no deberíamos todos? ¿Qué tiene de malo la

autoestima? Y, además, es cierto. Hay otro universo en el que me envías mensajes de WhatsApp a todas horas contándome lo mal que te va todo sin mí y lo mucho que bebes. Aunque bebes hasta decir basta también estando conmigo, por lo que se ve. Y los mensajes de audio diciéndome que echas de menos mi voz.

Él emitió un ruido desdeñoso, entre una risa y un gruñido.

—Bueno, ahora mismo, desde luego, no estoy echando de menos tu voz para nada. —Ella se había quitado los zapatos, pero le iba a resultar muy trabajoso, casi imposible, quitarse ninguna otra prenda delante de él—. Y deja de hablar de cuánto bebo y cuánto dejo de beber.

—Si vas a usar la bebida como excusa para tirarte a otra, por supuesto que voy a hablar de cuánto bebes.

—Soy un tabernero de campo —rezongó Dan—. Eso es lo que hacen los taberneros de campo: mostrarse joviales y alegres y estar dispuestos a compartir con los parroquianos las muchas y muy variopintas bebidas que venden. Madre de Dios…

(«¿Desde cuándo hablaba así Dan? ¿Había hablado así siempre?»)

—Joder, Dan. De verdad.

Él no parecía ni siquiera alterado. No agradecía aparentemente, desde ningún punto de vista, el universo en el que le había tocado vivir. Esa realidad por evitar la cual ella se había sentido tan culpable. Dan alargó el brazo para coger su teléfono, aún con el portátil sobre el edredón. Nora lo observó mientras él iba pasando sus notificaciones.

—¿Es esto lo que habías imaginado? ¿Se ha hecho realidad el sueño?

—Nora, no nos metamos en esta mierda, por favor. Ven a la cama de una vez.

—¿Eres feliz, Dan?

—Nadie es feliz, Nora.

—Algunas personas sí son felices. Tú eras feliz antes. Antes se te encendía la cara cuando hablabas de esto. Ya sabes, del *pub*. Antes de tenerlo. Esta es la vida que habías soñado. Me querías a mí y querías esto y, aun así, me has sido infiel y te bebes hasta el agua de los floreros, y creo que solo piensas en lo que me quieres cuando no me tienes, lo cual no es un rasgo de personalidad muy de alabar. Y ¿qué hay de mis sueños?

Dan a duras penas prestaba atención. O quizá quería que pareciera que no prestaba atención.

—Hay unos incendios brutales en California —dijo, casi para sí mismo.

—Bueno… Pues, por suerte, nosotros no estamos en California.

Él dejó el móvil en la mesilla y cerró el portátil.

—¿Vienes a la cama o qué?

Ella se había hecho más pequeña por él, pero ni siquiera así Dan había encontrado el espacio que aparentemente necesitaba. Ya era suficiente.

—Icoságono —le dijo ella.

—¿Qué?

—La pregunta de antes. El polígono de veinte lados. Se llama icoságono. Sabía la respuesta, pero no te la dije porque no quería que te burlaras de mí. Y ahora la verdad es que me da igual, porque no creo que deba molestarte el que yo sepa algunas cosas que tú no. Y no, no me voy a meter en la cama todavía. Voy al baño.

Y allí dejó a Dan con la boca abierta. Caminó con paso suave sobre los anchos tablones de la tarima y salió de la habitación.

Entró en el baño y encendió la luz. Sentía un cosquilleo en los brazos, en las piernas y en el pecho. Como una electricidad estática buscando una toma de tierra. Esa vida se desvanecía, estaba segura. No le quedaba mucho tiempo allí. Había sufrido una decepción completa.

Aquel baño era impresionante. Se miró en el espejo y su imagen la dejó sin aliento. Tenía un aspecto más sano, pero, a la vez, avejentado. No se reconocía en absoluto el pelo; parecía el de otra persona.

Aquella no era la vida que se había imaginado.

Nora deseó a su yo del espejo «buena suerte».

Y en el instante posterior estaba de vuelta en algún rincón de la Biblioteca de la Medianoche. La señora Elm la observaba desde no muy lejos con una sonrisa de curiosidad.

—Bueno, ¿cómo ha ido?

La penúltima publicación que hizo Nora en redes antes de encontrarse entre la vida y la muerte

¿Alguna vez os habéis preguntado? «¿Cómo he terminado aquí?». ¿Como si estuvierais en un laberinto, totalmente perdidas, y todo fuera culpa vuestra porque sois vosotras las que habéis decidido hacia dónde girar en cada bifurcación? Sabéis que hay muchas rutas por las que podríais haber salido, porque oís a gente que ríe desde el exterior del laberinto, gente que lo ha logrado. A veces ves a esas personas entre los setos, sonriendo. Una figura evanescente entre el follaje. Parecen superfelices por haber salido del laberinto, pero no te haces mala sangre por ellos, aunque sí por ti misma, por no ser capaz de averiguar cómo se sale. ¿Os pasa? ¿O estoy yo sola en este laberinto?
P. D. Se me ha muerto mi gato.

El tablero de ajedrez

La quietud había vuelto a las estanterías de la Biblioteca de la Medianoche, como si jamás hubiese existido la posibilidad de que se movieran.

Nora tenía la impresión de que estaban en otra parte de la Biblioteca; no en otra estancia, pues aparentemente solo existía una única sala gigantesca. Era difícil de determinar, pues los libros seguían siendo verdes. En esa ocasión parecía haber reaparecido más cerca de otro pasillo que en la anterior. Desde donde se encontraba en ese momento distinguió algo que no había visto a través de los estantes: un escritorio de oficina con un ordenador. Una especie de despacho sin paredes situado en mitad del corredor más amplio, en el que desembocaban los pasillos laterales.

La señora Elm no estaba sentada en el escritorio, sino ante una mesita baja de madera, justo frente a Nora. Y estaba jugando al ajedrez.

—Ha sido distinto a como lo imaginaba —dijo Nora.

La señora Elm parecía estar en mitad de una partida.

—Es difícil predecir cómo serán las cosas, ¿no te parece? —preguntó, mirando con ojos inexpresivos al tablero y tomando un alfil negro para recorrer con él medio tablero y capturar un peón—. Las cosas que nos harán felices, quiero decir.

La señora Elm giró el tablero de ajedrez ciento ochenta grados. Al parecer, estaba jugando contra sí misma.

—Sí —reconoció Nora—. Lo es. Pero ¿qué le pasará a esa Nora? O sea, a mí. ¿Cómo terminará la historia?

—Y ¿cómo voy a saberlo yo? Yo solo sé lo que ocurre en el hoy. Sé mucho sobre el hoy. Pero no sé nada sobre el mañana.

—Pero se despertará ahí en el baño y no sabrá cómo llegó hasta él.

—¿Nunca has entrado a una habitación y te has preguntado a qué habías ido allí? ¿No has olvidado nunca de repente lo que acababas de hacer? ¿No te has quedado nunca en blanco o has registrado erróneamente lo que estabas haciendo en un momento dado?

—Sí, pero he estado en esa vida media hora entera.

—Pero tu otro yo no sabrá eso. Recordará lo que venías de hacer y de decir, pero como si lo hubiera hecho y dicho ella misma.

Nora dejó escapar un largo suspiro.

—Dan no era así.

—La gente cambia —dijo la señora Elm, sin apartar la mirada del tablero, la mano descansando sobre uno de los alfiles blancos.

Nora reflexionó.

—O quizá era así y yo no me había dado cuenta.

—Bueno —dijo la señora Elm mirando a Nora—. ¿Qué sientes tú ahora?

—Que sigo queriendo morir. Quiero morirme desde hace un tiempo. He cavilado muy cuidadosamente y estoy convencida de que el dolor de vivir el puñetero desastre que es mi vida es mayor que el dolor que los demás vayan a sentir cuando se enteren. De hecho, estoy segura de que será un alivio. No le soy útil a nadie. Todo es culpa mía. Se me daba mal mi trabajo. He decepcionado a todo el mundo. Lo único que hago es dejar huella de carbono, sinceramente. Hago daño a la gente, aunque ya no me queda nadie. Ni siquiera el pobre Voltio, que murió porque no soy capaz ni de cuidar a un gato. Quiero morir. Mi vida es un desastre y quiero ponerle fin. No estoy hecha para vivir. Y no tiene sentido seguir adelante tampoco con esto, porque estoy destinada a ser infeliz en todas mis otras vidas también. Así soy yo. No aporto nada. Me ahogo en la autocompasión. Quiero morir.

La señora Elm escudriñó el rostro de Nora, como releyendo un fragmento de un libro ya conocido al que, no obstante, hubiera encontrado un sentido nuevo.

—*Querer* —empezó a decir en un tono muy comedido— es una palabra muy curiosa. Querer implica carencia. A veces, si llenamos esa carencia con alguna cosa, el deseo original desaparece por completo. Quizá tu problema no es lo que quieres, sino aquello de lo que careces. Quizá exista una vida que realmente quieras vivir.

—Pensaba que era esta. Una vida con Dan. Pero no.

—No, no lo era. Pero esta es solo una de todas tus vidas posibles. Y uno es una fracción muy pequeña de infinito.

—Todas las vidas posibles que puedo vivir tienen algo en común: estoy yo en ellas. Y no creo que exista una vida posible en la que no esté yo.

La señora Elm no estaba escuchándola.

—Y, ahora, dime, ¿adónde quieres ir?

—A ningún sitio. Por favor.

—¿Quieres echarle otro vistazo al *Libro de los arrepentimientos*?

Nora arrugó la nariz y negó muy escuetamente con la cabeza. Recordó la sensación de asfixia ante tanto remordimiento.

—No.

—Y ¿qué hay de tu gato? ¿Cómo se llamaba?

—Voltaire. Era un poco pretencioso, lo sé, aunque él no era un gato realmente pretencioso. Así que lo llamaba Voltio para acortar. O Volti, cuando estaba contenta por algo. Lo cual no era muy habitual, claro. No soy capaz ni de decidirme sobre el nombre de mi gato…

—Decías que se te había dado mal tener un gato. ¿Habrías hecho algo de otra manera a ese respecto?

Nora meditó. Tuvo la certidumbre de que la señora Elm estaba jugando a algo con ella, pero también quería volver a ver a su gato, y no un gato con el mismo nombre que el suyo. De hecho, se dio cuenta de que quería ver a su gato más que cualquier otra cosa.

—De acuerdo. Me encantaría ver esa vida en la que sí soy capaz de garantizar que Voltaire no se escapa de casa. Pero mi Voltaire. Me gustaría vivir esa vida en la que no intento suicidarme y en la que soy una buena ama y en la que no le dejo salir a la carretera la noche que lo atropellan. Me gustaría ver esa vida, pero solo un poquito. Esa vida existe, ¿no?

La única manera de aprender es vivir

Nora miró alrededor y se dio cuenta de que estaba tumbada en su propia cama.

Consultó el reloj. Pasaba un minuto de la medianoche. Encendió la luz de la mesita: aquella era su vida real, o una copia exacta. Pero iba a ser mejor, porque Voltaire seguiría vivo. El Voltaire auténtico.

¿Dónde estaría?

—¿Voltio?

Nora se levantó.

Buscó por todo el apartamento, pero no lo encontraba por ningún lado. La lluvia golpeaba contra las ventanas; ni siquiera eso había cambiado. Su caja recién empezada de antidepresivos seguía sobre la encimera de la cocina. El teclado eléctrico estaba en su sitio, contra la pared, silencioso.

—¿Volti?

Ahí estaban también la planta de yuca y los tres pequeños cactus en sus respectivos tiestos; ahí su estantería de libros, con el mismo cóctel de manuales de filosofía, novelas, manuales de yoga sin estrenar, biografías de grandes estrellas del *rock* y libros de divulgación científica. Sobre la mesa, un viejo ejemplar de *National Geographic* en cuya portada aparecía un tiburón y un número de hace cinco meses de la revista *Elle*, que había comprado por una entrevista con Ryan Bailey. No había habido muchas incorporaciones a su biblioteca recientemente.

En el suelo, un cuenco todavía lleno de comida de gato.

Nora buscó por todas partes a Voltaire, llamándolo. No lo vio hasta que volvió a su dormitorio y se asomó debajo de la cama.

—¡Voltio!

El gato no se movía.

Como no llegaba con los brazos, tuvo que mover la cama.

—¡Volti! ¡Vamos, Volti, por favor! —susurró.

En cuanto tocó al animal y notó la temperatura de su cuerpo supo que estaba muerto.

La inundaron la tristeza y la confusión y, como por arte de magia, se encontró de vuelta en la Biblioteca de la Medianoche, de nuevo frente a la señora Elm, quien en esa ocasión estaba sentada en un sillón de aspecto cómodo, enfrascada en un libro.

—No entiendo —le dijo Nora.

—Habrá muchas cosas que no entiendas —repuso la señora Elm sin levantar la mirada de la página que estaba leyendo.

—Pedí una vida en la que Voltaire siguiera vivo.

—No, en realidad no fue así.

—¿Qué?

Bajó el libro.

—Pediste una vida en la que te asegurabas de que tu gato no saliera. Es una cosa muy diferente.

—¿Lo es?

—Sí. Totalmente. Verás, si hubieras pedido una vida en la que aún siguiera vivo, habría tenido que decir que no.

—Pero ¿por qué?

—Porque esa vida no existe.

—Pensé que toda vida existe.

—Toda vida posible. Me explico. Resulta que Voltaire sufrió un grave caso de —se detuvo a leer cuidadosamente el libro que tenía en el regazo— «miocardiopatía restrictiva severa congénita». Su corazón estaba destinado a fallar a una edad temprana.

—Pero lo atropelló un coche.

—No es lo mismo, Nora, morir en una carretera que morir atropellado por un coche. En su vida raíz, su vida contigo, Voltaire vive más que en casi cualquier otra vida, excepto la que acabas de visitar, en la cual muere hace solo tres horas. Tuvo unos primeros años difíciles, pero el tiempo que vivió contigo fue el mejor de su vida. Voltaire ha tenido vidas mucho peores, créeme.

—Usted ni siquiera sabía cómo se llamaba hace un momento. ¿Y ahora sabe que tenía una no sé qué restrictiva de nacimiento?

—Sí sabía su nombre. Y no fue hace un momento. Ha sido en este mismo momento. Mira tu reloj.

—¿Por qué me mintió?

—No estaba mintiendo. Te pregunté cómo se llamaba tu gato. Nunca dije que ignorase su nombre. ¿Entiendes la diferencia? Solo quería que dijeras su

nombre, para hacerte sentir algo.

Nora sentía la cara encendida por la agitación.

—¡Pero eso es aún peor! Me envió a esa vida sabiendo que Voltio estaría muerto. Y en efecto. Así que no cambiaba nada, era todo igual.

La mirada de la señora Elm volvió a brillar.

—Salvo tú.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, ya no te consideras una mala ama. Lo cuidaste todo lo bien que podías cuidarlo. Te quería tanto como tú a él y quizá no quería que lo vieras morir. Verás, los gatos saben cosas. Entienden cuándo se les está acabando el tiempo. Salió a la calle porque iba a morir y lo sabía.

Nora trató de asimilar esta información. Pensándolo bien, no había visto ninguna herida en el cuerpo de Voltaire. Había llegado a la misma conclusión que Ash: si un gato aparece muerto en una calzada es porque lo han atropellado. Si un cirujano llegó a esa conclusión, un lego en la materia no lo pensaría dos veces. Dos más dos igual a accidente de coche.

—Pobres Voltios —murmuró Nora con tristeza.

La señora Elm sonrió, como una profesora que da la lección por aprendida.

—Ese animal te quería, Nora. Lo cuidaste tan bien como cualquiera. Echa un vistazo a la última página del *Libro de los arrepentimientos*.

Nora vio el libro tirado en el suelo. Se arrodilló junto a él.

—No quiero volver a abrirlo.

—No te preocupes. Esta vez será más seguro. Lee solo la última página.

Nora obedeció y vio cómo uno de sus últimos arrepentimientos («Cuidé muy mal de Voltaire») desaparecía del papel poco a poco. Las letras se desvanecieron sin más, como personas desconocidas alejándose en la niebla.

Nora cerró el libro apresuradamente para atajar cualquier otro posible remordimiento.

—¿Ves? A veces los arrepentimientos no tienen ninguna base. Algunas veces son simplemente… —se detuvo a buscar el término apropiado, hasta que lo encontró— *fake news*. Una puñetera patraña de las de toda la vida.

Nora intentó recordar sus días de instituto. Estaba bastante segura de que no había oído nunca a la señora Elm usar el término *fake news*.

—Pero sigo sin entender por qué me dejó visitar esa vida si sabía que Voltio iba a estar muerto. Me lo podría haber dicho. Podría haberme dicho simplemente que en realidad no soy tan mala cuidando de un animal. ¿Por qué no lo hizo?

—Porque, Nora, a veces la única manera de aprender es vivir.

—Eso suena bastante duro.

—Siéntate —le pidió la señora Elm—. Pero siéntate bien. Ahí de rodillas no estarás cómoda. —Nora se volvió para ver a sus espaldas un sillón en el que no había reparado antes. Un sillón antiguo, de madera de caoba y tapizado de cuero tachonado, de estilo eduardiano, quizá, con un atril de latón sujeto a uno de los brazos—. Tómate un momento.

Nora se sentó.

Consultó de nuevo su reloj. Daba igual cuántos momentos se tomase: seguía siendo medianoche.

—Sigue sin gustarme todo esto. Una vida llena de tristezas es suficiente para mí. ¿Qué sentido tiene seguir arriesgando?

—De acuerdo, entonces —dijo la señora Elm, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo?

—No hagamos nada, pues. Puedes quedarte aquí en la biblioteca con todas esas vidas esperando en los estantes y no hacer nada.

Nora tuvo la impresión de que la señora Elm continuaba jugando con ella. Decidió seguirle el juego.

—De acuerdo.

Así que Nora se volvió a poner de pie mientras la señora Elm recogía de nuevo el libro gris de entre sus manos.

A Nora le parecía injusto que la señora Elm pudiera leer las vidas sin entrar en ellas.

Pasó el tiempo.

Aunque técnicamente no, claro.

Nora se podría haber quedado ahí en pie para toda la eternidad, sin sentir hambre, sed o cansancio. Se aburriría, eso sí.

Suspendido el paso del tiempo, la curiosidad de Nora por las vidas que la rodeaban fue acrecentándose poco a poco. Al final se dio cuenta de que le resultaba imposible estar en mitad de una biblioteca y no querer sacar cosas de los estantes.

—¿Por qué no me puede proponer una vida que sepa que es buena? —preguntó de súbito.

—Esta biblioteca no funciona así.

Nora tenía otra pregunta.

—En la mayoría de vidas estaré dormida a esta hora, ¿no?

—En muchas, sí.

—Y entonces, ¿qué ocurre?

—Pues que duermes. Y luego te despiertas en esa vida. Nada grave. Pero si eso te pone nerviosa, podrías probar una vida en la que sea otra hora.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, no es de noche a la vez en todo el planeta. ¿Verdad que no?

—¿Cómo?

—Hay un número infinito de universos posibles en los que podrías vivir. ¿Crees de verdad que todos ellos existen en la hora de Greenwich?

—No, claro que no —replicó Nora, dándose cuenta de que estaba a punto de ceder y elegir otra vida. Pensó en las ballenas jorobadas. Recordó el mensaje sin contestar de su amiga—. Ojalá hubiera viajado a Australia con Izzy. Me habría gustado experimentar esa vida.

—Muy buena opción.

—¿Por qué? ¿Es una buena vida?

—Oh, no, no. No estoy diciendo eso. Simplemente, tengo la impresión de que se te está dando mejor lo de elegir.

—¿Entonces? ¿Es una vida mala?

—No he dicho eso tampoco.

Las estanterías se pusieron de repente en marcha y se detuvieron unos segundos después.

—Ajá, aquí lo tenemos —dijo la señora Elm, sacando un libro del segundo estante más cercano al suelo. Lo reconoció al instante y eso le sorprendió, pues parecía idéntico al resto de volúmenes que lo rodeaban.

Se lo entregó a Nora con gesto cariñoso, como si fuera un regalo de cumpleaños.

—Ahí lo tienes. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Nora titubeó.

—¿Y si en esta vida estoy muerta?

—¿Disculpa?

—Quiero decir, en alguna de estas vidas. Debe de haber vidas en las que muero antes del día de hoy.

La señora Elm parecía intrigada.

—¿No es eso lo que querías, de todos modos?

—Bueno, sí, pero…

—Has muerto infinitas veces antes del día de hoy, sí. En accidente de coche,

por sobredosis, ahogada, por una intoxicación alimentaria grave, atragantada con un trozo de manzana, atragantada con una galleta, atragantada con un perrito caliente vegano, atragantada con un perrito caliente no vegano… Y también de todas las enfermedades que pueden contraerse. Has muerto de todas las maneras posibles, a todas las horas posibles.

—Y ¿entonces? ¿Puedo abrir uno de estos libros y morir, sin más?

—No. No de manera instantánea. Como ocurrió con Voltaire, las únicas vidas disponibles en la biblioteca son eso, vidas. Lo que quiero decir es que puedes morir en todas y cada una de ellas, pero no podrás llegar y que ya estés muerta. La Biblioteca de la Medianoche no tiene en su catálogo cadáveres ni fantasmas. Es una biblioteca de posibilidades. La muerte es lo contrario de la posibilidad. ¿Me explico?

—Creo que sí.

Así pues, Nora clavó la mirada en el libro que le había sido entregado. La cubierta era de un color verde abeto, suave al tacto. Estampado en ella, un título de nuevo tan vago como decepcionante: *Mi vida*.

Lo abrió y contempló una primera página en blanco, así que la pasó y se preguntó qué iba a ocurrir en esta ocasión: «*La piscina estaba algo más concurrida de lo habitual.…*».

Y, al instante, allí estaba.

Fuego

Jadeó involuntariamente. Las sensaciones llegaban abruptamente: ruido, agua. Se le llenó la boca y se atragantó. El sabor acre e intenso del agua salada de una piscina de agua salada.

Intentó tocar el fondo, pero no hacía pie, así que empezó a nadar a mariposa.

Una piscina de agua salada, exterior, sobre un acantilado. Al parecer, excavada en un acantilado que se asomaba al océano, que se extendía hasta el infinito justo al otro lado del borde. Brillaba el sol. El agua estaba fría, pero ese frío le sentaba muy bien, pues fuera hacía mucho calor, aparentemente.

Érase una vez una niña que, a sus catorce años, era la mejor nadadora de su edad de todo el condado de Bedfordshire.

Había ganado dos pruebas en los campeonatos nacionales de natación en la categoría júnior. 400 metros y 200 metros estilo libre. En ese tiempo, su padre la llevaba a diario a la piscina de la ciudad. A veces, antes del colegio y, a veces, también después. Pero entonces, cuando su hermano ya destrozaba su guitarra tocando a Nirvana, ella cambió los largos por las escalas y aprendió sola a tocar no solo a Chopin, sino temas clásicos como *Let it Be* de los Beatles o *Rainy Days and Mondays* de The Carpenters. También empezó a componer sus propias canciones, antes de que su hermano se le ocurriese siquiera la idea de formar un grupo que se llamaría Los Laberintos.

Nora no había huido de la natación, sino de la presión que rodeaba ese mundo.

Alcanzó el borde de la piscina. Se detuvo y miró alrededor. En la distancia, por debajo del lugar donde se encontraba la piscina, vio una playa que se extendía formando una media luna, cuyo perfil abrazaba el mar. La playa se extendía en la distancia y las suaves olas lamían la arena.

Por detrás de la playa, hacia el interior, una extensión verde. Un parque con sus palmeras y sus paseadores de perros. Y, por detrás del parque, casas y bloques bajos y una calle con tráfico. Había visto fotografías de Byron Bay, pero

no se parecía en nada a aquello. Ese lugar, fuera el que fuese, parecía un poco más urbanizado. Mantenía el ambiente surfero, pero no dejaba de ser una ciudad.

Nora devolvió la atención a la piscina y se fijó en un hombre que le sonreía mientras se ajustaba las gafas de nadar. ¿Lo conocería? ¿Recibiría la Nora de aquella vida con agrado esa sonrisa? No tenía ni idea, así que contestó con otra escueta sonrisa de compromiso. Se sentía como una turista manejando una divisa desconocida, sin saber muy bien cuánta propina dejar.

Y entonces una señora mayor con gorrito de natación le sonrió también, mientras surcaba lentamente el agua hacia ella.

—Buenos días, Nora —saludó la señora, sin dejar de bracear.

Aquel saludo hizo pensar a Nora que probablemente esa piscina era un lugar que frecuentaba.

—Buenos días —contestó Nora.

Volvió de nuevo la vista hacia el océano, tratando de evitar cualquier charla incómoda. Distinguió un banco de motitas que flotaban en el mar: surfistas tempraneros que nadaban sobre sus tablas deseando coger las primeras olas azul zafiro.

Aquella parecía una prometedora bienvenida a su vida australiana. Echó un vistazo a su reloj, un Casio color naranja chillón con pinta de barato. Un reloj alegre, indicio, o eso quiso creer, de una vida alegre. Eran poco más de las nueve de la mañana. En la misma muñeca que el reloj, una pulsera de plástico con una llave sujeta.

Así que ese era su ritual matutino en Australia: nadar en una piscina de agua salada al aire libre, junto al mar. Se preguntó si estaría sola. Oteó la piscina en busca de Izzy, pero no encontró rastro.

Nadó un poco más.

Lo que la había enamorado siempre de la natación era el desaparecer. Bajo el agua, podía concentrarse tanto que verdaderamente no pensaba en nada. Se desvanecían todas las preocupaciones relacionadas con la vida en casa o en el instituto. El arte de nadar —suponía que como cualquier otro— tenía que ver con la pureza. Cuanto más se concentraba uno en una actividad, menos lo distraían el resto de cosas. De algún modo, uno dejaba de ser quien era para convertirse en lo que hacía.

Sin embargo, le fue difícil mantener la concentración, porque empezaron a molestarle los brazos y el pecho. Supuso que llevaba ya mucho rato nadando y que había llegado el momento de salir. Vio un cartel que decía «Piscina Playa de

Bronte». Recordó vagamente que Dan, que había vivido en Australia un año tras terminar la carrera, había mencionado ese lugar: el barrio de Bronte y su playa. Era fácil que prendiera en el recuerdo: Jane Eyre en tabla de surf.

Aquel dato, además, despejaba su duda.

El barrio de Bronte estaba en Sídney. Aquello, definitivamente, no era Byron Bay.

Eso podía querer decir dos cosas: o bien Izzy no vivía en Byron Bay en esa vida, o bien ella no vivía con Izzy.

Se dio cuenta de que tenía la piel bronceada, de un suave color canela.

El problema más acuciante, desde luego, era que estaba en bañador y no sabía dónde estaba su ropa. Recordó la pulsera de plástico con la llave.

57. Su taquilla era la 57. Encontró los vestuarios y abrió la taquilla. Se percató enseguida de que su gusto en lo referente a la moda, como ocurría con el reloj, era más colorido que su vida. Tenía una camiseta con una piña estampada. Un montón de piñas, de hecho. Unos vaqueros cortados de color rosa y zapatillas sin cordones de cuadros blancos y negros.

«¿En qué me he convertido? —se preguntó—. ¿Presento un programa de televisión para niños?»

Crema solar. Vaselina para labios con perfume a hibisco. Y ningún maquillaje.

Mientras se ponía la camiseta, se fijó en que en el brazo tenía un par de marcas. Eran cicatrices. Se preguntó por un momento si se habría autolesionado. En el antebrazo, un poco por debajo del hombro, se vio un tatuaje: un ave fénix envuelta en llamas. Horrible. Desde luego, en esa vida no tenía gusto de ningún tipo. Pero ¿desde cuándo el buen gusto tenía que ver con la felicidad?

Se vistió y notó que en el bolsillo del pantalón corto tenía un móvil.

Era un teléfono más antiguo que el que tenía en su vida de mujer casada encargada de un *pub*, pero, por suerte, pudo desbloquearlo con su huella dactilar.

Salió del vestuario y se dispuso a andar por el camino pavimentado que bordeaba la playa. Hacía calor. Quizá la vida fuese automáticamente mejor cuando el sol brilla con tal vehemencia en abril. Todo parecía más intenso, más colorido, más vivo que en Inglaterra.

Vio un loris arcoíris posado en el respaldar de un banco, al que fotografiaba una pareja de turistas. Un tipo con aspecto de surfista pasó junto a ella en bicicleta con un batido de color naranja en la mano y la saludó diciendo «buenos días», con todas sus letras.

Aquello, definitivamente, no era Bedford.

Nora reparó en que algo ocurría en su rostro. Estaba sonriendo. Y de manera espontánea, no porque alguien estuviera esperándolo. ¿Era posible tal cosa?

En ese momento, vio una pintada en un murete bajo que decía: EL MUNDO SE QUEMA. Y, luego, otra que decía: UNA TIERRA = UNA OPORTUNIDAD. La sonrisa se le desvaneció en el rostro. A fin de cuentas, una vida distinta no quería decir un planeta distinto.

No tenía ni idea de dónde vivía ni a qué se dedicaba ni adónde se suponía que debía ir después de nadar, pero encontró que esa circunstancia le resultaba en parte liberadora. Existir sin expectativas, ni siquiera las propias. Mientras caminaba, buscó en Google su propio nombre y añadió «Sídney» para ver si encontraba información útil.

Antes de que le diera tiempo a revisar los resultados, levantó la mirada de la pantalla y se dio cuenta de que un hombre que caminaba en sentido contrario le sonreía. Era un tipo bajo, de piel bronceada, mirada amable, melena rala agarrada en una coleta y una camisa mal abotonada.

—¡Hola, Nora!

—¡Hola! —saludó ella de vuelta, tratando de no parecer desorientada.

—¿A qué hora empiezas hoy?

¿Cómo iba a contestar a una pregunta como esa?

—Ay. Joder. ¡Se me había olvidado totalmente!

El tipo dejó escapar una breve risa empática, como si no fuese la primera vez que ella olvidara algo así.

—Lo vi en la lista de turnos. Creo que es a las once.

—¿A las once de la mañana?

«Ojos Amables» rio de nuevo.

—¿Qué has estado fumando? ¿Me das un poco?

—Ja. Nada, nada —dijo ella, tensa—. No he fumado nada. Es que no he desayunado…

—Te veo esta tarde —se despidió, haciendo gala de un marcado acento australiano.

—Sí. En el… sitio. ¿Cómo era?

El hombre rio por tercera vez, frunciendo en esta ocasión el ceño, y siguió caminando. Quizá Nora trabajase en un barco de observación de ballenas que zarpaba desde Sídney. Quizá Izzy también.

Nora no tenía ni idea de dónde vivía (o vivían) y en Google no aparecía ningún dato revelador, pero le pareció que debía alejarse del océano. Quizá fuese cerca. Quizá hubiese ido a la piscina a pie. Quizá una de las bicicletas que había visto candadas en el exterior del café de la piscina fuera suya… Rebuscó en su pequeño monedero y se palpó los bolsillos de los vaqueros en busca de una llave, y solo encontró la de una casa. No había llaves de coche ni tampoco de candado de bici. Así que debía de haber llegado a pie o en bus. La llave de la casa no le daba ninguna información, así que se sentó en un banco, con el sol abrasándole la nuca, a echar un vistazo a los mensajes de texto del teléfono.

Había nombres de personas que no reconocía.

Amy. Rodhri. Bella. Lucy P. Kemala. Luke. Lucy M.

«¿Quiénes son todas estas personas?»

Había un contacto bastante poco elocuente que decía sin más: «Trabajo». Y de «Trabajo» tenía un único mensaje reciente que decía:

¿Dónde estás?

Vio otro nombre que sí reconoció.

Dan.

El corazón se le aceleró mientras esperaba a que se abriese su último mensaje.

> Hey, Nori! Espero que Australia esté tratándote bien. Esto te va a sonar o muy cursi o un poco chungo, pero me la voy a jugar y te lo voy a contar. La otra noche soñé con nuestro pub. Era maravilloso, la verdad. Éramos superfelices! Bueno, no me hagas caso, no me quiero poner intenso. Lo que quería decirte es lo siguiente… ¿sabes dónde voy a viajar en mayo? A AUSTRALIA. No he vuelto a estar desde que viví allí, hace diez años. Voy por un asunto de trabajo. Estoy trabajando para MCA. Sería genial vernos, aunque fuera para tomar un café, si estás disponible. Bs, D.

Le resultó tan extraño que a punto estuvo de echarse a reír, aunque en el último momento le salió una tos. (Tal vez no estaba tan en forma en esta vida, dedujo). Se preguntó cuántos Dan podría haber en el mundo con sueños que en realidad terminarían odiando de hacerse realidad. ¿Cuántos más arrastrarían además a otras personas a sus delirios de felicidad?

Instagram era, al parecer, la única red social que Nora manejaba en esa vida. Y solo publicaba fotos de poemas.

Se tomó un momento para leer uno de ellos:

> *FUEGO*
> Todas las partes de ella
> que cambiaron,

que le fueron arrancadas
por las risas del patio de escuela,
por los consejos de adultos
desaparecidos hace tiempo.
El dolor de los amigos ya muertos.
Recogió esas raspaduras del suelo, virutas de madera.
Y las convirtió en combustible. En **fuego**.
Y ardió.
Ardió con un brillo que la iluminaría **por siempre**.

Aquello le despertó cierta preocupación, aunque a fin de cuentas no era más que un poema. Revisó su correo electrónico y se topó en la bandeja de enviados con un mensaje dirigido a Charlotte, una chica muy campechana que tocaba la flauta en un grupo de música tradicional escocesa y había sido la única amiga de Nora en Teoría de Cuerdas, hasta que se mudó a Escocia.

¡Hola, Charlie!
Espero que todo te esté yendo de maravilla.
Me alegro de que lo pasarais tan bien en el cumpleaños. Siento no haber podido estar este año… Por Australia todo va bien. Mucho sol, como siempre. Por fin hubo mudanza a la nueva casa, cerca de la playa de Bronte (que es preciosa), aquí en Sídney. Hay muchos cafés de barrio, tiene encanto. Además, conseguí un nuevo empleo.
Voy a nadar a una piscina de agua salada por las mañanas, y todas las tardes sin perdonar una me bebo una copa de vino australiano al sol. ¡La vida puede ser maravillosa!
Te mando mi dirección:

2/29 Darling Street
Bronte
NSW 2024 AUSTRALIA

Besos, Nora

Algo le olía a chamusquina. Su tono era de vaga y distante alegría, como si estuviera escribiendo a una tía con la que hubiera perdido el contacto tiempo atrás. Eso de los cafés de barrio y el encanto sonaba a crítica de TripAdvisor. Ella no le hablaba a Charlotte de esa manera, ni a nadie.

Tampoco mencionaba en ese mensaje a Izzy. «Por fin hubo mudanza a la nueva casa»… ¿Quería decir eso que se habían mudado juntas, o solo Nora? Charlotte conocía a Izzy. ¿Por qué Nora no la mencionaba en ese correo?

Pronto lo descubriría. En efecto, veinte minutos después recorría el pasillo de su apartamento, donde vio cuatro bolsas de basura alineadas que urgía sacar. La sala de estar se le hizo pequeña, triste. El sofá estaba viejo, raído. Olía levemente a humedad.

En la pared colgaba un póster del videojuego *Angel* y sobre la mesita de café había un vapeador, decorado con una pegatina de una hoja de marihuana. En el sofá, una mujer absorta en la pantalla que tenía enfrente, disparando a los zombis de un videojuego.

La mujer tenía el pelo corto, teñido de azul. Por un momento Nora pensó que podría ser Izzy.

—Hola —saludó Nora.

La mujer se giró. No era Izzy. Tenía ojos soñolientos y expresión vacía, como si estuviera incubando algo contagiado por los zombis a los que trataba de aniquilar. Probablemente fuese una persona completamente normal, pero Nora no la había visto en su vida. La mujer sonrió.

—Hola. ¿Cómo va ese nuevo poema?

—Oh. Ah, sí. Va muy bien. Gracias.

Nora exploró el apartamento algo confusa. Abrió una puerta al azar y se dio cuenta de que era el baño. No tenía necesidad de usarlo, pero necesitaba un segundo para pensar, así que entró, cerró la puerta tras de sí, se lavó las manos y clavó la mirada en el remolino que creaba el agua al irse por el desagüe y su giro invertido.

Observó la ducha. La anodina cortina amarilla estaba sucia, como suelen estarlo en los pisos de estudiantes. Aquel lugar le recordaba justamente a eso: a un piso de estudiantes. Tenía treinta y cinco años, pero en esa vida vivía como una universitaria. Vio una caja de antidepresivos —fluoxetina— junto al lavabo. La cogió y leyó una pegatina que decía: «Receta para Nora Seed». Se miró de nuevo el brazo para observarse las cicatrices. Se le hizo extraño encontrar sobre su propio cuerpo las pistas de un misterio.

En el suelo, junto a la papelera del baño, había una revista, un número de *National Geographic*. El que tenía en la portada el agujero negro y ella había leído en otra vida, al otro lado del mundo, apenas un día antes. Dio por hecho que aquella revista era suya, dado que siempre le había gustado leerla, y hasta hacía bien poco la había comprado de manera natural, por puro capricho. La versión en línea jamás hacia justicia a las fotos.

Se recordó a sí misma mirando con once años las fotos de Svalbard, el archipiélago noruego del Ártico, en una de las revistas que tenía su padre. Le pareció una tierra enorme, desolada y poderosa e imaginaba cómo sería hollarla, como hacían los exploradores y científicos polares, pasar en ella un verano haciendo estudios geológicos. Recortó las fotografías y las pegó en el corcho de

su habitación. Durante años, en el colegio y el instituto, se esforzó mucho en las asignaturas de ciencias y de geografía para ser como los científicos del artículo y pasar los veranos entre montañas nevadas y fiordos helados, bajo un cielo surcado por frailecillos.

Sin embargo, después de que su padre muriera, leyendo *Más allá del bien y del mal*, de Nietzsche, decidió que a) la filosofía parecía la única asignatura a la altura de su repentina intensidad introspectiva y que b) le apetecía más ser estrella del *rock* que científica.

Salió del baño y volvió al salón con su misteriosa compañera de piso.

Se sentó en el sofá y se quedó observando la pantalla unos momentos.

El personaje que llevaba la chica recibió un disparo en la cabeza.

—¡Puto zombi de mierda! ¡Cabronazo! —vociferó alegremente la chica antes de coger el vapeador. Nora se preguntó cómo habría conocido a esa mujer. Dio por hecho que vivían juntas, pero no estaba segura al cien por cien.

—He estado pensando en lo que dijiste.

—¿Qué dije? —inquirió Nora.

—Sobre lo de cuidar gatos. ¿Te acuerdas? Me dijiste que querías cuidar del gato de no sé quién.

—Ah, sí, claro. Me acuerdo.

—Pues es una pésima idea, tía. Mala de cojones.

—¿De verdad?

—Los gatos, tía.

—¿Qué les pasa?

—Tienen un parásito. La toxonosequé.

Nora estaba al tanto. Lo sabía desde adolescente, cuando trabajó en un refugio de animales en Bedford.

—Toxoplasmosis.

—¡Eso es! Bueno, he estado escuchando un *podcast*, ¿sabes? Y hay una teoría según la cual un grupo internacional de multimillonarios ha infectado a los gatos para conquistar al mundo atontando a la gente. O sea, piensa en ello. Los gatos están por todas partes. He estado hablando de esto con Jared y Jared me ha preguntado: «Evie, ¿qué has estado fumando?». Y yo le he contestado: «Pues la mierda que tú me has vendido». Y él me ha dicho: «Claro, claro». Y luego se ha puesto a hablarme de lo de los saltamontes.

—¿Los saltamontes?

—Sí. ¿No te has enterado de lo de los saltamontes? —preguntó la tal Evie.

—¿Qué les pasa?

—Se están suicidando. Porque dentro les crece un gusano, un parásito que luego se convierte en no sé qué bicho acuático. El gusano le come el cerebro al saltamontes y el saltamontes termina pensando: «¡Hey, me he dado cuenta de que me encanta el agua!». Se tiran de bomba al agua y mueren. Pasa todo el tiempo. Búscalo en Google. Busca «suicidio saltamontes». Bueno, el caso es que las élites del mundo nos están matando a través de los gatos. No deberías ni acercarte a ellos.

Nora no podía dejar de pensar en cuán distinta era esa vida a como la había imaginado. Siempre se había visto con Izzy en un barco frente a las costas de Byron Bay, maravilladas ante la magnificencia de las ballenas jorobadas. Pero no; ahí estaba, en un apartamentucho de Sídney que apestaba a maría, compartido con una conspiranoica que no la dejaba acercarse a los gatos.

—¿Qué ha pasado con Izzy?

Nora no se dio cuenta de que estaba haciendo esa pregunta en voz alta hasta que fue demasiado tarde.

Evie la miró confundida.

—¿Izzy? ¿Tu amiga Izzy?

—Sí.

—¿La que murió?

Esas palabras la golpearon con tal energía que Nora no supo encajarlas.

—Eh, ¿cómo?

—¿La del accidente?

—¿Qué?

Evie la miró aún más desconcertada que antes, mientras las volutas de humo le lamían las mejillas.

—¿Estás bien, Nora? —le preguntó. Acto seguido le alargó el vapeador—. ¿Quieres una calada?

—No, gracias.

Evie dejó escapar una risita.

—Para variar.

Nora cogió su teléfono, entró en el buscador de internet y tecleó «Isabel Hirsh» en la barra de búsqueda. Luego tocó en «Noticias».

Y ahí estaba el titular, sobre una fotografía del sonriente rostro bronceado de

su amiga.

MUERE UNA MUJER BRITÁNICA EN UN ACCIDENTE DE TRÁFICO EN NUEVA GALES DEL SUR

Una ciudadana británica de 33 años de edad murió anoche tras colisionar el vehículo que conducía, un Toyota Corolla, contra otro vehículo que circulaba en sentido contrario, en el que viajaban tres personas que han sido hospitalizadas. Los hechos ocurrieron en la autopista del Pacífico, al sur de Coffs Harbour, poco antes de las nueve de la noche.

La conductora fallecida, llamada Isabel Hirsh y de nacionalidad británica, murió en el acto y viajaba sola. Según su compañera de apartamento, Nora Seed, Isabel regresaba a Byron Bay desde Sydney para acudir a la fiesta de cumpleaños de aquella. Isabel había empezado a trabajar en una empresa turística dedicada al avistamiento de ballenas en barco en Byron Bay.

«Estoy destrozada —ha declarado Nora—. Vinimos a Australia juntas hace apenas un mes. Izzy había planeado quedarse en este país todo el tiempo que pudiera. Era tan vitalista que resulta imposible imaginar el mundo sin ella. Estaba muy emocionada con su nuevo empleo. Resulta insoportablemente triste y difícil de entender».

Los pasajeros del otro vehículo han sufrido heridas de diversa consideración y el conductor, Chris Dale, tuvo que ser trasladado de urgencia en helicóptero a un hospital en Baringa.

La policía de Nueva Gales del Sur ha solicitado la colaboración de los posibles testigos de la colisión.

—Oh, Dios mío —susurró Nora para sus adentros, notando un leve vértigo—. Oh, Izzy…

Sabía que Izzy no estaría muerta en todas sus vidas. Ni siquiera en la mayoría de ellas. Pero aquella vida era real y el dolor que Nora sentía también lo parecía. Reconoció una emoción familiar y aterradora, entreverada de culpa.

Antes de que pudiera siquiera empezar a procesar la muerte de su amiga, sonó el teléfono que tenía aún en la mano. En la pantalla decía «Trabajo».

Le habló una voz masculina con mucho acento.

—¿Dónde estás?

—¿Qué?

—Tenías que estar aquí hace media hora.

—¿Dónde?

—¡En la terminal de trasbordadores! Te toca vender billetes. Tengo bien el número, ¿no? Estoy hablando con Nora Seed, ¿no?

—Sí, con una de ellas —suspiró Nora, mientras se notaba de nuevo desvanecer.

El acuario

La bibliotecaria de astuta mirada había vuelto a su tablero de ajedrez y apenas si apartó los ojos de la partida cuando Nora estuvo de vuelta.

—Ha sido horrible, la verdad.

La señora Elm esbozó un sonrisa sarcástica.

—¿Lo vas entendiendo entonces?

—¿El qué?

—Bueno, que puedes elegir entre distintas opciones, pero no entre distintos resultados. Sigo opinando lo mismo que antes, en cualquier caso: fue una buena elección. Sin el resultado deseado, eso es todo.

Nora estudió el rostro de la señora Elm. ¿Estaría disfrutando de todo aquello?

—¿Por qué me quedé? —preguntó Nora—. ¿Por qué no volví a Inglaterra cuando Izzy murió?

La señora Elm se encogió de hombros.

—Te quedaste trabada. Estabas superando el duelo. Te deprimiste. Ya sabes cómo es la depresión.

Nora creyó entender. Pensó en un estudio que había leído en algún sitio sobre los peces. Los peces se parecían más a los humanos de lo que la gente suele creer.

Los peces se deprimen. Habían hecho una serie de pruebas con peces cebra. Trazaron en el exterior de un acuario grande una línea horizontal con rotulador, a media altura. Los peces deprimidos se quedaban por debajo de la línea. Cuando les daban cierta dosis de Prozac, ascendían un poco y allí se quedaban, en la parte superior del acuario, y nadaban sin parar, como si acabasen de aprender.

Los peces se deprimen cuando les faltan estímulos. Cuando su vida consiste en flotar en un acuario que no se parece en nada al mar. Cuando les falta todo.

Quizá Australia se convirtiera en su acuario vacío, una vez hubo muerto Izzy. Quizá se había quedado sin incentivos para nadar por encima de la línea. Y quizá ni siquiera el Prozac —o la fluoxetina— bastaba para hacerla emerger. Decidió,

al parecer, meterse en ese apartamento con Evie y quedarse allí hasta que la obligaran a salir del país.

Hasta el suicidio le habría parecido una medida demasiado «activa». Quizá en algunas vidas uno simplemente flota sin esperar nada más, sin intentar siquiera cambiar. Quizá así fueran la mayoría de vidas.

—Sí —afirmó Nora en voz alta, tras hacer estas reflexiones—. Quizá me quedé trabada. Quizá estoy trabada en todas mis vidas. Es decir, a lo mejor es que yo soy así y ya está. Una estrella de mar es una estrella de mar en todas sus vidas. No hay vida en la que una estrella de mar llegue a ser ingeniera aeroespacial. Y quizá no haya vida en la que yo no esté trabada.

—Bueno, creo que te equivocas.

—De acuerdo. Pues ahora me gustaría probar una vida en la que no esté trabada. ¿Cuál sería?

—¿No tendrías que decírmelo tú? —La señora Elm movió la reina para comer un peón y a continuación giró el tablero—. Me temo que yo soy una simple bibliotecaria.

—Las bibliotecarias tienen conocimientos. Orientan a la gente para que encuentren el libro apropiado. El mundo apropiado. Encuentran los mejores lugares. Son como motores de búsqueda con alma.

—Exacto. Pero también tienes que saber qué es lo que te gusta. Qué tipo de barra de búsqueda debes usar, metafóricamente hablando. Y en ocasiones has de probar unas cuantas cosas antes de tenerlo claro.

—No tengo tanta resistencia. No creo que sea capaz de enfrentarme a esto.

—La única manera de aprender es vivir.

—Sí. Ya, eso ya me lo ha dicho.

Nora dejó escapar una pesada exhalación. Era interesante saber que en la biblioteca podía resoplar. Que sentía su cuerpo por completo. Y que lo sentía normal. Ese lugar, desde luego, no lo era. Y la realidad física de su cuerpo no podía estar acompañándola en ese momento. Era imposible. A todos los efectos, sin embargo, su cuerpo estaba porque ella, en cierto sentido, también estaba. Erguida, con un suelo bajo los pies, como si la gravedad siguiera existiendo.

—De acuerdo —dijo Nora—. Quiero una vida en la que tenga éxito.

La señora Elm chasqueó la lengua.

—Para haber leído tantos libros, no eres muy explícita en tus elecciones léxicas.

—Lo siento.

—Éxito. ¿Qué significado tiene la palabra *éxito* para ti? ¿Dinero?

—No. Bueno, en parte. Pero no sería la característica más definitoria del éxito.

—Entonces, ¿qué es el éxito para ti?

Nora no tenía ni idea de cómo definir el éxito. Se había sentido una fracasada desde hacía demasiado tiempo.

La señora Elm sonrió, paciente.

—¿Te gustaría consultar de nuevo el *Libro de los arrepentimientos*? ¿Quieres meditar sobre las malas decisiones que en tu opinión te alejaron de eso que tú consideras «éxito»?

Nora negó con la cabeza velozmente, como un perro mojado sacudiéndose. No quería enfrentarse de nuevo a esa lista interminable de errores y decisiones equivocadas. Ya estaba lo suficientemente deprimida. Y, además, era muy consciente de todas las cosas de que se arrepentía, en realidad. Los arrepentimientos no se olvidan. No son picaduras de mosquito. Pican para siempre.

—No, no es así —intervino la señora Elm, leyéndole la mente—. No lamentas cómo eras con tu gato. Y tampoco no haber ido a Australia con Izzy.

Nora asintió. La señora Elm tenía razón.

Pensó en cuando estuvo nadando en la piscina de la playa de Bronte y en lo bien que se había sentido. En lo extrañamente familiar que le había resultado aquello.

—Siempre te animaron a nadar, desde que eras muy pequeña —dijo la señora Elm.

—Sí.

—Tu padre siempre te llevaba de buena gana a la piscina.

—Era una de las pocas cosas que lo hacían feliz —musitó Nora.

Nora sabía que el que nadase siempre había hecho feliz a su padre. Ella disfrutaba mucho de estar en el agua, donde no se podía hablar, porque era el lugar que más la alejaba de las discusiones a gritos entre sus padres.

—¿Por qué lo dejaste? —preguntó la señora Elm.

—Cuando empecé a ganar pruebas, la gente comenzó a fijarse en mí y yo no quería que se fijaran en mí. No quería que se fijaran en mí en general y menos aún en bañador a una edad a la que lo normal es obsesionarse con el propio cuerpo. Una vez alguien dijo que tenía hombros de chico. Era una tontería, y mucha gente decía tonterías así, pero las tonterías a esa edad a veces una se las

toma a pecho. De adolescente me habría encantado ser invisible. La gente me llamaba la Niña Pez. Y no era un piropo. Yo era muy tímida. Ese fue uno de los motivos por los que prefería la biblioteca al patio del recreo. No era gran cosa, pero contar con ese espacio me ayudó mucho.

—No infravalores nunca la gran importancia de las cosas pequeñas —sentenció la señora Elm—. Nunca.

Nora caviló unos instantes. Esa combinación adolescente de timidez y exposición estaba en la raíz del problema. Nadie la sometió nunca a acoso como tal, probablemente porque todo el mundo conocía a su hermano. Joe no era exactamente un tipo duro, pero la gente lo consideraba un tío guay y solía caer bien. Con eso bastó para que su pariente de sangre más cercana fuese inmune a las tiranías de pasillo de instituto.

Ganó pruebas en competiciones locales y después nacionales, pero cuando cumplió quince años se sintió sobrepasada. Nadar a diario, largo tras largo tras largo.

—Tuve que abandonar.

La señora Elm asintió.

—Y el vínculo que habías desarrollado con tu padre se resquebrajó y terminó rompiéndose casi por completo.

—Más o menos.

Nora recordó el rostro de su padre en el coche, una lloviznosa mañana de domingo, a las puertas del polideportivo de Bedford, cuando le dijo que no quería competir más. Esa mirada de decepción y de profunda frustración.

«Pero… ¡podrías triunfar en la vida con esto! —le argumentó él. Sí. Lo recordaba—. Jamás serás estrella del pop, pero esto es real. Lo tienes delante de tus narices. Si sigues entrenando, irás a los Juegos Olímpicos. Estoy absolutamente convencido».

A ella le había enfadado que su padre dijera este tipo de cosas. Como si solo hubiera un estrecho sendero por el que acceder a una vida feliz: el que su padre había trazado para ella. Como si tomar las riendas de su propia vida fuera un error por definición.

Nora no fue capaz de medir plenamente, a los quince años de edad, cuánto daño podía hacer el arrepentimiento ni lo mucho que le había dolido a su padre ver desvanecerse un sueño que casi podía tocarse con las puntas de los dedos.

El padre de Nora, ciertamente, había sido un hombre difícil.

Se mostraba muy crítico con todo lo que su hija hacía y con todo lo que

opinaba y deseaba —a menos que estuviera relacionado con la natación—; en general, Nora siempre tuvo la impresión de que el mero hecho de estar en su presencia equivalía a cometer algún tipo de delito inasible. Desde la lesión de ligamentos que dio al traste con su carrera rugbística, su padre vivía convencido de que el universo estaba en su contra. Y Nora era un engranaje más de ese plan universal —o, al menos, así la hacía sentir él—. Desde que Nora confesara en el aparcamiento del polideportivo que quería dejar de nadar, su padre la tuvo por una prolongación del dolor de su rodilla izquierda. Una lesión andante.

Tal vez él sabía lo que iba a pasar. Tal vez supo prever cómo un arrepentimiento llevaría a otro, hasta que, de repente, su hija no fuera más que eso: arrepentimiento. Un libro lleno de arrepentimiento.

—Bien, señora Elm. Quiero saber qué pasó en la vida en la que hago caso a mi padre y entreno todo lo que puedo. Una vida en la que no me molesta echarme al agua a las cinco de la mañana y nadar hasta las nueve de la noche. Una vida en la que hago esto a diario y nunca me planteo dejarlo. En la que no me importa dejar de lado la música o no acabar mi novela. En la que sacrifico todo lo demás en el altar del estilo libre y no me doy por vencida. En la que hago todo correctamente para llegar a los Juegos Olímpicos. Lléveme a esa vida.

Por un momento, Nora tuvo la impresión de que la señora Elm no había prestado atención a su breve discurso. La bibliotecaria, apretado el entrecejo, mantenía la mirada fija en el tablero de ajedrez, tratando de dar con su propia jugada ideal.

—Mi pieza favorita es la torre —informó—. Es la típica pieza a la que uno cree que no hay que vigilar. Tiene un cometido aparentemente sencillo: vigila a la reina, a los caballos y a los alfiles, porque estos son los astutos. Pero muchas veces es la torre la que te coge desprevenido. Lo sencillo nunca es lo que parece.

Nora supuso que la señora Elm no hablaba solo del ajedrez.

Los libros empezaron a moverse a toda velocidad, como pequeños trenes.

—Esta vida que has pedido vivir —explicó la señora Elm— está un poco más allá del sueño del *pub* y la aventura australiana. Esas eran vidas más cercanas, por así decir. Esta trae consigo un montón de elecciones diferentes, que se remontan más atrás en el tiempo. Así que el estante del libro está un poco más lejos, ¿lo ves?

—Lo veo.

—Las bibliotecas necesitan un sistema. —Los libros se ralentizaron—. Ajá, ya hemos llegado.

Esta vez, la señora Elm no se puso de pie. Se limitó a levantar la mano izquierda y un libro voló hasta ella.

—¿Cómo ha hecho eso?

—No tengo ni idea. Aquí tienes la vida que has pedido. Adelante.

Nora se hizo con el libro. Era liviano, y la portada, de un fresco color lima. Lo abrió por la primera página. Esa vez fue consciente de que no sentía absolutamente nada de nada.

La última actualización que Nora publicó antes de encontrarse entre la vida y la muerte

Echo de menos a mi gato. Estoy cansada.

La vida de éxito

Había estado durmiendo.

Venía de una nada profunda, desprovista de sueños de ningún tipo y, ahora —gracias al timbrazo de su móvil—, estaba despierta y no sabía dónde.

El reloj del teléfono indicaba las 6:30. El resplandor de la pantalla le permitió localizar un interruptor de luz junto a la cama. Encendió y se dio cuenta de que estaba en lo que parecía una habitación de hotel. Era bastante lujosa, pero de un lujo soso, de corporativos tonos azulados.

De la pared colgaba un cuadro de cierto gusto: una manzana en un estilo seudoabstracto, sucedáneo de Cézanne —o quizá fuese una pera.

En la mesilla de noche había una botella de cristal de forma totalmente cilíndrica, medio vacía. Y una bandeja sin empezar de galletitas de cortesía. Unos cuantos papeles impresos, grapados. Una especie de horario o algo así.

Le echó un vistazo.

PROGRAMA PARA NORA SEED

(DAMA DE LA ORDEN DEL IMPERIO BRITÁNICO)

DISCURSO INAUGURAL

GULLIVER RESEARCH — INSPIRACIÓN PARA EL ÉXITO

CONFERENCIA DE PRIMAVERA

8:45. Priya Navuluri (Gulliver Research) y Rory Longford (Discursos Celeb) y J. la recogerán en el recibidor del hotel InterContinental.
9:00 Prueba de sonido.
9:05 Prueba técnica.
9:30 La señora Seed esperará en el área VIP o presenciará, si así lo desea, la alocución del primer conferenciante desde el patio de butacas (J. P. Blythe, creador de la aplicación MeTime y autor de *Tu vida, tus plazos*).
10:15 La señora Seed pronunciará su discurso.
10:45 Turno de preguntas.
11:00 Encuentro con el público.
11:30 Cierre.

«Nora Seed, dama de la Orden del Imperio Británico».

«Inspiración para el éxito».

Así que, de hecho, había una vida en la que triunfaba. Vaya. Quién lo habría dicho.

Se preguntó quién sería ese J. y el resto de personas con que debía encontrarse en el recibidor del hotel. Dejó en la mesilla de noche los papeles y se levantó. Tenía mucho tiempo por delante. ¿Por qué habría puesto el despertador a las 6:30? Quizá nadaba todas las mañanas. Eso tendría sentido. Apretó un botón y las cortinas se descorrieron automáticamente, con un zumbido grave. Al otro lado del vidrio aparecieron una extensión de agua, edificios altos y una cúpula blanca: la del O2 Arena de Londres. Jamás había visto esa parte de la capital desde esa perspectiva. La City y Canary Wharf, desde veinte pisos de altura.

Fue al baño —baldosas beis, gran cabina de ducha, esponjosas toallas blancas— y se dio cuenta de que no sentía su malestar habitual de las mañanas. Un espejo ocupaba la mitad de la pared del lavabo. Su propia imagen le cortó el aliento. Tenía un aspecto tan saludable que le dio risa, y rio. Saludable y fuerte. En esta vida tenía, eso sí, un gusto pésimo para los pijamas: el que llevaba era de cuadros verdes y mostaza.

El baño era enorme; lo suficiente como para echarse al suelo a hacer flexiones. Diez seguidas, hasta abajo, sin apoyar las rodillas y sin perder siquiera el aliento.

Luego hizo una plancha y lo intentó también con una sola mano. Luego con la otra, notando apenas un leve temblor muscular. Luego hizo unos cuantos *burpees*.

Sin problema ninguno.

«Guau».

Se puso de pie y se palmeó el vientre. Duro como una piedra. Recordó lo fácilmente que empezaba a resollar en su vida raíz: bastaba con subir una calle empinada. Técnicamente, así era el día anterior.

No se había sentido así de en forma desde su adolescencia. De hecho, era probable que jamás hubiera estado tan en forma. Tan fuerte, desde luego que no.

Buscó en Facebook «Isabel Hirsh» y descubrió que su antigua mejor amiga estaba viva y viviendo en Australia, lo que la alegró mucho. No le importó que no fuesen amigas ni siquiera en esa red social, pues muy probablemente en esa vida Nora no había estudiado en la Universidad de Bristol. Y aunque hubiera

estudiado en esa universidad, no habría hecho la misma carrera, desde luego. Resultaba bastante aleccionador comprobar que aunque esa Isabel Hirsh no hubiese llegado a conocer a Nora Seed, su vida la había llevado por los mismos derroteros que en la vida raíz de esta.

Buscó también a Dan. Al parecer, estaba (felizmente) casado con una profesora de *spinning* llamada Gina. «Gina Lord (de soltera Sharpe)». Se habían casado en Sicilia.

Nora buscó entonces «Nora Seed».

Su página de Wikipedia (¡tenía página de Wikipedia!) informaba de que, en efecto, había competido en los Juegos Olímpicos. Dos veces. Se había especializado en estilo libre. Había ganado una medalla de oro en 800 metros en ese estilo, con un tiempo alucinante: 8 minutos, 5 segundos. Y se había hecho también con una medalla de plata en 400 metros.

Eso había ocurrido cuando tenía veintidós años. Había ganado otra medalla a los veintiséis, como miembro del equipo de relevos 4 × 100. Lo que le pareció absolutamente inverosímil fue que había ostentado durante un breve periodo de tiempo el récord mundial de los 400 metros libres, tras ganar una prueba en los Campeonatos del Mundo de Natación, después de los cuales se retiró de la competición. Con veintiocho años.

Al parecer trabajaba para la BBC como comentarista en competiciones de natación, había aparecido en un concurso de televisión relacionado con el deporte, había escrito una biografía titulada *Nadando libre* y ocasionalmente trabajaba como entrenadora adjunta del equipo británico. Y le sobraba tiempo para nadar dos horas diarias.

Entregaba un montón de dinero a causas benéficas —como la Asociación contra el Cáncer Marie Curie— y había organizado una prueba de natación en mar abierto, en torno al famoso muelle de Brighton, para recaudar fondos destinados a la Sociedad de Conservación Marina. Tras retirarse del deporte profesional, había atravesado dos veces el canal de la Mancha a nado.

Había un enlace a una charla TED que había dado sobre el valor de la resistencia en el deporte, en los entrenamientos y en la vida. Tenía más de un millón de reproducciones. Puso el vídeo y le dio la impresión de estar viendo a otra persona. Esa mujer se sentía muy segura de sí misma y se manejaba a la perfección sobre el escenario; mantenía una postura erguida y sonreía de manera natural al hablar. Lograba hacer sonreír a la audiencia e incluso asentir en señal de aquiescencia, reír o aplaudir en los momentos clave.

Jamás imaginó llegar a convertirse en alguien así. Trató de memorizar todas las cosas que esta otra Nora hacía frente al público, pero se dio cuenta de que no había manera de que pudiese imitarla.

«La gente resistente no está hecha de una materia distinta a la del resto —se oyó decir—. La única diferencia está en que se proponen objetivos claros y tienen la determinación firme de cumplirlos. La resistencia es fundamental para mantenerse concentrado en una vida plagada de distracciones. Consiste en la capacidad de no dejar de lado una tarea cuando tu cuerpo y tu mente están al límite. Es la capacidad de mantener la cabeza gacha y seguir nadando por tu calle, sin mirar a los lados, sin preocuparte de si alguna otra nadadora te ha rebasado…»

Pero ¿quién diablos era esa mujer?

Movió la regleta del vídeo hacia delante. Esa Nora desconocida seguía hablando con la seguridad de una Juana de Arco de la autoayuda.

«Si te propones convertirte en algo que no eres, fracasarás siempre. Tu objetivo debe ser convertirte en ti misma. Tu objetivo debe ser mirar, actuar y pensar como tú eres. Tu objetivo es ser la versión más fidedigna de ti misma. Abraza ese ego, esa mismidad. Respáldala. Ámala. Trabaja mucho en ella. Y no lo pienses dos veces cuando la gente se ría de ella o la ridiculice. La mayor parte de los chismes son envidia camuflada. Mantén la cabeza gacha, pero no dejes de nadar. Trabaja tu resistencia y sigue nadando».

«Sigue nadando», masculló Nora, haciéndose eco de esa otra Nora y preguntándose si el hotel tendría piscina.

El vídeo terminó y un segundo más tarde su teléfono empezó a vibrar.

Apareció un nombre en la pantalla: «Nadia».

Ella no conocía a ninguna Nadia en su vida raíz. No tenía ni idea de si a la Nora de esa vida ver ese nombre le habría hecho ilusión y le habría causado felicidad o si la habría hundido en la desesperación y el temor.

Solo había una manera de averiguarlo.

—¿Hola?

—Cariño —dijo una voz que no reconoció. Era cercana pero no precisamente cálida. Tenía un poco de acento. Quizá ruso—. Espero que estés bien.

—Hola, Nadia. Gracias. Estoy bien, sí. En el hotel. Preparándome para el discurso.

Trató de adoptar un tono alegre.

—Ah, sí, el discurso. Quince mil libras por una charla. Suena bien.

Quince mil libras. Sonaba a locura, más bien. Se preguntó cómo conocía ese dato esa tal Nadia.

—Ajá.

—Joe nos lo ha contado.

—¿Joe?

—Sí. Bueno, escucha. Necesito hablar contigo en algún momento sobre el cumpleaños de tu padre.

—¿Cómo?

—Estoy seguro de que le encantaría que subieras a vernos.

Notó cómo el cuerpo se le enfriaba y se le aflojaba de golpe, como si hubiera visto un fantasma.

Recordó el funeral de su padre. Recordó estrechar a su hermano mientras lloraban el uno en los brazos del otro.

—¿Mi padre?

«Mi padre. Mi padre, que había muerto».

—Acaba de entrar, estaba en el jardín. ¿Quieres hablar con él?

Aquello era absolutamente inesperado y demoledor. Esa era una pregunta que no podía hacerse con el tono informal que estaba usando aquella mujer, como si no significara nada.

—¿Qué?

—¿Quieres hablar un momento con papá?

A Nora le llevó un momento reaccionar. Sintió de repente que perdía el equilibrio.

—Yo…

Apenas podía articular palabra. Ni tampoco respirar. No sabía qué decir. Era todo absolutamente irreal, como un viaje en el tiempo. Como si hubiera retrocedido dos décadas.

No le dio tiempo a dar una respuesta. Lo siguiente que oyó decir a Nadia fue: «Se pone».

Nora estuvo a punto de colgar. Quizá debería haberlo hecho, pero no. Ahora que sabía que existía la posibilidad, necesitaba imperiosamente escuchar la voz de su padre de nuevo.

Primero oyó su respiración.

Y luego: «Hola, hija, ¿cómo estás?».

Sin más. Una pregunta informal, general, cotidiana. Era él. Su voz. Su voz

fuerte y su forma de hablar, entrecortada y seca. Le sonaba quizá algo debilitada, más suave. Una voz envejecida quince años.

—Papá —dijo Nora. Su voz era un susurro de sorpresa—. Eres tú.

—¿Estás bien, Nora? ¿No tienes buena cobertura? Si quieres hacemos videoconferencia, si tienes wifi.

Videoconferencia. Verle la cara. No, por favor. Eso era demasiado. Aquello estaba siendo ya demasiado. La mera idea de que existiera una versión de su vida en la que su padre vivía, en una época en la que ya existía la videoconferencia…, era demasiado. Su padre pertenecía a la época del teléfono fijo. Cuando murió, apenas empezaban a manejarse medios de comunicación revolucionarios como el correo electrónico o los mensajes de texto.

—No —atajó ella—. Sí, tengo cobertura. Es que estaba pensando en otra cosa. Tengo la cabeza en otro lado, perdona. ¿Cómo estás, papá?

—Bien. Llevamos a Sally al veterinario ayer.

Dio por hecho que Sally era un perro. Sus padres no habían tenido nunca perro ni ningún animal de compañía. Cuando era pequeña, Nora había suplicado que se hiciesen con uno, perro o gato, pero su padre siempre había argumentado que te atan demasiado.

—¿Qué le pasa? —preguntó Nora, tratando de sonar natural.

—Las orejas, otra vez. Esa infección no termina de irse.

—Oh, vaya —repuso Nora, como si conociera perfectamente a Sally y sus fastidiosas orejas—. Pobre Sally… Te quiero, papá. Solo quería que lo supieras.

—¿Estás bien, Nora? Te encuentro un poco… emotiva.

—Es que… Nunca te lo… No te lo digo lo suficiente, papá. Quiero que sepas que te quiero. Eres un buen padre. Y que si en otra vida, no sé, hubiera dejado de nadar, me habría arrepentido para siempre.

—¿Nora…?

Se sentía torpe y no quería preguntarle nada, pero tenía que hacerlo. Empezaron a emerger preguntas de su boca como de un géiser.

—¿Estás bien, papá?

—¿Por qué no iba a estarlo…?

—Pues… No sé, hace un tiempo te quejabas de dolores en el pecho.

—No los he tenido desde que me recuperé. Han pasado años. Te acuerdas de cuando me dio por cuidarme, ¿no? Es lo que pasa por juntarse con olímpicas… Recuperé la forma que tenía cuando jugaba al *rugby*, más o menos. Y son ya

dieciséis años sin beber. El médico dice que tengo el colesterol y la tensión muy bien.

—Sí, claro, claro. Me acuerdo cuando empezó a darte por lo sano. —Y entonces se le planteó otra pregunta. No tenía ni idea de cómo formularla, así que la soltó a bocajarro.

—¿Cuánto tiempo lleváis Nadia y tú juntos exactamente, papá?

—¿Estás teniendo problemas de memoria o qué?

—No. Bueno, a lo mejor sí. Es que he estado pensando mucho sobre la vida últimamente.

—¿Te ha dado por filosofar?

—Bueno, es lo que estudié.

—¿Cuándo?

—Nada, ya te hablaré sobre eso. Es que no me acuerdo cuándo os conocisteis Nadia y tú exactamente.

Nora oyó un suspiro incómodo al otro lado del hilo. Su padre adoptó un tono levemente lacónico.

—Ya sabes cómo nos conocimos. ¿A qué viene todo esto? ¿Es algo que estás viendo con tu terapeuta? Porque ya sabes lo que opino al respecto de eso.

«Tengo un terapeuta».

—Lo siento, papá.

—No pasa nada.

—Solo quiero cerciorarme de que eres feliz.

—Pues claro que lo soy. Mi hija es campeona olímpica y por fin he encontrado al amor de mi vida. Y tú estás volviendo a ser la de siempre. Emocionalmente, me refiero. Después de lo de Portugal.

Nora se preguntó qué habría ocurrido en Portugal, pero le acuciaba otra pregunta.

—¿Y mamá? ¿No fue mamá también el amor de tu vida?

—Lo fue. Pero las cosas cambian, Nora. Vamos, hija. Ya eres adulta.

—Yo…

Nora puso el manos libres y buscó de nuevo el artículo de Wikipedia que hablaba de ella. Ahí encontró la clave: sus padres se habían divorciado después de que su padre tuviera una aventura con Nadia Vanko, madre de un nadador ucraniano, Yegor Vanko. En esta línea temporal, su madre había muerto tiempo atrás, en el 2011.

Eso había ocurrido porque, en esa vida, Nora no se había sentado en ese

aparcamiento de Bedford para decirle a su padre que no quería seguir compitiendo.

Volvió a tener esa sensación. La sensación de estar desvaneciéndose. Había llegado a la conclusión de que esa vida tampoco era para ella. Su cuerpo quería desaparecer. Supuso que estaría regresando ya a la biblioteca. Pero no, aún no, aparentemente. Siguió donde estaba. Se despidió de su padre, colgó y siguió leyendo el artículo.

Estaba soltera, al parecer, aunque había tenido una relación de tres años con un tal Scott Richards, saltador de trampolín estadounidense y ganador de una medalla olímpica. Vivieron durante un tiempo juntos en California, concretamente en La Jolla, cerca de San Diego. Ella ahora vivía en el oeste de Londres.

Tras leer el artículo completo, dejó a un lado el teléfono y decidió ir a comprobar si había piscina. Quería hacer lo que en esa vida hacia cotidianamente, y eso era nadar. Quizá en el agua encontrase alguna idea sobre qué decir en la conferencia.

Fue una sesión de natación excepcional, aunque no la ayudase mucho en lo creativo. Sí encontró de nuevo la tranquilidad tras la experiencia de conversar con su padre, muerto tiempo atrás en su vida raíz. Tenía la piscina para ella sola; recorrió las calles de un extremo a otro a mariposa, surcando grácilmente el agua como un velero, sin apenas esfuerzo. Aquel poderío físico y aquella destreza en el agua la hacían sentirse capaz y segura, hasta tal punto que por un momento dejó de preocuparse por su padre o por tener que dar un discurso que no había preparado.

Mientras nadaba su ánimo cambió, sin embargo. Pensó en esos años que su padre había ganado, pero su madre había perdido. Mientras reflexionaba sobre ello, fue enfadándose cada vez más con su padre, lo que la empujó a nadar aún más rápido. Siempre se había figurado que sus padres eran demasiado orgullosos como para divorciarse y que por eso habían decidido seguir juntos y dejar que los resentimientos se enquistasen, proyectándolos sobre sus hijos y, en especial, sobre Nora. Nadar había sido la única manera de encontrar la aprobación de ambos.

En esa vida que estaba viviendo en ese momento, se había dedicado a la natación para hacer feliz a su padre, sacrificando ella, por el contrario, sus relaciones, su amor por la música, su propia vida, en definitiva. Su padre le había

recompensado teniendo una aventura con esa tal Nadia y dejando a su madre. Y aun así le sentaba mal hablar del asunto. Después de todo lo que había ocurrido.

«Que le den», pensó. O al menos, a aquella versión de él.

Cambió de estilo a crol y reflexionó que no era culpa suya si sus padres no habían sido capaces nunca de quererla como los padres deben querer a sus hijos: incondicionalmente. No era culpa suya que su madre se ensañara con todos y cada uno de sus defectos, empezando por sus orejas de soplillo. No, iba más atrás aún. El primer problema que Nora había planteado a sus padres fue atreverse a emerger a la existencia en un momento en que el matrimonio atravesaba un momento relativamente frágil. Su madre cayó en una depresión y su padre se aficionó a los vasos cortos con hielos y *whisky* dentro.

Hizo treinta largos más. Su mente se apaciguó y empezó a sentirse libre. Solas, ella y el agua.

Por fin, salió de la piscina y regresó a su habitación para ponerse la única ropa limpia que tenía (un elegante traje pantalón azul marino). Sin embargo, se quedó mirando absorta el interior de su maleta. Sintió que del interior emanaba una profunda soledad. Llevaba en ella un ejemplar de su propio libro. En la cubierta, una fotografía de Nora, dando a cámara una mirada audaz, ataviada con el bañador de la selección británica. Se lo acercó y leyó, en letra pequeña, que lo había «coescrito con Amanda Sands».

(Internet le informó de que Amanda Sands era periodista deportiva y había escrito numerosas biografías mano a mano con estrellas del deporte).

A continuación, consultó el reloj. Era la hora de bajar al recibidor.

Estaban esperándola dos personas elegantemente vestidas cuyas caras no le sonaban de nada, y un hombre al que definitivamente sí conocía. Este último, en esta vida, iba trajeado, se afeitaba y se peinaba con raya, pero seguía siendo el mismo Joe. Sus oscuras cejas, tan pobladas como siempre: «Es el italiano que llevas dentro», solía decir la madre de ambos.

—¿Joe?

Es más, su hermano le sonreía. Una sonrisa ancha, fraternal y desenfadada.

—Buenos días, hermanita —saludó, sorprendido y un poco incómodo por el largo abrazo que ella le estaba dando. Cuando Nora lo soltó, Joe le presentó a las otras dos personas—. Esta es Priya, de Gulliver Research, los organizadores de la conferencia, como sabes. Y este es Rory, de Discursos Celeb, ya sabes.

—¡Hola, Priya! —saludó Nora—. Hola, Rory. Encantado de saludaros a los dos.

—Igualmente —respondió Priya, sonriendo—. Es un placer tenerte entre nosotros.

—¡Hablas como si no nos hubiéramos visto nunca! —dijo Rory, dejando escapar una sonora carcajada.

Nora reculó.

—Sí, sí, ya sé que nos hemos visto, Rory. Es broma. Ya conoces mi sentido del humor.

—Ah, ¿tienes sentido del humor?

—¡Muy buena, Rory!

—Bueno —intervino su hermano, mirándola y sonriendo—. ¿Quieres ir a ver el espacio?

Nora no podía dejar de sonreír. Ahí estaba su hermano, al que llevaba dos años sin ver y con el que había perdido cualquier tipo de cercanía desde mucho tiempo antes, con aspecto sano y feliz y actuando como si ella le cayera bien.

—¿El espacio?

—Sí. La sala. Donde vas a hablar.

—Está todo preparado —añadió Priya, muy dispuesta.

—Es enorme —dijo Rory con tono admirativo, mientras trataba de no quemarse con un café en vaso de papel que llevaba en la mano.

Nora aceptó y la condujeron a una gigantesca sala de conferencias de paredes azules, con un amplio escenario y un patio de butacas de unas mil plazas. Apareció un técnico vestido de negro que se le acercó y le preguntó: «¿Qué tipo prefiere? ¿Mosca, diadema o de mano?».

—¿Perdón?

—¿Qué tipo de micro prefiere que le pongamos?

—¡Ah!

—De diadema —se adelantó su hermano.

—Sí, de diadema —confirmó Nora.

—He pensado que mejor de diadema —continuó diciendo Joe— para evitar el horror aquel que pasamos en Cardiff.

—Sí, totalmente. Qué horror.

Priya le sonreía todo el tiempo, como si quisiera preguntarle algo.

—No trae ningún contenido multimedia, ¿estoy en lo cierto? ¿Una presentación o algo así?

—Eh, yo…

Su hermano y Rory se la habían quedado mirando, con un repentino ademán de leve inquietud.

Aquella era claramente una pregunta que debería haber sabido responder, pero no.

—Sí —dijo por fin, pero entonces vio la expresión de su hermano y cambió de tercio radicalmente—. ¡Digo, no! No, no traigo nada. No tengo nada multimedia.

Todos la miraron con cara de preocupación, pero ella salió del paso sonrisa en ristre.

Menta poleo

Diez minutos más tarde estaba sentada con su hermano en un lugar al que llamaron «sala de espera VIP», pero no era más que una habitación pequeña y sin aire acondicionado, en la que había algunos sillones y una mesa con un muestrario de la prensa del día. Dos hombres de mediana edad vestidos de traje tecleaban en sus portátiles.

Para entonces, había deducido ya que su hermano hacía las veces de su representante. Y, al parecer, llevaba siéndolo siete años, desde que Nora dejase la natación profesional.

—¿Estás bien con todo esto? —preguntó su hermano, después de sacar dos vasitos con agua caliente de la máquina de café. Rasgó un sobre de infusión para sacar la bolsita. Menta poleo. Lo sumergió en el agua caliente y ofreció el vaso a Nora.

Ella nunca había bebido menta poleo, en su vida.

—¿Esto es para mí?

—Bueno, sí. No tenían otra infusión.

Joe se había pedido un café que ahora Nora ansiaba secretamente. Tal vez en esa vida ella no tomaba cafeína.

—¿Llevas bien esta historia? —insistió su hermano.

—¿El qué? —preguntó ella.

—La charla que tienes ahora, Nora.

—Oh, hum, sí, claro. ¿Cuánto tiempo es?

—Cuarenta minutos.

—Claro, todo bien.

—Es mucho dinero. Conseguí más de diez mil.

—Muchas gracias, Joe.

—Bueno, el veinte por ciento es para mí, ya sabes. No me cuesta nada.

Nora reflexionó sobre cómo descubrir el misterio de su historia compartida. Cómo averiguar por qué, en esta vida, trabajaban juntos y se llevaban bien. Quizá fuera por dinero, aunque a su hermano nunca lo había motivado

particularmente la riqueza. Sí, claro, obviamente se había molestado cuando Nora se retiró del acuerdo con la compañía discográfica, pero eso fue porque él quería tocar la guitarra en Los Laberintos el resto de su vida y convertirse en una estrella del *rock*.

Después de sumergir la bolsita de infusión unas cuantas veces, Nora la dejó flotar en el agua.

—¿Alguna vez has pensado en lo diferentes que podrían haber sido nuestras vidas? Por ejemplo, si no me hubiera tomado la natación en serio.

—En realidad, no.

—Quiero decir, ¿a qué crees que te dedicarías si no fueras mi representante?

—También represento a otras personas, ya sabes.

—Sí, por supuesto. Ya sé.

—Aunque imagino que, de no ser representante tuyo, no me dedicaría a esto. O sea, tú fuiste la primera. Me presentaste a Kai y luego a Natalie… Y luego a Eli, así que…

Nora asintió, como si tuviera alguna idea de quiénes eran Kai, Natalie y Eli.

—Cierto, pero tal vez hubieras encontrado otra manera de ser representante de gente conocida.

—¿Quién sabe? O tal vez seguiría en Mánchester, no lo sé.

—¿Mánchester?

—Sí. ¿Te acuerdas de lo mucho que me gustaba la ciudad? Disfruté un montón los años de universidad.

Era muy difícil que nada de aquello la sorprendiera, por el hecho de que aquel hermano con el que extrañamente congeniaba, y que era además su empleado, había estudiado en la universidad. En su vida raíz, su hermano sacaba sobresalientes y quiso estudiar historia en Mánchester, pero no llegó a obtener la nota suficiente. Probablemente porque se colocaba con Ravi una noche tras otra. Luego decidió que no quería ir a la universidad de ninguna de las maneras.

Charlaron un poco más.

En un momento dado, él consultó su teléfono.

Nora se dio cuenta de que la fotografía del fondo de pantalla de su móvil era la de un hombre guapo, de sonrisa radiante, cuyo rostro no le era familiar. Se percató también de que en el anular llevaba una alianza. Fingió una expresión lo más neutral posible.

—Bueno, ¿qué tal llevas la vida de casado?

Joe sonrió. Era una sonrisa auténticamente feliz. No lo había visto sonreír así

en años. En su vida raíz, a Joe siempre le había ido mal en el amor. Había sabido desde la adolescencia que su hermano era gay, pero este no salió del armario oficialmente hasta los veintidós años. Y jamás había tenido una relación larga o siquiera feliz. Nora se sintió culpable de que su propio discurrir vital tuviera el poder de modelar el de su hermano de una forma tan significativa.

—Oh, ya conoces a Ewan. Ewan es como es.

Nora le devolvió la sonrisa como si supiera a la perfección quién era Ewan y cómo era exactamente.

—Sí. Es genial. Estoy tan feliz por vosotros dos.

Joe rio.

—Son cinco años casados, hermana. Me estás hablando como si lo acabara de conocer.

—No, bueno, es solo que… Ya sabes. A veces pienso en la suerte que tienes. Tan enamorado. Y feliz.

—Ahora quiere un perro —informó, sonriendo—. Ese es el debate de estos días. Y, bueno, a mí no me importaría tener un perro. Pero quiero adoptar. No quiero comprar un puñetero *maltipoo* o un *bichon*. Quiero un lobo. Un perro de verdad, ya sabes.

Nora pensó en Voltaire.

—Las mascotas hacen mucha compañía…

—Sí, eso es verdad. ¿Tú sigues queriendo un perro también?

—Sí. O un gato.

—Los gatos son muy desobedientes —dijo él, y aquello le sonó un poco más al hermano que recordaba—. Los perros saben dónde está su sitio.

—«La desobediencia es el verdadero cimiento de la libertad. Los obedientes habrán de ser esclavos».

Su hermano lo miró un poco perplejo.

—Y eso ¿de dónde te lo has sacado? ¿Es una cita?

—Sí. De Henry David Thoreau. Ya sabes, mi filósofo favorito.

—¿Desde cuándo te interesa la filosofía?

Claro, en aquella vida no había estudiado Filosofía. Su yo raíz había leído todas las obras de Thoreau y de Lao Tse y de Sartre en un maloliente piso de estudiantes de Bristol, pero en la vida que vivía ahora se había dedicado a recibir medallas en podios olímpicos en Pekín. Extrañamente, se sintió muy triste por esa versión de su persona que jamás se había enamorado de la belleza sencilla de *Walden o la vida en los bosques*, la obra más importante de Thoreau, o de las

estoicas *Meditaciones* de Marco Aurelio, lo que la hizo, a su vez, empatizar con la versión de ella que jamás había cumplido el sueño olímpico.

—Ah, no sé… Me encontré con algún texto suyo en internet.

—Guay. Tendré que leerlo. Podrías usarla para tu discurso.

Nora se notó palidecer.

—Hum, hoy quizá haga algo un poco distinto. Quizá improvise un poco.

A fin de cuentas, últimamente había estado practicando mucho lo de improvisar.

—La otra noche vi un documental genial sobre Groenlandia. Me acordé de cuando estabas obsesionada con el Ártico y recortabas todas esas fotos de osos polares y demás.

—Sí. La señora Elm decía que la mejor manera de explorar el Ártico es hacerse glacióloga. Eso es lo que quería ser.

—La señora Elm. ¿De qué me suena?

—La bibliotecaria del instituto.

—Eso. ¡Tú es que prácticamente vivías en esa biblioteca!

—Más o menos.

—Imagínate. Si no te hubieras dedicado a nada, quizá ahora mismo estarías en Groenlandia.

—En Svalbard —corrigió ella.

—¿En dónde?

—Es un archipiélago noruego. Muy al norte, en el océano Ártico.

—Vale, pues en Noruega. Allí estarías.

—Quizá. O quizá siguiera en Bedford, fregando escaleras. Parada. Peleando por pagar el alquiler.

—No seas boba. Tú siempre has conseguido cosas importantes.

Ella sonrió ante la ingenuidad de su hermano.

—A lo mejor en otra vida tú y yo no nos llevaríamos bien.

—Chorradas.

—Eso espero.

Joe parecía un poco incómodo. Quería cambiar de tema, claramente.

—¿A que no sabes a quién vi el otro día? —Nora se encogió de hombros, esperando que fuese alguien que conociera.

—¡A Ravi! ¿Te acuerdas de él?

Cómo no. Justamente el día anterior le había cantado las cuarenta en una tienda de periódicos de Bedford.

—Ravi, sí, claro.

—Me encontré con él.

—¿En Bedford?

—¡Ja, ja! No, por Dios. Lleva años sin pasar por allí. No. Fue en Londres, en la estación de Blackfriars. Casualidad total. Llevaba sin verlo más de diez años, al menos. Quiso que nos tomásemos algo en un *pub* y le dije que había dejado de beber, y luego le tuve que explicar que había sido alcohólico y todo eso. Que llevaba años sin probar un sorbo de cerveza y sin darle una calada a un porro. —Nora asintió como si aquella noticia no fuese como una bomba para ella—. Desde que mamá murió. En fin, ya sabes. Él me miraba pensando: «¿Quién es este tío?». Pero, bueno, estuvo bien. Lo vi muy bien, fue guay encontrarnos. Trabaja como cámara. Sigue haciendo música, aparte. Pero nada de guitarreo, se dedica a pinchar. ¿Recuerdas el grupo que tuvimos él y yo hace años? ¿Los Laberintos?

A Nora cada vez le resultaba más fácil reaccionar con vaguedades.

—Ay, sí, Los Laberintos. Claro. Qué *flash*.

—Sí… Me da la impresión de que él echa de menos esa época. Aunque tocábamos fatal. Yo no tenía oído.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes respecto a eso? ¿Alguna vez te has parado a imaginar cómo habría sido tu vida si Los Laberintos hubieran triunfado?

Dejó escapar una risa revestida de una leve tristeza.

—Nunca me lo he planteado, la verdad.

—Quizá necesitabais algún componente más. Yo tocaba a veces ese teclado que mamá y papá te regalaron.

—¿En serio? ¿Y de dónde sacabas el tiempo?

Una vida sin música. Una vida sin leer los libros que le habían enamorado.

Pero también una vida en la que se llevaba bien con su hermano. Una vida en la que no lo había decepcionado.

—Bueno, sea como sea… —continuó Joe—. Ravi me dijo que te enviase recuerdos. Quiere que nos veamos. Al parecer trabaja a solo una parada de metro de aquí. Va a intentar venir a la charla, de hecho.

—¿Qué? Oh. Eso es un poco… Ojalá no viniera.

—¿Por qué?

—Pues… La verdad es que nunca me cayó muy bien.

Joe arrugó el entrecejo.

—¿En serio? No me suena que me dijeras nada al respecto nunca… Es buen

tío. En su día se pasaba un poco con el alcohol y las drogas, pero parece que se ha reformado…

Nora parecía agitada.

—¿Joe?

—Dime.

—¿Recuerdas cuando mamá murió?

—Sí.

—¿Dónde estaba yo?

—¿A qué te refieres? ¿Qué te pasa hoy, hermana? ¿Te están funcionando bien las pastillas nuevas?

—¿Las pastillas…? —Rebuscó en su bolso y empezó a sospechar. Encontró entonces un frasquito de antidepresivos. Se le cayó el alma a los pies—. Eh… Solo quería saber si veía a mamá a menudo antes de que muriera.

Joe volvió a fruncir el ceño. Seguía siendo el mismo Joe. Incapaz de ver venir a su hermana. Anhelante aún por escapar de la realidad.

—No estábamos allí, ya lo sabes. Fue todo muy rápido. No nos contó lo enferma que estaba, para protegernos. O quizá porque no quería que la obligáramos a dejar de beber.

—¿De beber? ¿Tanto bebía?

La expresión de preocupación de Joe se agudizó.

—Hermana, ¿tienes amnesia? Desde que Nadia apareció en nuestras vidas se bebía una botella de ginebra al día.

—Sí, sí. Es verdad. Me acuerdo.

—Además, tú tenías los campeonatos de Europa y ella no quería interferir con eso…

—Dios mío. Tendría que haber estado con ella. Alguno de los dos tendría que haber estado con ella… O los dos…

De repente a Joe la expresión se le heló en el rostro.

—Pero tú nunca tuviste esa cercanía con mamá, ¿no? ¿Por qué ahora de repente…?

—Sí la tuve, al final. O sea, habría querido tenerla. Yo…

—Me estás preocupando, Nora. No pareces tú misma.

Nora asintió con la cabeza.

—Sí, sí, soy yo… Es decir… Sí. Creo que tienes razón… Quizá sean las pastillas.

Recordó a su madre en los últimos meses de su vida, diciéndole: «No sé qué

habría hecho sin ti». Probablemente se lo dijera también a Joe. En esta vida, sin embargo, no tuvo cerca a ninguno de los dos.

Priya entró bruscamente en la sala. Sonriente, con el teléfono y una carpeta en la mano.

—Te toca —dijo.

El árbol que es nuestra vida

Cinco minutos después, Nora estaba de vuelta en la vasta sala de conferencias del hotel. Al menos mil personas escuchaban atentamente al primer conferenciante concluir su presentación. El autor de *De cero a héroe*. El libro que en otra vida Dan tenía sobre su mesilla de noche. Nora no prestó atención; se limitó a sentarse en la butaca que tenía reservada en la primera fila. Sentía un enorme malestar al respecto de su madre y estaba muy nerviosa por el discurso, así que solo captó palabras o frases sueltas que flotaron en su mente como picatostes en una crema de verduras: «… lo que no todo el mundo sabe es que», «ambición», «… les sorprenderá oír que», «… si yo puedo hacerlo», «golpes duros».

Costaba respirar en esa sala. Olía a moqueta nueva y a perfume almizclado.

Trató de mantener la tranquilidad.

Se inclinó hacia su hermano y le susurró al oído:

—Creo que no voy a poder hablar.

—¿Qué?

—Creo que estoy teniendo un ataque de ansiedad.

Él la miró sonriendo, pero con una dureza en la mirada que Nora recordó súbitamente de otra vida, cuando entró en pánico antes de uno de los primeros conciertos de Los Laberintos, en un *pub* en Bedford.

—No te preocupes. Vas a estar bien.

—Creo que no puedo hacerlo. Me estoy quedando en blanco.

—No pienses.

—Tengo ansiedad. No puedo pensar en otra cosa.

—Vamos. No me decepciones. No te decepciones a ti misma.

«No me decepciones. No te decepciones a ti misma».

Trató de imaginar música.

Imaginar música siempre la había calmado.

Se abrió paso en su mente una canción. Se sintió levemente avergonzada, hasta consigo misma, al darse cuenta de que esa canción era *Cielos hermosos*:

una canción alegre y feliz que no había cantado en mucho tiempo. «Los cielos se oscurecen, / el negro sobre el azul. / Mas las estrellas, por ti, se atreven y resplandecen».

La persona que estaba sentada junto a Nora —una mujer de negocios en la cincuentena, elegantemente vestida, fuente del aroma almizclado— se le aproximó y le dijo al oído: «Siento mucho lo que te ocurrió. Ya sabes, lo de Portugal…».

—¿El qué?

La voz de la mujer quedó sepultada bajo el alud de aplausos en que estalló el público en ese preciso instante.

—¿Qué pasó en Portugal? —preguntó Nora de nuevo.

Pero era demasiado tarde. Alguien llamaba a Nora desde el escenario y su hermano le clavaba el codo en las costillas.

Su hermano casi vociferando: «¡Te llaman! ¡Venga!».

Se dirigió con paso dubitativo hacia el estrado que había en mitad del escenario. Proyectado sobre el fondo negro, apareció su propio rostro sonriente, a escala gigantesca, con la medalla de oro al cuello.

Siempre había odiado sentirse observada.

—Hola —dijo con voz nerviosa al micrófono—. Es un placer estar aquí hoy…

La miraban unos mil rostros expectantes.

Jamás había hablado delante de tanta gente a la vez. Ni siquiera estando en Los Laberintos. Nunca habían tocado delante de más de cien personas, y ya en esa época hablaba lo mínimo entre canción y canción. Trabajando en Teoría de Cuerdas no había tenido nunca ningún problema en charlar con los clientes, pero rara vez pedía la palabra en las reuniones de empleados, aunque nunca se juntaban más de cinco personas a la vez. En la universidad, mientras Izzy hacía presentaciones como si hubiera nacido con un micrófono en la mano, Nora pasaba semanas preocupada antes del día que le tocase hablar.

Joe y Rory la miraban con los ojos como platos.

La Nora que había visto en la charla TED no era esta Nora. Dudó de que jamás pudiera convertirse en una persona como esa. No al menos con todo lo que ella tenía a sus espaldas.

—Hola. Me llamo Nora Seed. —No pretendía que aquello fuera gracioso, pero el auditorio estalló en carcajadas. Lo cierto es que no le hacía falta presentación—. Qué extraña es la vida —continuó—. Es extraño cómo la

vivimos, toda de una vez. Como si fuera una línea recta. En realidad, no es así. La vida no está construida solo de las cosas que hacemos, sino también de las que no hacemos. Y todos los instantes de nuestra vida son… una bifurcación.

Ninguna reacción en quienes la escuchaban.

—Piensen en ello. Piensen en cómo empezamos… Somos una cosa, una realidad fija, por decirlo así. Como la semilla de un árbol, plantada en el suelo. Entonces… crecemos. Crecemos y crecemos… Y pasamos a ser, primeramente, un tallo, o un tronco.

Ninguna reacción aún.

—Pero luego el árbol que es nuestra vida desarrolla ramas. Pensemos en todas esas ramas que parten desde el tronco, a diferentes alturas. Pensemos en todas esas ramas que vuelven a dividirse, de nuevo; a veces en sentidos contrarios. Pensemos en cómo esas ramas se convierten en otras ramitas más pequeñas, y de estas nacen brotes. Todos esos brotes ocupan lugares distintos, pese a provenir de un único lugar, que es el mismo para todos. La vida es así, pero a mayor escala. Cada día se forman nuevas ramas, cada segundo de cada hora. Y desde nuestro punto de vista, desde el punto de vista de cualquiera, percibimos una especie de *continuum*. Cada brote ha hecho un único viaje para llegar a ser. Muchos otros brotes nacen a la vez, al igual que existen otros muchos "días de hoy". Son como otras vidas que habrían sido muy distintas de haber tomado, en cada momento, una decisión diferente a la que tomamos en nuestra vida actual. Así es el árbol de la vida. Muchas religiones y mitologías han hablado sobre ello. Esta idea está en el budismo, en el judaísmo y en el cristianismo. Muchos filósofos y literatos han acudido a la metáfora del árbol. Para Sylvia Plath, por ejemplo, la existencia era una higuera. Y cada una de las vidas que hubiese podido vivir, la de mujer felizmente casada, la de poeta de éxito, se sustanciaba en un higo jugoso y dulce. Pero, claro está, le era imposible probar todos los higos, así que todos, salvo uno, terminaban pudriéndose en la rama, delante de sus narices. Pensar en todas las vidas que podríamos haber vivido y no vivimos podría volvernos locos.

»Por ejemplo, en la mayoría de mis vidas, yo no estaría aquí de pie ante ustedes, en este estrado, hablando sobre el éxito… En la mayoría de vidas, yo no soy medallista olímpica. —Recordó Nora entonces algo que la señora Elm le había dicho en la Biblioteca de la Medianoche—. Verán, hacer algo de manera distinta es muy parecido a hacerlo todo de manera distinta. Las acciones no pueden revertirse dentro de nuestra línea de vida, por mucho que lo intentemos.

La gente escuchaba atentamente. A las claras, necesitaban una señora Elm en sus vidas.

—La única manera de aprender es vivir.

Y, así, Nora continuó hablando durante otros veinte minutos, tratando de recordar todas las cosas que la señora Elm le había dicho. Se miró entonces las palmas: resplandecían de blanco por la luz del atril.

Trató de aprehender la visión de una línea de piel rugosa y rosácea en su antebrazo, que identificó sin dudarlo como la cicatriz de una autolesión. Esa visión la sacó de su tren de pensamiento. O, más bien, le hizo tomar uno nuevo.

—Y… La cosa es que… La cosa es que… lo que cada uno considera su «camino del éxito» realmente no lo es. Con demasiada frecuencia nuestra visión del éxito es una idea falsaria, impuesta desde fuera, relacionada con los logros: una medalla olímpica, el marido ideal, un buen salario. Toda una batería de medidas que usamos como baremo para nuestras vidas. Pero, en realidad, el éxito no es algo que pueda medirse. La vida no es una prueba de natación que una pueda ganar. Todo eso es una patraña. Sinceramente.

Ahora el público parecía definitivamente incómodo. Desde luego, aquel no era el discurso que estaban esperando. Nora oteó el patio de butacas y solo divisó un rostro sonriente. Le llevó un momento reconocer a aquel hombre, dado que vestía con más elegancia y llevaba el pelo mucho más corto que cuando vivía en Bedford: era Ravi; si bien un Ravi que la miraba con ojos amistosos. No pudo, sin embargo, quitarse de encima la imagen del otro Ravi, el que se había largado cabreado de la tienda de periódicos, farfullando que no podía permitirse ni comprar una revista y culpándola a ella.

—Verán… Sé que todos ustedes estaban esperando una charla parecida a la que di en TED sobre el camino al éxito. Pero lo cierto es que el éxito es una ilusión. Un espejismo. Todo es un espejismo. Sí, hay cosas que podemos superar. Por ejemplo, yo tengo pánico escénico y aquí me tienen y aquí estoy, subida a un escenario. ¡Mírenme…! ¡Estoy en un escenario! Alguien me dijo hace poco que mi problema no era el miedo escénico. Que mi problema era el miedo a la vida. Y ¿saben qué? Que tenía toda la puta razón. Porque la vida da miedo, y da miedo por un motivo. Y ese motivo es que no importa qué rama y qué brote nos toque vivir: siempre seremos el mismo árbol podrido. Yo quería ser muchas cosas en la vida. Todo tipo de cosas. Pero si tu vida está podrida, así seguirá por mucho que hagas. La humedad lo pudre todo, es inútil…

Joe le hacía gestos vehementes para que cortase, haciendo como que se

rebanaba el cuello con el perfil de la mano.

—En fin, solo quería decirles que… sean buenas personas. Sean buenas personas. Tengo la impresión de que voy a tener que irme pronto, así que solo querría decir que quiero mucho a mi hermano Joe. Te quiero, hermano, y quiero también a todo el mundo que está en esta sala hoy, ha sido muy agradable estar aquí.

Y en ese instante justo en el que estaba diciendo que había sido agradable estar, fue cuando dejó de estar.

Error del sistema

Estaba de vuelta en la Biblioteca de la Medianoche.

Pero esta vez había reaparecido en un lugar algo alejado de las estanterías. Se encontraba en esa especie de despacho que había visto antes, en uno de los pasillos amplios. El escritorio estaba cubierto de cajas, bandejas que contenían papeles apilados y un ordenador.

El ordenador era el típico mamotreto de aspecto anticuado, de color crema. Del tipo que la señora Elm debió de tener antaño, en la biblioteca del instituto. Esta se encontraba precisamente al teclado, mecanografiando con urgencia y escudriñando el monitor. Nora se quedó de pie, a espaldas de ella.

Las bombillas desnudas que colgaban de los cables, por encima de sus cabezas, parpadeaban alocadamente.

—Mi padre estaba vivo, gracias a mí. Pero había tenido una aventura con otra mujer y el caso es que mi madre moría antes de tiempo y yo me llevaba bien con mi hermano, porque en esta vida nunca lo había defraudado, aunque seguía siendo el mismo Joe de siempre, en realidad, y tenía buena relación conmigo en esa vida porque gracias a mí ganaba dinero y… Bueno, no ha sido el sueño olímpico que imaginaba. Yo era la misma de siempre, también. Y se supone que algo me había ocurrido en Portugal. Probablemente, un intento de suicidio o algo así… Me pregunto si… ¿Hay otras vidas realmente o solo cambia el decorado?

La señora Elm no le estaba prestando atención. Nora se fijó en un objeto que había sobre el escritorio. Una vieja pluma estilográfica de plástico, de color naranja. Muy parecida a otra que Nora tuvo en el instituto.

—¿Hola? Señora Elm, ¿me oye?

Algo iba mal.

La expresión de la bibliotecaria denotaba una tensa preocupación. Nora leyó en la pantalla del ordenador en voz baja: «Error del sistema».

—¿Señora Elm? ¿Hola? ¡Yuju! ¿Me ve?

Le dio un golpecito en el hombro y por fin la mujer le prestó atención.

El rostro de la señora Elm se relajó mientras se giraba para dar la espalda al ordenador.

—¡Oh, Nora! ¡Has vuelto!

—¿Creía que no iba a volver? ¿Pensó que esa era la vida que quería vivir?

La señora Elm negó con la cabeza sin moverla realmente (si es que eso es posible).

—No. No es eso. Es que estaba muy frágil.

—¿El qué?

—La línea de transferencia.

—¿La línea de transferencia?

—Tu transferencia, desde el libro hasta aquí. De vuelta desde la vida que elegiste. Parece que hay algún tipo de problema. Un error del sistema. Ocurre algo que está fuera de mi control inmediato. Algo externo.

—¿Quiere decir… en mi vida real?

La bibliotecaria se quedó mirando la pantalla de nuevo.

—Sí. Verás, la Biblioteca de la Medianoche solo existe porque tú haces que exista. Desde tu vida raíz.

—¿Me estoy muriendo? ¿Es eso?

La señora Elm parecía estar exasperándose.

—Es una posibilidad. Es decir, existe la posibilidad de que estemos llegando al final de la posibilidad.

Nora pensó en lo bien que se había sentido nadando en la piscina. Cuán viva y, a la vez, vital. Algo sucedió entonces en su interior; tuvo una sensación extraña. Un vuelco en el estómago. Un cambio físico en su ser. La idea de la muerte la perturbó súbitamente. Y en ese instante, las luces dejaron de parpadear y volvieron a brillar con fuerza.

A la vista de esto, la señora Elm dio palmas y, acto seguido, se volvió de nuevo hacia la pantalla del ordenador.

—Ay, la luz vuelve. Eso es bueno. Parece que el error se ha corregido. ¡Estamos de nuevo en el aire! Gracias, creo, a ti.

—¿Qué?

—Bueno, el ordenador dice que el problema que había aparecido en el servidor se ha subsanado provisoriamente. Y la causa principal eres tú. Tú eres el servidor.

Nora sonrió. Parpadeó un instante y, cuando abrió los ojos, ella y la señora Elm estaban en otra parte de la biblioteca. De nuevo, entre estantes y estantes

repletos de libros. En pie, algo envaradas e incómodas, una frente a la otra.

—Bien. Veamos, calmémonos —dijo la señora Elm, antes de dejar escapar una profunda exhalación cargada de sentido. Estaba hablando consigo misma, claramente.

—Mi madre muere en diferentes años, según cada vida. Me gustaría vivir una vida en la que ella siga estando. ¿La hay?

La señora Elm desvió su atención hacia Nora.

—Es posible.

—Estupendo.

—Pero no puedes ir a esa vida.

—¿Por qué?

—Porque esta biblioteca versa sobre tus decisiones. No hay ninguna elección que tú pudieras haber tomado y que alargase la vida de tu madre hasta más allá de ayer mismo. Lo siento.

Una bombilla parpadeó sobre la cabeza de Nora. Pero el resto de la biblioteca se mantuvo tal cual.

—Tienes que pensar en otra cosa, Nora. ¿Qué ha habido en esta última vida que te haya gustado?

Nora hizo un gesto rápido de cabeza.

—Nadar. Me gustó mucho nadar. Aunque no creo que fuera feliz en esa vida. No sé si seré realmente feliz en alguna vida.

—¿Es la felicidad el objetivo?

—No lo sé. Quiero vivir una vida con sentido, imagino. Quiero hacer algo bueno.

—Cuando eras pequeña querías ser glacióloga —dijo la señora Elm, como recordándolo abruptamente.

—Sí.

—Hablabas mucho sobre eso. Decías que te interesaba mucho el Ártico, así que yo te propuse que te hicieras glacióloga.

—Me acuerdo. Me hizo ilusión desde el primer momento. Pero a mi padre y a mi madre no les hizo mucha gracia la idea.

—¿Por qué?

—No lo sé. Me animaban a que nadase. Bueno, ese era papá. Pero cualquier cosa que implicara algún esfuerzo académico les daba como repelús.

Invadió a Nora una profunda tristeza que parecía nacerle en la boca del estómago. Desde el mismo momento en que llegó a la vida, sus padres la habían

tratado de manera distinta a su hermano.

—Fuera de la natación, era Joe el destinado a conseguir cosas —le dijo a la señora Elm—. Mi madre trataba de disuadirme de cualquier plan que pudiera alejarme de Bedford. A diferencia de papá, ella no me empujaba a nadar. Pero tiene que existir una vida en la que no hago caso a mi madre y me convierto en investigadora del Ártico. Lejos de todo. Con un propósito, el de ayudar al planeta. Investigando el impacto del cambio climático. En primera línea.

—¿Quieres que te busque esa vida?

Nora suspiró. Seguía sin tener ni idea de lo que quería realmente. El círculo polar ártico, al menos, sería algo distinto a todo lo demás.

—Vale. De acuerdo.

Svalbard

Se despertó en el camastro de un pequeño camarote de barco. Sabía que era un barco porque se mecía de un lado a otro y el movimiento, aunque suave, la había despertado. El camarote era muy sencillo, casi espartano. Llevaba puestos un grueso forro polar y unos leotardos. Retiró la manta y notó que le dolía la cabeza. Tenía la boca sequísima y los carrillos hundidos, pegados a los dientes. Tosió con fuerza, expectorando mucho, y se notó a un millón de largos del cuerpo de una campeona olímpica. Los dedos le olían a tabaco. Se sentó en el camastro y se encontró frente por frente con la que supuso su compañera de camarote, una mujer robusta, de pelo rubio platino y rostro ajado por los elementos, que, sentada también en su camastro, la observaba con atención.

—*God margen*, Nora.

Nora sonrió. Esperó que en esa vida no tuviera que hablar en el idioma escandinavo de aquella mujer.

—Buenos días.

Reparó que en el suelo, junto al camastro de la mujer, había una botella de vodka medio vacía. Sobre un baúl que mediaba entre un camastro y otro había un calendario de perros (abril: *springer spaniel*) y tres libros, todos en inglés. El que estaba más cerca del camastro de su compañera se titulaba *Principios de mecánica glaciar*. Junto al cabecero de Nora estaban los otros dos: *La guía del naturalista del Ártico* y una edición de Penguin Clásicos de *La saga völsunga: la epopeya nórdica de Sigurd el Matadragones*. Percibió otra cosa más: hacía frío. Frío de verdad. Ese frío que casi quema, que hace que te duelan los dedos de las manos y de los pies y te acartona las mejillas. Aun dentro del barco. Aun bajo capas de ropa interior térmica. Con un forro polar. Con las barras de dos calentadores eléctricos al rojo vivo. Aun así, cada espiración producía una nubecita en el aire.

—¿Por qué estás aquí, Nora? —preguntó la mujer con un marcado acento escandinavo.

Pregunta capciosa, cuando una no sabe dónde es «aquí».

—Es un poco temprano para filosofar, ¿no? —replicó Nora, riendo nerviosa.

A través del ojo de buey, Nora divisó una pared de hielo que se elevaba desde el mar. Se encontraban muy al norte o muy al sur. Estaba muy muy lejos de algún sitio, eso por descontado.

La mujer seguía mirándola fijamente. Nora no tenía ni idea de si eran amigas o no. Parecía muy ruda, directa y sencilla, aunque debía de ser, sin duda, una compañía interesante.

—No quiero filosofar. No quiero saber qué es lo que te hizo querer estudiar los glaciares. Aunque podría tener mucho que ver, claro. Lo que me pregunto es por qué elegiste alejarte todo lo posible de la civilización. Nunca me lo has contado.

—No sé —respondió ella—. Me gusta el frío.

—A nadie le gusta este frío. A no ser que sea masoquista.

Algo de razón tenía. Nora alargó el brazo para coger otro forro que había colgado al pie de su cama y se lo enfundó encima del que ya tenía. Vio entonces en el suelo, junto a la botella de vodka, una tarjeta identificativa plastificada que decía:

INGRID SKIRBEKK

PROFESORA DE CIENCIAS GEOLÓGICAS

INSTITUTO INTERNACIONAL DE INVESTIGACIONES POLARES

—No sé, Ingrid. Me gustan los glaciares, supongo. Quiero entenderlos. Quiero entender por qué… se derriten. —No debía de estar hablando como una experta en glaciares, a juzgar por las cejas enarcadas de Ingrid—. ¿Y tú? —preguntó, esperanzada.

Ingrid suspiró y se frotó la palma de la mano con un pulgar.

—Cuando Per murió, empecé a no soportar la vida en Oslo. Toda esa gente… y nadie era él, no sé si me explico. Había un café al que solíamos ir, en el campus. Nos sentábamos juntos, sin hablar. Juntos, en silencio y felices. Leíamos el periódico, tomábamos café. Era difícil no encontrar lugares así. Paseábamos mucho. Murió, pero su alma seguía viva, incordiando en cada calle… Intenté mandar a tomar por culo los recuerdos, pero era imposible. El duelo es muy cabrón. Si me hubiera quedado más tiempo habría terminado odiando a toda la humanidad. Así que cuando apareció el puesto de investigación de Svalbard, lo vi claro: esto me salvaría la vida… Quería estar en

algún lugar en el que no hubiera estado nunca. Quería estar en un lugar donde su fantasma no existiera. Aunque la verdad es que funciona solo a medias, ¿sabes? Los sitios son sitios, los recuerdos son recuerdos y la vida es la puta vida.

Nora trató de asimilar todo lo que acababa de oír. Aquella mujer estaba sincerándose con alguien a quien creía conocer razonablemente bien, aunque esa Nora era, en realidad, una extraña. Se le hizo muy raro. Pensó que aquello debía de ser lo más complicado de ser espía: las emociones que la gente te confiaba, depositándolas como una mala inversión en un banco. Le daba la impresión de estar robando a la gente.

Ingrid sonrió y su sonrisa ahuyentó ese pensamiento en Nora.

—En cualquier caso…, gracias por lo de anoche. Fue una charla agradable. Hay un montón de gilipollas en este barco y tú no eres una de ellos.

—Oh, gracias. Tú tampoco.

Fue entonces cuando Nora reparó en el arma: un gran fusil con una sólida culata de madera, apoyado contra la pared del otro extremo del camarote, bajo el perchero de la entrada.

Aquello la hizo sentir feliz de algún modo. La hizo sentir que la niña de once años que fue estaría orgullosa de su yo adulto. Estaba viviendo una aventura, de un modo u otro.

Hugo Lefèvre

Nora sacó a pasear su dolor de cabeza y su evidente resaca por un corredor forrado de madera, desnudo de más ornamentación, que llevaba hasta un pequeño comedor donde olía a arenques en lata. Encontró desayunando a unos pocos científicos.

Se sirvió un café solo y un trozo de pan de centeno del día anterior y se sentó.

A su alrededor, al otro lado de las ventanas, descubrió el paisaje más irreal y hermoso que hubiera visto en su vida: se vislumbraban entre la niebla islas de hielo, como rocas de un blanco puro y limpísimo. En ese momento había en el comedor diecisiete personas en total, incluida Nora. Once hombres y seis mujeres. Nora se sentó sola, pero en cuestión de cinco minutos se unió a ella un hombre de pelo corto y barba incipiente. El chico llevaba una parka, como la mayoría de los comensales, pero esa prenda no le pegaba demasiado. Tenía pinta de sentirse más a gusto en la Riviera con pantalones cortos y polo rosa. El chico sonrió a Nora, que trató de traducir la sonrisa y deducir qué tipo de relación los unía. Él la observó por unos instantes y, a continuación, arrastró su silla para sentarse justo delante de ella. Ella buscó la tarjeta identificativa del hombre, pero no la encontró. Se preguntó si la Nora de esa vida sabría su nombre.

—Soy Hugo —se presentó, por suerte—. Hugo Lefèvre. Tú eres Nora, ¿verdad?

—Sí.

—Te vi en la base, pero creo que no nos llegaron a presentar. En fin, solo quería decirte que he leído tu artículo sobre los glaciares pulsantes y me volvió loco.

—¿De verdad?

—Sí. O sea, siempre me ha fascinado por qué se comportan de esa manera solo aquí, en Svalbard. Es un fenómeno muy extraño.

—La vida está llena de fenómenos extraños.

Aquella conversación resultaba tentadora, pero peligrosa. Nora esbozó una leve sonrisa amable y dirigió la mirada hacia la ventana. Las islas de hielo se convirtieron en islas reales: pequeñas masas de tierra puntiagudas y veteadas de nieve como cumbres de montañas, y mesetas de tierra, planas pero abruptas. Más allá se elevaba el glaciar que Nora había visto desde el ojo de buey del camarote. Ahora podía calibrar mejor su tamaño, aunque su parte superior quedaba oculta detrás de una barrera de nubes. Otras partes de la lengua de hielo, no obstante, asomaban nítidas entre la niebla. Era increíble.

Cuando imaginamos un glaciar o lo vemos en la televisión o en una fotografía de una revista, suele ser una suave masa de color blanco. Sin embargo, ese blanco tiene infinitos matices. Nora distinguió todo un cóctel de variantes: blanco blanquecino, blanco azulado, blanco turquesa, blanco dorado, blanco plateado, blanco traslúcido… Todos ellos reluciendo a la luz, llenos de vida. Impresionante. Más impresionante, desde luego, que el desayuno.

—Es deprimente, ¿verdad?

—¿El qué?

—Que el día no se acabe nunca.

A Nora la incomodó esa observación.

—¿En qué sentido?

Él esperó un segundo antes de responder.

—La luz interminable —señaló antes de darle un bocado a una galleta—. A partir de abril es como vivir en un día eterno… Yo lo odio.

—Ya. Dímelo a mí.

—No sé por qué no ponen cortinillas a los ojos de buey. Apenas duermo desde que estoy en este barco.

Nora asintió con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo ya? —Hugo rio. Era una risa agradable, con los labios unidos. Civilizada. Casi no era una risa—. Disculpa. Es que bebí mucho anoche con Ingrid. El vodka me ha borrado la memoria.

—¿Estás segura de que es el vodka?

—¿Qué otra cosa podría ser?

Él la miró inquisitivamente e hizo a Nora sentirse automáticamente culpable. Esta se giró para mirar a Ingrid, que estaba tecleando en su portátil con un café delante. Deseó entonces que fuese ella quien la estuviera acompañando.

—Pues esta es nuestra tercera noche —precisó Hugo—. Llevamos costeando por el archipiélago desde el domingo. —Hizo memoria—. Sí, el domingo

salimos de Longyearbyen, exacto.

Nora puso cara de estar perfectamente al tanto de todo aquello.

—El domingo… Parece que ha pasado un montón de tiempo.

Nora tuvo la sensación de que el barco estaba cambiando de rumbo de forma brusca y se vio obligada a inclinar el cuerpo levemente hacia un lado.

—Hace veinte años apenas había aguas abiertas en Svalbard en abril. Mira ahora. Esto parece un crucero por el Mediterráneo.

Nora trató de hacer que su sonrisa pareciera relajada.

—Yo no diría tanto.

—Bueno… Por cierto, me he enterado de que te ha tocado la china hoy.

Nora trató de no expresar nada con el rostro, lo cual no le costó demasiado.

—¿En serio?

—Te toca avistar, ¿no?

Nora no tenía ni idea de a qué se refería el tal Hugo, pero el centelleo de su mirada le dio mala espina.

—Sí —convino ella—. Me toca avistar.

Hugo puso los ojos como platos. Aunque quizá estuviera tomándole el pelo. En él no sería capaz de captar la ironía.

—¿Te toca avistar? ¿En serio?

—Eh… Sí, ¿no?

Nora quiso saber desesperadamente qué era exactamente eso de avistar, pero obviamente no podía preguntarlo.

—Bueno, *bonne chance* —dijo Hugo con una mirada algo desafiante.

—*Merci* —respondió Nora, volviendo a dirigir una mirada a la prístina luz del Ártico y a aquel paisaje que hasta entonces solo había visto en las revistas—. Me apetece el desafío.

Caminar en círculos

Una hora después Nora se encontraba sobre una gran roca cubierta de nieve, en medio del mar. Era más un escollo que una isla. Un lugar tan pequeño e inhóspito que no tenía ni nombre, aunque al otro lado de un brazo de agua helada se alzaba una isla propiamente dicha, con un nombre no demasiado halagüeño: isla de los Osos. Ella se encontraba al lado de una embarcación. No era el *Lance*, el barco grande en el que había desayunado, que se encontraba fondeado en un lugar seguro, lejos del litoral, sino un pequeño bote inflable a motor. Lo había sacado del agua a rastras, con una sola mano, un tipo enorme llamado Rune, quien, pese a su nombre de sonoridad escandinava, hablaba inglés con un lánguido acento de la costa oeste.

A sus pies tenía una mochila de amarillo fluorescente. Apoyado en el suelo también, el fusil Winchester que había visto antes en su camarote. Aquel fusil era suyo, pues. En aquella vida, Nora tenía en propiedad un arma de fuego. Junto a ella, una sartén con un cucharón. Y en su mano derecha, otra arma menos letal: una pistola de señales lista para disparar una bengala.

Ya había descubierto qué tipo de «avistamientos» debía hacer. Mientras nueve científicos llevaban a cabo en ese islote estudios sobre el terreno referidos al clima, ella debía estar atenta a los osos polares. Al parecer, había bastantes posibilidades de toparse con uno. Si avistaba un oso, lo primero que debía hacer era disparar una bengala. Con ello se perseguían dos objetivos a) ahuyentar al oso y b) advertir al resto.

Aquello no era ninguna tontería. Los humanos son una sabrosa fuente de proteínas y los osos no son especialmente célebres por ser miedosos, sobre todo en los últimos años, cuando la pérdida de hábitats y de fuentes de alimentación los había hecho aún más vulnerables y a la vez más feroces que nunca.

—En cuanto hayas disparado la bengala —explicó el más veterano del grupo, un tipo lampiño y de rasgos angulosos llamado Peter, que hablaba a voces todo el tiempo y ese día dirigía la expedición— te lías a darle con el cucharón a

la sartén. A lo loco. Y gritando a la vez. Los osos tienen el oído muy sensible. Son como los gatos. Nueve de cada diez veces, el ruido los asusta.

—¿Y la vez que no?

Peter señaló con un gesto de cabeza hacia el fusil.

—Lo matas. Antes de que te mate él a ti.

Nora no era la única persona armada. Todos portaban un fusil. Eran científicos armados. Peter rio e Ingrid le dio una palmada en la espalda.

—Espero de verdad que no te dejes comer —deseo Ingrid con una risa áspera—. Te echaría mucho de menos. Mientras no te baje la regla, todo irá bien.

—Joder, ¿qué?

—Huelen la sangre a dos kilómetros de distancia.

Otra persona —alguien que iba tan cubierto que era imposible saber quién era, aunque lo hubiera conocido— le deseó buena suerte con una voz amortiguada por capas y capas de ropa.

—Estaremos de vuelta en cinco horas —informó Peter, riendo de nuevo. Nora esperó que aquello fuera un chiste—. Camina en círculos para guardar el calor.

Y, a continuación, partieron. Avanzaron en fila, esquivando rocas y desapareciendo finalmente entre la niebla.

Pasó una hora y no ocurrió nada. Nora caminó en círculos. Saltó a la pata coja con la pierna izquierda y luego con la derecha. Luego, la niebla se aclaró un poco y se dedicó a contemplar el paisaje. Se preguntó por qué no había vuelto a la biblioteca. Aquella situación, después de todo, era un poco jodida. Desde luego, habría vidas en las que en ese instante estaría sentada junto a una piscina, al sol. Vidas en las que estaría tocando música, o dándose un baño con sales de lavanda, o disfrutando de un sexo increíble tras una tercera cita con un chico, o leyendo en una playa de México, o comiendo en un restaurante con varias estrellas Michelin, o paseando por las calles de París, o perdiéndose por Roma, o contemplando en completa calma un templo cercano a Kioto, o deleitándose dentro del cálido capullo de bienestar de una relación feliz.

En la mayoría de vidas se encontraría, al menos, en una situación físicamente confortable. Y, aun así, en ese lugar sentía algo inédito. O algo antiguo, quizá, que ella había enterrado hacía mucho. El paisaje glacial le recordó que, antes de nada, ella era un ser humano que habitaba un planeta. Se dio cuenta de que casi todo lo que había hecho en su vida —casi todo lo que había comprado y consumido, todo aquello para lo que había trabajado— le había alejado en

realidad de comprender que ella y el resto de seres humanos no eran sino una de entre nueve millones de especies de seres vivos.

«Quien avance confiado en la dirección de sus sueños y acometa la vida tal como la ha imaginado recibirá a cambio una gratificación que no le otorgará el tiempo ordinario», escribe Thoreau en *Walden* (Errata Naturae, Madrid, 2017. Traducción de Marcos Nava García), observando asimismo que parte de ese éxito era producto de estar solo. «No he encontrado un compañero que me acompañe mejor que la soledad».

Y Nora sintió lo mismo en ese momento. A pesar de que no llevaba sola más que una hora, nunca había experimentado ese grado de soledad antes, en medio de una naturaleza desierta.

Nora había pensado, en sus horas nocturnas y suicidas, que el problema era, precisamente, la soledad. Sin embargo, eso se debía a que esa soledad no era verdadera. La mente solitaria en la ciudad ajetreada anhela la conexión porque vive convencida de que la razón de todo es la conexión entre los seres humanos. Sin embargo, en medio de la naturaleza más pura (el «tónico de la naturaleza salvaje» [*Idem*.] del que hablaba Thoreau) la soledad cobra un carácter distinto y se transforma en una suerte de conexión en sí misma. Una conexión entre la soledad misma y el mundo. Y también entre Nora y su yo más recóndito.

Nora recordó una conversación que había mantenido con Ash. Ese chico alto, un poco torpe, y guapo, y necesitado siempre de un nuevo libro de partituras para su guitarra.

La charla no había tenido lugar en la tienda, sino en el hospital, cuando su madre estaba enferma. Le fue diagnosticado un cáncer de ovarios y al poco la operaron. Nora había acompañado a su madre a todas las consultas de especialistas en el Hospital General de Bedford y la había tomado de la mano más tiempo en esas pocas semanas que en todo el resto de su vida.

Mientras su madre estaba en el quirófano, Nora esperó en la cantina del hospital. Ash, con su bata, la reconoció de tantas charlas en Teoría de Cuerdas. Vio su rostro de preocupación y se acercó a saludarla.

Él trabajaba en el hospital, en cirugía general. Ella terminó haciéndole un montón de preguntas sobre qué tipo de cosas hacía (ese día en concreto, había extirpado un apéndice y un conducto biliar). También le preguntó cuánto duraba normalmente una operación así, y sobre el posoperatorio, y él se había mostrado muy tranquilizador. Terminaron charlando un buen rato sobre todo tipo de cosas, que él pareció percibir que ella necesitaba. Había dicho algo sobre no buscar

información sobre síntomas en internet, y eso los llevó a hablar sobre las redes sociales. En su opinión, cuanta más gente tuviera redes sociales, más solitaria se volvía la sociedad.

—Por eso todo el mundo se odia hoy día —consideró—. Estamos sobrecargados de amigos que no son realmente nuestros amigos. ¿Has oído hablar del número de Dunbar?

Le explicó que un investigador llamado Roger Dunbar, de la Universidad de Oxford, había descubierto que los seres humanos estaban programados para entablar relación con no más de ciento cincuenta personas, ya que ese era el tamaño promedio de las comunidades de cazadores-recolectores.

—Y en el Libro de Domesday, el primer censo que se hizo en Inglaterra —continuó Ash, bajo la fuerte iluminación de la cafetería del hospital— la población promedio de una aldea del siglo XI era de ciento cincuenta personas. Excepto en Kent. Donde era solo de cien personas. Yo soy de Kent. Tenemos ADN antisocial.

—He estado en Kent y tienes razón —respondió Nora—. Pero me gusta esta teoría. Puedo conocer a esa cantidad de gente en Instagram en solo una hora.

—Exacto. ¡No es nada sano! No tenemos cerebro para gestionar algo así. Por eso anhelamos más que nunca la comunicación cara a cara. Y… por eso nunca compraría mis partituras de guitarra de Simon y Garfunkel por internet.

Nora sonrió ante ese recuerdo, hasta que un fuerte chapoteo la devolvió a la realidad del paisaje ártico.

A unos pocos metros de ella, entre la cresta rocosa emergida en que se encontraba y la isla de los Osos, había un escollo que sobresalía del agua. Algo asomaba entre la espuma del mar. Algo pesado, que golpeaba contra la piedra con un estruendo húmedo. A Nora empezó a temblarle todo el cuerpo. Se preparó para disparar la bengala, aunque pronto vio que no era un oso polar. Era una morsa. Aquel animal grueso, de piel marrón y arrugada, se elevó sobre el hielo, se dirigió arrastrándose hacia ella y, a continuación, se detuvo a mirarla. Parecía vieja (o viejo), aun para ser una morsa. No parecía tener ningún pudor y mantuvo la mirada fija en ella por tiempo indefinido. Nora sintió miedo. Solo sabía dos cosas sobre las morsas: que podían ser muy crueles y que nunca estaban solas mucho tiempo.

Habría probablemente otras morsas cerca, a punto de salir del agua.

Se preguntó si debía disparar la bengala.

La morsa se quedó donde estaba, como un fantasma de sí mismo a la luz granulosa, pero poco a poco fue desvaneciéndose tras un velo de niebla. Pasaron los minutos. Nora llevaba encima siete capas de ropa y aun así notaba que los párpados se le acorchaban. Supo que si cerraba los ojos durante demasiado tiempo, quizá se le congelaran y no podría volver a abrirlos. De vez en cuando le llegaban las voces del resto, trasportadas por el viento y, transcurrido un rato, adivinó las siluetas de algunos de sus compañeros en la distancia, al parecer ya de regreso. Eran perfiles encorvados en la niebla, cargados de equipos cuya función ella ignoraba completamente. Sin embargo, al poco volvieron a desaparecer en otra nube baja. Sacó una de las barras de proteínas de su mochila. Estaba helada y dura como el tofe. Consultó su teléfono, pero no había cobertura.

El silencio era absoluto.

El silencio le hizo darse cuenta de cuán ruidoso era el resto del mundo. Aquí, el ruido tenía sentido. Cuando uno oía algo, debía prestar atención.

Mientras masticaba oyó otro chapoteo, pero en esta ocasión provenía de otro lugar distinto. La combinación entre la niebla y la tenue luz dificultaba la visión. Dedujo, de todos modos, que aquello no podía ser una morsa. Se le hizo evidente cuando vislumbró el tamaño del animal que se dirigía hacia ella. Más grande que una morsa y más grande que cualquier ser humano.

Un momento de crisis extrema en mitad de la nada

«Ay, joder», susurró Nora al aire helado.

La frustración de no encontrar una biblioteca cuando de verdad la necesitas

La niebla se aclaró y apareció ante Nora un gigantesco oso polar, alzado sobre los cuartos traseros. El animal se dejó caer y caminó hacia ella a cuatro patas, a una velocidad sorprendente y con una agilidad que, en un ser de ese tamaño, infundía pavor. Nora no era capaz de hacer nada. El pánico le había paralizado la mente. Se quedó tan quieta como el permafrost que tenía bajo los pies.

«Joder».

«Joder, joder».

«Joder, joder, hostias».

«Joder, joder, hostia puta, joder».

Al final, el instinto de conservación hizo su trabajo y Nora levantó al aire la pistola de señales y apretó el gatillo. La bengala salió volando hacia arriba como un diminuto cometa y luego cayó y desapareció en el agua. El resplandor rojizo se apagó a la vez que sus esperanzas. Aquel animal salvaje seguía su camino hacia ella. Nora se hincó de rodillas en la nieve y empezó a golpear la sartén con el cucharón y a vociferar hasta desgañitarse:

—¡¡¡Oso!!! ¡¡¡Oso!!! ¡¡¡Oso!!!

El oso se detuvo momentáneamente.

—¡¡Oso!! ¡¡Oso!! ¡¡Oso!!

Pero reanudó su marcha hacia ella.

Hacer escándalo no funcionaba. El oso estaba cada vez más cerca. Se preguntó si le daría tiempo a alcanzar el fusil. Estaba caído sobre el hielo; fuera del alcance de su mano, por muy poco. Era ya capaz de ver las enormes garras del oso, apretándose a cada paso contra la roca cubierta de nieve polvo. El oso tenía la cabeza gacha y sus ojos negros la observaban directamente.

—¡BIBLIOTECA! —exclamó Nora—. ¡¡SEÑORA ELM!! ¡¡POR FAVOR, QUIERO VOLVER!! ¡¡ESTA VIDA NO ES LA QUE QUERÍA!! ¡¡QUIERO VOLVER!! ¡¡NO QUIERO MÁS AVENTURAS!! ¿DÓNDE ESTÁ LA BIBLIOTECA? ¡QUIERO VOLVER A LA BIBLIOTECA!

En la mirada del oso no había odio. Nora era comida, nada más. Carne deglutible. Aquello provocó en ella un pánico cerval. Estaba recibiendo una auténtica lección de humildad. El corazón le batía como el tambor de un baterista *in crescendo*. Llegaba el final de la canción, al parecer.

De repente, algo le quedó meridianamente claro, por fin, en ese preciso instante: ella no quería morir.

Y ese era el problema. A las puertas de la muerte, la vida parecía más atractiva, y justo cuando la vida parecía más atractiva, no parecía haber manera de regresar a la Biblioteca de la Medianoche. Tenía que sentirse decepcionada con la vida, no asustada, para volver a intentarlo con otro libro.

Ante ella, la muerte. Una muerte violenta y conducente a la nada, en forma de animal salvaje que la miraba fijamente con sus ojos negros. Supo entonces, con mayor certidumbre que cualquier otra cosa que hubiera sabido nunca antes, que no quería morir. Esa certeza creció hasta hacerse mayor que el propio miedo. Nora se plantó entonces ante aquel oso polar, hambriento y desesperado también él por aferrarse a la existencia, y golpeó con fuerza la sartén. Cada vez con más fuerza. Un *bang, bang, bang* rápido y continuado.

No. Tengo. Miedo.

No. Tengo. Miedo.

No. Tengo. Miedo.

No. Tengo. Miedo.

No. Tengo. Miedo.

No. Tengo. Miedo.

El oso se irguió y se la quedó mirando, como había hecho la morsa. Ella contempló el fusil. Sí, estaba demasiado lejos. Para cuando pudiera echarle mano y descubrir cómo se disparaba exactamente, sería demasiado tarde. En cualquier caso, no se creyó capaz de matar a un oso polar de un disparo. Así que continuó aporreando la sartén.

Nora cerró los ojos, deseando transportarse a la biblioteca mientras continuaba con el estruendo. Cuando los abrió otra vez, el oso estaba zambulléndose de cabeza en el agua. Ella siguió golpeando fuerte aun después de que la criatura hubiera desaparecido. Un momento después, oyó a los humanos llamándola por su nombre desde el otro lado de la niebla.

Isla

Nora estaba en *shock*. Era, no obstante, un tipo de *shock* distinto al que imaginaban sus compañeros. No tenía que ver con haber estado a las puertas de la muerte. Tenía que ver con su deseo de vivir.

De vuelta al barco, circunnavegaron en el bote una pequeña isla que parecía rebosar vida. Las rocas de la costa estaban forradas de líquenes verdes y las aves marinas —pequeñas alcas y frailecillos— se acurrucaban unas contra otras para protegerse del viento ártico. La vida persistía contra toda adversidad.

Nora dio un sorbo al café que Hugo le había servido de su termo. Se calentó con él las manos, frías pese a llevar tres pares de guantes.

Formar parte de la naturaleza era formar parte de esa voluntad de sobrevivir.

Cuando te quedas demasiado tiempo en un mismo lugar, olvidas lo gigantesco que es el planeta. Pierdes las referencias y dejas de ser consciente de hasta dónde se extienden los paralelos y los meridianos. Del mismo modo, supuso, uno puede ignorar la vastedad interior de las personas.

Sin embargo, cuando una cobra conciencia de esta vastedad, cuando algo por fin emerge, lo quiera una o no, ese algo se agarra por dentro con la terquedad de los líquenes aferrados a la roca.

Permafrost

La temperatura del aire superficial en Svalbard estaba aumentando a una tasa de crecimiento que doblaba la global. El cambio climático llegaba en Svalbard al doble de velocidad que en el resto del planeta.

Una mujer con un gorro de lana morado encasquetado hasta las cejas contó que había visto uno de los icebergs dando un vuelco, algo que ocurría al parecer porque el agua cálida los derrite por debajo, haciendo más pesada la parte emergida.

Otro problema era que el *permafrost* que cubre la tierra firme está derritiéndose y empapando el suelo, lo que provoca deslizamientos de tierra y aludes que podrían fácilmente destruir las casas de madera de Longyearbyen, la mayor población de Svalbard. Existía el riesgo incluso de que los cadáveres enterrados en el cementerio volvieran a salir a la luz.

Era muy inspirador departir con aquellos científicos que intentaban descubrir qué estaba ocurriéndole exactamente al planeta, estudiando el clima y la actividad de los glaciares, para luego compartir sus hallazgos. Todo ello con la meta de proteger la vida en la Tierra.

De vuelta en el barco, Nora se quedó sentada en el comedor un rato. Todo el mundo se interesó por el encuentro con el oso, pero ella se sintió incapaz de explicar cuánto agradecía haber vivido esa experiencia. Se limitó a sonreír educadamente e hizo lo posible por evitar cualquier conversación.

Aquella era una vida intensa, que no hacía concesiones. En ese momento la temperatura era de diecisiete grados bajo cero y un oso polar había estado a punto de comérsela. Quizá su vida raíz era un poco sosa y eso era parte del problema.

Llegó a imaginar que su destino eran la decepción y la mediocridad.

En efecto, Nora siempre había tenido la sensación de que descendía de un largo linaje de arrepentimientos y esperanzas frustradas de las que parecían hacerse eco todas las generaciones de su familia.

Por ejemplo, su abuelo materno. Se llamaba Lorenzo Conte y había dejado la Apulia —el taconcito de la bota que es Italia— para llegar a la *Swinging London*, la marchosa Londres de los sesenta.

Como otros muchos jóvenes crecidos en la desolada ciudad portuaria de Brindisi, emigró a Inglaterra para cambiar la vida a orillas del Adriático por un empleo en una fábrica. Lorenzo fue contratado en una de ladrillos, la London Brick Company. En su ingenuidad, había imaginado una vida maravillosa: haría ladrillos por el día, y por las noches se codearía con los Beatles y pasearía del brazo por la calle Carnaby con la modelo Jean Shrimpton o la cantante Marianne Faithfull. El único problema era que, pese a su nombre, la fábrica de ladrillos no estaba en Londres, sino casi cien kilómetros al norte, en Bedford; un sitio que, aun dotado de modestos encantos, no era ni tan marchoso ni tan *swinging* como Lorenzo habría deseado. Sin embargo, decidió dar una tregua a sus sueños y se afincó allí. El trabajo no tenía mucho glamur, pero le permitía pagar las facturas.

Lorenzo terminó casándose con una inglesa de esa ciudad llamada Patricia Brown, quien también había empezado a acostumbrarse a las decepciones de la vida. Había intercambiado ya el sueño de convertirse en actriz por el de actuar en un escenario más cotidiano y de andar por casa: el hogar. Sus habilidades culinarias, sin embargo, estarían siempre a la sombra fantasmagórica de las de su difunta suegra italiana, cuyos legendarios platos de pasta, a ojos de Lorenzo, eran insuperables y lo serían por siempre.

Tuvieron una niña al año de casarse, la madre de Nora. La llamaron Donna.

Los padres de Donna discutían casi sin descanso, así que esta creció en el convencimiento de que el matrimonio era algo no solo inevitable, sino inevitablemente infeliz. Consiguió un empleo como secretaria en un bufete de abogados y luego empezó a trabajar en el área de comunicación del Ayuntamiento de Bedford. Más tarde, sin embargo, tuvo una experiencia sobre la que nunca llegó a hablar con nadie. O, al menos, no con Nora. Sufrió una especie de crisis —la primera de muchas— que la obligó a quedarse en casa. Se recuperó, pero ya nunca volvió a trabajar.

Había un testigo invisible del fracaso que su madre había entregado a Nora y esta había recogido y, como en una carrera de relevos, continuaba llevando en la mano. Tal vez por eso se había dado por vencida en tantas cosas: estaba escrito en su ADN que debía fracasar.

Nora reflexionó sobre ello mientras el barco surcaba lentamente las aguas del Ártico y las gaviotas —gaviotas tridáctilas, según Ingrid— planeaban por

encima de sus cabezas.

En ambas ramas de su familia se había aposentado la creencia tácita de que el objetivo de la vida era joderte. El padre de Nora, Geoff, no había dado pie con bola en la vida, desde luego.

Lo había criado su madre sola, pues su padre murió de un ataque al corazón cuando él tenía dos años, cruel suceso que yacía en algún lugar, oculto tras sus primeros recuerdos. La abuela paterna de Nora había nacido en la Irlanda rural, pero emigró a Inglaterra y empezó a trabajar limpiando escuelas. El sueldo apenas le llegaba para llenar la despensa y no hablemos de nada que tuviera que ver con el ocio o la diversión.

Geoff había sido víctima de acoso escolar desde muy joven, pero en la adolescencia echó cuerpo suficiente como para disuadir a los abusones. Trabajó duro y demostró ser bueno jugando al fútbol, en lanzamiento de peso y, en particular, en el *rugby*. Jugó en el equipo juvenil de los Bedford Blues y llegó a ser el mejor jugador. Iba muy bien encaminado, hasta que una lesión del ligamento lateral le hiciera frenar en seco. Más tarde, se hizo profesor de educación física y fue gestándose en él un silencioso resentimiento contra el universo. Siempre había soñado con viajar, pero nunca pasó de suscribirse a *National Geographic* y tomar ocasionalmente vacaciones en alguna de las islas Cícladas. Nora lo recordaba en Naxos, tomando una foto del templo de Apolo al atardecer.

Tal vez así eran todas las vidas, en cualquier caso. Tal vez se sintieran también así, en última instancia, los protagonistas de las vidas aparentemente más intensas o que más valen la pena. Decepciones, monotonía, heridas y rivalidades, pero con un toque de maravilla y otro de belleza. Tal vez ese era el único sentido de la vida que importaba. Ser el mundo siendo testigo de sí mismo. Tal vez no fuese la falta de logros o hitos lo que la había hecho infeliz a ella, a su hermano y a sus padres. Tal vez fuese, primeramente, la expectativa de esos logros e hitos. Ella no tenía ni idea de nada, en realidad. Pero a bordo de ese barco se dio cuenta de una cosa: había amado a sus padres más de lo que había creído nunca y los perdonaba por completo.

Una noche en Longyearbyen

Tardaron dos horas en llegar de vuelta al diminuto puerto de Longyearbyen. Aquella era la población estable más septentrional de Noruega —y del mundo—, con unos dos mil habitantes.

Nora conocía estos datos básicos por su vida raíz. A fin de cuentas, aquella parte del mundo la había fascinado desde que tenía once años. No obstante, sus conocimientos no iban mucho más allá de los artículos de revistas que había leído, así que seguía poniéndole nerviosa tener que hablar con sus compañeros.

El viaje de vuelta en el barco había ido bien, pues su incompetencia para hablar sobre las muestras de piedra, hielo y líquenes que habían recogido o para entender términos como «lecho de basalto estriado» o «isótopos posglaciales» quedó disimulada tras el impacto de su encuentro con el oso polar.

Ella misma seguía impactada, era cierto. No por el tipo de *shock* que sus compañeros imaginaban. No le había impactado creer que estaba a punto de morir: llevaba a punto de morir desde su llegada a la Biblioteca de la Medianoche. No, Nora había sentido el impacto de estar a punto de vivir. O, al menos, de imaginar vivir de nuevo y desearlo. Y de descubrir que quería hacer algo bueno con esa vida.

La vida de un ser humano, según el filósofo escocés David Hume, no es más importante para el universo que la de una ostra.

Pero si para David Hume la vida era suficientemente importante como para dejar por escrito esa reflexión, entonces, lo era también para proponerse hacer algo bueno. Ayudar a proteger la vida, en todas sus formas.

Hasta donde Nora entendía, el trabajo de esta otra Nora y sus compañeros científicos tenía que ver con la velocidad a la que se fundía el hielo de los glaciares de Svalbard. Calculando esta velocidad podría calcularse también la tasa de aceleración del cambio climático. Había muchas más cosas, pero, por lo que había visto, ese era el núcleo de las investigaciones.

Así pues, en esa vida, Nora hacía su aportación para salvar el planeta. O al menos para controlar la devastación imparable que sufría la Tierra y alertar a la

ciudadanía con datos fehacientes sobre la crisis medioambiental. Todo aquello podía resultar potencialmente descorazonador, pero imaginó que era también algo bueno que, en última instancia, la haría sentir realizada. Había un propósito y un sentido en las cosas.

Ellos también estaban impresionados. Los otros. Con la historia del oso polar. Nora se había convertido en una suerte de heroína, no como campeona olímpica de natación, pero de otra manera igualmente gratificante.

Ingrid la rodeó con el brazo.

—¡La samurái de la sartén! Tenemos que celebrar tu valor y nuestros descubrimientos potencialmente revolucionarios con una buena cena. Una cena rica. Y un poco de vodka. ¿Tú qué dices, Peter?

—¿Cenas ricas? ¿En Longyearbyen? ¿Tienen de eso?

Resultó que sí.

De vuelta en tierra firme, la llevaron a un elegante restaurante llamado Gruvelageret, situado en una cabaña de madera asomada a una carretera solitaria que ascendía por un valle desnudo, cubierto de nieve recién caída. Nora bebió cerveza Arctic y sorprendió a sus colegas eligiendo la única opción vegana de una carta en la que destacaban el filete de reno y la hamburguesa de alce. Nora debía de tener aspecto cansado y así se lo hicieron notar varios de sus compañeros; lo que le ocurría en realidad era que no se atrevía a tomar parte en la mayoría de las conversaciones. Se sentía como una conductora con el carné recién sacado en una rotonda con mucho tráfico, esperando nerviosa un hueco para entrar.

Ahí estaba Hugo también. Seguía pareciéndole que tenía pinta de preferir estar en la Riviera francesa. Cuando la miraba, Nora se sentía algo incómoda, observada.

Durante la apresurada caminata de vuelta al centro de investigación donde se alojaban en tierra firme —a Nora le recordaba a una residencia universitaria, pero más pequeña, más escandinava y minimalista, todo decorado con maderas —, Hugo la alcanzó al trote.

—¡Qué raro! —exclamó.

—¿El qué?

—Que en el desayuno, esta mañana, no supieras quién era.

—¿Por qué? Tú tampoco sabías quién era yo.

—Pues claro que lo sabía. Estuvimos charlando como dos horas ayer.

Nora sintió que se había metido en un callejón sin salida.

—¿En serio?

—Te estuve mirando durante el desayuno y cuando me senté contigo me di cuenta de que hoy estabas distinta.

—Eso da muy mal rollo, Hugo. Mirar a una mujer mientras desayuna.

—Pues me di cuenta de una cosa.

Nora se levantó la bufanda para cubrirse la cara.

—Hace muchísimo frío. ¿Podemos hablar de esto mañana?

—Me di cuenta de que estabas improvisando. Y llevas todo el día intentando no mojarte en nada de lo que dices.

—No tengo ni idea de lo que me estás diciendo.

—¿Cómo pulsan los glaciares?

—¿Qué?

—Es tu área de estudio, ¿no? Has venido para estudiar eso, ¿no?

—La ciencia no ha llegado a una conclusión clara sobre cómo pulsan los glaciares.

—De acuerdo. *Très bien*. Dime cómo se llaman los glaciares que hay por aquí. Cualquiera. ¿Kongsbreen? ¿Nathorstbreen? ¿Te suena alguno?

—No quiero tener esta conversación.

—Porque no eres la misma persona que eras ayer, ¿verdad?

—Ni tú tampoco —atajó Nora, bruscamente—. Nuestros cerebros cambian. Se llama neuroplasticidad. Por favor. Deja de hacerle *mansplaining* sobre glaciares a una glacióloga, Hugo.

Hugo dio un paso atrás, levemente ofendido, y ella se sintió un poco culpable. Hubo un instante de silencio. Solo se oía el crujido de la nieve bajo las botas. Ya habían llegado casi al alojamiento. Los otros los seguían de cerca.

Y entonces, Hugo lo dijo.

—Yo soy como tú, Nora. Visito otras vidas. Llevo en esta cinco días, pero he estado en otras muchas. Me han dado una oportunidad que dan a muy pocos. Llevo mucho tiempo así.

De repente, apareció Ingrid por detrás de ellos y tomó a Nora del brazo.

—Me queda un poco de vodka —anunció según se acercaban a la puerta de entrada. Ingrid llevaba la tarjeta en la mano enguantada; la acercó al lector, la puerta se abrió e Ingrid entró.

—Escucha —masculló Hugo en voz baja, como si estuvieran jugando a espías—, si quieres que te cuente más cosas, nos vemos en la cocina en cinco minutos.

Nora notó cómo el corazón casi se le salía por la boca, y en esa ocasión no tenía cucharón ni sartén que golpear. Lo cierto era que ese tal Hugo no le caía especialmente bien, pero se sentía demasiado intrigada como para no escuchar lo que tenía que decirle. Además, quería saber si podía confiar en él.

—Vale. Te veo ahí —respondió.

Expectación

Nora siempre había tenido problemas para aceptarse a sí misma. Desde que tenía memoria, creyó que ella no tenía suficiente que aportar. Sus padres, ambos aquejados de inseguridades propias, habían alentado esa visión de sí misma.

Trató de imaginarse cómo habría sido aceptarse a sí misma completamente. Todos los errores que había cometido. Todas las marcas que habían quedado en su cuerpo. Todos los sueños que no había cumplido y todos los dolores que había sentido. Todos los deseos y anhelos reprimidos.

Se imaginó aceptando todo aquello de la misma manera que aceptaba la naturaleza que la rodeaba. De la manera que aceptaba el glaciar, el frailecillo o el salto de una ballena.

Se imaginó a sí misma como otro maravilloso fenómeno natural. Otro animal sintiente, haciéndolo lo mejor que podía.

Así fue capaz de imaginar lo que significaba ser libre.

La vida, la muerte y la función de onda cuántica

Hugo no visitaba una biblioteca.

—Es un videoclub —explicó, apoyándose sobre el armario de aspecto barato en el que se guardaba el café—. Idéntico al videoclub del que solía sacar películas en las afueras de Lyon, la ciudad en que crecí. Se llamaba Vidéo Lumière. Los hermanos Lumière son unos héroes en Lyon y hay un montón de cosas que llevan su nombre. En mi ciudad fue donde inventaron el cine. En fin, me voy por las ramas: el caso es que las vidas son viejas cintas de VHS que se reproducen en el mismo videoclub. En el momento en que empieza la película es cuando yo entro en la vida.

Nora trató de reprimir una risita.

—¿Qué te hace gracia? —se preguntó Hugo, levemente avergonzado.

—Nada. Nada en absoluto. Me ha parecido divertido. Un videoclub.

—¿Ah, sí? ¿Y lo de la biblioteca te parece muy sensato?

—Pues… Un poco sí. Es decir, los libros se siguen leyendo. ¿Quién ve VHS hoy día?

—Interesante. No tenía ni idea de que había tanto esnobismo entre unas vidas y otras. Lo que se aprende contigo.

—Lo siento, Hugo. De acuerdo, haré una pregunta sensata. ¿Te acompaña alguien? ¿Hay alguien que te ayude a elegir vida?

Él asintió con la cabeza.

—Sí. Mi tío Philippe. Murió hace años. Nunca trabajó en un videoclub, así que no tiene mucho sentido.

Nora le habló de la señora Elm.

—¿Una bibliotecaria de instituto? —se burló Hugo—. Eso es bastante gracioso también.

Nora hizo caso omiso.

—¿Tú crees que son fantasmas? ¿Espíritus que nos guían? ¿Ángeles de la guarda? ¿Qué son?

A Nora se le hacía ridículo estar hablando en el corazón de un centro de investigación científica de un tema como ese.

—Son… —empezó a decir Hugo, mirando alrededor como si el término justo estuviera flotando en el aire, junto a su cabeza— una interpretación.

—¿Una interpretación?

—He conocido a otras personas como nosotros —continuó Hugo—. ¿Sabes? Llevo aquí metido, entre vidas, un montón de tiempo. Me he encontrado con otras personas que viven encerradas, saltando de vida a vida. De hecho, nos llamamos unos a otros «saltadores». Todos tenemos una vida raíz en la que nos encontramos tirados en algún sitio, inconscientes, suspendidos entre la vida y la muerte, y entonces llegamos a un lugar. Ese lugar es siempre distinto. Una biblioteca, un videoclub, una galería de arte, un casino, un restaurante… ¿Te dice algo todo esto?

Nora se encogió de hombros y pensó. Trató de prestar atención al rumor de la calefacción central.

—Pues no lo sé. Que es todo mentira. Que nada de esto es real.

—No. Porque algunas cosas siempre se repiten. Siempre hay alguien más, un guía. Siempre es una única persona. Alguien que ha ayudado al saltador o saltadora en un momento importante de su vida. El entorno siempre tiene cierto significado emocional. Y casi siempre se habla de vidas raíz y de vidas rama.

Nora recordó que la señora Elm la reconfortó a la muerte de su padre. Recordó que pasaba tiempo con ella, que le daba consuelo. Probablemente, aquel fue el mayor acto de amabilidad que nadie hubiera tenido hacia ella hasta entonces.

—Además, siempre hay una gama infinita de opciones —continuó explicando Hugo—. Un número infinito de cintas de vídeo, de libros, de cuadros, de comidas… Yo soy científico y he vivido muchas vidas relacionadas con la ciencia. En mi vida raíz tengo un grado en Biología. En otra vida soy químico ¡y me dan el Nobel! En otra, soy biólogo marino y trabajo en la Gran Barrera de Coral. Mi punto débil es siempre la física. Al principio no tenía ni idea de cómo averiguar qué me ocurría, hasta que en una de mis vidas conocí a una mujer que estaba pasando por lo mismo que nosotros y que en su vida raíz había sido física cuántica. La profesora Dominique Bisset, de la Universidad de Montpellier. Ella fue quien me lo explicó todo. La interpretación de los mundos múltiples que hace la física cuántica. Esto quiere decir que…

Un científico de rasgos amables, piel rosada y barba pelirroja, cuyo nombre

Nora desconocía, entró en la cocina para enjuagar una taza y los saludó con una sonrisa.

—Buenas noches —dijo, con un suave acento estadounidense (o canadiense, quizá), antes de desaparecer por la puerta, arrastrando los pies enfundados en zapatillas de andar por casa.

—Buenas noches —dijo Nora.

—Hasta mañana —deseó Hugo, antes de regresar con un susurro al hilo de la conversación—. La función universal de onda es real, Nora. Me lo aseguró la profesora Bisset.

—¿Qué?

Hugo extendió un dedo hacia el cielo. Un gesto levemente irritante, que quería decir algo así como «espera, que te lo explico». Nora tuvo que reprimir un acuciante deseo de agarrarle el dedo y retorcérselo.

—Erwin Schrödinger… —empezó a decir Hugo.

—El del gato.

—Sí. El del gato. Pues Schrödinger dijo que en física cuántica todas las alternativas posibles ocurren simultáneamente. Todas, a un tiempo. Superposición cuántica. El gato de la caja está a la vez vivo y muerto. Podríamos abrir la caja para ver si está vivo o muerto, desde luego, pero en cierto sentido el gato está vivo y también muerto, aun después de que abramos la caja. Todos los universos existen, superpuestos a todos los demás. Como un millón de imágenes sobre papel de calco, todas ellas con diversas variaciones en el dibujo pero un mismo marco. La hipótesis de los mundos múltiples de la física cuántica da a entender que existe un número infinito de universos que son a la vez paralelos y divergentes. A cada instante de nuestras vidas entramos en un universo nuevo. Con cada decisión que tomamos. Y tradicionalmente se ha pensado que entre dichos universos hipotéticos no habría comunicación posible, aunque se den en el mismo espacio y se desplieguen literalmente a milímetros de nosotros.

—Pero ¿y nosotros? Nosotros estamos pasando de uno a otro.

—Así es. Yo estoy aquí, pero a la vez no estoy. Estoy también ingresado por un aneurisma en un hospital de París. Y también estoy tirándome en paracaídas en Arizona. Y viajando por el sur de la India. Y en una cata de vinos en Lyon, y también tumbado en la cubierta de un yate en la Costa Azul.

—¡Lo sabía!

—*Vraiment?*

Nora decidió que, definitivamente, ese hombre era muy atractivo.

—Tienes pinta de que te gusta más pasear por el paseo de La Croisette en Cannes que vivir aventuras árticas.

Hugo abrió la palma de la mano y extendió todos los dedos, como una estrella de mar.

—¡Cinco días! Cinco días llevo en esta vida. Es mi récord. Quizá esta sea la ideal para mí…

—Interesante. Vas a pasar mucho frío.

—Quién sabe. Quizá tú también… Quiero decir, si ese oso no ha hecho que vuelvas a la Biblioteca, quizá nada lo haga ya… —reflexionó mientras rellenaba de agua una tetera—. La ciencia nos dice que la zona gris que separa la vida de la muerte es un lugar misterioso. Se trata de una singularidad en la que no estamos ni vivos ni muertos. O, más bien, estamos vivos y también muertos. En ese momento binario en que nos encontramos nos convertimos a veces, solo a veces, en un gato de Schrödinger que puede no solo estar vivo y muerto a la vez, sino experimentar todas las posibilidades cuánticas que se alinean con la función de onda universal. Incluida la posibilidad de que estemos ahora mismo aquí charlando en la cocina de un centro de investigación científica de las islas Svalbard a la una de la mañana…

Nora trataba de asimilar todo aquello. Pensó en Voltio, quieto e inerte bajo la cama o tirado junto a la calzada.

—Pero hay veces que un gato está o muerto o muerto.

—¿Cómo?

—Nada… Es que… Bueno, mi gato se murió. Y probé con otra vida y en ella seguía muerto.

—Eso es triste. A mí me pasó lo mismo con mi perro. Era un labrador. Lo más importante ahora mismo, de todos modos, es que sepas que hay otras personas en nuestra situación. Yo he vivido tantas vidas distintas que me he cruzado con unas cuantas. A veces basta con hablar libremente sobre tu condición para encontrar a otras personas como nosotros.

—Es una locura pensar que puede haber más… ¿Cómo nos llamamos, decías?

—Saltadores.

—Sí. Saltadores.

—Bueno, creo que somos pocos. Sí me he dado cuenta de que el resto de saltadores y saltadoras que he conocido, una docena o así, tienen nuestra edad, más o menos. Entre los treinta y tantos y los cincuenta y pocos. Una tenía

veintinueve, *en fait*. Todos compartían también el profundo deseo de haber vivido la vida de manera diferente. Se arrepentían de muchas cosas. Algunos opinaban que estarían mejor muertos, pero, a la vez, deseaban revivir una versión distinta de sus vidas.

—La vida de Schrödinger. Vivos y muertos a la vez dentro de nuestra propia mente.

—*Exactement!* Los arrepentimientos producen algo en nuestra mente, algún tipo de acontecimiento neuroquímico por el cual ese confuso anhelo de vida y muerte basta para enviarnos a este estado transitorio, entre una y otra.

La tetera empezaba a hacer ruido y los pensamientos de Nora burbujeaban como el agua hirviendo.

—¿Por qué siempre vemos a una sola persona? En la Biblioteca. O en el lugar que sea.

Hugo se encogió de hombros.

—Si fuera creyente, te diría que es Dios. Y como a Dios probablemente no lo podemos ver, y ni siquiera comprender, Él, o Ella, el pronombre que Dios tenga, toma el aspecto de alguna persona que nos ha hecho bien en algún momento de nuestra vida. Como no soy religioso, mi opinión es que la mente humana no es capaz de gestionar la complejidad de una función de onda cuántica y por lo tanto organiza o traduce esa complejidad en algo que pueda entender. Un bibliotecario en una biblioteca. Un familiar cariñoso en un videoclub. Etcétera.

Nora había leído acerca de los multiversos y conocía superficialmente la psicología Gestalt. El cerebro humano, supuestamente, toma información compleja sobre el mundo y la simplifica, de modo que cuando miramos un árbol, traducimos la compleja e intrincada masa de hojas y ramas en un concepto etiquetado como «árbol». Ser un ser humano quería decir, por tanto, simplificar incesantemente el mundo para leerlo como una historia comprensible creada a partir de conceptos sencillos.

Nora era consciente de que todo lo que vemos a nuestro alrededor es una simplificación. Entendemos el mundo en tres dimensiones, y eso también es simplificar. Los seres humanos somos criaturas con muchos límites fundamentales y por eso generalizamos constantemente. Vivimos en piloto automático y a veces hacemos cosas como recordar en línea recta las calles curvas (lo que explica por qué nos perdemos todo el tiempo).

—Es como si los humanos fueran incapaces de ver el segundero de un reloj a mitad de camino —reflexionó Nora.

—¿Qué?

Nora observó que el reloj de Hugo era de agujas.

—Pruébalo. No se puede. La mente no ve lo que no puede interpretar —Hugo asintió, escudriñando su reloj—. Entonces —continuó Nora—, lo que hay entre universos no es una biblioteca, pero esa es la forma más fácil de entenderlo para mí. Es una hipótesis. Veo una versión simplificada de la verdad. La bibliotecaria es una especie de metáfora mental, nada más. Todo es una metáfora.

—¿No es fascinante? —preguntó Hugo.

Nora suspiró.

—En la última vida hablé con mi padre muerto. —Hugo abrió un frasco de café instantáneo y vertió dos cucharadas en cada taza—. Y en esa vida yo no bebía café. Bebía poleo menta.

—Uf, qué horror.

—No estaba mal del todo.

—Otra cosa muy rara: en cualquier momento de esta conversación tú o yo podríamos desaparecer —observó Hugo.

—¿Has visto que eso pasara alguna vez? —Nora tomó la taza que Hugo le ofrecía.

—Sí. Unas pocas. Da muy mal rollo. La cosa es que nadie más se da cuenta. Los saltadores de repente dicen no recordar bien qué ocurrió el día anterior; son quienes interactúan con ellos quienes quedan extrañados. Si de repente desaparecieras y estuvieras de vuelta en la Biblioteca y yo me quedase hablando contigo en esta cocina, la Nora de esta vida diría algo tipo: «Me he quedado en blanco, ¿de qué estábamos hablando?». Y yo me daría cuenta de lo que acababa de ocurrir y te recordaría que estábamos hablando de glaciares, y tú, entonces, me bombardearías con miles de datos. Tu cerebro rellenaría los huecos y crearía una historia sobre lo que acababa de ocurrir.

—Sí, pero ¿y qué hay del oso polar? ¿Y la cena de esta noche? ¿Recordaría esa otra yo lo que he cenado hace un rato?

—No necesariamente. Eso también lo he visto. Es increíble lo que el cerebro es capaz de hacer. Y lo que no le importa olvidar.

—Y, entonces…, ¿cómo era yo? Ayer, digo.

Hugo clavó la mirada en ella. Tenía unos ojos bonitos. Nora se sintió momentáneamente atraída hacia su órbita, como un satélite hacia la Tierra.

—Eras exquisita. Encantadora. Inteligente y guapa. Como ahora, más o

menos.

Ella trató de escapar a estos comentarios con una carcajada.

—Por favor, deja de ser tan francés.

Hubo un silencio incómodo.

—¿Cuántas vidas has visitado, entonces? —preguntó Nora por fin—. ¿Cuántas has experimentado?

—Demasiadas. Casi trescientas.

—¿Trescientas?

—He sido muchas cosas. En todos los continentes. Y aun así no he encontrado la vida para mí. Me resigno a ser como soy para siempre. Jamás habrá una vida que quiera vivir verdaderamente para siempre. Soy demasiado curioso. Termino anhelando vivir de otra manera, no falla. Y no pongas esa cara. No es nada triste. Vivo muy feliz en este limbo.

—Pero ¿y si un día el videoclub no aparece? —Nora pensó en la señora Elm, aterrada ante el ordenador, y en las bombillas parpadeando en la biblioteca—. ¿Y si un día desapareces para siempre? Antes de encontrar una vida que quieras vivir hasta el final.

Hugo se encogió de hombros.

—Pues entonces moriré. Y eso quiere decir que habría muerto hiciera lo que hiciera. Creo que me gusta ser saltador. Me gusta la imperfección. Me gusta que la muerte sea siempre una posibilidad. Me gusta no estar obligado a sentar la cabeza.

—Yo creo que mi situación es distinta. Creo que mi muerte es bastante inminente. Si no encuentro una vida en la que vivir más o menos pronto, terminaré yéndome para siempre.

Nora explicó el problema que había tenido la última vez para volver a la Biblioteca.

—Ah… Sí, eso no molaría nada. Pero las cosas no tienen por qué ser así. ¿Te das cuenta de que tenemos por delante posibilidades infinitas? Quiero decir, el multiverso no está integrado por un puñado de universos, ni siquiera por muchos universos. El multiverso es un número infinito de universos. Y nosotros estamos en todos ellos. Uno podría ser uno mismo en cualquier variación del mundo, por poco probable que ese mundo fuera. Solo nos limita nuestra imaginación. Podríamos ponernos muy creativos a la hora de corregir todas esas cosas de que nos arrepentimos… Yo en una ocasión decidí corregir el no haber hecho ninguna de las cosas que me había propuesto de adolescente, o sea, estudiar ingeniería

aeroespacial y ser astronauta. Así que en una vida llego a ser astronauta. Este Hugo que te habla no ha llegado a viajar al espacio, pero por un tiempo breve fui alguien que sí. Lo que debes recordar es que tienes ante ti una oportunidad excepcional y que puedes deshacer cualquier error cometido. Vivir cualquier vida que quieras. Cualquiera. Tienes que dejar volar la imaginación y los sueños… Puedes ser cualquier cosa que desees, pues en alguna vida lo eres.

Nora dio un sorbo al café.

—Entiendo.

—Pero jamás vivirás si te dedicas a buscar el sentido de la vida —dijo con gesto iluminado.

—Eso es de Camus.

—*Touché*.

Hugo la estaba mirando fijamente. A Nora ya no la importunaba la intensidad del francés, pero le empezaba a preocupar la suya propia.

—Yo estudiaba Filosofía —dijo, fingiendo la mayor indiferencia posible y evitando la mirada de Hugo.

Él se le había acercado. Había algo en él que le resultaba a partes iguales atractivo e irritante. Exudaba una amoralidad arrogante que la llevaba a querer abofetear ese rostro y a la vez besarlo, dependiendo de las circunstancias.

—En una vida, tú y yo nos conocemos desde hace años y estamos casados… —empezó a decir.

—En la mayoría de vidas no te conozco de nada —contrapuso Nora, mirándolo directamente a los ojos.

—Qué triste.

—A mí no me lo parece.

—¿En serio?

—En serio —recalcó ella, sonriendo.

—Somos especiales, Nora. Somos elegidos. Nadie nos entiende.

—Nadie entiende a nadie. No somos ningunos «elegidos».

—La única razón por la que sigo en esta vida eres tú.

Nora se acercó a él y lo besó.

Si algo me ocurre, quiero estar ahí para verlo

Era una sensación muy placentera. Tanto el beso como el descubrir que ella pudiera ser tan arrojada. Ser consciente de que todo lo que pudiera ocurrirle le ocurriría realmente —en algún lugar, en alguna vida— la absolvía de algún modo de cualquier decisión que tomase. Quizá fuera esa la realidad de la función de onda universal. Ocurriese lo que ocurriese, todo tendría una explicación cuántica.

—Yo duermo solo en mi habitación —dijo él.

Ella lo miró sin miedo, como si haberse enfrentado a un oso polar le hubiera dado una capacidad de dominio desconocida.

—Bueno, Hugo, igual hoy podrías hacer una excepción.

El sexo, sin embargo, resultó decepcionante. En mitad del acto le vino a la mente una cita de Camus.

«Quizá no estaba seguro de lo que me interesaba realmente, pero, en todo caso, estaba completamente seguro de lo que no me interesaba». (*El extranjero*, © Editions Gallimard, París, 1942. Traducción de José Ángel Valente. Licencia editorial otorgada por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.)

Probablemente no fuera la mejor de las señales al respecto de aquel encuentro nocturno que su mente recordase a un filósofo existencial; específicamente esa cita, además. Pero ¿no dijo Camus también «Si me tiene que ocurrir algo, quiero estar ahí para verlo»?

Concluyó que Hugo era una persona extraña. Para haber intimado de ese modo y haber sido capaz de mantener una conversación tan profunda, se mostraba muy desapegado del momento. Si uno vivía muchas vidas, como le ocurría a él, quizá la única persona con la que se podía mantener algún tipo de relación íntima era uno mismo. Durante el sexo, Nora sintió como si ella ni siquiera estuviera allí.

Y, de repente, dejó de estarlo.

Dios y otros bibliotecarios

—¿Quién eres?

—Ya sabes quién soy. Soy la señora Elm. Louise Isabel Elm.

—¿Eres Dios?

—Soy quien soy.

—¿Y quién eres?

—La bibliotecaria.

—Pero tú no eres una persona real. Tú eres solo un… «mecanismo».

—¿No lo somos todos?

—No, no en ese sentido. Tú eres producto de algún tipo de interacción extraña entre mi mente y el multiverso. Una simplificación de la función de onda cuántica o lo que puñetas sea.

A la señora Elm pareció incomodarle aquella reflexión.

—¿Ocurre algo?

Nora pensó en el oso polar mientras escudriñaba el suelo de baldosas entre amarillentas y pardas.

—He estado cerca de morir.

—Recuerda: si mueres en una de esas vidas, no hay manera de volver aquí.

—Eso no es justo.

—La biblioteca tiene reglas estrictas. Los libros son muy preciados. Tienes que tratarlos con cuidado.

—Pero son otras vidas. Otras variantes de mí. No son el yo yo.

—Sí, pero mientras las estás experimentando sí eres tú, la verdadera tú. Tú eres quien tiene que pagar las consecuencias.

—Bueno, eso, la verdad, me parece una cagada, siendo muy sincera.

La sonrisa de la bibliotecaria se curvó por los bordes, como una hoja seca.

—Vaya, qué interesante.

—¿El qué?

—El hecho de que haya cambiado tan rotundamente tu actitud hacia la muerte.

—¿El qué?

—Querías morir y ya no.

De repente, Nora cayó en la cuenta de que la señora Elm podía estar cerca de tener razón, aunque no del todo.

—La verdad, sigo creyendo que mi vida real no merece ser vivida. De hecho, esta experiencia me lo ha confirmado.

Ella negó con la cabeza.

—No creo que pienses eso.

—Sí, sí que lo pienso. Por eso lo he dicho.

—No. El *Libro de los arrepentimientos* pesa cada vez menos. Ahora hay muchos blancos en las páginas… Es como si te hubieras pasado la vida diciendo cosas que realmente no piensas. Esa es una de tus barreras.

—¿Barreras?

—Sí. Tienes muchas. Te impiden ver bien la verdad.

—¿La verdad sobre qué?

—La verdad sobre ti misma. Tienes que empezar a esforzarte un poco más. Para poder ver la verdad. Porque la verdad es importante.

—Pensé que había un número infinito de vidas entre las que elegir.

—Tienes que elegir la vida en la que más feliz te encuentres. O muy pronto no tendrás donde elegir.

—He conocido a una persona que lleva tiempo haciendo esto y aún no ha encontrado una vida que le satisfaga…

—Bien, Hugo tiene privilegios a los que tú podrías no tener derecho…

—¿Hugo? ¿Cómo lo…?

Pero entonces recordó que la señora Elm sabía muchas más cosas de las que debería.

—Tienes que escoger sabiamente —continuó diciendo la bibliotecaria—. Un día la biblioteca podría desaparecer y tú no volverías jamás.

—¿Cuántas vidas tengo?

—Nora, esto no es una lámpara maravillosa y yo no soy ningún genio. No hay un número fijo. Podría ser una. Podrían ser cien. El número de vidas entre las que puedes elegir es infinito mientras en la Biblioteca de la Medianoche sea, como su nombre indica, «medianoche». Mientras así sea, tu vida, tu vida raíz, permanece en algún lugar entre la vida y la muerte. Si el tiempo avanza aquí, quiere decir que ha ocurrido algo muy… —la señora Elm meditó sobre la palabra adecuada— decisivo. Algo que arrasará con la biblioteca y acabará con

nosotras. Así pues, yo querría pecar de prudente, en todo caso. E intentaría reflexionar con detenimiento sobre dónde quiero estar. Claramente has hecho progresos, eso se nota. Parece que te has dado cuenta de que la vida merece la pena, si es que das con una en la que te encuentres cómoda. No dejes que se cierre esa puerta antes de tiempo.

Ambas quedaron en silencio durante un largo lapso. Mientras, Nora observó todos los libros que la rodeaban. Todas las posibilidades. Con calma y parsimonia, caminó por el pasillo, preguntándose qué escondería la cubierta de cada uno de esos libros y anhelando que los lomos verdes ofreciesen algún tipo de pista.

—Veamos, ¿qué libro te llama la atención? —escuchó preguntar a la señora Elm a su espalda.

Nora recordó las palabras de Hugo en la cocina.

«Deja volar los sueños».

La bibliotecaria la observaba con mirada penetrante.

—¿Quién es Nora Seed? Y ¿qué es lo que quiere?

Nora pensaba en los momentos en que más cerca había sentido la felicidad. La música siempre había estado presente en ellos. Sí, seguía tocando el piano y el teclado de vez en cuando, pero había dejado de crear. Había dejado de cantar. Pensó en aquellos primeros conciertos felices de *pub* tocando *Cielos hermosos*. Recordó a su hermano pasándoselo en grande sobre el escenario con ella, con Ravi y con Dinah.

Ya sabía qué libro pedir exactamente.

Fama

Lo primero que notó fue que sudaba. Su cuerpo transpiraba adrenalina y tenía la ropa pegada a la piel. La rodeaban varias personas, un par de las cuales llevaban guitarras colgadas. Oía ruido. Un ruido humano, vasto y poderoso: un rugido vital que buscaba lentamente ritmo y forma. Que se convertía en canto.

Delante de ella, una mujer le secaba la cara con una toalla.

—Gracias —dijo Nora, esbozando una sonrisa.

La mujer se quedó pasmada, como si se hubiera dirigido a ella Dios desde las alturas.

Nora reconoció a un hombre que tenía unas baquetas en las manos. Era Ravi. Llevaba el pelo teñido de rubio platino y vestía un entallado traje de chaqueta azul índigo. No llevaba camisa debajo. Parecía una persona totalmente distinta a la que se topó hojeando revistas musicales en la tienda de periódicos de Bedford, apenas el día anterior, y tampoco le recordaba en nada al chico con camisa azul y ademán de empresario que había ido a presenciar su catastrófica charla en el hotel InterContinental.

—Ravi, ¡estás increíble!

—¿Qué?

Ravi no la había entendido debido al ruido. Pero Nora tenía ahora una pregunta apremiante.

—¿Dónde está Joe? —inquirió, casi en un grito.

Ravi se mostró momentáneamente confuso o asustado, y Nora se aprestó para oír algún tipo de verdad terrible. Pero esa verdad no llegó.

—Pues donde siempre, me imagino. Dándole coba a la prensa extranjera.

Nora no tenía ni idea de qué estaba ocurriendo en ese momento. Se diría que Joe seguía con ellos, pero no del todo, o no como músico, pues no estaba en el escenario. Quizá no estuviera realmente en el grupo, pero no había desaparecido completamente. De lo dicho por Ravi, y por cómo lo había dicho, Joe seguía formando parte del equipo, de todas todas. A Dinah no se la veía por ningún lado, por el contrario. Al bajo eléctrico había un tipo grande y musculoso con la

cabeza afeitada y cubierto de tatuajes. Quiso saber más, pero, desde luego, aquel no era el momento.

Ravi hizo un gesto con la mano y señaló hacia un lugar. Nora se dio cuenta de que se trataba de un escenario enorme.

Estaba abrumada. No sabía qué sentir.

—Nos toca hacer el bis —dijo Ravi.

Nora trató de pensar. Hacía muchísimo tiempo que no tocaba en directo y la última vez fue ante un grupo de unas diez o doce personas, todas bastante indiferentes hacia lo que ocurría sobre el escenario instalado en el sótano de aquel *pub*.

Ravi se acercó a ella.

—¿Estás bien, Nora?

La pregunta se le hizo levemente insidiosa. La forma en que Ravi pronunció su nombre parecía esconder el mismo tipo de resentimiento que había detectado cuando se lo encontró justo el día anterior, en esa otra vida tan diferente.

—Sí —dijo ella, gritando a pleno pulmón ahora—. Por supuesto. Es solo que… No tengo ni idea de qué hacer para el bis.

Ravi se encogió de hombros.

—Pues lo de siempre.

—Hum, vale. Vale.

Nora trató de pensar. Miró hacia el escenario. Vio una pantalla de vídeo gigante con las palabras LOS LABERINTOS parpadeando y girando hacia la multitud que aullaba. «Guau… —pensó para sus adentros—. Esto es muy grande. Grande rollo estadio». Vio un teclado y el taburete en el que había estado sentada, cantando. Sus compañeros de grupo, cuyos nombres desconocía, estaban por volver al escenario.

—¿Me puedes recordar dónde estamos? —preguntó, por encima del rumor de la muchedumbre—. Esto… Me he quedado en blanco.

El tipo de cabeza rapada que sostenía el bajo le dijo:

—En São Paulo.

—¿En Brasil?

La miraron como si estuviera loca.

—¿Dónde has estado los últimos cuatro días?

—*Cielos hermosos* —dijo Nora, cayendo en la cuenta de que aún recordaba la mayor parte de la letra—. Vamos a tocar *Cielos hermosos*.

—¿Otra vez? —rio Ravi con la cara resplandeciente de sudor—. La hemos tocado hace diez minutos.

—De acuerdo. Escucha —dijo Nora, elevando la voz para gritar por encima de la multitud, que exigía un bis—. Se me ha ocurrido que toquemos algo distinto. Que la mezclemos. Me preguntaba si podríamos hacerla un poco diferente.

—Tenemos que hacer *Aullido* —intervino otro miembro del grupo, que llevaba una guitarra eléctrica turquesa colgada—. Siempre hacemos *Aullido*.

Nora no había oído hablar de *Aullido* en su vida.

—Sí, lo sé —dijo, echándose un farol—, pero vamos a mezclarla. Hagamos algo que no esperan. Vamos a sorprenderlos.

—Estás dándole demasiadas vueltas, Nora —dijo Ravi.

—No, no. No tengo vueltas para dar —Ravi se encogió de hombros ante la respuesta.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Nora se estrujó la mente. Pensó en Ash y en el libro de partituras de guitarra de Simon y Garfunkel. Vamos a hacer *Puente sobre aguas turbulentas*.

Ravi la miró con cara de no haber oído mal.

—¿Qué?

—Creo que deberíamos hacerlo. La gente va a fliparlo.

—A mí me encanta esa canción —dijo otra de las compañeras del grupo—. Yo me la sé.

—Todo el mundo se la sabe, Imani —espetó Ravi despectivamente.

—Por eso mismo —dijo Nora, intentando con todas sus fuerzas hablar como una estrella del *rock*—. ¡La vamos a tocar!

La Vía Láctea

Nora salió al escenario.

Al principio no veía ni una sola cara, porque los focos apuntaban hacia ella y por detrás de ese resplandor todo era oscuridad, salvo por una hipnótica vía láctea de flases de cámara y pantallas de teléfono encendidas.

Nora los oía.

Los seres humanos, cuando se reúnen en grupos suficientemente grandes y actúan al unísono, se convierten en otra cosa. El rugido multitudinario hizo a Nora pensar en otro tipo de animal, completamente distinto. Al principio le resultó amenazador y se sintió una Hércules enfrentándose a la hidra de múltiples cabezas que quisiera destruirla. Aquel fragor, sin embargo, no era más que de aliento, y de él sería capaz de extraer cierto tipo de fuerza.

Se dio cuenta, en ese momento, de que era capaz de hacer mucho más de lo que jamás hubiera creído.

Libre y salvaje

Se sentó ante el teclado, ajustó el taburete y acercó el micrófono un poco.

—Gracias, São Paulo —dijo—. Os queremos. —Y pareció que todo Brasil gritaba de vuelta.

Al parecer, el poder era eso. El poder de la fama. Como esos iconos *pop* que en las redes sociales conseguían con una sola palabra un millón de «me gusta» y un millón de compartidos. La fama total, que te llevaba en volandas hasta la condición de héroe, genio o dios, requería un mínimo esfuerzo. Sin embargo, esa moneda tenía otra cara: la fama era volátil. Era igualmente fácil caer y parecer un demonio, o un miserable, o simplemente un capullo.

Se le aceleró el corazón, como si estuviera a punto de posar un pie sobre una cuerda floja.

Distinguía algunos rostros de la multitud —miles de ellos, en realidad—, asomándose desde la oscuridad. Eran diminutos y extraños, y los cuerpos vestidos eran invisibles. Veinte mil cabezas sin cuerpo.

Nora tenía la boca seca. Apenas podía hablar, así que ¿cómo iba a cantar? Recordó a Dan, que se burlaba de él mientras ella le tarareaba.

El fragor de la multitud se aminoró. Era el momento.

—Bueno —empezó a decir—. Esta es una canción que quizá hayáis oído antes. —Cayó en la cuenta de que aquello era una chorrada. Todos habían pagado entradas para este concierto, supuestamente porque habían escuchado gran parte de esas canciones antes—. Es una canción muy importante para mí.

El estadio estaba cerca de entrar en erupción. La gente gritaba y vociferaba, hacía palmas y entonaba cánticos. La respuesta fue fenomenal. Nora se sintió por un momento como una Cleopatra. Una Cleopatra absolutamente aterrorizada.

Puso con la mano el acorde de mi bemol mayor y de repente se sintió distraída por un tatuaje dibujado, con bella caligrafía, que llevaba en el antebrazo, en el cual, extrañamente, no crecía ningún vello. Se trataba de una cita de Henry David Thoreau: «Todas las cosas buenas son libres y salvajes».

Cerró los ojos y se prometió no volver a abrirlos hasta que hubiera terminado la canción.

Entendió por qué a Chopin le gustaba tocar a oscuras. Era muchísimo más fácil.

«Salvaje —pensó para sí—. Libre».

Arrancó a cantar y se sintió viva. Aún más viva de lo que se había sentido nadando en su cuerpo de campeona olímpica.

Se preguntó por qué le había dado tanto miedo aquello, cantar ante una multitud. La sensación era maravillosa.

Ravi se le acercó cuando terminó la canción; el resto continuaba en sus puestos.

—Ha sido superespecial, tía —le gritó en el oído.

—Qué bien —respondió ella.

—¡Vamos a rematar con *Aullido*!

Ella negó con la cabeza y acto seguido se dirigió al micrófono a toda prisa, antes de que nadie tuviera opción de decir otra cosa.

—¡Gracias por venir a todos y a todas! Espero de verdad que hayáis pasado una agradable velada. ¡Que lleguéis bien a casa!

—«¿Que lleguéis bien a casa?» —repitió Ravi desde el sofá de la habitación del hotel. Nora no recordaba que Ravi fuese tan tocapelotas. Parecía bastante descontento.

—¿Qué pasa con eso? —preguntó ella alzando la voz.

—No es ni de lejos tu estilo habitual.

—Ah, ¿no?

—Pues no, contrasta bastante con lo que hiciste en Chicago.

—¿Por qué? ¿Qué hice en Chicago?

Ravi se rio.

—¿Te han lobotomizado o qué?

Ella echó un vistazo a su teléfono. En aquella vida tenía el último modelo.

Vio en la pantalla un mensaje de Izzy.

Era el mismo mensaje que había recibido en su vida con Dan en el *pub*. Simplemente, una fotografía de una ballena. Aunque quizá no fuera exactamente la misma fotografía. Curioso. ¿Por qué seguía siendo amiga de Izzy en esa vida, pero no en su vida raíz? Después de todo, estaba segura de que en esta vida

como cantante de *rock* no se habría casado con Dan. Se miró los dedos anulares y los vio completamente libres de alianzas.

Nora supuso que se debía a que ya había alcanzado la fama con Los Laberintos antes de que Izzy decidiera viajar a Australia, así que la decisión de Nora de no acompañarla era más entendible. O quizá Izzy disfrutaba teniendo una amiga famosa, simplemente.

Izzy escribió algo bajo la fotografía de la ballena:

> Todas las cosas buenas son libres y salvajes.

Obviamente, Izzy conocía su tatuaje.

Entró un mensaje más.

> Espero que Brasil haya sido la hostia. ¡Estoy segura de que habréis triunfado! Diez millones de gracias por ponerme en la lista para Brisbane. Estoy superemocionada. ¡Soy vuestra fan número uno de toda Oceanía!

Su amiga añadió unos cuantos emoticonos de ballenas, corazones y manos unidas en señal de agradecimiento, más un micrófono y unas notas musicales.

Nora consultó su Instagram. En esta vida tenía nada menos que 11,3 millones de seguidores.

Y, joder, tenía un aspecto increíble. Llevaba una especie de mechón platino en el pelo negro natural y un maquillaje de aires vampíricos, además de un pendiente en el labio. Tenía cara de cansada, pero imaginó que se debía a la gira. Era una fatiga glamurosa. Como si fuera la tía molona de Billie Eilish.

Se hizo un selfi y vio que, si bien no tenía la misma pinta que en las imágenes de su cuenta, dedicada a fotografías de prensa excesivamente producidas y con todos los filtros del mundo, su aspecto era mucho más guay de lo que jamás pensó que podría llegar a ser. Como en su vida australiana, en esta colgaba poemas en internet. La diferencia radicaba en que en esta vida cada poema tenía como medio millón de «me gusta». Uno de ellos se llamaba *Fuego* también, pero era distinto al *Fuego* que había escrito en la otra vida.

> Llevaba fuego dentro.
> Se preguntó si la abrigaría
> o si la destruiría.
> Supo que el fuego
> no tiene razones.
> Las razones eran solo de ella.
> De ella el poder.

Una mujer se sentó a su lado en el autobús. No formaba parte del grupo, pero rezumaba importancia por los cuatro costados. Contaría en torno a los cincuenta años. Tal vez era la representante o trabajaba para la discográfica. Tenía aires de madre estricta, pero se lanzó a hablar con una sonrisa.

—Qué genialidad —dijo—. El tema de Simon y Garfunkel… Estás en todas las redes sociales de América Latina.

—Genial.

—Lo hemos publicado en nuestras cuentas —explicó, como si fuera algo absolutamente rutinario.

—Oh, claro, claro. Vale.

—Hay un par de cosas de última hora para la rueda de prensa de esta noche en el hotel. Mañana, además, empezamos temprano… Volamos a Río a primera hora y luego tenemos ocho horas de prensa. Todo en el hotel.

—¿A Río?

—Estás al día con el programa de esta semana, ¿verdad?

—Eh, sí, creo que sí. ¿Podrías refrescarme la memoria?

La mujer suspiró, bienhumorada, como si fuese habitual que Nora no tuviera ni idea de dónde tocaban al día siguiente.

—Claro. Mañana, Río. Dos noches. Luego la última noche en Brasil, en Porto Alegre. Luego Santiago, Buenos Aires y, por último, Lima. Y ese es el último concierto en Sudamérica. Luego, la semana que viene, empezamos en Asia: Japón, Hong Kong, Filipinas, Taiwán.

—¿Perú? ¿Somos famosos en Perú?

—Nora, en Perú ya hemos tocado, ¿recuerdas? El año pasado. Se volvieron locos. Los quince mil. Es en el mismo lugar. El hipódromo.

—El hipódromo. Claro. Sí. Lo recuerdo. Fue un bolo increíble. Realmente… Increíble, sí.

Reflexionó que así era como probablemente debía de funcionar esa vida: como un gran hipódromo. En esa analogía, ella no tenía muy claro si era el caballo o el jinete.

Ravi saludó a la mujer dándole un golpecito en el hombro.

—Joanna, ¿a qué hora es el programa de radio por internet mañana?

—Ay, joder. Pues es que lo han cambiado para esta noche. Los horarios. Lo siento. Se me ha olvidado completamente avisaros. En realidad solo quieren hablar con Nora. El resto podéis tomaros la noche libre, si queréis.

Ravi se encogió de hombros.

—Ajá, vale. Pues estupendo.

Joanna suspiró.

—No matéis al mensajero. Aunque al final siempre tomándola conmigo…

Nora se preguntó de nuevo dónde estaría su hermano, pero la tensión entre Joanna y Ravi le hizo sentir que quizá no era el momento de preguntar algo que obviamente ella debía saber. Se quedó mirando por la ventanilla del autobús. Viajaban por una autopista de cuatro carriles. Los faros traseros de los coches, camiones y motos resplandecían como ojos rojos que la observaran. Rascacielos distantes con unos pocos cuadraditos iluminados, contra un cielo negro de negras nubes cargadas de humedad. Un sombrío ejército de árboles flanqueaba la calzada, por el lado de la cuneta y por el de la mediana de la autopista, separando los carriles hacia uno y otro sentido.

Si continuase en aquella vida al día siguiente por la noche, tendría que tocar todas las canciones de un concierto, la mayoría de las cuales desconocía completamente. Se preguntó cuánto podría tardar en aprendérselas de memoria.

Sonó su teléfono. Era una videollamada de un tal Ryan.

Joanna vio el nombre en la pantalla y se dibujó en su rostro media sonrisa malévola.

—Más te vale cogerlo.

Y eso hizo Nora, aunque no tenía ni idea de quién era Ryan y la imagen de la pantalla era un poco borrosa.

La imagen se puso nítida y ahí estaba Ryan. Un rostro que había visto muchas veces. En el cine. Y en sus ensoñaciones.

—Hey, amor. Solo quería ver cómo estabas, amiga mía. Seguimos siendo amigos, ¿no?

Reconoció también la voz.

Voz de acento estadounidense, grave, encantadora. Famosa.

Nora escuchó a Joanna susurrarle a otro de los pasajeros del autobús: «Está hablando con Ryan Bailey».

Ryan Bailey

«Ryan Bailey».

O sea, Ryan Bailey. El Ryan Bailey de sus fantasías, en las que él y ella charlaban sobre Platón y Heidegger a través de un velo de vapor en un *jacuzzi* de West Hollywood.

—¿Nora? ¿Estás ahí? Parece que hubieras visto un fantasma.

—Eh, sí… Yo… Estoy… O sea… Estoy aquí, en un autobús. En una gira… Una gira muy larga. Sí. Hola.

—¿Sabes dónde estoy yo?

Ella no tenía ni idea de qué responder a esa pregunta. «En el *jacuzzi*» le pareció totalmente inapropiado.

—No tengo ni idea.

Él le mostró a través del teléfono una enorme y lujosa mansión, a la que no le faltaba ni un detalle: muebles magníficos, baldosas de terracota pulida y una cama de matrimonio de dosel con mosquitera.

—Nayarit, en México —dijo, imitando el acento mexicano. Tenía un aspecto levemente distinto al del Ryan Bailey de las películas y su voz también sonaba un poco diferente. Un poco más engolada. Un poco más arrastrada. Un poco más alcoholizada, quizá—. Estamos en la localización ya. Para *Saloon 2*.

—¿Para *El saloon de la última oportunidad 2*? Ay, tengo muchas ganas de ver la primera.

Ryan se rio como si le acabaran de contar un chiste.

—Tan cáustica como siempre, Nono. —«¿Nono?»—. Me estoy quedando en Casa de Mita —continuó—. ¿Recuerdas el fin de semana que pasamos aquí? Me han dado exactamente la misma villa. ¿Te acuerdas? Me estoy tomando un margarita de mezcal a tu salud. ¿Dónde estás?

—En Brasil. Acabamos de terminar el concierto de São Paulo.

—Guau. Estamos en el mismo continente, más o menos. Qué bien. Sí, qué guay.

—Ha ido muy bien —dijo ella.

—Qué te pasa, te veo muy seria.

Nora se dio cuenta de que la mitad del autobús tenía el oído puesto. Ravi la miraba fijamente mientras empinaba un botellín de cerveza.

—Yo… Bueno, ya sabes… Es que estoy en el autobús. Hay mucha gente.

—Gente —suspiró, como si fuera una palabra malsonante—. Siempre hay gente. Ese es el puto problema. Pero, mira, ¿sabes qué? He estado pensando un montón últimamente… Sobre lo que dijiste en el programa de Jimmy Fallon…

A Nora cada frase que Ryan pronunciaba se le antojaba un animal cruzando a toda velocidad la carretera. Trató de disimular.

—¿Qué es lo que dije?

—Ya sabes, aquello de que lo nuestro había seguido «su propio curso»… Nuestra relación. Que no nos llevábamos mal. Quiero darte las gracias por haberlo dejado claro. Porque sé que soy una persona muy complicada, muy jodida. Lo sé. Pero estoy trabajando en ello. La terapeuta a la que estoy viendo es la hostia de buena.

—Eso es… estupendo.

—Te echo de menos, Nora. Lo hemos pasado muy bien juntos. Pero la vida es mucho más que un sexo maravilloso.

—Sí —dijo Nora, tratando de no dejar volar su imaginación—. Desde luego.

—Hemos vivido todo tipo de grandes momentos. Pero hiciste lo apropiado al ponerle fin. Era lo que teníamos que hacer, en el orden cósmico de las cosas. No hay rechazo, sino redirección. En fin, he estado pensando mucho. Sobre el cosmos. He estado tratando de conectar con las cosas. Y el cosmos me dice que tengo que aclararme. Es una cuestión de equilibrio, tía. Lo que teníamos era demasiado intenso y nuestras vidas son demasiado intensas en general. Es como la tercera ley de Darwin. La acción que produce una reacción. Por algún lado tenía que saltar. Y fuiste tú quien vio eso y ahora somos como partículas que flotan en el universo y que quizá vuelvan a reconectarse algún día en el Château Marmont…

Nora no tenía ni idea de qué decir.

—Creo que era Newton.

—¿Qué?

—El de la tercera ley.

Él inclinó la cabeza hacia un lado, como un perro confundido.

—¿Qué?

—No importa. No tiene importancia.

Ryan suspiró.

—Bueno, me voy a terminar este margarita. Tengo una sesión de entrenamiento mañana a primera hora. Así que tomo mezcal, ¿sabes? Nada de tequila. Tengo que mantener la pureza. He empezado con un nuevo entrenador de artes marciales mixtas… Superintenso.

—Vale.

—Y, Nono…

—¿Sí?

—¿No podrías llamarme de nuevo con ese apodo especial que me tenías reservado?

—Eh…

—Ya sabes cuál.

—Sí, claro. Cómo no voy a saberlo. —Se estrujó la mollera para intentar adivinar cuál podría ser. «¿Ryry?» «¿Ryancito?» «¿Platón?»—. No. No puedo.

—¿Por la gente?

Ella hizo como que miraba alrededor.

—Exacto, por la gente. Y, tú sabes, ahora que cada uno ha tomado su camino… me parece un poco… inapropiado.

Él esbozó una sonrisa melancólica.

—Escucha. Estaré en Los Ángeles para el cierre de la gira. Es en el Staples Center, ¿verdad? Tengo entradas de primera fila. No lo vas a poder evitar.

—Qué mono eres.

—¿Amigos para siempre?

—Amigos para siempre.

Percibiendo que la charla se acercaba a su final, Nora sintió la necesidad súbita de preguntar algo.

—¿De verdad te gustaba la filosofía?

Ryan eructó. Qué extraño y qué chocante darse cuenta así de que Ryan Bailey era un ser humano dentro de un cuerpo humano que generaba gases.

—¿Qué?

—Filosofía. Hace años, cuando hiciste de Platón en *Los atenienses*, declaraste en una entrevista que habías leído un montón de filosofía.

—Lo que leo es la vida. Y la vida es una filosofía.

Nora no tenía ni idea de qué quería decir con aquello, pero muy en sus adentros se sintió orgullosa de que aquella otra versión de sí hubiese dado calabazas a una estrella de Hollywood.

—Creo que en esa entrevista decías que estabas leyendo a Martin Heidegger.

—¿Martin Hot Dog? ¿Quién? Mira, no sé, eso son tonterías que se inventa la prensa sobre Hollywood. Y nosotros, al final, decimos cualquier cosa, ya sabes.

—Sí. Claro. Ya sé.

—Adiós, amiga.

—*Bye bye*, Ryan.

Su rostro desapareció de la pantalla y, al levantar la vista del móvil, se encontró con que Joanna la miraba con una sonrisa pintada en la cara, sin decir una palabra.

Nora vio en la mánager algo reconfortante. Intuía en ella a una especie de mentora. Imaginó que a la Nora de esa vida esa Joanna le caía bien. Recordó de repente que en cuestión de media hora tendría que participar en un *podcast* y hablar por todo el grupo, de la mitad de cuyos miembros desconocía hasta el nombre. No sabía tampoco cómo se llamaba el último disco del grupo. Ni ningún disco, de hecho.

El autobús se detuvo junto a un hotel de aspecto majestuoso, en algún barrio residencial de la ciudad. Había coches de lujo con lunas tintadas. Palmeras envueltas en lucecitas decorativas. Una arquitectura de otro planeta.

—Es un antiguo palacio —le explicó Joanna— que diseñó un arquitecto brasileño de primera línea. No recuerdo su nombre… —Lo buscó en el teléfono —. Oscar Niemeyer —dijo, después de un instante—. Un arquitecto contemporáneo. Este edificio es más pomposo que la mayor parte de sus creaciones. Es el mejor hotel de todo Brasil…

Fue entonces cuando Nora vio un pequeño grupo de personas que grababan su llegada en sus teléfonos móviles, empuñándolos como los cuencos de un pordiosero que pide limosna.

«Puedes tenerlo todo y no sentir nada».

@NoraLabyrinth, 74,8 K Retweets, 483,5 K Favoritos

Una bandeja de plata con panecillos de miel

Era una locura pensar que una vida como aquella coexistía con todas las demás en el multiverso, como una nota más dentro de un acorde.

A Nora le resultaba casi imposible creer que mientras que en una vida las pasaba moradas para pagar el alquiler, en otra era capaz de emocionar con su música a gente de todos los rincones del planeta.

El puñado de fanáticos que la habían grabado a la llegada del autobús esperaba ahora que firmase autógrafos. No les importaba que se sumaran el resto de miembros del grupo, pero parecían estar deseando interactuar con Nora.

Esta miró a una de las *fans* mientras se dirigía caminando sobre la grava hacia la multitud. Era una chica, con el cuerpo plagado de tatuajes, que vestía como una joven de los años veinte que hubiera quedado atrapada en una guerra apocalíptica ciberpunk. Llevaba el pelo peinado como Nora, incluido el mechón blanco.

—¡Nora! ¡Noraaaaa! ¡Hola! ¡Te queremos, reina! ¡Gracias por venir a Brasil! ¡Eres la mejor! —Y acto seguido comenzó el cántico—. ¡Nora, Nora, Nora!

Mientras firmaba autógrafos, más bien garabatos hechos a la carrera, un chico de veintipocos años se quitó la camiseta y le pidió que le firmara en el hombro.

—¡Me lo voy a tatuar!

—¿En serio? —preguntó ella, escribiendo su nombre en el cuerpo del chico.

—Este es el momento más importante de mi vida —dijo, medio atragantándose—. Me llamo Duarte.

Nora se preguntó cómo podía marcar algo escrito por ella con un rotulador en medio segundo el mejor momento de la vida de nadie.

—Tú me has salvado la vida. *Cielos hermosos* me salvó la vida. Esa canción… ¡Es tan poderosa!

—Oh, guau. *Cielos hermosos*. ¿La conoces?

El fan estalló en carcajadas.

—¡Qué graciosa eres! ¡Por eso soy tu fan! ¡Te quiero muchísimo! ¡Que si conozco *Cielos hermosos*! ¡Qué increíble eres!

Nora no supo qué responder. Esa cancioncita que había escrito cuando tenía diecinueve años en la universidad, en Bristol, le había cambiado la vida a alguien en Brasil. Era abrumador.

Claramente, aquella era la vida para la que Nora estaba hecha. Dudó que jamás tuviera que volver a la Biblioteca. Podría soportar que la adorasen, sí. Era mejor que estar en Bedford, canturreando temas tristes con la cabeza apoyada en la ventanilla del bus de la línea 77.

Posó para los selfis.

Una joven parecía estar a punto de echarse a llorar. Llevaba consigo un gran retrato impreso de Nora besando a Ryan Bailey.

—¡Me da tantísima pena que rompieras con él!

—Sí, lo sé, ha sido muy triste. Pero la vida es así… Las cosas son como… una curva de aprendizaje.

Joanna apareció justo a su lado, la tomó del brazo y la apartó con delicadeza de los admiradores, guiándola hacia el hotel.

Cuando entró en el elegante recibidor, que olía a jazmines (mármol, lámparas de araña, arreglos florales), Nora vio que el resto del grupo estaba en el bar. Pero ¿dónde demonios se habría metido su hermano? Quizá estaría coqueteando con los periodistas en alguna sala.

Se dirigió hacia el bar y en ese momento se dio cuenta de que todo el mundo —el conserje, los recepcionistas, los huéspedes— la estaba mirando.

Nora estaba a punto de aprovechar la oportunidad para preguntar por su hermano, cuando Joanna llamó la atención de un tipo que vestía una camiseta con el nombre de Los Laberintos en una caligrafía como de película de extraterrestres antigua. Era un cuarentón de barba gris y pelo ralo al que, sin embargo, parecía intimidar la presencia de Nora. El hombre hizo una leve reverencia y luego estrechó la mano de Nora.

—Soy Marcelo —se presentó—. Gracias por acceder a hacer esta entrevista.

Nora se dio cuenta de que a sus espaldas había otro hombre más joven, cubierto de pendientes y tatuajes, que cargaba un equipo de grabación con una gran sonrisa plantada en el rostro.

—Habíamos reservado un rincón tranquilo en el bar —explicó Joanna—, pero ahora está… esta gente. Creo que deberíamos subir a la suite de Nora.

—Estupendo —dijo Marcelo—. Genial, estupendo.

Mientras caminaban hacia el ascensor, Nora volvió la mirada hacia el bar, donde se había apostado el resto de miembros del grupo.

—Oye, ¿no te gustaría hablar con los otros también? —preguntó a Marcelo —. Ellos recuerdan cosas que yo no. Muchas.

Marcelo negó con la cabeza a la vez que sonreían, y repuso delicadamente:

—Funciona mejor así, o eso creo.

—Oh, como quieras.

Todas las miradas se posaron en ellos mientras esperaban que bajase el ascensor. Joanna se inclinó hacia Nora.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—No lo sé. Es solo que estás distinta esta noche.

—¿En qué sentido?

—No lo sé… Distinta.

Cuando entraron en el ascensor, Joanna le pidió a otra chica —que Nora reconoció del autobús— que subiera bebidas del bar: cervezas para los chicos del *podcast*, un agua mineral con gas para Nora y una caipiriña para ella.

—Súbelas a la *suite*, Maya.

Tal vez en esta vida yo sea abstemia, pensó Nora, mientras salía del ascensor. Una lujosa moqueta de color salmón recubría el pasillo que conducía a su *suite*. Al entrar, trató de actuar como si todo esto fuera perfectamente normal. Aquella gigantesca habitación conducía a otra gigantesca habitación que conducía a su vez a un gigantesco baño. Había también un gigantesco ramo de flores para ella, con una nota firmada por el gerente del hotel.

«¡Vaya!», dijo Nora para sus adentros tratando de disimular, mientras miraba alrededor y se hacía cuenta de los lujosos muebles, los pesados cortinajes, la cama tamaño campo de tenis vestida de sábanas de delicado algodón blanco, la televisión del tamaño de un cine pequeño, el champán en su hielera y una bandeja de plata surtida de «panecillos de miel brasileños», como informaba la tarjeta adjunta.

—Supongo que esto no lo vas a probar —se adelantó Joanna, cogiendo un dulce de la bandeja—. Ahora estás con esta nueva dieta y Harley me ha pedido que te vigile.

Nora vio a Joanna morder un panecillo y se preguntó qué tipo de dieta malvada sería aquella que le prohibía comer algo tan obviamente delicioso como

un panecillo de miel brasileño. No tenía ni idea de quién era Harley, pero de entrada no le caía bien.

—Por cierto…, solo por que lo sepas. El incendio de los alrededores de Los Ángeles sigue activo y están evacuando la mitad de Calabasas ahora mismo. Con un poco de suerte, el fuego no subirá hasta la zona de tu casa…

Nora no sabía si alegrarse por la idea de tener una casa en Los Ángeles o si preocuparse por que pudiera ser devorada por un incendio.

Los dos periodistas brasileños se tomaron unos momentos para preparar su material. Nora se desplomó en el gran sofá del salón mientras Joanna, retirándose con un dedo de uña cuidada y mucho esmero un par de migajas de las comisuras de la boca, le explicaba que su *podcast* musical, *O Som*, era el más popular de Brasil.

—Este país tiene una población enorme —informó Joanna, entusiasmada—. Las cifras de oyentes son estratosféricas. Vale la pena hacer la entrevista.

Y allí se quedó Joanna plantada, observándola como una mamá halcón, a la espera de que comenzara el *podcast*.

El *podcast* de las revelaciones

—Ha sido un año de locura para Los Laberintos, ¿verdad? —empezó preguntando Marcelo con un dominio casi nativo del idioma.

—Sí, desde luego. Ha sido todo un viaje —dijo Nora, tratando de hablar como una estrella del *rock*.

—Me gustaría preguntarte por el disco… *Pottersville*. Las letras son todas tuyas, ¿verdad?

—La mayoría, sí —supuso Nora, mirando fijamente la verruga de su mano izquierda.

—Las escribió todas —remachó Joanna.

Marcelo asintió con la cabeza mientras su acompañante, que no había dejado de sonreír un instante enseñando los dientes, jugueteaba con el control de sonido en su portátil.

—Mi canción favorita de ese disco es *Plumas* —observó Marcelo mientras llegaban las bebidas.

—Me alegro de que te guste.

Nora trató de pensar de qué manera escabullirse de aquel interrogatorio. ¿Una migraña? ¿Un retortijón?

—Sin embargo, me gustaría hablar primero sobre el primer sencillo de ese disco, *Sal de mi vida*. Parecía una declaración muy personal.

Nora forzó una sonrisa.

—La letra lo dice todo.

—Desde luego, ha habido algunas especulaciones sobre si se refiere a la… ¿cómo se le llama en su idioma…?

—¿Orden de alejamiento? —propuso Joanna, siempre capaz.

—¡Eso! La orden de alejamiento.

—Eh… —dijo Nora, cogida por sorpresa—. Bueno. Prefiero dejarlo dicho en la letra de la canción. Es algo de lo que me cuesta hablar.

—Sí, es comprensible. Lo digo solo porque en tu reciente entrevista en *Rolling Stone* sí que hablas un poco sobre tu expareja, Dan Lord, y te referías a

lo difícil que te resultó obtener una… una… orden de alejamiento contra él, después de que estuviese siguiéndote… ¿No intentó colarse en tu casa? Además, contó a los periodistas que la letra de *Cielos hermosos* es suya…

—Dios santo —Nora se debatía ahora entre la lágrima y la risa, pero se las arregló para no ceder a una ni a otra—. Escribí esa letra cuando estaba aún con él, pero a él no le gustaba. A él no le gustaba tampoco que yo estuviera en este grupo. Lo odiaba. Odiaba a mi hermano. Odiaba a Ravi. Odiaba también a Dinah, que era, de hecho, uno de los miembros originales. En fin, Dan era muy celoso entonces.

Aquello de repente tomó un cariz irreal. En una vida, la que él supuestamente quería, el matrimonio con Nora le resultaba a Dan tan aburrido que este terminaba buscándose una amante, mientras que en esta vida terminaba colándose sin permiso en su casa porque no era capaz de soportar su éxito.

—Es un desgraciado —dijo Nora—. No conozco la palabra portuguesa para referirse a una persona horrible.

—*Cabrão*. Eso es un desgraciado —dijo el periodista.

—Un cabrón —añadió el chico joven, sin mudar la expresión del rostro.

—Sí, pues eso, un *cabrão*. Se convirtió en una persona muy distinta a la que yo había conocido. Es extraño. Es extraño cómo, cuando cambia tu vida, la gente empieza a actuar de manera diferente. Es el precio de la fama, supongo.

—Escribiste también una canción titulada *Henry David Thoreau*. No mucha gente dedica un tema a un filósofo.

—Lo sé. Bueno, yo estudié Filosofía en la universidad y él era mi pensador favorito. Este tatuaje es una cita suya. Y, la verdad, es bastante mejor título que *Immanuel Kant*, créeme.

Lo cierto es que Nora empezaba a encontrarse en su salsa. No era demasiado difícil interpretarse a sí misma en la vida que estaba destinada a vivir.

—Y no podemos olvidar *Aullido*, claro. Es una canción muy poderosa. Número uno en veintidós países y un videoclip ganador de un Grammy, en el que aparece un elenco digno de Hollywood. Supongo que estarás harta de hablar de ella.

—Sí, yo también lo supongo.

Joanna fue a buscar otro panecillo.

Marcelo sonrió levemente, dispuesto a apretarle un poco las tuercas a la estrella del *rock*.

—Para mí es un tanto primordial, por decirlo así. La canción, quiero decir.

En ella parece que dejas salir todo. Más tarde, descubrí que la escribiste la misma noche en que despediste a tu representante anterior. La anterior a Joanna. Cuando descubriste que te había estado engañando…

—Sí. Aquello estuvo fatal —improvisó—. Una traición en toda regla.

—Yo era ya muy fan de Los Laberintos cuando sacasteis *Aullido*. Pero esa canción marcó un antes y un después. Esa y *La chica del faro. Aullido* fue la canción que me llevó a pensar «Nora Seed es una genio». La letra es bastante abstracta, pero la manera en que dejas escapar toda esa rabia… Lo haces de una manera tan tierna y a la vez tan sentida y poderosa… Es como The Cure en sus primeros tiempos, fusionados con Frank Ocean, The Carpenters y Tame Impala.

Nora intentó, sin éxito, imaginar cómo sonaría una mezcla así.

Y, de repente, para sorpresa de todos, el tipo se arrancó a cantar: «Calla la música para afinar mejor / deja las sonrisas falsas y aúllale a la luna».

Nora sonrió y asintió como si conociera la letra.

—Sí, sí. Era como… un aullido.

Marcelo de repente se puso muy serio. Parecía auténticamente preocupado por ella.

—Has tenido que bregar con tantas historias estos últimos años… Acosadores, un representante traidor, las falsas peleas, el juicio, los problemas con los derechos, la difícil ruptura con Ryan Bailey, la recepción del último disco, tu rehabilitación, aquel incidente en Toronto… La vez que te desmayaste por puro agotamiento en París. Tragedias personales, drama, drama y más drama. La intrusión de los medios. ¿Por qué crees que la prensa te tiene tanta inquina?

Nora empezó a sentir un poco de vértigo. ¿Así era la vida de un famoso? ¿Como un agridulce cóctel perenne de adoración y ataques? No era de extrañar que tantas celebridades perdieran los papeles. Era como recibir besos y bofetadas a la vez.

—No… No sé qué decir… Ha sido una locura, la verdad.

—Lo que quiero decir es… ¿Alguna vez te has preguntado cómo habría sido tu vida si hubieras tomado otro camino?

Nora escuchó la pregunta mientras contemplaba las burbujas de su agua mineral ascender.

—Creo que es fácil imaginar una vida más fácil, sí —respondió, encontrando por primera vez cierta lucidez inédita—. Pero, en realidad, no hay ningún camino fácil. Hay caminos, punto. En otra vida quizá me caso. En la otra, quizá

trabajo en una tienda de música. En otra, quizá dije que sí a un chico guapo que me invitó a un café. En otra, quizá me hago glacióloga y voy a investigar los glaciares del Ártico. En otra, soy campeona olímpica de natación, a lo mejor. Quién sabe. Cada segundo de cada día entramos en un nuevo universo. Dedicamos tanto tiempo a desear que nuestras vidas sean distintas, a compararnos con otras personas, con otras versiones de nosotros mismos… Cuando realmente todas las vidas tienen cierto grado de cosas buenas y cierto grado de cosas malas.

Marcelo, Joanna y el otro tipo brasileño la miraban con los ojos como platos. Nora había cogido carrerilla. Estilo libre.

—La vida sigue una serie de patrones… O de ritmos. Cuando nos sentimos atrapados en una única vida es muy fácil imaginar todas las tristezas, las tragedias, los fracasos y los miedos que pueblan esa existencia en particular. Pero todo lo malo es un producto derivado de la vida, en cierto sentido. No es la vida, sin más. Lo que quiero decir es que las cosas nos serían mucho más fáciles si entendiéramos que ningún estilo de vida nos inmuniza contra el drama. Ninguno. La tristeza es intrínseca a la felicidad, es uno de los hilos del tejido de la felicidad, por decirlo así. Por supuesto, todas estas cosas se presentan en distinto grado y cantidad. Pero no existe ninguna vida en la que podamos sentirnos felices para siempre. Imaginar lo contrario solo consigue hacernos más infelices en la vida que nos ha tocado vivir.

—Qué gran respuesta —repuso Marcelo cuando estuvo seguro de que la entrevistada había terminado de hablar—. Esta noche nos ha dado la impresión, en el concierto, de que estabas feliz. Tocar *Puente sobre aguas turbulentas*, en lugar de *Aullido*, ha sido toda una declaración de intenciones muy poderosa. Estabas diciendo algo así como «Soy fuerte». Me ha dado la impresión de que nos decías a los *fans* que estás bien. ¿Cómo está yendo la gira?

—Está yendo muy bien. Y sí, quería enviar un mensaje; bueno, ya sabes, el mensaje es que estoy en la carretera, viviendo la vida lo mejor que puedo. Aunque después de un tiempo siempre echo de menos mi casa.

—¿Cuál de ellas? —preguntó Marcelo, con una traviesa sonrisa silenciosa—. Me refiero, ¿en cuál de ellas te encuentras más en casa, en Londres, en Los Ángeles o en Amalfi?

(Desde luego, esa era la vida en la que más huella de carbono dejaría, sin duda).

—No lo sé. Supongo que en Londres.

Entonces, Marcelo tomó aire profundamente, como si la siguiente pregunta fuese un mar en el que debiera zambullirse. Se rascó la barba.

—De acuerdo. Aunque imagino que se te debe de hacer duro… Sé que compartiste ese apartamento con tu hermano.

—¿Por qué iba a hacérseme duro?

Joanna le dedicó una mirada de curiosidad desde detrás de su cóctel.

Marcelo, por su lado, la miró con empatía emocionada. Los ojos le resplandecían.

—Bueno —continuó, tras dar un delicado sorbo a la cerveza—, tu hermano era una parte muy importante de tu vida. Y fue un miembro destacado del grupo.

«Era». «Fue».

Tanto miedo en un mundo tan pequeño. Como una piedra cayendo al agua.

Recordó cuando preguntó a Ravi por su hermano antes del bis. Recordó la reacción del público cuando nombró a Joe en voz alta.

—Sigue por ahí. Esta noche ha estado.

—Quiere decir que lo siente —intervino Joanna—. Todos lo sienten. Era un alma fuerte. Atormentada, pero fuerte… Es trágico cómo el alcohol y las drogas y la propia vida se lo llevaron por delante.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Nora. Ya no estaba actuando dentro de otra vida. Necesitaba saber.

Marcelo la miraba con expresión triste.

—Apenas han pasado dos años de su muerte… La sobredosis…

Nora tragó ruidosamente.

No apareció instantáneamente en la Biblioteca porque no llegó a asimilar la información de manera instantánea. Se levantó, mareada, y salió trastabillando de la *suite*.

—¿Nora? —llamó Joanna, riendo nerviosamente—. ¿Nora?

Nora entró en el ascensor y bajó al bar. Buscó a Ravi.

—Dijiste que Joe estaba dándole coba a la prensa —le preguntó.

—¿Qué?

—Lo dijiste. Antes te pregunté dónde estaba Joe y me contestaste «dándole coba a la prensa extranjera».

Ravi dejó la cerveza que estaba tomando en la barra y la miró como si estuviera gastándole una broma.

—Y eso era lo que estaba haciendo. Estaba con la prensa. Díselo tú, Jo.

—¿Cómo? —preguntó Nora, confusa.

Ravi señalaba a Joanna, que se dirigía hacia ellos desde los ascensores con la cara descompuesta.

—Sí. Joanna estaba con la prensa extranjera, Nora. ¿Sí o no, Jo?

Y Nora notó la tristeza como un puñetazo en el abdomen.

—Oh, no —dijo—. Oh, no, Joe. Ay, no, no…

Y, de repente, el lujoso hotel del bar desapareció. Las mesas, las bebidas, Joanna, Marcelo, el chico del sonido, los huéspedes del hotel, Ravi, los demás músicos, el suelo de mármol, el barman, los camareros, las lámparas de araña y las flores, todo se convirtió en nada.

«Aullido»

Un bosque invernal
y ningún lugar al que ir.
Una chica huye
de todo lo que conoce.

La presión va en aumento,
se le agota el tiempo.
Quieren tu cuerpo.

Quieren tu sol.
Quieren tus sombras.
Esto es *rock and roll*.
Los lobos merodean,
un sueño febril.
Los lobos te rodean,
un aullido entre mil.

Aúlla a la noche negra.
Aúlla hasta que amanezca.
Aúlla, reniega y pelea.
Tu alma aúlla, nunca flaquea.

Aúlla, aúlla, aúlla, aúlla.
(Aullad, cabrones).

No puedes luchar por siempre.
Debes transigir.
Si tu vida no arranca,
mira dentro de ti.

[Hablado]
Recuerda…
cuando éramos tan jóvenes
que no temíamos al mañana
ni nos dolíamos por el ayer.
Y éramos nosotras,
sin más.
Y el tiempo era el ahora,
el «justo ahora».
Corríamos

por la vida
sin fosos, ni vallas,
ni cotos de caza.
Porque teníamos tiempo,
tiempo para respirar.

Pero otros malos tiempos
han llegado, malos tiempos.
La vida no se acaba
si no ha comenzado.
El agua del lago está helada,
pero te seduce;
puede ser oro
todo lo que reluce.
Acalla la música, reescribe la letra.
Tu sol y tus sombras están ya de vuelta.

Aúlla a la noche negra.
Aúlla hasta que amanezca.
Aúlla, reniega y pelea.
Tu alma aúlla, nunca flaquea.

Aúlla, aúlla, aúlla, aúlla.

[Repetición hasta fundido final]

Amor y dolor

—Odio este… proceso —le dijo Nora a la señora Elm con un chorro de voz—. ¡Quiero que pare!

—Por favor, silencio —le rogó la señora Elm con un caballo blanco en la mano, concentrada en el siguiente movimiento—. Esto es una biblioteca.

—No hay nadie más que nosotras.

—Eso es lo de menos. Seguimos estando en una biblioteca. Si estas en una catedral, guardas silencio porque estás en una catedral, no porque haya más gente. Con una biblioteca ocurre igual.

—Vale —continuó Nora, bajando el volumen—. No me gusta esto. Quiero que acabe ya. Quiero entregar mi carné de la biblioteca y dejar de ser usuaria.

—El carné de la biblioteca eres tú misma.

Nora volvió a su argumento de base.

—Quiero parar.

—No, no quieres.

—Sí, quiero parar.

—Y, entonces, ¿por qué sigues aquí?

—Porque no tengo otra opción.

—Hazme caso, Nora. Si no quisieras estar aquí, no estarías. Te lo dije al principio.

—No me gusta.

—¿Por qué?

—Es muy doloroso.

—¿Por qué es muy doloroso?

—Porque es real. En esta vida, mi hermano estaba muerto.

A la bibliotecaria se le endurecieron de nuevo las facciones.

—Y en otra vida, alguna de las vidas de tu hermano, la muerta eres tú. ¿Crees que es doloroso para él?

—Lo dudo. Hace mucho que pasa totalmente de mí. Vive su propia vida y me culpa por no sentirse realizado.

—Así pues, ¿todo esto tiene que ver con tu hermano?

—No. Es por todo. Parece imposible vivir sin hacer daño la gente.

—Es que es imposible.

—Y, entonces, ¿por qué vivir?

—Bueno, por hacer un poco de justicia, he de decir que morirse también hace daño a los demás. ¿Qué vida quieres elegir ahora?

—No quiero elegir ninguna.

—¿Qué?

—No quiero más libros. No quiero más vidas.

La señora Elm se puso pálida, como le había ocurrido tantos años atrás, cuando recibió aquella llamada acerca del padre de Nora.

Nora notó un temblor bajo los pies. Como un pequeño terremoto. La señora Elm se agarró a los estantes y algunos libros cayeron al suelo. Las luces parpadearon y luego se apagaron completamente. La mesa y el tablero de ajedrez cayeron al suelo.

—Oh, no —dijo la señora Elm—. Otra vez no.

—¿Qué está pasando?

—Ya sabes lo que pasa. Todo este lugar existe por ti. Tú eres la fuente de energía. Cuando hay una interrupción importante del suministro, la biblioteca corre peligro. Eres tú, Nora. Estás tirando la toalla en el peor momento posible. No puede ser. Tienes mucho que ofrecer. Tienes un montón de oportunidades por delante. Hay tantas versiones distintas de ti en estos libros… Recuerda cómo te sentiste frente al oso polar. Recuerda lo mucho que quisiste vivir.

«El oso polar».

«El oso polar».

—Incluso esas malas experiencias tenían un propósito, ¿te das cuenta?

Los arrepentimientos con los que había vivido casi toda su vida habían sido un desperdicio.

—Sí, me doy cuenta.

El temblor menguó.

Había libros tirados por todo el suelo.

Volvieron las luces, aunque aún titilaban.

—Lo siento —se disculpó Nora, intentando recoger los libros para volver a colocarlos en su sitio.

—No —atajó la señora Elm—. No los toques. Déjalos en el suelo.

—Lo siento.

—Y deja de decir «lo siento». Ayúdame con esto, por favor. Es más seguro.

Nora ayudó a la señora Elm a levantar la mesa y a recoger las piezas de ajedrez y colocarlas en el tablero.

—¿Qué pasa con los libros del suelo? ¿Los vamos a dejar ahí?

—¿Qué te importa? Pensé que querías desaparecer del todo.

La señora Elm podía muy bien ser el mecanismo encargado de simplificar para Nora la intrincada complejidad del universo cuántico, pero en ese momento —sentada al pie de los estantes medio vacíos y junto a su tablero de ajedrez, dispuestas las piezas para una nueva partida— parecía una mujer sabia, triste e infinitamente humana.

—Disculpe. No quería mostrarme tan dura —acertó a excusarse en última instancia.

—No pasa nada.

—Recuerdo cuando jugábamos al ajedrez en la biblioteca del instituto. Siempre empezabas perdiendo las mejores piezas —rememoró—. Sacabas la reina o las torres, y siempre te las comía antes de que te quisieras dar cuenta. Y, entonces, dabas la partida por perdida, porque te habías quedado con los peones y con uno o dos caballos.

—¿A qué viene esto ahora?

La señora Elm vio un hilo suelto en su jersey y se lo metió por dentro del puño. Pero lo pensó mejor, lo sacó de nuevo y lo dejó colgando.

—Para triunfar en el ajedrez, tienes que darte cuenta de una cosa —explicó, como si Nora no tuviese otra cosa en la que pensar—. Esa cosa es la siguiente: la partida no termina hasta que ha terminado. Y no ha terminado mientras haya un único peón sobre el tablero acompañando al rey. Si un jugador tiene un peón y un rey, y el otro tiene todas las piezas, sigue habiendo partida. Y en el caso de que fueras el propio peón, en lugar del jugador que los mueve —quizá así es para todo el mundo—, debes recordar que el peón es la pieza más mágica de todas. Puede parecer pequeño y vulgar, pero no lo es. Quizá el peón nunca es un peón. El peón es una reina en potencia. Lo único que tienes que hacer es no dejar de avanzar nunca. Una casilla tras otra, hasta llegar al otro lado. En ese momento, desencadenas un poder inigualable.

Nora miró los libros que la rodeaban.

—¿Está diciendo entonces que solo tengo peones para jugar?

—Lo que estoy diciendo es que lo más ordinario a nuestros ojos puede terminar siendo lo que nos lleve a la victoria. Tienes que seguir adelante. Como

aquel día en el río. ¿Te acuerdas?

Por supuesto que se acordaba.

¿Cuántos años tenía? Debían de ser diecisiete, porque había dejado de competir. Fue un periodo difícil de su vida, en el que su padre se enfadaba con ella a todas horas y a su madre la aquejaba una casi indetectable depresión. Ese fin de semana, su hermano había ido de visita desde la universidad, donde estudiaba Bellas Artes. Había invitado además a su amigo Ravi. Joe quería enseñarle los rincones más pintorescos de nuestra gloriosa Bedford. Improvisaron una fiesta a orillas del río con música, cerveza, una tonelada de marihuana y chicas a las que les cabreaba bastante que Joe no se fijara en ellas. Nora estaba invitada. Bebió demasiado y, no se sabe muy bien cómo, terminó hablando con Ravi sobre natación.

—Entonces, ¿podrías cruzar a nado el río? —le preguntó.

—Claro.

—Venga ya —retó alguien.

Y así, en un instante, Nora tomó la estúpida decisión de demostrar a ese alguien de lo que era capaz. Cuando Joe, drogado y muy borracho, se dio cuenta de lo que estaba haciendo su hermana pequeña, ya era demasiado tarde. Nora ya surcaba las aguas.

Al recordar ese episodio, el pasillo perpendicular al corredor de la biblioteca en que se encontraban dejó de ser de piedra y se cubrió de agua que corría. Las estanterías de alrededor no se movieron, pero de los azulejos que pisaba brotó hierba y el techo se convirtió en cielo. A diferencia de cuando saltaba a sus vidas alternativas, la señora Elm y los libros no desaparecieron. Estaban ambas a medio camino de la biblioteca y el recuerdo.

Nora observaba a alguien que apareció en mitad del pasillo-río. Era su yo más joven, en el agua, mientras la última luz del verano se desvanecía en la oscuridad.

Equidistancia

El agua del río estaba fría y la corriente era fuerte.

Recordó, mientras se contemplaba a sí misma, el dolor en los hombros y los brazos. La dura pesadez que los atenazaba, como si nadase con una armadura puesta. Recordó que no entendía por qué, pese a su esfuerzo, la silueta del sicomoro del otro lado del río se obstinaba en no crecer y la orilla opuesta se mantenía exactamente a la misma distancia. Recordó haber tragado agua sucia. Se vio mirar atrás, hacia la orilla de la que venía, donde ella supuestamente se encontraba ahora, de pie, observándose a sí misma junto a versiones juveniles de su hermano y sus amigos, sin reparar en su yo presente y en las estanterías que se levantaban a un lado y a otro.

Recordó cómo, en su delirio, le había venido a la mente la palabra *equidistante*. Una palabra que tenía su sitio en la seguridad desapegada de las aulas. Equidistante. Una palabra neutra, matemática, que se convirtió en una idea terca, que se le repetía como un frenético mantra, mientras ella hacía acopio de sus últimas fuerzas para no avanzar apenas nada. Equidistante. Equidistante. Equidistante. Desalineada, no más cerca de una orilla que de otra.

Así era como se había sentido la mayor parte de su vida.

Atrapada en el medio. Peleando, debatiéndose, tratando de sobrevivir sin saber qué camino tomar. Con qué camino comprometerse sin arrepentirse después.

Miró la orilla del otro lado y distinguió ahora los estantes de libros que no estaban antes, a la sombra del sicomoro cuya gran silueta se inclinaba sobre el agua como un padre preocupado. El viento susurraba entre sus hojas.

—Pero te comprometiste —observó la señora Elm, que obviamente había escuchado los pensamientos de Nora—. Y sobreviviste.

El sueño de otro

—La vida es siempre una actuación —afirmó la señora Elm mientras contemplaban cómo unos amigos sacaban a rastras del agua al hermano de Nora. Este miraba cómo una chica, cuyo nombre Nora había olvidado, telefoneaba a una ambulancia desde su móvil—. Y actuaste cuando era necesario. Nadaste hasta aquella orilla. Saliste arrastrándote por la arena. Tosiste hasta que se te rompieron las venas y tuviste hipotermia. Pero cruzaste el río, contra todo pronóstico. Encontraste algo en tu interior.

—Sí. Bacterias. Estuve semanas enferma. Tragué un agua asquerosa.

—Pero viviste. Tenías esperanza.

—Sí, bueno. Para aquel entonces ya había empezado a perder los papeles.

Nora clavó la mirada en el suelo y vio cómo la hierba empezaba a encogerse y era reabsorbida por la piedra. Volvió la cabeza hacia atrás para ver por última vez el agua antes de que se difuminara con un destello y el sicomoro, su hermano y los amigos de este, junto con su propio yo juvenil, se desvanecieran en el aire.

La biblioteca volvía a tener el aspecto de siempre. Habían vuelto todos los libros a los estantes y las luces dejaron de parpadear.

—Qué estúpida fui al lanzarme al río solo para impresionar a la gente. Siempre pensé que Joe era mejor que yo. Quería caerle bien.

—¿Por qué pensabas que era mejor que tú? ¿Porque así lo pensaban tus padres?

La crudeza de la señora Elm hizo enfadar a Nora. Pero probablemente tenía razón.

—Siempre tenía que hacer lo que querían que hiciese para impresionarlos. Joe tenía sus cosas, claro está. Y yo no las entendí de verdad hasta que supe que era gay. Dicen, no obstante, que el enfrentamiento entre hermanos no es cosa de los hermanos, sino de los padres. Yo siempre tuve la impresión de que mis padres lo apoyaron un poco más a él con sus sueños.

—¿El de ser músico, por ejemplo?

—Sí. Cuando Ravi y él decidieron que querían ser estrellas del *rock*, mis padres le compraron una guitarra y después un teclado eléctrico.

—¿Y qué tal le fue con ellos?

—La guitarra le gustaba. A la semana de que se la regalasen tocaba ya *Smoke on the Water*, la canción de Deep Purple. El piano no le hacía tanta gracia, así que decidió que no le interesaba y lo dejó arrumbado en su habitación.

—Y ahí fue cuando empezaste a tocarlo tú —afirmó, más que preguntar, la señora Elm. Lo sabía. Cómo no.

—Exacto.

—Lo pusieron en tu habitación y tú lo recibiste como quien recibe a una amiga, y empezaste a aprender, con una firme determinación. Te gastaste el dinero de tus ahorros en manuales para aprender a tocar el piano, *Mozart para principiantes, Beatles para piano*. Porque te gustaba. Pero también porque querías impresionar a tu hermano mayor.

—A usted jamás le conté nada de esto.

Una sonrisa torva.

—No te preocupes. Lo he leído en un libro.

—Sí, claro. Por supuesto. Cómo no.

—Quizá deberías ir dejando de preocuparte por la aprobación de la gente, Nora —susurró la señora Elm para intensificar lo íntimo y poderoso de su apreciación—. No necesitas ninguna autorización familiar para…

—Sí. Ya lo he pillado.

Pero fue entonces cuando de verdad lo pilló.

Todas las vidas que había intentado vivir desde que había puesto el pie en aquella biblioteca habían sido soñadas por otros. La vida de casada en un *pub* había sido el sueño de Dan. La vida en Australia, el de Izzy. El malestar por no haber acompañado a su amiga iba a cuenta de su amiga, no de sí misma. El sueño de convertirse en campeona de natación había sido el de su padre. Y, de acuerdo, el Ártico le había interesado desde muy niña, pero, ciertamente, la propia señora Elm la había guiado en gran manera hacia ello, en la biblioteca escolar del mundo real. ¿Y Los Laberintos? Bueno, ese era en realidad el sueño de su hermano.

Quizá no existiera la vida perfecta para ella. Pero en algún lugar, sin duda, había una vida que merecía ser vivida. Si quería pescar una vida que verdaderamente valiese la pena, tendría que echar al mar una red más grande, por así decir.

La señora Elm tenía razón. La partida no había terminado. Ningún jugador debe rendirse si le quedan aún piezas sobre el tablero.

Nora se incorporó un poco, enderezándose todo lo que podía.

—Tienes que elegir más vidas de los estantes inferiores, en realidad. Has estado buscando deshacer tus arrepentimientos más evidentes. Los libros de los estantes superiores e inferiores son vidas algo más apartadas de tu vida raíz. Vidas que sigues viviendo en un universo u otro, pero no las que has imaginado, las que has temido o sobre las que has reflexionado. Son vidas que podrías vivir, pero con las que nunca has soñado.

—¿Son vidas infelices, entonces?

—Algunas sí, otras no tanto. Son las vidas menos esperables, por decirlo así. Para llegar a ellas haría falta un poco de imaginación… Pero estoy segura de que tú serás capaz.

—¿Podrías guiarme un poco?

La señora Elm sonrió.

—Te podría leer un poema. A las bibliotecarias nos gustan los poemas. «Se bifurca el camino en un bosque otoñal / y lamento no saber desdoblarme […] / Tomé el menos transitado / y eso mudó la noche en día» —recitó, citando a Robert Frost.

—¿Y si ese camino del bosque se dividiera en más de dos? ¿Y si hubiera más caminos que árboles? ¿Y si pudieras elegir entre un número infinito? ¿Qué escribiría Robert Frost entonces?

Recordó cuando estudió a Aristóteles, el primer año de la carrera. Recordó también que le deprimió un poco la idea que el filósofo griego tenía de que la excelencia no llegaba nunca por accidente. Lo excelente resulta de «la elección sabia entre alternativas diversas». Ahí se encontraba ella ahora, en situación de poder elegir entre todas esas alternativas. Aquello era como un atajo a la sabiduría y también quizá a la felicidad. Lo vio no como una carga, sino como un regalo que atesorar.

—Mira el ajedrez, ahora que lo hemos vuelto a colocar todo en su sitio —propuso la señora Elm con voz calma—. Mira qué ordenado, seguro y tranquilo parece todo ahora sobre el tablero, antes del comienzo de la partida. Es hermoso. Pero es aburrido. Está muerto. Sin embargo, en el instante en que mueves una pieza, todo cambia. Las cosas empiezan a volverse caóticas. Y el caos crece con cada movimiento que haces.

Nora tomó asiento ante el tablero, frente a la señora Elm. Fijó la mirada en

las piezas y adelantó un peón dos casillas.

La señora Elm emuló el movimiento desde su lado del tablero.

—Es fácil aprender a jugar a este juego —explicó—, pero es muy difícil dominarlo. Cada movimiento que haces abre un nuevo mundo de posibilidades.

Nora movió un caballo. Fueron encadenando movimientos así, por unos minutos.

En uno de los lances, la señora Elm hizo otro comentario.

—En los inicios de la partida, hay pocas variaciones. Solo hay una manera de colocar las piezas. Pero tras los primeros seis movimientos, los resultados posibles son nueve millones. Tras ocho movimientos, serán doscientas ochenta y ocho mil millones las posibilidades. Estas crecen sin parar. Hay más jugadas posibles sobre un tablero de ajedrez que átomos existen en el universo observable, así que imagina el lío que puede llegar a ser. Y no hay una manera correcta de jugar, por cierto, sino muchas. En el ajedrez, como en la vida, la posibilidad está en la base de todo. Cada esperanza, cada sueño, cada arrepentimiento, cada momento vivido.

Al final, ganó Nora la partida. Tenía la sospecha de que la señora Elm se había dejado, pero aun así aquella victoria la hizo sentirse un poco mejor.

—Bueno, bueno, bueno… —dijo la señora Elm—. Ha llegado el momento de elegir un libro, me parece. ¿Qué opinas?

Nora recorrió los estantes con la mirada. Deseó que tuvieran títulos un poco más concretos… Que hubiera un libro titulado *Tu vida perfecta para siempre*.

Su instinto primero fue hacer caso omiso a la pregunta de la señora Elm. Donde había libros, siempre existía la tentación de abrir alguno. Lo mismo ocurría con las vidas.

La señora Elm repitió algo que ya había dicho antes.

—Nunca infravalores la gran importancia de las cosas pequeñas.

Al final, resultó una reflexión útil.

—Quiero una vida tranquila. Esa vida en la que trabajaba con animales. En la que elegía el refugio de animales, en el que hice unas prácticas una vez, en vez de la tienda de instrumentos. Sí. Deme esa, por favor.

Una vida tranquila

Resultó que era bastante fácil entrar en esa existencia en particular.

En esa vida dormía bien, así que no se despertó hasta que saltó la alarma, a las ocho menos cuarto. Acudió al trabajo en su Hyundai desvencijado que olía a perro y a pienso y decoraban migajas de todo tipo. Pasó por delante del hospital y del polideportivo y detuvo el coche en el pequeño aparcamiento que había ante el centro de rescate, un edificio moderno, de ladrillo gris y una sola planta.

Dedicó la mañana a dar de comer a los perros y a pasearlos. Uno de los indicios de que sería sencillo entrar a vivir esa vida sin trabas fue, en parte, la recepción que le dispensó una señora afable y campechana con pelo rizado castaño y acento de Yorkshire. La mujer, llamada Pauline, le dijo a Nora que empezaría a trabajar en el refugio de perros y no en el de gatos, como se había planeado originalmente, así que Nora tuvo la excusa perfecta para hacerse la desorientada y preguntar qué tenía que hacer. El problema de no conocer los nombres de nadie se resolvió solo, pues todos los empleados llevaban una tarjetita identificativa prendida en el pecho.

Nora había paseado a una *bullmastiff* recién llegada al refugio por el prado que se extendía a las espaldas del edificio. Según Pauline, había recibido un trato terrible por parte de su propietario. Le mostró unas cuantas cicatrices redondas. «Son quemaduras de cigarrillo».

Nora quería vivir en un mundo en el que no existiera la crueldad, pero en los únicos mundos que tenía a su disposición había seres humanos. La *bullmastiff* se llamaba Sally. Todo le daba miedo. Su sombra. Los arbustos. Otros perros. Las piernas de Nora. La hierba. El aire. Por suerte, empezaba a desarrollar un vínculo obvio con Nora y de vez en cuando se dejaba rascar (muy fugazmente) la panza.

Más tarde, Nora ayudó a limpiar algunos de los cheniles de los perros. Se imaginó que los llamaban con ese tecnicismo porque sonaba mejor que «jaulas». Había un pastor alsaciano llamado Diésel al que le faltaba una pata y que llevaba al parecer un tiempo en el refugio. Cuando jugaba a tirarle la pelota, Nora

descubrió que seguía teniendo buenos reflejos, pues casi siempre la atrapaba en el aire. A Nora le gustaba esa vida. O, más exactamente, la versión de sí misma que habitaba aquella vida. Podía deducir qué tipo de persona era por cómo le hablaba la gente. Resultaba agradable ser una buena persona. La hacía sentir reconfortada, la ayudaba a confiar.

Nora notaba que su mente era distinta en esa vida. En esa vida pensaba mucho, pero sus pensamientos eran amables.

«La compasión es el cimiento de la moral», había escrito el filósofo Arthur Schopenhauer en uno de sus momentos menos crudos. Quizá la compasión era, también, el cimiento de la vida.

Había un tipo que trabajaba en el refugio que se llamaba Dylan y tenía muy buena mano con todos los perros. Era de la edad de Nora, quizá algo menor. Su mirada era amable y triste, y tenía una melena de surfero, dorada como el pelo de un *retriever*. El chico se sentó junto a Nora para almorzar en uno de los bancos que daban al prado.

—¿Qué comes hoy? —preguntó con dulzura, señalando con un gesto de cabeza hacia la fiambrera de Nora.

Lo cierto es que Nora no tenía ni idea; había encontrado la fiambrera ya lista en su frigorífico forrado de imanes y calendarios aquella mañana. Quitó la tapadera y se topó con un sándwich de queso y salsa de carne y una bolsa de patatas fritas sabor a sal y vinagre. El cielo estaba oscureciéndose y se había levantado viento.

—Ay, joder —dijo Nora—. Va a llover.

—Puede. Pero los perros están todos metidos en los cheniles todavía.

—¿Cómo?

—Los perros huelen la lluvia y muchas veces corren adentro cuando va a caer un chaparrón. ¿A que mola? Predicen el futuro con la nariz.

—Sí —dijo Nora—. Mola mucho.

Nora mordió el sándwich de queso y fue entonces cuando Dylan le echó el brazo por encima de los hombros.

Nora dio un respingo.

—¿Qué haces? —dijo.

Dylan puso cara de haber metido la pata. Parecía horrorizado por lo que acababa de hacer.

—Lo siento. ¿Te he hecho daño en el hombro?

—No, no… Es que… No pasa nada.

Fue así como descubrió que Dylan era su novio, que había ido al mismo instituto que ella —el Hazeldene— y que era dos años más joven.

Nora recordó el día en que murió su padre. Estaba en la biblioteca del instituto, mirando embobada por la ventana, cuando un niño rubio, de un par de cursos por debajo de ella, pasó corriendo ante el ventanal moteado de gotas de lluvia. Perseguía a alguien o lo perseguían. Ese niño era él. Ella se había fijado en él desde lejos alguna vez y le había gustado un poco, pero nunca lo había llegado a conocer ni había pensado en él.

—¿Estás bien, Norster? —preguntó Dylan.

«¿Norster?»

—Sí. Es solo que… Sí, no pasa nada. Estoy bien.

Nora volvió a sentarse, pero dejó un hueco en el banco entre ella y él. No había ningún problema evidente con Dylan: era un chico dulce y ella estaba segura de que en esa vida le gustaba de verdad. Quizá hasta lo amase. Sin embargo, entrar en una vida no significaba acceder también directamente a sus emociones.

—Por cierto, ¿has reservado en Freddo's?

Freddo's. El italiano al que iba cuando era adolescente. Qué sorpresa que siguiera abierto.

—¿Qué?

—Freddo's. La pizzería. Para esta noche. Me dijiste que conocías de algo al encargado.

—Mi padre lo conocía, sí.

—¿Pudiste llamar, entonces?

—Sí —mintió—. Pero no tenían mesa.

—¿Entre semana? Qué raro. Y qué lástima. Me encanta la *pizza*. Y la pasta. Y la lasaña. Y…

—Vale —interrumpió Nora—. Sí, ya me imagino. Me lo imagino perfectamente. Y sí, es raro que estuviera lleno. Creo que habían hecho un par de reservas grandes.

Dylan había sacado su móvil. Nora lo notó un poco ansioso.

—Probaré en La Cantina. Ya sabes, el mexicano. Hay un montón de opciones para veganos. Me encanta la comida mexicana, ¿a ti no?

A Nora no se le ocurría ninguna razón por la cual negarse a cenar mexicano esa noche, fuera de la conversación con Dylan, que no le resultaba demasiado interesante. En comparación con el sándwich que estaba comiéndose en ese

momento y el resto de cosas que había en su frigo, cenar mexicano se le hacía bastante apetecible.

Dylan reservó la mesa y siguieron charlando mientras los perros continuaban ladrando dentro del edificio que tenían a sus espaldas. Durante la conversación salió a colación un asunto clave: se iban a vivir juntos.

—Podríamos ver *El saloon de la última oportunidad* —propuso él.

Nora no estaba prestándole verdadera atención.

—¿Qué es eso?

Ella se dio cuenta de que Dylan era un chico tímido. No era capaz de mantener el contacto visual. Se le antojó bastante encantador.

—Ya sabes, la película de Ryan Bailey que querías ver. Vimos el tráiler. Dijiste que es divertida, se supone. He investigado un poco y tiene un ochenta y seis por ciento en Rotten Tomatoes, y resulta que está en Netflix, así que…

Se preguntó si Dylan la creería si le dijese que en una de sus vidas había sido vocalista de un grupo de *rock* famoso en el mundo entero e ídolo de masas, y que había sido novia de Ryan Bailey. Y que, no contenta con eso, le había dado calabazas.

—Me parece bien —repuso ella mientras observaba una bolsa vacía de patatas fritas que revoloteaba sobre el suelo cubierto de hierba rala.

Dylan salió corriendo para cazar al vuelo la bolsa y la metió en la papelera que había junto a la mesa. A continuación, se dejó caer en el banco de nuevo, junto a Nora, sonriendo. Nora entendió lo que la Nora de esa vida veía en ese chico. Había algo puro en él, como lo hay en un perro.

¿Por qué querer otro universo cuando en este hay perros?

El restaurante se encontraba en la calle Castle, doblando la esquina desde Teoría de Cuerdas. Para llegar había que pasar por delante de la tienda. La familiaridad que sentía hacia ella se le hizo extraña. Se detuvo un instante ante el escaparate y reparó en que había algo fuera de su lugar. No había guitarras. El escaparate estaba vacío, salvo por una hoja de papel amarilleada ya por el sol, pegada por el interior.

Reconoció en ella la letra de Neil, su antiguo jefe:

> ¡Ay, mísero de mí! Teoría de Cuerdas no puede continuar desarrollando su actividad comercial en este local. Han subido el alquiler y no nos lo podemos permitir. Gracias a todos nuestros leales clientes. Habría querido abrir ocho días a la semana, pero, amigos, las respuestas se las lleva el viento. Solo Dios sabe qué será de mí sin vosotros. Pero seguiré adelante. Con vosotros o sin vosotros.

A Dylan le hizo gracia.

—Mira, el dueño ha utilizado títulos de canciones para despedirse. —Hizo una pausa momentánea—. ¿Te he dicho alguna vez que yo me llamo Dylan por Bob Dylan?

—No me acordaba.

—Ya sabes, el cantante.

—Sí. Sé quién es Bob Dylan, Dylan.

—Mi hermana mayor se llama Suzanne por la canción de Leonard Cohen.

Nora sonrió.

—A mis padres les encantaba Leonard Cohen.

—¿Entraste alguna vez? —preguntó Dylan—. Debió de ser una tienda guay.

—Un par de veces.

—¿Solo? Con lo mucho que te gusta la música… Tú tocabas el piano, ¿no?

«Tocabas».

—Sí. El teclado. Un poco.

Nora reparó en que el cartel estaba bastante deteriorado. Recordó lo que Neil le había dicho: «No puedo pagarte para que me espantes a los clientes poniéndoles cara de domingo lluvioso».

«Vaya, Neil. Parece que al final el problema no era mi cara».

Continuaron caminando.

—Dylan, ¿tú crees en los universos paralelos?

Dylan se encogió de hombros.

—Sí, diría que sí.

—¿Qué crees que estarás haciendo ahora mismo en tus otras vidas? ¿Crees que este es un buen universo? ¿O preferirías vivir en otro, en el que, por ejemplo, te marchas de Bedford?

—No, en realidad no. Soy feliz aquí. ¿Por qué querer otro universo cuando en este hay perros? Los perros son iguales aquí y en Londres. Viví fuera, ya sabes. Me matriculé en Veterinaria en la Universidad de Glasgow. Duré una semana. Echaba muchísimo de menos a mis perros. Fue entonces cuando mi padre se quedó en paro, así que no había manera de pagarme los estudios fuera. En fin, el caso es que nunca llegué a hacer la carrera. Y lo deseaba de verdad. Pero no me siento mal por ello. Tengo una buena vida. Tengo unos cuantos buenos amigos. Tengo a mis perros.

Nora sonrió. Dylan le caía bien; era buena persona y las buenas personas son especímenes raros. Pero no creía que le llegase a atraer como a la Nora de esa vida.

Llegaron al restaurante y vieron en la puerta a un hombre de pelo oscuro, vestido con ropa de correr, que se dirigía a ellos al trote. A Nora, desorientada, le llevó un instante de más darse cuenta de que se trataba de Ash —el Ash cirujano, el cliente de Teoría de Cuerdas que la había invitado a un café una vez, el que la había consolado en el hospital y había tocado a la puerta de su casa en otra vida para informarle de que su gato estaba muerto—. Este recuerdo —que solo le pertenecía a ella— le parecía tan reciente… Ash debía de estar entrenando para la media maratón del domingo. No existían motivos para creer que el Ash de esa vida fuera muy distinto al Ash de su vida raíz, salvo por el hecho de que, probablemente, este no habría encontrado a Voltaire muerto la noche anterior. O quizá sí, aunque Voltaire no tendría ese nombre.

—Hola —saludó, olvidando en qué línea temporal se encontraba.

Ash le devolvió una sonrisa algo confusa. Confusa pero amable, lo que por alguna razón hizo a Nora sentir cierto pudor, porque en el curso de esta vida él

no iría a tocar a su puerta, no la invitaría a tomar café y no compraría el libro de partituras de Simon y Garfunkel.

—¿Quién era? —preguntó Dylan.

—Oh, nadie. Lo conocí en otra vida.

Dylan parecía un poco confundido, pero dejó que la confusión pasara como pasa la lluvia.

Y, entonces, entraron al restaurante.

Una cena con Dylan

La Cantina apenas había cambiado.

Nora tuvo un *déjà vu* de la noche que había llevado a cenar a Dan a ese mismo local, muchos años antes, durante su primera visita a Bedford. Se sentaron en una mesa situada en un rincón, tomaron unos cuantos margaritas de más y hablaron de su futuro compartido. Aquella fue la primera vez que Dan le habló de su sueño de regentar un *pub* en el campo. Habían estado a punto de irse a vivir juntos, tal y como parecía que iba a ocurrir en esta otra vida con Dylan. Ahora lo recordaba: Dan había sido bastante maleducado con el camarero y Nora había compensado la situación mostrándose excesivamente sonriente. Aquel era uno de sus criterios básicos: «No te fíes nunca de alguien que trata mal a camareros mal pagados». Dan no había cumplido con ese criterio y tampoco cumpliría con otros muchos. Nora, en cualquier caso, hubo de reconocerse a sí misma que La Cantina no habría sido su primera opción a la hora de elegir restaurante.

—Me encanta este sitio —dijo Dylan, mirando en torno y observando la abigarrada y estridente decoración, dominada por los rojos y los amarillos. Nora se preguntó para sus adentros si habría algún lugar que no encantara a Dylan. Debía de ser el tipo de persona que hace un pícnic en Chernóbil y dice «Qué bonito es todo esto».

Pidieron unos tacos con frijol negro y hablaron sobre perros y sobre el instituto. Dylan estaba dos cursos por debajo de Nora y la recordaba sobre todo por ser «la niña a la que se le daba bien nadar». Recordaba incluso la ceremonia —que Nora llevaba tiempo intentando olvidar— en la que tuvo que subir a un estrado y recibir un diploma por ser una excepcional embajadora del instituto Hazeldene. Ahora que reflexionaba sobre ello, quizá aquel fue el momento en que comenzó a alejarse de la natación. El momento en que empezó a resultarle más difícil estar con sus amigos y le dio por escabullirse entre bastidores de la vida escolar.

—Yo te veía en la biblioteca durante los recreos —recordó con una sonrisa —. Me acuerdo también de que jugabas al ajedrez con la bibliotecaria… ¿Cómo se llamaba?

—La señora Elm —respondió Nora.

—¡Exacto! ¡La señora Elm! —Y entonces fue cuando Dylan dijo algo que dejó a Nora boquiabierta—. La vi el otro día.

—¿En serio?

—Sí. Iba paseando por la calle Shakespeare. La acompañaba una mujer vestida de enfermera, o algo así. Creo que estaba volviendo a la residencia de ancianos. La vi muy delicada. Muy mayor.

Por algún motivo, Nora había dado por hecho que la señora Elm había muerto años atrás y la versión de la bibliotecaria con la que interactuaba en la Biblioteca la había reafirmado en esa impresión, pues era la que recordaba de la biblioteca del instituto, conservada en la memoria de Nora como un mosquito en ámbar.

—Oh, no. Pobre señora Elm. Yo la quería mucho.

El saloon de la última oportunidad

Después de cenar, Nora y Dylan fueron a casa de este para ver la película de Ryan Bailey. La gente de La Cantina les dejó llevarse la botella de vino a medio terminar que habían pedido. Se justificó a sí misma argumentándose que Dylan era un chico dulce y abierto y que le revelaría muchas cosas sobre su vida sin tener que escarbar demasiado.

Dylan vivía en la avenida Huxley, en una casita que había heredado de su madre. Esta parecía aún más pequeña por la cantidad de perros que Dylan tenía. Nora contó cinco, pero pensó que probablemente habría alguno más en el piso de arriba. Ella siempre había pensado que le gustaba el olor a perro, pero entrando en esa casa se dio cuenta de que para todo hay límites.

Se sentó en el sofá y se clavó algo duro en el trasero: un mordedor de plástico de uno de los animales. Lo tiró a la alfombra junto con el resto de juguetes. Un hueso de goma. Una pelota amarilla de gomaespuma a la que le faltaban pedazos. Un juguete de niño destrozado.

Un chihuahua con cataratas trató de hacerle el amor en la pierna derecha.

—Para ya, Pedro —ordenó Dylan riendo a carcajadas, mientras apartaba a la pequeña criatura.

Había otro perro, un terranova gigantesco y fondón de color chocolate, sentado junto a ella en el sofá. Empezó a lamerle una oreja con una lengua del tamaño de una zapatilla de andar por casa. Dylan tuvo que sentarse en el suelo.

—¿Quieres sentarte en el sofá? —le preguntó Nora.

—No, estoy bien aquí.

Nora no quiso insistir. De hecho, se quedó bastante aliviada. Así sería más fácil ver *El saloon de la última oportunidad* sin más momentos incómodos. El terranova dejó de lamerle y le apoyó la cabeza sobre el muslo. Aquello no la hizo exactamente feliz, pero tampoco la entristeció.

Sin embargo, tras oír a Ryan Bailey decirle a la chica que le gustaba en la pantalla que «la vida es para vivir, bombón» y después de informarle Dylan de que estaba pensando en dejar que otro perro más durmiera en su cama («Llora

toda la noche. Quiere a su papá»), Nora concluyó que no estaba muy enamorada de esta vida.

Y, además, Dylan se merecía a la otra Nora. La que se había enamorado de él. Aquella era una sensación nueva; algo así como estar ocupando el lugar de otra persona.

Se dio cuenta de que en esa vida toleraba bien el alcohol, así que se sirvió un poco más de vino. Era un tinto californiano de uva zinfandel bastante rico. Leyó atentamente la etiqueta posterior: una breve autobiografía de una mujer y un hombre, Janine y Terence Thornton, los propietarios de las bodegas. Prestó atención a la última frase: «Cuando nos casamos, soñábamos con tener nuestro propio viñedo algún día. Hemos hecho realidad ese sueño: aquí, en el valle de Dry Creek, nuestra vida es tan sabrosa como una copa de zinfandel».

Acarició la amplia y cálida frente del terranova, que la seguía lamiendo, le susurró un «adiós» y dejó atrás a Dylan y a sus perros.

Viñedos Buena Vista

En la siguiente visita a la Biblioteca de la Medianoche, la señora Elm ayudó a Nora a encontrar una vida que se pareciera a la que se describía en la etiqueta del vino que habían traído del restaurante. Y la señora Elm entregó a Nora, pues, un libro que la transportó a los Estados Unidos.

En esa vida Nora se apellidaba Martínez y estaba casada con un mexicano-estadounidense de cuarenta y tantos años llamado Eduardo, a quien había conocido durante el año sabático que siempre lamentó no haber tomado tras acabar la universidad en su vida raíz. Tras morir los padres de Eduardo en un accidente marítimo (ella se enteró por un artículo aparecido en la revista *Amantes del Vino*, que habían enmarcado y colgado en la sala de catas forrada de roble de la bodega), Eduardo recibió una modesta herencia, con la que compraron un pequeño viñedo en California. Pasados tres años, les iba tan bien —especialmente con los caldos elaborados a partir de la uva syrah— que compraron el viñedo vecino cuando salió a la venta. Su bodega se llamaba Viñedos Buena Vista, pues estos se extendían por las faldas de la sierra de Santa Cruz. Tenían un hijo llamado Alejandro, que estudiaba en un internado cerca de la bahía de Monterrey.

Gran parte de sus ganancias provenían de los turistas que seguían la ruta del vino. Llegaban autobuses cargados de gente a intervalos de una hora. Era muy fácil improvisar, pues los turistas se creían cualquier cosa. Funcionaba así: Eduardo decidía qué vino servir antes de que llegara cada contingente y entregaba a Nora las botellas —«¡Nora, *easy*, un poco *too much*!», la reprendía en su buen humor *spanglish* cuando ella servía raciones demasiado generosas— y, luego, cuando llegaban los turistas, Nora inhalaba los vapores de los vinos, y luego los probaban, y Nora trataba de emular las cosas que Eduardo contaba.

«Este tiene un buqué amaderado», o «A este le notarán aromas vegetales: moras contundentes y fragantes nectarinas, perfectamente equilibrados con ecos ahumados». Cada vida de las que había experimentado traía consigo una sensación diferente, como los diferentes movimientos de una sinfonía. Esta se

sentía bastante audaz, elevada. Eduardo tenía un carácter increíblemente dulce y su matrimonio parecía ir viento en popa, rivalizando tal vez con el de los bodegueros del vino que Nora había bebido con Dylan, allá en Bedford, mientras su gigantesco terranova la lamía. Hasta recordaba los nombres de la pareja: Janine y Terence Thornton. Nora tenía la impresión de estar viviendo ella también en la etiqueta de una botella de vino. Incluso se parecía a Janine: perfecto peinado californiano, dientes arreglados a golpe de tarjeta y piel bronceada y de aspecto sano, pese a la más que probable afición al tinto. Se palpó un estómago plano y duro que daba a entender horas de pilates cada semana.

Además, no solo le resultaba fácil fingir conocimientos enológicos en esa vida. Le resultaba fácil fingir eso y todo lo demás. Quizá, la clave de su aparentemente exitosa comandita con Eduardo radicaba en que realmente él no prestaba atención.

Ese día, cuando el último de los turistas se hubo marchado, Eduardo y Nora se sentaron bajo las estrellas con una copa del vino que ellos mismos habían elaborado.

—Por fin están controlados los incendios de Los Ángeles —anunció él.

Nora se preguntó quién viviría en la casa que había sido suya en su vida como estrella musical.

—Qué alivio.

—Sí.

—¿No es hermosa? —preguntó Nora, mirando el cielo despejado, tachonado de constelaciones.

—¿El qué?

—La galaxia.

—Sí.

Eduardo estaba mirando su móvil, pero no dijo mucho más. Dejó de mirar el móvil y, aun así, tampoco dijo mucho más.

Había conocido tres tipos de silencio en sus relaciones. Había un silencio pasivo-agresivo, obviamente; estaba también ese silencio que dice «ya no tenemos nada que decirnos»; y, por fin, ese otro que Eduardo y ella parecían haber cultivado. El silencio del no necesitar hablar. Del estar juntos, del «ser juntos». Ese mismo silencio que una guarda felizmente consigo misma.

Aun así, Nora quería hablar.

—Somos felices, ¿no?

—¿Por qué lo preguntas?

—Sé que somos felices. Pero me gusta oírtelo decir de vez en cuando.

—Somos felices, Nora.

Ella dio un sorbo a su copa y miró a su marido. Eduardo vestía un suéter, aunque la temperatura era agradable. Se quedaron allí un rato, hasta que Eduardo decidió ir a la cama.

—Yo me voy a quedar un poco más.

A Eduardo le pareció bien, y le dio un fugaz beso a Nora en la coronilla.

Nora caminó entre las viñas iluminadas por la luna, copa de vino en mano.

Contempló el cielo claro, plagado de estrellas.

No había nada malo en aquella vida. Pero crecía en su interior un anhelo por otras cosas, otras existencias, otras posibilidades. Sentía como si estuviera aún suspendida en el aire, como si no estuviera lista para aterrizar. Tal vez, pensó, se parecía más a Hugo Lefèvre de lo que habría querido reconocer. Tal vez podía hojear vidas con la facilidad con que se hojea un libro.

Apuró el vino, sabiendo que no tendría resaca.

«Tierra y madera», dijo para sí. Y cerró los ojos.

No transcurrió mucho tiempo.

No, no tardaría.

Se quedó allí de pie y esperó a desaparecer.

Las múltiples vidas de Nora Seed

Nora entendió por fin una cosa. Algo que Hugo no le había explicado en detalle durante aquella charla en una cocina en Svalbard. No había que disfrutar de todos los aspectos de cada una de las vidas para seguir teniendo opción de experimentarlos. Solo había que tener presente en todo momento que en algún lugar había una vida que podía disfrutarse. De igual manera, disfrutar de una vida no te obligaba a quedarte en ella. La idea era quedarse con una vida para siempre si no eras capaz de imaginar otra mejor y, aun así, paradójicamente, cuantas más vidas probabas, más fácil era imaginar una vida mejor, pues la imaginación se ensanchaba con cada salto.

Así pues, con el tiempo y la ayuda de la señora Elm, Nora tuvo la oportunidad de hojear un gran número de libros y terminó probando muchas vidas distintas en su búsqueda de la existencia ideal para ella. Descubrió que enmendar cosas que uno creía haber hecho mal equivalía, en realidad, a cumplir deseos. Tenía a su disposición casi todas las vidas que pudiera vivir, en un mismo universo.

En una vida pasó una temporada bastante solitaria en París. Impartía clase de inglés a estudiantes universitarios en Montparnasse. Solía recorrer en bicicleta las riberas del Sena y leyó toneladas de libros en los bancos de los parques. En otra vida, era profesora de yoga con una flexibilidad tal que podía girar la cabeza como un búho.

En otra vida más, seguía nadando, pero no intentaba llegar a competir en los Juegos Olímpicos. Lo hacía por diversión. En esa vida, era socorrista en un *resort* de playa en Sitges, cerca de Barcelona, aprendía a hablar tanto castellano como catalán y se hacía íntima amiga de una chica llamada Gabriela con la que compartía un apartamento a cinco minutos de la playa y que le enseñó a hacer *surf*.

En una de esas existencias, Nora seguía escribiendo narrativa, afición con la que había coqueteado en la universidad, y se convertía en novelista de prestigio. Su novela *La forma del arrepentimiento* era recibida con entusiastas críticas y

fue finalista de un gran premio literario. En esa vida, almorzaba en un club privado del Soho —decepcionantemente ordinario— con dos afables y cercanos representantes de Magic Lantern Productions, que le propusieron llevar su novela al cine. Terminó atragantándose con un trozo de *grissini* y tirándole el vino tinto encima a uno de ellos, lo que echó a perder la reunión.

En otra, tenía un hijo adolescente llamado Henry a quien jamás llegó a conocer bien porque no hacía más que darle portazos en la cara.

En otra, se convertía en concertista de piano. Hacía una gira por los países escandinavos, tocando una noche tras otra ante una multitud entregada (y desapareciendo para regresar a la Biblioteca de la Medianoche durante una desastrosa interpretación del *Concierto núm. 2* de Chopin en el Finlandia Hall de Helsinki).

En otra vida, solo comía pan con cosas.

En otra más, estudiaba en la Universidad de Oxford y se convertía en profesora de Filosofía del St. Catherine's College. Vivía sola en una hermosa mansión georgiana que se levantaba en una calle burguesa, inmersa en un ambiente de respetable calma.

En otra existencia, Nora era un mar de emociones. Sentía todas las cosas de manera muy profunda y directa. Todas las alegrías y todas las penas. Un único momento podía procurarle, a la vez, un placer intenso y un intenso dolor, como si ambas experiencias estuvieran ligadas, o como si fueran un péndulo en movimiento. Durante un simple paseo por la calle podía sentir una tristeza profunda por el mero hecho de que el sol desapareciese tras una nube. Y, a la inversa, toparse con un perro que claramente agradecía su atención la hacía sentir tan exultante que temía derretirse en la misma acera de pura felicidad. En esa vida, tenía en la mesilla de noche un poemario de Emily Dickinson, y dos listas de reproducción favoritas en su reproductor: una se llamaba «Euforia extrema» y la otra «El pegamento que me arregla cuando me rompo».

En una vida se convertía en bloguera de viajes y sumaba 1 750 000 suscriptores en YouTube y casi los mismos seguidores en Instagram. Su vídeo más visitado era uno en el que se caía de una góndola en Venecia. Tenía otro sobre Roma que había titulado «Romaterapia».

En una vida fue madre soltera de un bebé que nunca dormía.

En otra vida, llevaba una columna dedicada a espectáculos de un tabloide y escribía sobre las relaciones de Ryan Bailey.

En otra vida, era redactora gráfica de National Geographic.

En otra, se convertía en una exitosa arquitecta especializada en edificios ecológicos que vivía sin dejar huella de carbono en una casita diseñada por ella misma en la que recogía agua de lluvia y la electricidad provenía de la energía solar.

En otra, era cooperante en Botsuana.

En otra, cuidaba gatos.

En otra, trabajaba como voluntaria en un albergue para personas sin hogar.

En otra, dormía en el sofá de la casa de su única amiga.

En otra, enseñaba música en Montreal.

En otra, se pasaba el día discutiendo con gente que no conocía en Twitter y remataba una gran parte de sus tuits con un «Esforzaos más», sabiendo secretamente que esa orden se la estaba dando a sí misma.

En otra vida, no tenía ni una red social.

En otra, no había bebido alcohol en su vida.

En otra vida era campeona de ajedrez y jugaba un torneo en Ucrania.

En otra más, se casaba con un pariente lejano de la reina de Inglaterra y empezaba a detestar su matrimonio desde el «sí, quiero».

En otra, solo subía a sus cuentas de Facebook e Instagram citas de Rumi y Lao Tse.

En otra vida, se casaba tres veces y terminaba aburriéndose también de su tercer marido.

En otra, era una halterófila vegana.

En otra, viajaba por América Latina y en Chile se vio sorprendida por un terremoto.

En otra vida, se hacía amiga de una chica llamada Becky que decía «¡Qué chachi!» cada vez que le pasaba algo bueno.

En otra vida volvía a encontrarse con Hugo, buceando en las costas de Córcega. Hablaron de nuevo sobre mecánica cuántica y se emborracharon en un chiringuito de la playa, hasta que Hugo saltó de esa vida a otra, en mitad de una frase. Nora se quedó boquiabierta, ante un Hugo que la miraba como si se hubiera quedado en blanco, haciendo esfuerzos denodados por recordar el nombre de la chica que tenía enfrente.

En algunas vidas, Nora atraía mucho la atención de la gente. En otras, ninguna. En algunas vidas, era rica. En otras, pobre. En unas vidas disfrutaba de buena salud. En otras, era incapaz de subir un tramo de escaleras sin resollar. En

algunas vidas tenía una única relación; en otras, ninguna; en otras se situaba en un lugar entremedias. En algunas vidas era madre, pero en la mayoría no.

Había sido estrella del *rock*, medallista olímpica, profesora de música, maestra de primaria o profesora en la universidad, directora de una empresa, auxiliar de clínica, cocinera, glacióloga, climatóloga, acróbata, plantadora de árboles, consultora, peluquera, paseadora de perros, oficinista, desarrolladora de *software*, recepcionista, limpiadora en un hotel, política, abogada, cleptómana, directora de una oenegé para la protección de los océanos, dependienta de una tienda (de nuevo), camarera, supervisora de una línea de montaje, sopladora de vidrio y mil cosas más. Había tenido que ir a trabajar a lugares a los que tardaba una eternidad en llegar en coche, en trenes, en ferris, en bici o a pie. Había recibido mensajes, mensajes y mensajes de correo electrónico. Había tenido un jefe de cincuenta y tres años con halitosis que le tocaba la pierna por debajo de la mesa y le enviaba fotografías de su pene. Había tenido compañeros de trabajo que decían mentiras sobre ella y otros que la querían, aunque la mayoría le eran totalmente indiferentes. En muchas vidas elegía no trabajar, y en otras no elegía no trabajar, pero no encontraba trabajo. (En algunas vidas rompía de un cabezazo el famoso techo de cristal y en otros se limitaba a sacarle brillo). Había trabajado con cualificaciones excesivas para su puesto y todo lo contrario. Había dormido como un bebé o fatal. En algunas vidas dependía de los antidepresivos y en otras no se tomaba ni un paracetamol. En algunas vidas era una hipocondriaca físicamente sana; en otras, una hipocondriaca gravemente enferma; y en otras no era hipocondriaca. Había una vida en la que sufría de fatiga crónica, había otra en la que le diagnosticaban cáncer, y otra más en la que se rompía las costillas y sufría una hernia de disco por un accidente de coche.

En resumen: vivió un montón de vidas.

Y entre esas vidas había reído y llorado y había sentido tranquilidad y terror y todas las emociones que median entre esos extremos.

Al principio, le pareció que cuantas más vidas vivía, menos problemas encontraba con los saltos de vuelta a la Biblioteca. Nunca le dio la sensación de que esta fuese a desmoronarse o derrumbarse, ni de que existiera ningún riesgo de desaparición. En la mayoría de saltos, las luces ni siquiera parpadeaban. Era como si hubiera alcanzado cierto estado de aceptación de la vida: habría malas experiencias, pero no solo malas experiencias. Llegó a la conclusión de que no había querido poner fin a su vida raíz porque fuese desgraciada, sino porque había llegado a convencerse de que no había manera de dejar atrás esa desgracia.

Ahí, supuso, radicaba la depresión, y también el discernimiento entre miedo y desesperación. El miedo aparece cuando uno baja a un sótano sin luz y teme que la puerta de entrada se cierre a sus espaldas. La desesperación, cuando se da cuenta de que, en efecto, la puerta se ha cerrado y, además, alguien ha echado el cerrojo por fuera.

Sin embargo, Nora comprobó que, con cada vida, esa puerta metafórica iba entornándose y abriéndose alternadamente, conforme ella fue cultivando la imaginación. A veces visitaba una vida menos de un minuto, mientras que en otras pasaba días o semanas. Parecía que cuantas más vidas vivía, más difícil era sentirse cómoda en ellas.

El problema era que Nora había perdido las referencias y empezaba a dudar sobre quién era realmente. Como una palabra susurrada de un oído a otro, su nombre empezó a parecerle un ruido que no significaba nada.

—No está funcionando —le dijo a Hugo en su última charla propiamente dicha, la del chiringuito en Córcega—. Ya no me divierto. Yo no soy como tú. Necesito un lugar en el que quedarme. Pero el terreno es siempre inestable.

—Lo divertido es saltar, *mon amie*.

—Pero ¿y si lo divertido fuera realmente aterrizar?

Y fue en ese preciso instante cuando el francés regresó a su videoclub-purgatorio.

—Lo siento —dijo el nuevo Hugo mientras daba un sorbo a su vino; el sol poniéndose a su espalda—. He olvidado cómo te llamabas.

—No te preocupes. Yo también.

Y, entonces, también ella se desvaneció, como la luz del sol que acababa de tragarse el horizonte.

Perdida en la Biblioteca

—¿Señora Elm?

—Sí, Nora, ¿qué ocurre?

—Está oscuro.

—Me he dado cuenta.

—No es buena señal, ¿no?

—No —dijo la señora Elm, con tono algo aturdido—. Sabes perfectamente que no es buena señal.

—No puedo seguir adelante.

—Siempre dices lo mismo.

—Se me terminan las vidas. Lo he sido todo. Y siempre termino aquí. Siempre hay algo que termina frustrándome. Siempre. Me siento desagradecida.

—Pues no deberías. Y no, no se te terminan las vidas. —La señora Elm hizo una pausa y suspiró—. ¿Sabías que cada vez que eliges un libro, este ya no vuelve jamás a las estanterías?

—Sí, lo sabía.

—Por esa razón, no puedes volver a ninguna de las vidas que ya has probado. Siempre es necesario… introducir variaciones en el tema principal. En la Biblioteca de la Medianoche no puedes sacar el mismo libro dos veces.

—No sé si entiendo bien.

—Veamos. Aun en la oscuridad, tú sabes que estos estantes están tan llenos como la última vez que los ojeaste. Palpa los lomos de los libros, si quieres.

Nora obedeció.

—Sí, es verdad. Ya lo sabía.

—Están llenos como cuando llegaste la primera vez, ¿verdad?

—Pero yo no…

—Eso quiere decir que sigues teniendo tantas vidas posibles por delante como siempre. Un número infinito, de hecho. Jamás se agotarán las posibilidades.

—Pero quizá se me agoten las ganas.

—Oh, Nora.

—Oh, ¿qué?

Hubo un silencio en la oscuridad. Nora pulsó la pequeña luz de su reloj de pulsera, solo por comprobar.

00:00:00.

—Creo —empezó a decir de nuevo la señora Elm, por fin—, si me permites decírtelo sin que parezca grosero, que has perdido un poco el rumbo.

—¿No es por esa razón por la que terminé en la Biblioteca de la Medianoche para empezar, porque había perdido el rumbo?

—Bueno, sí. Pero es que ahora has vuelto a perder el rumbo mientras buscabas tu rumbo. Lo cual es estar muy perdida. Así no vas a encontrar la manera en que quieres vivir.

—Quizá no exista esa manera. ¿Y si estoy atrapada?

—Mientras haya libros en las estanterías, no estarás atrapada. Cada libro es una fuga potencial.

—Es que no entiendo la vida. Eso es lo que me pasa —rezongó Nora.

—No tienes que entender la vida. Tienes que vivirla. Nada más.

Nora negó con la cabeza. Aquello era demasiado para una graduada en Filosofía.

—Pero no quiero ser así —repuso—. No quiero ser como Hugo. No quiero estar saltando de una vida a otra para siempre.

—De acuerdo. Pues entonces tendrás que escucharme con mucha atención. ¿Quieres mi consejo o no?

—Pues claro que lo quiero. A buenas horas, pero sí. Señora Elm, le agradecería mucho que me aconsejara en este asunto.

—Bien. Veamos. Creo que has alcanzado un punto en el que los árboles no te dejan ver el bosque.

—Explíquese.

—Tienes razón al pensar que estas vidas son, por decirlo así, como un piano en el que tocas canciones que no son realmente tuyas. Estás olvidándote de quién eres. Al convertirte en tantas personas, no te conviertes en nadie. Estás olvidando tu vida raíz. Estás olvidando lo que funcionaba en esa vida y lo que no. Estás olvidando las cosas que querías cambiar o de las que te arrepientes.

—Ya he revisado mis arrepentimientos.

—No. No todos.

—Bueno, igual no absolutamente todos, sin dejar uno. No, claro que no.

—Tienes que echarle otro vistazo al *Libro de los arrepentimientos*.

—¿Cómo voy a hacerlo, si está oscuro como boca de lobo?

—Porque ya te conoces el libro entero. Porque lo llevas dentro de ti… Igual que… yo.

Nora recordó cuando Dylan le dijo que había visto a la señora Elm por la calle, cerca de una residencia de ancianos. Se le ocurrió por un momento hablarle de ello, pero lo pensó mejor.

—De acuerdo.

—Solo conocemos lo que percibimos. Todo lo que experimentamos es, en última instancia, lo que nuestra percepción interpreta. «No es el objeto que uno mira lo importante, sino lo que ve en él».

—¿Conoce a Thoreau?

—Pues claro. Si tú lo conoces, yo también.

—La cosa es que no sé ya de qué me arrepiento y de qué no.

—De acuerdo. Veamos. Dices que yo soy solo una percepción. Pero, entonces, ¿por qué me percibes? ¿Por qué soy yo, la señora Elm, la persona a la que ves?

—No lo sé. Porque era usted una persona en quien confiaba. Fue muy buena y cariñosa conmigo.

—La bondad y el cariño son fuerzas poderosas.

—Y poco frecuentes.

—Quizá estés buscando en los sitios equivocados.

—Quizá.

La oscuridad se vio perforada por el resplandor, que empezó a intensificarse poco a poco, de las bombillas que colgaban del techo a lo largo y ancho de la Biblioteca.

—Entonces, ¿en qué otros momentos de tu vida raíz sentiste esas emociones? ¿Bondad, amabilidad, cariño?

Nora recordó la noche en que Ash tocó a su puerta. Recoger a un gato muerto de una calle y llevarlo bajo la lluvia hasta el diminuto jardín trasero de su apartamento, para hacerle el favor de enterrarlo por ella —porque ella no podía dejar de gimotear y llorar de la pena— no era quizá lo más arquetípicamente romántico del mundo. Pero, desde luego, tomarse cuarenta minutos de tiempo de ocio para ayudar en algo así a alguien —aceptando a cambio apenas un vaso de agua— cumplía con creces los criterios de amabilidad y cariño.

En aquel momento, ella no había valorado ese gesto. Su dolor y su

desesperación eran demasiado intensas. Ahora que volvía a rememorar aquellos momentos, se dio cuenta de que había sido bastante notable.

—Creo que ya sé —dijo—. Lo tenía delante de mis narices, la noche que intenté suicidarme.

—¿Ayer por la noche, quieres decir?

—Supongo. Sí. Ash. El chico que encontró a Volti. El que me invitó una vez a tomar un café. Hace años. Cuando estaba con Dan. Le dije que no porque, bueno, estaba con Dan. Pero ¿y si hubiera estado soltera? ¿Y si hubiera cortado con Dan y me hubiera atrevido, aquel sábado, con toda la tienda mirando, a aceptar ese café? Porque debe de haber una vida en la que en ese momento yo estoy soltera y en la que respondo a esa invitación como realmente quería. Una vida en la que digo: «Sí, me encantaría ir a tomar un café un día, Ash». Una vida en la que lo elijo a él. Me encantaría probar esa vida. ¿Adónde me habría llevado?

Entonces, oyó un sonido familiar en la oscuridad, el de los estantes arrancando poco a poco, con un crujido, y a continuación ganando velocidad y deslizándose rápidamente hasta que la señora Elm localizaba el libro y la vida de turno.

—Te habría llevado justo aquí —anunció.

Una perla en su ostra

Tuvo la sensación de despertar de un sueño ligero. Abrió los ojos. Lo primero que notó fue que se encontraba increíblemente cansada. Vio, en la penumbra, un cuadro colgado de la pared. Solo lograba distinguir lo que interpretó como una representación levemente abstracta de un árbol. No era un árbol alto y larguirucho, sino más bien un matorral ancho, bajo y moteado de flores.

Junto a ella dormía un hombre. Era imposible distinguir si se trataba de Ash, pues estaba oscuro y el edredón lo cubría casi completamente.

De algún modo, aquella situación le resultó más extraña de lo habitual. Desde luego, estar metida en la cama con un hombre con el que no había hecho nunca ninguna otra cosa —salvo enterrar un gato y mantener unas pocas conversaciones interesantes con el mostrador de una tienda de música de por medio— se le hacía definitivamente un poco raro. Desde su llegada a la Biblioteca de la Medianoche, no obstante, Nora se había acostumbrado sobremanera a lo raro.

La misma razón que hacía posible que ese hombre fuese Ash posibilitaba también que no lo fuera. No había manera de predecir con exactitud qué futuro, de entre todos los posibles, se habría configurado tras la decisión de ir a tomar café con Ash. Ese café podría haber llevado a Nora a enamorarse perdidamente, por ejemplo, del barista. Así era la naturaleza impredecible de la física cuántica.

Se tocó el dedo anular.

Dos anillos.

El hombre se dio la vuelta.

Un brazo suyo aterrizó sobre el costado de Nora en la oscuridad; ella lo levantó suavemente y lo dejó apoyado sobre el edredón. A continuación, salió de la cama. Planeó bajar al piso inferior y, quizá, echarse en el sofá para investigar un poco sobre sí misma en el móvil, como solía hacer.

Era curioso pensar que, con independencia de cuántas vidas hubiera experimentado y de cuán distintas fueran estas entre sí, casi siempre tenía un teléfono móvil junto a la mesilla. En esta vida ocurría lo mismo; lo cogió y salió

de la habitación en silencio. Quienquiera que fuese aquel hombre, dormía como un tronco y ni se movió.

Nora se quedó mirándolo.

—¿Nora? —masculló, medio dormido.

Era él. Estaba casi segura. Era Ash.

—Voy al baño —se excusó ella.

Él farfulló una especie de «vale» y cayó dormido de nuevo.

Nora recorrió de puntillas el pasillo entarimado. Sin embargo, en el momento en que salió del dormitorio casi dio un salto del susto.

Allí, frente a ella, en la penumbra del descansillo de la escalera, había otro ser humano. Uno pequeño. Tamaño niña.

—Mamá, he tenido una pesadilla.

La luz suave de la lamparita atenuada del pasillo le permitió vislumbrar la carita de la pequeña: tenía una mata de pelo rubio enmarañado por el sueño, con mechones pegados en la frente sudorosa.

Nora no dijo nada. Aquella era su hija.

¿Qué podría decir?

Su mente se hizo la pregunta habitual: ¿cómo podría incorporarse a una vida a la que llegaba años tarde? Nora cerró los ojos. El resto de sus vidas con hijos solo habían durado un par de minutos. En esta hollaba ya territorio inexplorado.

Notó que su cuerpo temblaba por todo lo que estaba intentando ocultar. No quería verla. Por ella misma y por la niña. Parecía una traición. Nora era su madre, pero, a la vez, no era su madre. Y esta distinción le parecía muy importante. Era una mujer desconocida en una casa desconocida mirando a una niña desconocida.

—¿Mamá? ¿Me oyes? He tenido una pesadilla.

Nora oyó al hombre removerse bajo los edredones. Si él llegaba a levantarse, la situación se haría aún más incómoda. Así que Nora decidió hablar con la niña.

—Ay, cariño, lo siento mucho —susurró—. Pero no te preocupes, no pasa nada. Es solo un sueño.

—Era de unos osos.

Nora cerró la puerta del dormitorio a sus espaldas.

—¿De unos osos?

—Sí, por el cuento ese.

—Ah, sí, el cuento. Venga, vamos a tu cama… —Tras oírse decir esto, pensó que había sonado demasiado duro—. Cariño —añadió, preguntándose si era así

como llamaba a su hija en ese universo—. No hay ningún oso, ¿ves?

—Solo osos de peluche.

—Sí, solo de peluche…

La niña se había espabilado un poco. Le resplandecían los ojos. Vio a su madre, o al menos Nora se sintió madre mirada por ella. Madre de esa niña. Notó la extrañeza de estar conectada a un mundo a través de otra persona.

—Mamá, ¿qué estabas haciendo?

La niña hablaba en voz alta, con esa gravedad palmaria propia de los niños de cuatro años (no tendría más allá de esa edad).

—¡Chis! —Nora necesitaba averiguar el nombre de la niña. Los nombres eran poderosos. Si no podías dirigirte a alguien por su nombre, no tenías ningún tipo de control—. Escucha —susurró Nora—. Voy a bajar un momento a hacer una cosa. Tú vuélvete a la cama.

—Pero ¿y los osos?

—No hay ningún oso.

—Cuando me duermo, sí.

Nora recordó al oso polar acercándose hacia ella en la niebla. Rememoró ese miedo. Ese deseo, en aquel momento repentino, de vivir.

—Esta vez no estarán. Te lo prometo.

—Mamá, ¿por qué hablas así?

—¿Cómo?

—¿Susurrando?

—No hablo susurrando.

Nora no tenía ni idea de cómo percibía la niña su manera de hablar. Había una brecha entre su yo de ese momento y su yo madre. ¿Afectaba la maternidad al modo de hablar?

—Hablas como si estuvieras asustada —aclaró la niña.

—No estoy asustada.

—Quiero que alguien me dé la mano.

—¿Qué?

—Quiero que alguien me dé la mano.

—Vale.

—Mami, ¡estás haciendo el tonto!

—Sí, sí, es verdad.

—Tengo mucho miedo.

La niña dijo estas palabras con un tono tranquilo y objetivo. Fue entonces

cuando Nora la miró. Cuando la miró de verdad, genuinamente. La niña le parecía un ser totalmente ajeno a ella y, a la vez, muy familiar y cercano. Nora notó que algo poderoso e inquietante se le hacía una bola dentro.

La niña estaba mirándola como nunca nadie la había mirado antes. Le asustó la emoción que aquella mirada le produjo. La niña tenía la misma boca de Nora. Y esa mirada un poco perdida que la gente a veces le atribuía. Era hermosa y era suya —de alguna manera—; notó por dentro una oleada de amor irracional, una marea, y supo que tenía que salir de allí —si la Biblioteca no acudía al rescate en ese preciso instante (y, en efecto, no acudió).

—Mamá, ¿me das la mano?

—Yo…

La niña le cogió la mano. Nora notó la mano de su hija, pequeña y cálida. La manita se relajó dentro de la suya, se acomodó como se acomoda una perla dentro de su ostra, y eso hizo sentir triste a Nora. La niña tiró de su madre hacia la habitación adyacente, su dormitorio, supuso Nora. Esta dejó la puerta entornada a su espalda y trató de comprobar la hora en su reloj de muñeca, pero en esta vida llevaba uno de agujas sin luz, así que tuvo que esperar un par de segundos a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Consultó también el teléfono: las 2:32. Dependiendo de a qué hora se acostase habitualmente en esa vida, lo más probable era que esa versión de su cuerpo no hubiera dormido mucho. Sus sensaciones físicas lo corroboraban.

—¿Qué pasa cuando te mueres, mamá?

La habitación no estaba totalmente oscura. Entraba desde el pasillo una rendija de luz y desde la calle se filtraba, a través de unas cortinas de perritos, el resplandor de una farola cercana. Nora vislumbró un rectángulo a baja altura en la oscuridad; debía de ser la cama de la niña. Distinguió asimismo la silueta de un elefante de peluche en el suelo. Había también otros juguetes. Era una habitación felizmente desordenada.

La niña miró a Nora con ojos centelleantes.

—No lo sé —dijo Nora—. Creo que nadie lo sabe con seguridad.

Ella frunció el ceño. Aquella respuesta no le satisfacía. Pero ni un poquito.

—Escucha —dijo Nora—. Existe la posibilidad de que, justo antes de morir, tengas la oportunidad de vivir de nuevo. Puedes tener cosas que no tenías antes. Elegir la vida que quieras.

—¡Qué bien!

—Pero no te tendrás que preocupar de eso hasta dentro de mucho mucho

tiempo. Vas a tener una vida llena de emocionantes aventuras. Habrá muchas cosas que te harán feliz.

—¡Como acampar!

Una ráfaga de calor irradió el cuerpo de Nora por dentro mientras sonreía a esa niña tan dulce.

—Sí. ¡Como acampar!

—¡Me encanta cuando vamos a acampar!

La sonrisa de Nora seguía ahí, pero notó cómo la humedad se acumulaba en sus párpados inferiores. Aquella parecía una buena vida. Una familia. Una hija con la que ir a acampar.

—Escucha —añadió, cuando se dio cuenta de que no iba a poder escapar del dormitorio en un rato—. Cuando nos preocupamos por cosas que no conocemos, como el futuro, por ejemplo, es buena idea acordarnos de cosas que sí conocemos.

—No lo entiendo —repuso la niña, acurrucada bajo su edredón. Nora se sentó en el suelo a su lado.

—Bueno, es como un juego.

—A mí me gustan mucho los juegos.

—¿Jugamos a un juego?

—Sí —dijo su hija con una sonrisa en la cara—. Vamos a jugar a un juego.

El juego

—Mira, yo te pregunto algo que tú y yo ya sabemos y tú dices la respuesta. Por ejemplo, si te pregunto «¿Cómo se llama mamá?», tú tienes que responder «Nora». ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—Entonces, ¿cómo te llamas tú?

—¡Molly!

—¡Bien! ¿Cómo se llama papá?

—¡Papá!

—Pero ¿cuál es su nombre de verdad?

—¡Ash!

(Aquella cita para un café, desde luego, dio de sí).

—Y ¿dónde vivimos?

—¡En Cambridge!

¡Cambridge…! Tenía sentido. A Nora siempre le había gustado Cambridge, y estaba a solo cincuenta kilómetros de Bedford. A Ash también le debía de gustar. Podía conducir hasta Londres (si es que seguía trabajando allí). Nora, tras obtener su grado en Bristol, había estudiado un máster en Filosofía y obtenido una plaza en el Caius College de la Universidad de Cambridge.

—¿En qué barrio de Cambridge? ¿Te acuerdas? ¿Cómo se llama nuestra calle?

—Vivimos en… la calle Bol… Bolton.

—¡Muy bien! ¿Y tienes algún hermano o hermana?

—¡No!

—Y… ¿papi y mami se llevan bien? —Molly rio un poco ante la pregunta.

—¡Sí!

—¿Gritamos mucho?

Molly se carcajeó descaradamente.

—¡A veces! ¡Sobre todo mamá!

—¡Lo siento mucho!

—Solo gritas cuando estás muy muy muy cansada. Y siempre dices lo siento, así que está bien. No pasa nada si dices lo siento. Eso es lo que dices tú.

—¿Mamá sale a trabajar fuera?

—Sí. A veces.

—¿Sigo trabajando en la tienda donde conocí a papá?

—No.

—¿Qué hace mamá cuando sale a trabajar?

—¡Enseñar a la gente!

—¿Cómo… cómo enseño a la gente? ¿Qué es lo que enseño?

—Fili… Folisa…

—¿Filosofía?

—¡Lo estaba diciendo, mami!

—¿Y dónde soy profesora? ¿En la universidad?

—¡Sí!

—¿En qué universidad? —Recordó dónde vivían—. ¿En la Universidad de Cambridge?

—¡Sí, en esa!

Nora trató de rellenar los huecos. Tal vez en aquella vida había vuelto a solicitar un máster y al terminarlo había empezado a dar clase allí. De cualquier manera, si iba a tener que hacer el paripé en esta vida, tendría que ponerse a repasar filosofía. Pero entonces Molly dijo:

—Pero ya no vas a ser profe.

—¿No? ¿Y por qué?

—¡Porque vas a hacer libros!

—¿Libros para ti?

—No, tonti. Un libro para los mayores.

—¿Estoy escribiendo un libro?

—¡Sí! ¡Pero si te lo acabo de decir, mamá!

—Lo sé. Estoy intentando que digas algunas cosas dos veces. Porque así es dos veces chuli. Y así los osos dan menos miedo todavía. ¿Vale?

—Vale.

—¿Papá trabaja?

—Sí.

—¿Sabes cuál es el trabajo de papá?

—Sí. ¡Él corta a la gente!

Por un breve momento olvidó que Ash era cirujano y se preguntó si convivía

con un asesino en serie.

—¿Corta a la gente?

—Sí, él corta el cuerpo de las personas y los hace mejores.

—Claro, claro.

—¡Salva a la gente!

—Claro que la salva.

—Salvo cuando está triste y la persona se muere.

—Sí, eso es muy triste.

—¿Papá sigue trabajando en Bedford? ¿O en Cambridge?

Ella se encogió de hombros.

—En Cambridge, creo.

—¿Y toca algún instrumento de música?

—Sí, sí. ¡Pero muy muy muy muy mal! —respondió, y volvió a reír.

Nora la acompañó en su risa. La risa de Molly era contagiosa.

—¿Tienes alguna tía o algún tío?

—Sí, la tía Jaya.

—¿Quién es la tía Jaya?

—La hermana de papá.

—¿Alguien más?

—Sí, el tío Joe y el tío Ewan.

Nora se sintió muy aliviada de que su hermano estuviera vivo en esta línea temporal. Y que compartiera su vida con el mismo hombre con el que estaba saliendo durante la vida en que ella era campeona olímpica. Y que participase lo suficiente de la vida de su hermana como para que Molly recordara el nombre de ambos.

—¿Cuándo fue la última vez que vimos al tío Joe?

—¡En Navidad!

—¿Te cae bien el tío Joe?

—¡Sí! Es muy gracioso. ¡Y me regaló a Panda!

—¡A Panda!

—¡Mi muñequito favorito!

—Los pandas también son osos.

—Son osos bonitos.

Molly bostezó. Estaba entrándole sueño.

—¿Mamá y el tío Joe se llevan bien?

—¡Sí! ¡Estáis todo el rato hablando por teléfono!

Qué curioso. Nora había dado por hecho que las únicas vidas en las que se seguía tratando con su hermano eran aquellas en las que ella nunca había estado en Los Laberintos (a diferencia de la decisión de seguir nadando, el café con Ash era posterior a su experiencia con el grupo musical). Esa vida parecía la excepción a esa regla. Nora no pudo evitar preguntarse si el eslabón perdido con su hermano sería aquella preciosa niña. Quizá su hija había sanado la herida entre ambos.

—¿Tienes abuelos?

—Solo tengo una abuela, que se llama Dorothy.

Nora querría haber preguntado algo más sobre las muertes de sus padres, pero aquel no era el momento, probablemente.

—¿Eres feliz? Cuando no sueñas con esos osos, claro.

—Creo que sí.

—¿Son papá y mamá felices?

—Sí —repitió, despacio—. A veces. ¡Cuando no están cansados!

—Y ¿nos lo pasamos muy bien?

La niña se frotó los ojos.

—Sí.

—Y ¿tenemos mascotas?

—Sí, Platón.

—Y ¿quién es Platón?

—Nuestro perro.

—Y ¿de qué raza es Platón?

No recibió respuesta, porque Molly se había dormido. Nora se quedó ahí, sentada en la moqueta, con los ojos cerrados.

La despertó una lengua que le lamía la cara.

Pertenecía a un labrador de ojos risueños y cola nerviosa que parecía muy emocionado por verla.

—¿Platón? —dijo ella, con voz adormilada.

«Sí, soy yo», parecía querer decir el perro con la cola.

Era por la mañana. La luz se derramaba por entre las cortinas. Por el suelo había desparramados varios peluches, entre ellos Panda y el elefante que Nora había visto durante la noche. Miró la cama y vio que estaba vacía. Molly no estaba en la habitación. Notó unos pasos pesados ascendiendo por la escalera.

Se incorporó y se dio cuenta de que debía de tener un aspecto terrible tras haber dormido en la alfombra. Llevaba una camiseta ancha de The Cure (que

reconoció como propia) y unos pantalones de pijama de cuadros escoceses (que no reconoció). Se palpó la cara y se notó las arrugas que le había dejado la alfombra en las mejillas; se notó el pelo sucio y enredado. Intentó adecentarse mínimamente en los dos segundos que le quedaban antes de que llegase un hombre con el que dormía todas las noches y con el que, a la vez, no había dormido nunca. El marido de Schrödinger, por decirlo así.

Ash entró en la habitación.

La vida perfecta

La juventud desgarbada y hermosa de Ash se había visto mellada muy levemente por la paternidad. En todo caso, tenía un aspecto más sano que cuando tocó a su puerta aquel día y, al igual que entonces, apareció vestido con ropa de correr, aunque en esta ocasión parecían prendas más caras, de marca, y portaba un reloj inteligente de *fitness* en la muñeca.

Ash sonreía con dos tazas de café en las manos, una de las cuales ofreció a Nora. Se preguntó cuántos cafés habrían compartido desde aquel primero.

—Ay, gracias.

—Oh, no, Nor… ¿Has dormido aquí toda la noche? —preguntó.

«Nor».

—La mayor parte. Quise volver a la cama, pero Molly se había asustado con una pesadilla. Me quedé con ella un poco para que se tranquilizara y luego estaba tan cansada que no me podía mover.

—Oh, no… Lo siento mucho. No la oí llorar. —Parecía realmente afligido —. Es culpa mía, creo. Le enseñé unos vídeos de osos en YouTube ayer antes de salir para el trabajo.

—No te preocupes.

—Ya he sacado a pasear a Platón, por cierto. Hoy no entro al hospital hasta mediodía, así que saldré tarde. Tú querías ir a la biblioteca, ¿verdad?

—¿Sabes qué? Creo que lo dejaré para otro día.

—Vale. Ya le he hecho el desayuno a Mol; yo la llevo al cole.

—Puedo llevarla yo, si tienes el día complicado.

—No, no tengo mucho lío. Una vesícula biliar y un páncreas, por ahora. Aprovecharé para correr un poco antes.

—Claro, para la media maratón del domingo, ¿verdad?

—¿Qué?

—Nada, nada —se excusó Nora—. Creo que estoy delirando por haber dormido en el suelo.

—No te preocupes. Por cierto, me ha llamado mi hermana y me ha contado que le han propuesto ilustrar el calendario de Kew Gardens del año que viene. ¡Un montón de plantas! Está muy contenta.

Sonrió. Parecía alegrarse por esta hermana suya, de la que Nora nunca había oído hablar. Quería darle las gracias por haberse portado tan bien con su gato muerto, pero obviamente no era una opción, así que se limitó a decir:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Pues, ya sabes, por todo.

—Oh. Vale. De acuerdo.

—Pues eso, gracias.

Él asintió con la cabeza.

—Qué bien. Bueno, ¡a correr!

Apuró el café y desapareció. Nora recorrió la habitación con la mirada, asimilando cada dato, cada peluche, libro y enchufe, como si cada objeto formara parte del rompecabezas de su vida.

Una hora más tarde, Molly estaba en su escuela infantil y Nora se dedicaba a sus quehaceres habituales. Consultó su correo electrónico y sus redes. En esta vida no era muy activa en internet, lo que para ella era una señal prometedora, pero tenía un montón de correos electrónicos. Por ellos dedujo que no es que no fuera a ser profe un tiempo, como había entendido a su hija, sino que se había apartado de la profesión oficialmente. Se había tomado un año sabático durante el cual escribiría un libro sobre Henry David Thoreau y su relevancia para el movimiento ecologista moderno. Ese mismo año, más adelante, planeaba visitar el lago Walden en Concord, Massachusetts, en los Estados Unidos, gracias al dinero aportado por una beca de investigación.

Aquello le parecía estupendo, la verdad.

Tanto que le resultaba hasta irritante.

Una vida estupenda con una hija estupenda y un hombre estupendo, en una casa estupenda de una ciudad estupenda. Una vida en la que podría pasarse el día leyendo e investigando y escribiendo sobre su filósofo preferido.

—Esto está guay —le dijo a su perro—. ¿O no está guay?

Platón bostezó, por toda respuesta.

A continuación, se dispuso a explorar la casa, observada por el labrador desde el sofá del salón, que tenía pinta de ser bastante cómodo. El salón era enorme. Se le hundieron los pies en una gruesa alfombra.

Tarima de madera clara, televisión, chimenea eléctrica, teclado eléctrico, dos portátiles nuevos cargando, un baúl de caoba sobre el que había colocado un muy ornamentado juego de ajedrez… Una guitarra preciosa en una esquina que Nora reconoció al instante: era una Fender Malibú Midnight Satin, electroacústica. Había vendido una de ese modelo la última semana que trabajó en Teoría de Cuerdas.

Las fotografías enmarcadas moteaban el salón. Niños que no conocía junto a una mujer que se parecía a Ash —su hermana, quizá—. Una vieja fotografía de sus padres, fallecidos ya, el día de su boda, y otra de su propia boda con Ash. Distinguió a su hermano en la parte de atrás. Una foto de Platón. Y otra de un bebé, supuestamente Molly.

Echó un vistazo también a los libros. Vio algunos manuales de yoga, pero no los de segunda mano que había tenido en su vida raíz. Había también algunos libros de medicina. Reconoció su ejemplar de siempre de *Historia de la filosofía occidental*, de Bertrand Russell, junto con el *Walden* de Thoreau; se había hecho con ambos en sus años de universidad. Había también unos *Principios de geología* que le eran familiares. Tenía al parecer unos cuantos libros sobre Thoreau. Y ejemplares, también, de *La república* de Platón y *Los orígenes del totalitarismo*, de Hannah Arendt, los cuales también había poseído en su vida raíz, pero no en esas ediciones. Había libros con aspecto de sesudos, firmados por Julia Kristeva, Judith Butler o Chimamanda Ngozi Adichie. Abundaban también las obras de filosofía oriental, sobre la que no había leído mucho anteriormente. Se preguntó si, de quedarse en esta vida —y no veía por qué no —, tendría tiempo de revisar todo aquel material antes de retomar sus clases en la universidad.

Novelas de Dickens, *La campana de cristal* de Sylvia Plath; algunos libros de divulgación científica un poco friquis; unos pocos de música; algún que otro manual para mamás y papás; *Naturaleza* de Ralph Waldo Emerson, y *Primavera silenciosa* de Rachel Carson, cosas sobre el cambio climático, un gran libro de tapa dura titulado *Sueños árticos: Imaginación y deseo en un paisaje septentrional*.

Recordando sus vidas pasadas, ella rara vez —o quizá nunca— había tenido una biblioteca tan culta. Aquel era, sin duda, el cambio inducido por estudiar un máster en Cambridge y pedir un año sabático para escribir un libro sobre tu filósofo favorito.

—Estás impresionado —le dijo al perro—. Reconócelo.

Nora vio también una pila de libros de partituras. Sonrió cuando reparó en que el que coronaba el montón era el de Simon y Garfunkel que ella misma había vendido a Ash el día que la invitó a tomar un café. Sobre la mesita, frente a los sofás, descansaba un precioso libro de tapa dura y papel satinado con fotografías de paisajes españoles, y sobre el sofá, otro libro titulado *La enciclopedia de las plantas y las flores*.

En la bandeja de las revistas, el último número de *National Geographic*, con la fotografía del agujero negro en la cubierta.

De la pared colgaba un cuadro: una lámina de Miró comprada en un museo de Barcelona.

—¿Hemos estado Ash y yo juntos en Barcelona, Platón? —preguntó. Se imaginó con él, paseando de la mano por las callejuelas del Barrio Gótico, entrando en un bar para pedir un rioja y unas tapas.

En la pared opuesta a las estanterías había un espejo. Un gran espejo con un marco muy historiado de color blanco. A Nora le habían dejado de sorprender las variaciones en su aspecto físico entre una vida y otra. Se había visto de todas las tallas y pesos y con todos los peinados posibles. En esa vida, tenía un aspecto perfectamente «agradable». Le habría gustado hacerse amiga de aquella persona del espejo. No era ni una medallista olímpica ni una estrella del *rock* ni una acróbata del Circo del Sol, sino alguien que, hasta donde uno podía interpretar a partir del físico y la expresión, parecía contenta con su vida. Una adulta que tenía una vaga idea de quién era y de qué estaba haciendo con su vida. Pelo corto, pero no demasiado, y una piel más sana aparentemente que la que tenía en su vida raíz, ya fuera por la dieta, el menor consumo de vino tinto, el ejercicio o los productos limpiadores e hidratantes que había visto en el baño (y que eran más caros que los que ella compraba en su vida raíz).

—¡Bueno! Parece que esto sí que es la buena vida, ¿verdad? —dijo a Platón.

El perro parecía estar de acuerdo.

La búsqueda espiritual de un vínculo profundo con el universo

Encontró un botiquín en un cajón de la cocina y rebuscó entre las tiritas, el ibuprofeno, el paracetamol, los complejos multivitamínicos y las vendas elásticas para corredores, pero ni rastro de antidepresivos.

Quizá aquella era la vida que buscaba. Quizá, por fin, había dado con la vida en la que iba a querer quedarse. La vida elegida, la que no devolvería al estante.

«Podría ser feliz aquí».

Un poco más tarde, en la ducha, se investigó el cuerpo en busca de nuevas marcas. No tenía ningún tatuaje, pero sí una cicatriz. No era una autolesión; tenía aspecto quirúrgico: una línea horizontal, larga y delicada, por debajo del ombligo. Había visto cicatrices de cesáreas antes. La acarició con la yema del pulgar, pensando que podría quedarse en aquella vida, aunque hubiera llegado tarde a muchas cosas.

Ash llegó, tras dejar a Molly en el colegio.

Nora se vistió a toda prisa para que no la viera desnuda.

Desayunaron juntos, sentados a la mesa de la cocina. Echaron un vistazo en sus dispositivos a las noticias del día y comieron tostadas de pan de masa madre. Eran como la encarnación misma del matrimonio feliz.

Terminaron de desayunar. Ash salió para el hospital y ella se quedó en casa, sola, con todo el día por delante para investigar sobre Thoreau. Leyó el material que ya había escrito —que sumaba unas impresionantes 42 729 palabras— y luego, antes de recoger a Molly del cole, se sentó a almorzar un sándwich.

Molly quería ir al parque, «como siempre», para dar de comer a los patos. Nora la llevó, medio escondiendo el teléfono para que no se notara que iba dejándose guiar por Google Maps.

Nora estuvo columpiando a Molly hasta que le dolieron los brazos, se tiró por el tobogán con ella y se arrastró por dentro de unos grandes tubos metálicos. Luego les tiraron a los patos del estanque la avena que les había sobrado del *porridge* de la merienda.

Una vez en casa, madre e hija se sentaron un rato delante de la tele; luego Nora le preparó la cena y, después de cenar, le leyó un cuento en la cama. Molly se quedó dormida; Ash no había llegado aún.

Cuando este ya estaba de vuelta en casa, alguien tocó a la puerta. Abrió Nora. Era un hombre al que no conocía; al hacer ademán de entrar, Nora le dio un portazo en las narices.

—¿Nora?

—¿Sí?

—¿Por qué le has cerrado la puerta a Adam?

—¿Qué?

—Creo que se ha molestado un poco.

—¿Qué quieres decir?

—Has actuado como si no lo conocieras de nada.

—Oh —Nora sonrió—. Vaya, lo siento.

—Es vecino desde hace tres años. Fuimos a acampar con él y con Hannah al Distrito de los Lagos.

—Sí, ya lo sé. Claro.

—¿No querías dejarlo entrar? Le has cerrado como si fuera un intruso o algo así.

—¿En serio?

—Casi le das con la puerta en las narices.

—Sí, he cerrado. Pero no así. O sí, es decir, su cara estaba ahí. Técnicamente. Bueno, no quería que pensara que podía entrar así, como si nada.

—Venía a devolvernos la manguera.

—Oh, sí. Es verdad. Bueno, no la necesitamos, en realidad. Las mangueras no son buenas para el planeta.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Me estoy preocupando un poco.

En general, no obstante, las cosas iban saliendo bastante bien. A veces, Nora tenía la sospecha de ir a desvanecerse y despertar en la Biblioteca, pero al final nada llegaba a ocurrir. Uno de los días, después de su clase de yoga, Nora se sentó en un banco a orillas del río Cam para leer a Thoreau. Al día siguiente, vio una entrevista con Ryan Bailey en un programa televisivo matutino, en la que

decía que se había embarcado en la «búsqueda espiritual de un vínculo profundo con el universo» y que no tenía tiempo de «sentar la cabeza, afectivamente hablando».

Recibió varias fotografías de ballenas de Izzy por WhatsApp y Nora le contestó contándole que había leído una noticia sobre un terrible accidente de tráfico en Australia, y la obligó a prometer que tendría siempre cuidado al volante.

A Nora la reconfortó mucho saber que en esa vida no había tenido ningún tipo de curiosidad por averiguar qué había sido de Dan. En su lugar, se sentía muy agradecida por estar con Ash. O, más exactamente, se imaginaba agradecida. Era un tipo encantador y compartían muchos momentos de alegría, risas y amor.

Ash trabajaba muchas horas, pero cuando estaba en casa era muy fácil tratar con él, incluso los días de mucho estrés, mucha sangre y muchas vesículas biliares. Ash tenía un punto raro, además. Siempre daba los buenos días a la gente mayor por la calle cuando paseaba al perro, y la gente mayor a veces hacía oídos sordos. Cantaba siempre al son de la radio del coche y, en general, parecía que no necesitaba dormir. Nunca protestaba por sus turnos nocturnos con Molly, aun cuando tuviera que operar a la mañana siguiente.

Le encantaba dar asco a Molly con datos —¡los estómagos cambian su revestimiento cada cuatro días! ¡La cera de los oídos es un tipo de sudor! ¡En tus pestañas hay ácaros!— y le gustaba mucho hablar de cosas inapropiadas. Una vez, en el estanque de los patos, estando Molly bastante cerca, le contó a un extraño que andaba por allí que el pene de los patos machos tiene forma de sacacorchos.

Las noches que llegaba más o menos temprano y le daba tiempo a hacer la cena preparaba un potaje de lentejas indias o unos *penne all'arrabbiata* que le salían bastante bien, aunque solía poner una cabeza entera de ajos en casi todas las recetas. Molly tenía toda la razón: sus talentos artísticos no abarcaban la música. De hecho, cuando cantó *The Sound of Silence* [en inglés, *El sonido del silencio*. (N. del T.)] acompañado de su guitarra, ella se sintió culpable por desear que se tomara un poco más literalmente el título de la canción.

En otras palabras, era un tipo un poco raro. Salvaba vidas todos los días, uno tras otro, pero el punto friqui no se lo quitaba nadie. A Nora le gustaba y ella se sentía un poco así también, lo que la ayudaba a superar esa peculiaridad

fundamental consistente en tener por marido a un hombre al que acabas de conocer.

«Esto es la buena vida», volvió a pensar Nora para sus adentros, una y otra y otra vez más.

Sí, tener una hija era agotador, pero Molly se hacía querer, al menos durante el día. De hecho, Nora a menudo anhelaba que su hija llegase de la escuela, porque la convivencia añadía un poco de emoción a una existencia que, por lo demás, estaba exenta de roces. No había estrés relacional ni profesional ni tampoco económico.

Había muchas cosas por las que sentir gratitud.

Desde luego, aparecían algunos momentos delicados. En esos momentos, notaba la familiar sensación de estar actuando en una obra de teatro de la que directamente desconocía el guion.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Nora a Ash una noche.

—No… Es solo que… —Él la miró a los ojos con su amable sonrisa pintada en la cara y su mirada intensa e inquisitiva—. No lo sé. Te olvidaste de que llegaba nuestro aniversario. Me dices que no has visto películas que sé con toda seguridad que has visto. Y al revés. Te olvidas de que tienes una bici. Te olvidas de dónde están los platos. Has estado poniéndote mis zapatillas de andar por casa. Te tumbas en mi lado de la cama…

—Guau, Ash —protestó ella, quizá un poco más tensa de lo que debería—. Es como si me estuvieran interrogando los tres osos del cuento.

—Me preocupa.

—Estoy bien… Me siento un poco perdida en el mundo de la investigación. Ya sabes. Perdida en los bosques. Los bosques de Thoreau.

Nora sentía en los momentos así que, de hecho, quizá terminase volviendo a la Biblioteca de la Medianoche. A veces recordaba las palabras de la señora Elm, la primera vez que visitó la Biblioteca: «Si realmente deseas con fervor vivir una vida determinada, no tienes que preocuparte». Y: «El momento en que decidas que deseas esa vida, que la quieres de verdad, todo lo que alberga tu cabeza a día de hoy, incluida esta Biblioteca de la Medianoche, se terminará convirtiendo en un recuerdo tan vago e intangible que apenas serás capaz de recordarlo».

Se imponía así pues una pregunta: si esta era su vida perfecta, ¿por qué no había olvidado la Biblioteca?

¿Cuánto tiempo tardaría en olvidarse de ella?

Ocasionalmente, detectaba flecos de una leve tristeza flotando alrededor, que no tenían motivación real. Nada parecido, en modo alguno, al malestar que había llegado a sentir en ocasiones en su vida raíz, o en algunas de sus otras vidas. Era como comparar una nariz congestionada con una neumonía. Recordó la tristeza con que vivió el día que la echaron de Teoría de Cuerdas: la desesperación, el anhelo solitario y desesperado de no existir. Sus peores momentos en su nueva vida no tenían nada que ver con eso, ni de lejos.

Todos los días se acostaba pensando que se despertaría de nuevo en esa vida, porque —proporcionalmente, y teniendo en cuenta todos los factores— era la mejor que había conocido. Sin embargo, con el tiempo, al irse a la cama, empezó a temer quedarse dormida y despertarse en otro lugar.

Pero una mañana tras otra aparecía en la misma cama. Y, ocasionalmente, en la alfombra, suplicio que se repartía con Ash. En cualquier caso, Molly cada vez se despertaba menos y dormía mejor.

Había momentos incómodos, desde luego. Nora no sabía cómo llegar a los sitios ni dónde estaban las cosas de la casa, y Ash en ocasiones se preguntaba en voz alta si no debería ir al médico. En un primer momento, ella había rehuido el sexo con él, pero una noche por fin ocurrió y después de hacerlo Nora se sintió culpable por vivir en una mentira.

Se quedaron tumbados en la oscuridad por un momento, en ese silencio posterior al coito. Pero ella sabía que debía sacar el tema. Sondear las aguas.

—Ash —dijo.

—¿Sí?

—¿Tú crees en la teoría de los universos paralelos?

Nora percibió, aun en la penumbra, que en el rostro de él se dibujaba una sonrisa. Era uno de los temas en los que su marido, por sus particulares intereses, podría tener una opinión formada.

—Sí, creo que sí.

—Yo también. A ver, es ciencia, ¿no? No es una idea de un físico chiflado que un día dijo: «Oye, cómo molaría que hubiera universos paralelos. Vamos a inventar una teoría».

—Exacto. La ciencia no se fía de cualquier cosa que suene demasiado guay, de hecho. O demasiado a ciencia ficción. Por regla general, los científicos son bastante escépticos.

—Exacto. Aun así, los físicos creen en los universos paralelos.

—Bueno, es hacia donde apunta la ciencia. Todo lo que rodea a la mecánica cuántica y la teoría de cuerdas hace pensar que pueden existir varios universos. Muchos, de hecho.

—Bueno, y ¿qué dirías si te dijera que yo he visitado las vidas que vivo en esos otros universos y que creo que he elegido vivir esta?

—Pues te diría que estás loca. Pero te seguiría queriendo.

—Pues así es. He vivido muchas vidas.

Ash sonrió.

—Genial. ¿Hay alguna en la que me das otro beso?

—Hay una en la que tú entierras a un gato que se me murió.

—Que guay, Nor. Lo que me gusta de ti es que siempre me haces sentir una persona normal.

Y ahí quedó todo.

Nora se dio cuenta de que una podía ser tan sincera como quisiera en la vida, pero la gente solo vería la verdad en la medida en que pudiera relacionarse con su realidad personal. Como escribió Thoreau: «No es el objeto que uno mira lo importante, sino lo que ve en él». Ash solo veía a la Nora de la que se había enamorado y con la que se había casado y, en cierta manera, esa era la persona en la que Nora se estaba convirtiendo.

Hammersmith

Durante las vacaciones de Semana Santa, aprovechando que el martes Ash no tenía que ir al hospital y Molly no tenía colegio, la familia tomó un tren a Londres para ver al hermano de Nora y a Ewan, que vivían en el barrio de Hammersmith.

Joe tenía buena cara y su marido tenía el mismo aspecto que el hombre de la fotografía que Nora había visto en el teléfono de su hermano en su vida olímpica. Joe e Ewan se habían conocido en clase de *crossfit*, en un gimnasio del barrio. En esa vida, Joe trabajaba como ingeniero de sonido, mientras que Ewan —el doctor Ewan Langford, para ser más exactos— era radiólogo en el hospital Royal Marsden. Ash y él, por fortuna, tenían muchas cosas de hospitales sobre las que charlar y despotricar.

Joe e Ewan eran unos tíos adorables. Le hacían a Molly preguntas sobre Panda y mostraban un gran interés. Joe cocinó para todos una deliciosa pasta con brócoli y un poco de ajo.

—Es una receta de la Apulia, al parecer —explicó a Nora—. Para volver un poco a nuestros orígenes italianos.

Nora pensó en su abuelo inmigrante y se preguntó qué había sentido al descubrir que la London Brick Company no estaba en Londres, sino en Bedford. ¿Se habría decepcionado mucho? ¿O había decidido sacarle provecho a esa circunstancia? Probablemente, habría también una versión de su abuelo que sí fue a Londres y nada más llegar fue atropellado por un autobús de dos plantas en Piccadilly Circus.

Joe y Ewan tenían una pequeña bodega en la cocina y Nora se fijó en que una de las botellas era un syrah californiano de Viñedos Buena Vista. Nora notó un cosquilleo en la piel cuando vio dos firmas manuscritas en la parte inferior de la etiqueta: Alicia y Eduardo Martínez. Sonrió, pues le daba la impresión de que Eduardo debía de estar viviendo una vida feliz también en este universo. Se preguntó, momentáneamente, quién sería Alicia y qué tipo de persona. Como poco, verían unos magníficos atardeceres juntos.

—¿Estás bien? —preguntó Ash mientras Nora observaba la etiqueta con la mirada perdida.

—Sí, sí. Estoy bien. Este tiene pinta de estar bueno.

—Sí, es mi favorito, con diferencia —anunció Ewan—. Está muy rico. ¿Lo abrimos?

—Vale, pero solo si habías pensado abrirlo igualmente.

—Pues, en realidad, creo que no —respondió su hermano—. Últimamente he bebido bastante. Estoy tomándome un tiempo de abstinencia.

—Ya sabes cómo es tu hermano —añadió Ewan, plantándole un beso en la mejilla—. Es o todo o nada.

—Pues sí. ¡Así soy yo!

Ewan ya tenía el sacacorchos en la mano.

—Yo he tenido un día bastante agitado en el trabajo, así que, si nadie se me une, soy capaz de beberme la botella entera. Que lo sepáis.

—Yo te ayudo —intervino Ash.

—Yo estoy bien —dijo Nora, recordando que la última vez que lo había visto, en el recibidor de un hotel, su hermano le había confesado que era alcohólico.

Le dieron a Molly un cuento ilustrado y Nora lo leyó con ella en el sofá.

Avanzó la velada. Hablaron de la actualidad, de música y de cine. A Joe y a Ewan les había gustado mucho *El saloon de la última oportunidad*.

Un poco más tarde, y para sorpresa de todo el mundo, Nora dio un volantazo en la conversación. Se salió de la zona de confort de la cultura pop y decidió ajustar cuentas con su hermano.

—Joe, ¿tú te enfadaste conmigo? Ya sabes, por irme del grupo.

—Eso fue hace muchísimos años, hermanita. Ha llovido mucho.

—Pero tú querías ser una estrella del *rock*.

—Es una estrella del *rock* —puntualizó Ewan, entre risas—. Pero es solo mía.

—Siempre he tenido la impresión de que te decepcioné, Joe.

—Bueno, pues no la tengas… Yo también siento que te decepcioné a ti. Fui tan idiota… Durante un tiempo me porté fatal contigo.

Nora llevaba años queriendo escuchar esas palabras. Las recibió como un bálsamo.

—No te preocupes —acertó a articular.

—Antes de estar con Ewan no daba ninguna importancia a las cuestiones

relacionadas con la enfermedad mental. Era un idiota. Pensaba que los ataques de pánico eran cuento… Ya sabes, el poder de la mente sobre el cuerpo. Te decía que le echaras valor a las cosas. Pero entonces, cuando Ewan empezó a sufrirlos, entendí lo muy reales que son.

—No eran solo los ataques de pánico. Yo me sentía muy mal. No sé… Si vale de algo, te diré que creo que eres más feliz en esta vida de lo que habrías sido en la vida… —a punto estuvo de decir «en la que mueres»— como músico de rock.

Su hermano sonrió y miró a Ewan. Nora dudaba mucho de que Joe estuviera de acuerdo con esto último, pero tenía que aceptar —pues nadie lo sabía mejor que ella— que algunas verdades son imposibles de ver.

El triciclo

A medida que pasaban las semanas, Nora comenzó a sentir que empezaba a suceder algo realmente notable.

Empezó a recordar aspectos de su vida que nunca había vivido.

Por ejemplo, un día una persona a la que no había conocido en su vida raíz —supuestamente una amiga que al parecer había conocido durante la carrera y enseñaba también en la universidad— la llamó por teléfono y le propuso almorzar. Cuando Nora miró el móvil y leyó en la pantalla «Lara», le vino a la cabeza su apellido: «Lara Bryan». Pudo imaginarla de pies a cabeza y, de alguna manera, supo que su pareja se llamaba Mo y que tenían un hijo, Aldous. Cuando se vieron, confirmó todos esos datos. Ese tipo de *déjà vus* le ocurrían cada vez más. Sí, por supuesto, cometió errores ocasionales, como «olvidar» que Ash era asmático (trataba de controlar su asma corriendo):

—¿Desde cuándo tienes asma?

—Desde los siete años.

—Ay, sí, es verdad. Pensé que habías dicho eczema.

—Nora, ¿estás bien?

—Sí. Eh, estoy bien. Es solo que tomé un poco de vino con Lara en el almuerzo y estoy un poco ida.

Sin embargo, poco a poco esos deslices se hicieron menos frecuentes. Era como si cada día fuera una nueva pieza que encajase en un gran rompecabezas. Con cada pieza añadida se hacía más fácil intuir cómo serían las que faltaban.

En todas las demás vidas no hacía más que buscar pistas y sentía que estaba perennemente actuando. Pero en aquella, cuanto más se relajaba, más cosas se le hacían evidentes.

A Nora, además, le encantaba pasar tiempo con Molly.

La acogedora anarquía que eran los juegos en su habitación o el delicado vínculo que se tendía entre ambas a la hora del cuento. Disfrutar de la genialidad mágica y sencilla de *El tigre que vino a tomar el té* o pasar el rato sin más en el jardín.

—Mírame, mamá —decía Molly, mientras pedaleaba en su triciclo, un sábado por la mañana—. ¡Mamá, mira! ¿Estás mirando?

—Muy bien, Molly. ¡Pedaleas estupendamente!

—¡Mamá, mira! ¡Brum, brum!

—¡Vamos, Molly!

Pero, entonces, de repente, la rueda delantera del triciclo se atascó en la tierra, de un lado del césped, y el triciclo acabó en un macizo de flores. Molly se cayó y se golpeó la cabeza contra una piedra no muy grande. Nora acudió a la carrera, la levantó y escudriñó su rostro. Molly se había hecho daño, claramente: tenía un rasguño en la frente y sangraba, pero no quería que le vieran la herida, aun cuando la barbilla le temblaba del susto.

«Estoy bien», dijo despaciosamente, con una voz frágil como la porcelana. «Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien, estoy bien. Estoy bien». Con cada «bien» parecía que iba a llegar el llanto, pero la niña reculaba cada vez, tratando de contenerse. Pese a sus miedos nocturnos a los osos, Molly tenía un aguante que Nora no podía dejar de admirar y le resultaba incluso inspirador. Aquel pequeño ser humano había salido de dentro de su cuerpo y, de algún modo, formaba parte de ella. Si esa niña escondía una fuerza oculta, Nora debía también albergarla.

La abrazó.

—No pasa nada, cariño… ¡Qué valiente es mi niña! No pasa nada. ¿Te sigue doliendo, amor?

—No, está bien. Es como en las vacaciones.

—¿Como en las vacaciones?

—Sí, mami… —dijo, un poco molesta por que Nora no lo recordase—. El tobogán, ¿no te acuerdas?

—Oh, sí, claro. El tobogán. Sí. Qué tonta es mami.

Y, de súbito, Nora sintió algo inédito por dentro. Un tipo de miedo, tan real como el que había sentido en el islote ártico, cara a cara con el oso polar.

Un miedo a lo que estaba sintiendo. Al amor.

Una podía comer en los mejores restaurantes, tomar parte de todos los placeres sensuales, cantar en São Paulo ante veinte mil personas, recibir chaparrones de aplausos, viajar a los confines de la Tierra, tener millones de seguidores en las redes, ganar medallas olímpicas. Pero nada de esto cobraba sentido sin amor.

Pensó en su vida raíz y se dio cuenta de que el problema fundamental, lo que la había hecho tan vulnerable, era, en realidad, la ausencia de amor. Ni siquiera

su hermano la había querido en esa vida. No quedó nadie, una vez muerto Voltaire. Ella no había amado a nadie y nadie la había amado a ella. Nora estaba vacía, como su vida misma. Caminaba de un lugar a otro fingiendo algún tipo de normalidad humana. Era un maniquí sintiente y desesperado abriéndose paso por una vida descarnada, desnuda.

Y, sin embargo, ahí mismo, en ese jardín de una casa de Cambridge, bajo un anodino cielo gris, sintió en ese instante el poder del amor, el poder terrorífico del preocuparse íntimamente por alguien y de que alguien se preocupe íntimamente por una. Es cierto que sus padres seguían muertos en esa vida, pero estaba Molly, estaba Ash, estaba Joe. Había toda una red de amor para detener su caída.

Aun así, tuvo la profunda convicción de que todo ello, no obstante, tocaría pronto a su fin. Supo que, perfectas como parecían las cosas a su alrededor, algo no funcionaba. Ese algo que no funcionaba no podía corregirse, porque era la perfección misma. Todo estaba bien, pero ella no se había ganado aquello. Se había sumado a la película a mitad de la trama. Había cogido el libro de la Biblioteca, pero, en puridad, ese libro no le pertenecía. Observaba su vida como desde detrás del vidrio de una ventana. Empezó a sentirse una impostora. Quiso que aquella fuera su vida; su vida real. No lo era, sin embargo, y deseó poder olvidarse de esa realidad. Lo deseó con toda su alma.

—Mamá, ¿estás llorando?
—No, Molly, no. Estoy bien. Mamá está bien.
—A mí me parece que estás llorando.
—Vamos a limpiarte…

Más tarde, ese mismo día, Molly hizo un puzle de animales de la selva. Nora se sentó en el sofá a acariciar a Platón, que se tumbó con la voluminosa y cálida cabeza apoyada en su regazo. Nora observó fijamente las historiadas piezas del juego de ajedrez. Allí seguía, sobre el baúl de caoba.

Le fue naciendo lentamente una idea, pero la apartó de su mente. Ese pensamiento, sin embargo, no tardó en aparecer de nuevo.

Cuando Ash llegó de vuelta, Nora le dijo que quería ver a una vieja amiga de Bedford y que estaría fuera unas horas.

Ya no está con nosotros

En cuanto Nora entró en la residencia de la tercera edad Hojas de Roble, antes siquiera de alcanzar el mostrador de recepción, vio a un señor anciano de aspecto frágil y gafas al que creía conocer de algo. Estaba manteniendo una conversación algo acalorada con una enfermera que parecía exasperada, como un suspiro hecho carne.

—Me gustaría mucho salir al jardín, señorita —decía el señor.

—Lo siento, pero hoy no se puede utilizar el jardín.

—Solo quiero sentarme en el banco a leer el periódico.

—Si se hubiera apuntado a la actividad de jardinería…

—No quiero hacer la actividad de jardinería. Quiero llamar a Dhavak. Todo esto es un error.

Nora había oído a su antiguo vecino, el señor Banerjee, hablar sobre su hijo Dhavak en alguna ocasión, cuando ella le llevaba sus medicinas. Al parecer, su hijo le había estado presionando para que accediera a vivir en una residencia, pero el señor Banerjee insistía en quedarse en su casa.

—¿No hay ninguna manera de que…? —empezó a preguntar el señor Banerjee, cuando se dio cuenta de que Nora lo miraba fijamente.

—¿Señor Banerjee?

El anciano se quedó mirando a Nora, confundido.

—¿Sí? ¿Qué quiere?

—Soy Nora. Ya sabe, Nora Seed —Nora no se detuvo a reflexionar, aturdida de repente—. Soy vecina suya. De la avenida Bancroft.

El anciano negó con la cabeza.

—Creo que se equivoca, querida. No vivo ahí desde hace tres años. Estoy seguro de que usted no ha sido vecina mía.

La enfermera miró al señor Banerjee inclinando la cabeza, como un cachorrito desorientado.

—Quizá lo ha olvidado, señor Banerjee.

—No —intervino rápidamente Nora, dándose cuenta de su error—. Tiene razón. Soy yo la que se confunde. Tengo problemas de memoria de vez en cuando. No he vivido nunca en la avenida Bancroft. Era otro lugar. Y otra persona. Lo siento.

La enfermera y el anciano reanudaron su conversación, mientras Nora recordaba el jardín del apartamento del señor Banerjee, repleto de iris y de dedaleras.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Ella se volvió hacia el recepcionista, un hombre pelirrojo de ademán pausado, piel moteada y suave acento escocés.

Nora le explicó quién era y le dijo que había llamado antes por teléfono.

El recepcionista se mostró algo confuso.

—¿Dice usted que dejó un mensaje?

El tipo tarareó algo en voz baja mientras buscaba su mensaje de correo electrónico.

—Sí, sí, pero por teléfono. Llamé varias veces, pero no me lo cogieron, así que al final dejé un mensaje en el contestador. Pero también escribí al correo electrónico.

—De acuerdo. Ya lo veo. Disculpe la confusión. ¿Ha venido a ver a un pariente?

—No —explicó Nora—. No es pariente. La conozco desde hace mucho. Ella sabe quién soy. Es la señora Elm. —Nora intentó recordar el nombre—. Louise Elm, disculpe. Dígale que ha venido a verla Nora. Nora Seed. Ella era mi… Bueno, era la bibliotecaria de mi instituto, Hazeldene. Pensé que quizá le apeteciera charlar un rato.

El hombre apartó la mirada de la pantalla y la clavó en Nora con un gesto de sorpresa apenas disimulado. En primer lugar, Nora pensó que quizá ella había entendido algo mal. O que Dylan le había dado algún dato erróneo aquella noche en La Cantina. O quizá la vida de la señora Elm había discurrido por otros derroteros en esa otra existencia de Nora, aunque no se le ocurría cómo su decisión personal de trabajar o no en un refugio de animales podía haber modificado el futuro de la señora Elm en esta otra vida. No tenía mucho sentido. En ninguna de las dos vidas había estado Nora en contacto con la bibliotecaria desde sus años de escolar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nora al recepcionista.

—Lamento muchísimo anunciarle que Louise Elm ya no está con nosotros.

—¿Dónde está?

—La señora Elm… falleció. Hace tres semanas.

En un primer momento, Nora pensó que debía de tratarse de un error administrativo.

—¿Está usted seguro?

—Sí. Totalmente seguro, me temo.

—Oh —exclamó Nora. Realmente no sabía muy bien qué decir ni cómo sentirse. Se miró la bolsa de tela que llevaba colgada del hombro y que había viajado consigo en el asiento del copiloto. En ella transportaba el juego de ajedrez de su casa de Cambridge. Había planeado invitarla a jugar una partida y pasar un rato con ella—. Lo siento. No tenía ni idea. La verdad es que… Hacía años que no la veía, ¿sabe? Muchos años. Pero alguien me dijo que vivía en esta residencia…

—Lo lamento de veras —dijo el recepcionista.

—No. No se preocupe. Solo quería darle las gracias. Por haberse portado tan bien conmigo.

—Murió en paz. Mientras dormía.

Nora sonrió y se retiró con un gesto cortés.

—Me alegro mucho. Gracias. Gracias por cuidar de ella. Bueno, me marcho. Adiós.

Un incidente con la policía

Salió de nuevo a la calle Shakespeare con su bolsa de tela y su juego de ajedrez. No supo muy bien qué hacer. Notaba un cosquilleo por todo el cuerpo. No era un hormigueo, sino más bien una especie de tensión en la piel, como si el aire estuviera cargado de electricidad. Algo que había sentido en otras ocasiones cuando estaba a punto de saltar de vida.

Trató de ignorar la sensación física y caminó hacia donde recordaba haber dejado el coche. Pasó por delante del jardín delantero de su viejo apartamento, en el número 33A de la avenida Bancroft. Vio a un hombre al que no conocía de nada salir del portal para sacar una bolsa de basura que tiró al contenedor de reciclaje. Pensó en la maravillosa casa en la que ahora vivía en Cambridge; no podía no compararla con aquel apartamento destartalado en una calle que estaba siempre sucia. El cosquilleo remitió un poco. Pasó por delante también, claro, de la antigua casa del señor Banerjee, la única de la calle que no había sido demolida y convertida en apartamentos, aunque tenía un aspecto muy diferente. El pequeño jardín delantero estaba descuidado y no había ni rastro de los tiestos de clemátides y balsaminas que Nora había regado el verano anterior, mientras el señor Banerjee se recuperaba de su cirugía de cadera.

Sobre la acera vio dos latas de cerveza aplastadas.

Vio a una mujer con melenita rubia y piel bronceada que caminaba en su dirección empujando un carrito de bebé doble. Parecía exhausta. La reconoció: era la dependienta de la tienda de periódicos que la había atendido el día que decidió morir. La que le había parecido absolutamente feliz y relajada. Kerry-Anne. Ella no había visto a Nora porque uno de los niños, de coloradas mejillas, lloraba desconsoladamente y ella estaba intentando apaciguarlo agitándole en la cara un dinosaurio de plástico.

«Jake y yo éramos como conejos, pero, bueno, llegó el momento de parar. Dos diablillos tenemos. Pero merece la pena, ¿sabes? Es que una se siente completa. Mira, te enseño una foto…»

En ese instante, Kerry-Anne levantó la mirada y vio a Nora.

—Yo a ti te conozco, ¿verdad? Te llamabas Nora, ¿no?

—Sí.

—Hola, Nora.

—Hola, Kerry-Anne.

—¿Te acuerdas de cómo me llamo? Oh, guau. Te admiraba tanto en el colegio… Lo tenías todo. ¿Llegaste a ir a los Juegos Olímpicos?

—Sí. Más o menos. En una de mis vidas. Pero no era lo que quería hacer. Aunque, en realidad, eso nunca lo sabe una, ¿no te parece?

Kerry-Anne la miró, momentáneamente desorientada. Su hijo tiró al suelo el dinosaurio de plástico, que aterrizó junto a una de las latas aplastadas.

—Sí, sí, claro.

Nora recogió el dinosaurio —mirándolo de cerca, se dio cuenta de que era un estegosaurio— y se lo entregó a Kerry-Anne, que sonrió agradecida y retomó su camino, enfilando la entrada de la casa que había pertenecido al señor Banerjee. El niño decidió entonces dar rienda suelta a su rabieta.

—Adiós —se despidió Nora.

—Sí, adiós.

Nora se preguntó qué diferencia habría entre esas dos vidas. ¿Qué habría llevado al señor Banerjee a mudarse a la residencia a la que estaba decidido a no ir nunca? ¿Era ella la única diferencia entre un señor Banerjee y el otro? ¿En qué radicaba esa diferencia exactamente? ¿Qué había hecho Nora? ¿Hacerle una compra por internet? ¿Recogerle la receta y llevarle medicinas unas cuantas veces?

«No infravalores nunca la gran importancia de las cosas pequeñas. No lo olvides nunca», le había dicho la señora Elm.

Nora se quedó contemplando la ventana de su antiguo apartamento. Se recordó a sí misma en su vida raíz, planeando entre la vida y la muerte en su dormitorio. Equidistante, sí. Por primera vez, Nora se preocupó por sí misma como si fuera otra persona. No otra versión de sí misma, sino una persona distinta. Como si, al final, tras atravesar tantas experiencias de vidas propias, se hubiera convertido en alguien capaz de compadecerse de su anterior yo, y sin caer en la autocompasión, pues ahora era una persona distinta.

Alguien apareció en su ventana. Una mujer que no era ella, con un gato en brazos que no era Voltaire.

Eso esperó, al menos, que no fuera Voltaire, cuando empezó a sentirse de nuevo un poco débil y mareada.

Se dirigió al centro de la ciudad. Paseó por la calle principal.

Sí, era distinta ahora. Era más fuerte. Había descubierto un manantial nuevo en su interior. Cosas que quizá jamás habría conocido si no hubiera cantado en un estadio lleno de gente o si no se hubiera visto obligada a ahuyentar un oso polar o si no hubiera sentido tanto amor, tanto miedo y tanto valor.

Había revuelo a las puertas de una farmacia de la cadena Boots. Dos chicos habían sido detenidos por la policía y junto a ellos un guardia jurado hablaba por un *walkie-talkie*.

Nora reconoció a uno de los chicos.

—¿Leo?

Uno de los agentes de policía la invitó a apartarse con un gesto.

—¿Quién es usted? —preguntó el chico.

—Yo… —Nora cayó en la cuenta de que no podía responder «tu profesora de piano». Se le ocurrió preguntar una cosa, aunque fuese una locura, dado lo delicado de la situación—. ¿Tú das clases de música?

Leo miró al suelo mientras le ponían las esposas.

—Yo no he dado clases de música en mi vida.

Su voz ya no sonaba bravucona.

El agente de policía empezaba a irritarse.

—Por favor, señorita, déjenos trabajar.

—Es un buen chico —dijo Nora—. Por favor, no sean muy duros con él.

—Bueno, este buen chico acaba de robar cosas por valor de doscientas libras en esta farmacia. Además, llevaba un arma escondida.

—¿Un arma?

—Una navaja.

—No. No, tiene que haber algún error. No es ese tipo de chico.

—¿Has oído? —le dijo el agente a su compañero—. Aquí la señorita cree que nuestro amigo Leo Thompson «no es ese tipo de chico».

El otro agente no pudo reprimir una carcajada.

—Este chaval está metiéndose en líos continuamente —comentó.

—Ahora, por favor —insistió el primer agente—, déjenos trabajar.

—Por supuesto —dijo Nora—. Por supuesto. Leo, haz todo lo que te digan.

Unos años antes, la madre de Leo, Doreen, se había presentado en Teoría de Cuerdas para comprarle a su hijo un teclado barato. Le preocupaban sus andanzas en el instituto; como él había dicho alguna vez que le interesaba la música, la madre quería que recibiese clases. Nora le explicó que ella tenía un

teclado eléctrico y que sabía tocar, aunque no tenía formación como profesora. Doreen se excusó diciendo que no podría pagar mucho, pero al final llegaron a un acuerdo. Nora había disfrutado bastante enseñando a Leo, cada martes a la noche, la diferencia entre los acordes de séptima mayor y menor, y siempre le había parecido que era un buen chico con ganas de aprender.

Doreen se había dado cuenta de que Leo había empezado a frecuentar «malas compañías». Cuando empezó con la música, comenzó a irle mejor, también en otros aspectos de la vida. Súbitamente, ya no tenía roces con los profesores y era capaz de tocar de Chopin a Scott Joplin pasando por Frank Ocean, John Legend o Rex Orange County, dedicando a todos los tipos de música el mismo esmero y la misma constancia.

Nora recordó algo que la señora Elm le había dicho en una de sus primeras visitas a la Biblioteca de la Medianoche.

«Cada vida está conformada por muchos millones de decisiones. Algunas importantes, otras banales. Cada vez que se elige una opción en lugar de otra, se produce un resultado diferente. Una variación irreversible, que a su vez conduce a otras variaciones».

En esa línea temporal concreta, en la que ella había estudiado un máster en Cambridge y se había casado con Ash y tenía una hija, no había trabajado en Teoría de Cuerdas el día en que, cuatro años antes, Doreen y Leo pasaron por allí. En esta línea temporal, Doreen no daba con una profesora de música cuya tarifa pudiera pagar, así que Leo no llegaba a dedicar a la música el tiempo suficiente para darse cuenta de que tenía talento. Nunca se sentó codo con codo con Nora, un martes por la noche, cultivando una pasión que luego llevaría consigo a su propia casa, donde llegaría a componer sus propios temas.

Nora se sintió débil. No solo notó cosquilleos y electricidad, sino algo más intenso, la sensación de caer en un vacío, a la cual acompañó un oscurecimiento de la visión. La sensación de que había otra Nora lista para entrar al terreno de juego, en el momento en que ella salía al banquillo. Su mente comenzó a rellenar los huecos, en busca de una razón perfectamente legítima que explicase su excursión a Bedford de aquel día, y se mostró dispuesta a completar cualquier tipo de ausencia, como si la Nora anterior no se hubiera marchado nunca.

Nora sabía qué quería decir todo aquello y se preocupó. Se alejó de Leo y de su amigo, que ya eran conducidos al coche patrulla. Todo Bedford contemplaba la escena y Nora apretó el paso en dirección al aparcamiento donde había dejado el coche.

«Esta es una buena vida… Esta es una buena vida… Esta es una buena vida…»

Una nueva manera de mirar

De camino al coche, Nora pasó por delante de la abigarrada decoración roja y amarilla de La Cantina, estridente como la migraña de una resaca de tequila. Pasó también por delante de Teoría de Cuerdas, que estaba cerrada, con un cartel manuscrito pegado en la puerta que decía lo siguiente:

> ¡Ay, mísero de mí! Teoría de Cuerdas no puede continuar desarrollando su actividad comercial en este local. Han subido el alquiler y no nos lo podemos permitir. Gracias a todos nuestros leales clientes. Habría querido abrir ocho días a la semana, pero, amigos, las respuestas se las lleva el viento. Solo Dios sabe qué será de mí sin vosotros. Pero seguiré adelante. Con vosotros o sin vosotros.

Era exactamente el mismo texto que había leído con Dylan. A juzgar por la fecha, manuscrita en rotulador por Neil, el cartel se había colgado tres meses atrás.

Sintió tristeza, porque Teoría de Cuerdas había sido un lugar importante para mucha gente. Aun así, Nora había dejado de trabajar allí cuando empezaron los verdaderos problemas.

«Bueno, creo que yo vendí un montón de teclados eléctricos. Y unas cuantas guitarras estupendas, también».

Siendo unos chavales, tanto ella como Joe solían hacer chistes sobre su ciudad natal, como suelen hacer los adolescentes, y decían que la cárcel de Bedford era en realidad la sección de máxima seguridad de la cárcel real, que era la ciudad al completo, de la que había que aprovechar cualquier oportunidad para escapar.

Sin embargo, había salido el sol. Conforme se iba acercando a la estación, donde había aparcado su coche, parecía que hubiera estado mirando mal su ciudad todos aquellos años. Cuando pasó por delante de la estatua de John Howard, reformador del sistema penitenciario británico, en la plaza Saint Paul, se maravilló ante lo que tenía delante de sus ojos, como si lo viera por primera vez. «No es el objeto que uno mira lo importante, sino lo que ve en él».

Nora viajó de vuelta a Cambridge, cómodamente arropada en los interiores de su lujoso Audi, que despedía embriagadores aromas a vinilo, plástico y otros materiales sintéticos, zigzagueando en la ajetreada carretera. Los coches la adelantaban o quedaban atrás, como vidas olvidadas, y Nora deseó íntimamente haber podido ver a la señora Elm, la real, antes de su muerte. Habría sido estupendo haber jugado una última partida de ajedrez. Pensó también en el pobre Leo, que estaría esperando en el diminuto calabozo sin ventana de la comisaría de Bedford a que su madre, Doreen, fuera a sacarlo de allí.

«Esta es la mejor vida», se dijo a sí misma, con cierta desesperación. «Esta es la mejor vida. Me quedo con ella. Esta es la vida ideal para mí. Esta es la mejor vida. Es esta».

Pero sabía que ya no le quedaba mucho.

Las flores tienen agua

Aparcó frente a la casa y corrió al interior. Platón se acercó a ella silenciosamente para saludarla, meneando la cola, feliz.

—¿Hola? —preguntó, desesperada—. ¿Ash? ¿Molly?

Necesitaba verlos. Sabía que no le quedaba mucho tiempo. Sentía que la Biblioteca de la Medianoche la estaba esperando.

—¡Estamos fuera! —informó Ash con tono alegre desde el jardín trasero.

Nora atravesó la casa para encontrarse con Molly subida de nuevo en el triciclo, en absoluto amedrentada por su accidente aún reciente, mientras Ash removía la tierra ante un macizo de flores.

—¿Cómo ha ido esa visita?

Molly se bajó del triciclo y echó a correr hacia ella.

—¡Mamá! ¡Te echaba de menos! ¿Sabes que ahora monto muy bien en triciclo?

—¿De verdad, mi amor? —Nora estrechó a su hija entre los brazos, cerró los ojos e inhaló el aroma de su pelo. Le llegaron fragancias a perro, a suavizante y a infancia. Esperó que la maravilla de todo aquello la ayudase a mantenerse en esa vida—. Te quiero, Molly. Quiero que lo sepas. Por los siglos de los siglos, ¿entiendes?

—Sí, mami. Pues claro.

—Y también quiero mucho a tu papá. Todo va a salir bien, porque, pase lo que pase, siempre tendrás a papá y también a mamá. Aunque quizá yo no esté presente de la misma manera, per… —Razonó en un instante que solo había una verdad que Molly debiera conocer—. Te quiero.

Molly le dirigió una mirada de preocupación.

—¡Te has olvidado de Platón!

—Bueno, ¡a Platón lo quiero mucho también, claro! ¿Cómo iba a olvidarme de él? Platón lo sabe, ¿verdad, Platón? Platón, te quiero.

Nora trató de recobrar la compostura.

«Les pase lo que les pase, alguien los cuidará. Alguien los querrá. Se tienen, además, el uno al otro. Serán felices».

Ash se les acercó, con los guantes de jardinería puestos.

—¿Estás bien, Nor? Te veo un poco pálida. ¿Ha pasado algo?

—Ay, luego te lo cuento. Cuando la acostemos.

—Vale. Ah, van a entregar un paquete. Estate atenta por si tocan.

—Sí, claro. No te preocupes.

Entonces, Molly preguntó si podría sacar la regadera y Ash le explicó que como había estado lloviendo mucho no hacía falta regar, porque el cielo había estado cuidando de las flores. «Las flores estarán bien. Están cuidadas. Las flores tienen agua». Esa frase hizo eco en la mente de Nora. «Estarán bien. Están cuidadas…» Y entonces Ash propuso ir al cine esa noche, o algo así, y dijo que ya había hablado con la canguro. Nora lo había olvidado completamente y lo único que hizo fue sonreír. Intentó con todas sus fuerzas aferrarse, estar, pero no, iba a ocurrir, ocurría ya. Cada recoveco de su alma sabía que no podía hacer nada por evitarlo.

Sin pista de aterrizaje

—¡No!

Era inconfundible. Ya había pasado.

Estaba de vuelta en la Biblioteca de la Medianoche.

La señora Elm se encontraba sentada al ordenador. Las bombillas se balanceaban de un lado a otro y titilaban con un parpadeo arrítmico.

—Nora, para. Tranquila. Sé buena chica. Tengo que arreglar esto.

Cayeron volutas de polvo desde unas fisuras que empezaban a abrirse en el techo y que se extendían como telarañas, a una velocidad sobrenatural. Hubo un rumor de destrucción inminente, en proceso, al que Nora trató de hacer oídos sordos, abrazada a su tristeza y su ira.

—Tú no eres la señora Elm. La señora Elm está muerta. ¿Estoy muerta yo también?

—Ya hemos pasado por esto antes, Nora. Ahora que lo mencionas, no obstante, es posible que estés a punto de morir, sí.

—¿Por qué me he ido de la vida en que estaba? ¿Por qué no sigo allí? He empezado a notar que iba a ocurrir, pero no quería. Tú me dijiste que si encontraba una vida en la que quisiera vivir, en la que de verdad quisiera vivir, terminaría convirtiéndose en mi vida. Dijiste que me olvidaría de este puñetero sitio. Dijiste que podría encontrar la vida que quería. Esa era la vida que quería. ¡Esa era!

Momentos antes estaba en el jardín de su casa con su marido, Ash, con su hija, Molly, con su perro, Platón. Un jardín que bullía de vida y de amor.

—Quiero volver.

—Ya sabes que no funciona así.

—Lléveme a la variación más cercana. Deme la variación más cercana a esa vida. Por favor, señora Elm, tiene que ser posible. Tiene que haber una vida en la que voy a tomar café con Ash y en la que están Molly y Platón, pero en la que yo… hago algo levemente distinto. Una vida que sea, pues, técnicamente diferente. Una vida en la que elijo un collar distinto para Platón… O… O… No

sé, en la que hago pilates en vez de yoga. En la que doy clase en un *college* distinto de Cambridge. O, si hay que ir más atrás, en la que el día de la cita no pido café, sino té. Esa vida. Por favor, lléveme a esa vida en la que tengo esas cosas. Vamos. Por favor. Ayúdeme. Quiero una de esas vidas, por favor.

Del ordenador empezó a salir humo. La pantalla se apagó. El monitor se descuajeringó en pedazos.

—No lo entiendes —dijo la señora Elm, derrotada, derrumbándose sobre su silla de oficina.

—Pero así es como funciona, ¿no? Yo elijo algo de lo que me arrepiento, algo que habría querido hacer de manera diferente… Y luego usted busca el libro, yo lo abro y vivo esa vida. Así es como funciona la Biblioteca, ¿no?

—No es tan sencillo.

—¿Por qué? ¿Hay algún problema con los saltos? ¿Como lo que ocurrió la otra vez?

La señora Elm la miró con ojos tristes.

—Es más que eso. Siempre existía la posibilidad de que tu vieja vida terminase. Te lo dije, ¿verdad? Querías morir y era posible que eso ocurriese.

—Sí, pero dejó claro que lo único que necesitaba era un lugar adonde ir. «Tendrás que aterrizar, en algún sitio. En otra vida». Esas fueron sus palabras exactas. Lo único que necesitaba era pensarlo bien, elegir la vida correcta y…

—Ya lo sé. Ya lo sé. Pero las cosas no han salido así.

Ahora el techo empezaba a caerse a trozos, como si la escayola fuera el glaseado de una tarta.

Nora se percató de algo aún más perturbador. Desde una de las luces voló una chispa que aterrizó en un libro. El libro estalló repentinamente en una llamarada que, a su vez, prendió otro libro. En cuestión de segundos, todo un estante estaba en llamas y los libros se quemaban como impregnados en gasolina. Una especie de río ámbar, enfurecido y abrasador. Acto seguido, otra chispa describió una parábola hacia otro estante, que también se incendió. En ese momento, un gran pedazo de techo cayó ante los pies de Nora, levantando una nube de polvo.

—¡Bajo la mesa! ¡Vamos!

Nora se agachó y siguió a la señora Elm —que gateaba— hasta quedar las dos arrodilladas y con la cabeza gacha, bajo el tablero del escritorio.

—¿Por qué no puede usted parar esto?

—Es una reacción en cadena. Esas chispas no son aleatorias. Los libros

quedarán destruidos. Y luego, inevitablemente, el lugar entero se vendrá abajo.

—¿Por qué? No lo entiendo. ¡Estaba en la vida que quería! ¡La única que me servía! La mejor de las que he encontrado aquí…

—Ese es el problema —dijo la señora Elm, asomándose nerviosa entre las patas de la mesa, mientras cada vez más estantes ardían y caían cascotes alrededor—. Esa vida seguía sin bastarte. ¡Mira!

—¿El qué?

—Tu reloj. Míralo.

Nora lo miró. No vio nada raro en un primer instante, pero luego sucedió. Su reloj comenzaba, de nuevo, a comportarse como un reloj. Los dígitos de la pantalla comenzaban a moverse.

00:00:00.

00:00:01.

00:00:02.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nora, segura de que, fuese lo que fuese, no era nada bueno.

—El tiempo. Eso es lo que está pasando, precisamente.

—¿Cómo vamos a salir de aquí?

00:00:09.

00:00:10.

—No hables en plural —dijo la señora Elm—. Yo no puedo. Cuando la Biblioteca desaparezca, desapareceré con ella. Existe una oportunidad de que tú escapes, aunque no te queda mucho tiempo. No más de un minuto…

Nora había perdido ya a una señora Elm y no quería perder a esta también. La señora Elm se dio cuenta de lo asustada que estaba.

—Escucha. Yo formo parte de esta Biblioteca. Pero la Biblioteca, a su vez, forma parte de ti. ¿Lo entiendes? No es que tú existas gracias a ella, es al revés. ¿Recuerdas lo que dijo Hugo? Esta es la simplificación que tu cerebro hace de la extraña y variopinta realidad del universo. Esto es la traducción que tu cerebro hace de otra cosa. De otra cosa peligrosa y decisiva.

—Sí, eso lo entiendo.

—Tú no querías esa vida, eso estaba claro.

—Era la vida perfecta.

—¿En serio lo sentías así? ¿Todo el tiempo?

—Sí… O sea… Quería… Quería a Molly. Habría querido a Ash. Pero supongo que quizá… No era mi vida, claro. No la había construido yo. Me había

metido en la piel de otra persona. Me hicieron una fotocopia y me colocaron en la vida perfecta. Pero no era yo.

00:00:15.

—No quiero morir —insistió Nora, elevando una voz contundente pero a la vez frágil.

La señora Elm la miró fijamente, con los ojos muy abiertos. En ellos brillaba la llama de una idea.

—Tienes que salir de aquí.

—¡No puedo! Esta biblioteca es infinita, joder. En cuanto puse el pie en ella, la entrada desapareció tras de mí.

—Pues tendrás que encontrarla de nuevo.

—¿Cómo? La puerta no está.

—Quién necesita una puerta cuando tienes un libro.

—Los libros se están quemando.

—Hay uno que no se quemará. Ese es el que tienes que encontrar.

—¿El *Libro de los arrepentimientos*?

—No —dijo la señora Elm, casi riendo—. Ese es el que menos falta te hace ahora mismo, y será ya ceniza, de todos modos. Fue posiblemente el primer libro en arder. ¡Tienes que buscar por ahí! —dijo ella, señalando hacia su izquierda, a un caos de fuego y escombros—. Es el pasillo número once. Tercer estante desde abajo.

—¡El techo se va a hundir!

00:00:21.

00:00:22.

00:00:23.

—¿No lo entiendes, Nora?

—¿El qué?

—Todo encaja. Has vuelto aquí esta vez no porque quieras morir, sino por todo lo contrario: quieres vivir. La Biblioteca no se derrumba porque quiera matarte, sino porque está dándote la opción de regresar. Ha ocurrido algo perentorio, finalmente. Has decidido, en efecto, que deseas vivir. Pues ve. Vamos, ve y vive mientras tengas la oportunidad.

—Pero… ¿y usted? ¿Qué va a ocurrirle a usted?

—No te preocupes por mí —dijo—. Te prometo que no sentiré nada de nada. —Y entonces le dijo a Nora lo mismo que la auténtica señora Elm cuando la

abrazó en la biblioteca del instituto, el día que su padre murió: «Las cosas irán mejor, Nora. Todo estará bien».

La señora Elm asomó una mano y tentó la superficie del escritorio, buscando algo que debía estar ahí. Un segundo después, entregaba a Nora una pluma estilográfica de color naranja. Como la que Nora había tenido en el colegio. Aquella en la que se había fijado hacía una barbaridad de tiempo.

Vas a necesitar esto.

—¿Por qué?

—Porque este libro no está escrito aún. Y tienes que ponerte a ello.

Nora cogió la pluma.

—Adiós, señora Elm.

Un instante después, un trozo enorme de techo cayó y se hizo añicos sobre la mesa. Ambas se vieron inmersas en una espesa nube de polvo de escayola.

00:00:34.

00:00:35.

—¡Ve! —ordenó la señora Elm entre toses—. ¡Vive!

¡No te atrevas a rendirte, Nora Seed!

Nora se adentró en la niebla de polvo y humo en la dirección que le había indicado la señora Elm, mientras del techo seguían cayendo cascotes y trozos de escayola.

Costaba respirar y ver, pero al final se las arregló para mantener la cuenta de los corredores. Le caían en el pelo chispas que saltaban desde las bombillas.

El polvo se le acumulaba en la garganta, provocándole fuertes arcadas. Aun en esa niebla pulverulenta distinguió que la mayoría de libros estaban en llamas. De hecho, ninguna de las estanterías parecía haber salido indemne. El calor tenía una especie de corporeidad. Algunas de las primeras estanterías en incendiarse habían quedado reducidas a un montón de cenizas.

En el instante en que alcanzó el undécimo pasillo, cayó sobre ella un cascote con tanta fuerza que la tiró contra el suelo.

El trozo de techo la tenía inmovilizada. Notó que la pluma se le escapaba de la mano y rodaba lejos.

El primer intento de liberarse fue infructuoso.

«Ya está. Voy a morir, lo quiera o no. Voy a morir».

La Biblioteca parecía una ciudad bombardeada.

00:00:41.

00:00:42.

Lo supo con toda seguridad, una vez más. Iba a morir allí, mientras todas sus vidas posibles le eran arrebatadas ante sus ojos.

Entonces, sin embargo, lo vio. Un rayo de luz entre las nubes negras. Un poco más allá, en el undécimo corredor. En uno de los estantes, el tercero desde abajo.

Había una isla a la que el fuego, que consumía ya todos los demás libros, parecía no poder acceder.

«No quiero morirme».

Tenía que esforzarse un poco más. Tenía que querer la vida que siempre pensó que no quería. Porque al igual que la Biblioteca formaba parte de ella, le

pertenecían también todas las demás vidas. Quizá no sintiera todo lo que había sentido en esas vidas, pero sabía que tenía la capacidad. Quizá perdió esas oportunidades concretas que la llevarían a convertirse en nadadora olímpica o en una gran viajera o en propietaria de un viñedo o en estrella del *rock* o en una glacióloga salvadora del planeta o en profesora en Cambridge o en madre o en un millón de otras cosas distintas. Pero ella seguía siendo, de alguna manera, todas esas personas. Todas eran ella. Nora podría haber sido esas personas asombrosas, pero eso no la deprimía ya, cosa que sí ocurría antes. Al contrario: le resultaba inspirador, pues ahora veía el tipo de cosas que podía hacer cuando se ponía manos a la obra. Concluyó que, en realidad, la vida que había estado viviendo tenía su propia lógica. Su hermano estaba vivo. Izzy estaba viva. Y ella había ayudado a un chaval a no meterse en problemas. Lo que a veces uno cree una trampa es en realidad un truco de la mente. No necesitaba un viñedo ni un atardecer californiano para ser feliz. Ni siquiera necesitaba una casa grande y una familia perfecta. Solo necesitaba potencial. Ella, de ser algo, era potencial. Se preguntó por qué nunca lo había entendido de esa manera.

Escuchó la voz de la señora Elm, desde debajo de la mesa, en algún lugar a sus espaldas, sobreponiéndose al fragor reinante.

—¡No te rindas! ¡No te atrevas a rendirte, Nora Seed!

Nora no quería morir. Y no quería vivir otra vida que no fuera la suya propia. Esa vida podría ser quizá una trinchera embarrada, pero era su trinchera embarrada. Una trinchera embarrada y hermosa.

00:00:52.

00:00:53

Nora se retorcía, trataba de hacer fuerza y resistir el peso que la aplastaba contra el suelo. Pasaban los segundos. Por fin, con un esfuerzo titánico que le quemó los pulmones, consiguió ponerse en pie de nuevo.

Gateó por el suelo y encontró la estilográfica, cubierta ya por una espesa capa de polvo. Corrió a continuación a través del humo plagado de partículas hasta llegar al undécimo pasillo.

Ahí estaba.

El único libro que no se había quemado. Ahí seguía, sus pastas de un verde perfecto.

Parpadeando mucho por el calor, usó la yema del índice para tirar con delicadeza de la parte superior del lomo y extrajo el libro del estante. A continuación, hizo lo de siempre: lo abrió y buscó la primera página. Pero había

un problema: no había primera página. Y no había ni una sola palabra escrita en todo el libro. Estaba completamente en blanco. Como los otros libros, era el libro de su futuro. Pero, a diferencia de aquellos, en este ese futuro no estaba aún escrito.

Así que esa era su vida. Su vida raíz, una página en blanco.

Nora se quedó quieta un momento, con su vieja pluma escolar en la mano.

Había pasado casi un minuto desde la medianoche.

El resto de libros de la estantería habían terminado hechos ceniza y la bombilla que colgaba sobre su cabeza en ese momento parpadeaba entre el polvo, iluminando tenuemente el techo resquebrajado. La escayola en torno al cable que alimentaba la bombilla —más o menos tenía la forma de Francia— parecía estar a punto de caerle sobre la cabeza.

Nora le quitó la tapa a la pluma y apoyó el libro abierto contra la pila carbonizada de estantes.

El techo crujió.

No tenía mucho tiempo.

Empezó a escribir: «Nora quería vivir».

Terminó y esperó un instante. Para su frustración, no ocurrió nada; recordó lo que la señora Elm le había dicho una vez: «*Querer* es una palabra muy curiosa. Querer implica carencia». Así que tachó lo que había escrito y lo intentó de nuevo.

«Nora decidió vivir».

Nada. Lo intentó de nuevo.

«Nora tenía ganas de vivir».

Nada tampoco, aun subrayando la palabra *vivir*.

La rodeaban la ruina y el caos. El techo se caía a trozos, aplastándolo todo, convirtiendo cada uno de los estantes en un montón de polvo asfixiante. Se dio la vuelta y se asomó para mirar a lo lejos. Distinguió la figura de la señora Elm: había salido de debajo del escritorio donde se habían refugiado juntas y permanecía en pie, quieta, sin ningún miedo. De repente, desapareció completamente en una nube. El techo se había derrumbado a lo largo y ancho del edificio, ahogando los restos de fuego, enterrando los montones de madera y papel quemados.

Nora se asfixiaba. No veía ya nada en absoluto.

Sin embargo, la parte de la Biblioteca donde ella se encontraba resistía, y ella seguía en pie.

En cualquier momento, todo desaparecería. Lo sabía.

Dejó de estrujarse la cabeza y, en su exasperación, escribió lo primero que se le ocurrió, algo que sentía dentro de ella como un rugido silencioso pero desafiante, que podría imponerse a cualquier impulso destructor externo. La única verdad que poseía, una verdad de la que ahora estaba orgullosa y que la hacía sentirse complacida, una verdad que no solo había aceptado, sino que había acogido en su seno de brazos abiertos, con cada ardiente molécula de su ser. Una verdad que garabateó, apresurada pero con firmeza, presionando profundamente con el plumín sobre el papel, en letras mayúsculas, en tiempo presente, en primera persona.

Una verdad que era principio y semilla de todo lo posible. Una maldición antigua y una bendición presente.

Dos palabras sencillas que contenían todo el poder y el potencial de un multiverso.

ESTOY VIVA.

Con ello, la tierra tembló con furia y los pocos restos que quedaban de la Biblioteca de la Medianoche se disolvieron en el polvo.

Despertar

Al minuto y veintisiete segundos después de la medianoche, Nora Seed emergió de vuelta a la vida y lo celebró vomitando sobre su edredón.

Viva, aunque a duras penas.

Asfixiada, exhausta, deshidratada, luchando, temblando, delirando, con una pesada opresión en el pecho, con un agudo dolor de cabeza… Jamás en la vida se había sentido tan mal, y sin embargo eso era vida, y la vida era exactamente lo que ella quería.

Le fue difícil, casi imposible, levantarse de la cama, pero sabía que tenía que recuperar la posición vertical.

Lo logró, sin saber muy bien cómo. Agarró su teléfono, pero le pesaba muchísimo; se le escurrió de entre las manos y cayó al suelo, fuera de su vista.

—Socorro —gritó, y salió tambaleándose de la habitación.

El pasillo parecía inclinarse de un lado a otro, como el de un barco en una tempestad.

Llegó a la puerta de la casa sin desmayarse, tiró del cerrojo y, por fin, con gran esfuerzo, logró quitarlo.

—¡Por favor, que me alguien ayude!

Apenas se dio cuenta de que seguía lloviendo cuando salió con su pijama manchado de vómito, pasando por el lugar desde el que Ash le había anunciado hacía poco más de un día que su gato estaba muerto.

No había nadie alrededor.

No veía a nadie. Avanzó tambaleándose hasta la casa del señor Banerjee, trastabillando, vértigo tras vértigo. Acertó a tocar al timbre.

Un repentino rectángulo de luz brotó de la ventana de la fachada delantera.

Se abrió la puerta.

El señor Banerjee no llevaba las gafas puestas y parecía sorprendido, quizá por la hora o quizá por el estado en que se encontraba Nora.

—Lo siento muchísimo, señor Banerjee. He cometido una estupidez muy grave. Por favor, llame a una ambulancia.

—¡Oh, Señor! ¿Qué diantres ha pasado?

—Por favor…

—Sí. Llamo a una ambulancia. Enseguida.

00:03:48.

Y fue entonces cuando se dejó caer, hacia delante y a considerable velocidad, sobre el felpudo del señor Banerjee.

> Los cielos se oscurecen,
> el negro sobre el azul.
> Mas las estrellas, por ti,
> se atreven y resplandecen.

El otro lado de la desesperación

«La vida empieza al otro lado de la desesperación», escribió Sartre.

Ya no llovía.

Se encontraba bajo techo, sentada en una cama de hospital. Estaba en una habitación, había comido y se sentía mucho mejor. Tras explorarla, los médicos dijeron estar satisfechos con su evolución. Al parecer, era normal tener el abdomen blando. Intentó impresionar al médico dándole un dato que conocía por Ash: que el revestimiento del estómago se renueva cada pocos días.

Entró una enfermera que se sentó en su cama con una carpeta y le hizo una batería de preguntas referidas a su salud mental. Nora decidió guardarse las experiencias vividas en la Biblioteca de la Medianoche. Imaginó que en una evaluación psiquiátrica llamaría la atención, como mínimo. Era poco probable que las ignotas realidades del multiverso estuvieran contempladas en los programas de atención psiquiátrica del Servicio Nacional de Salud.

Las preguntas y respuestas se sucedieron a lo largo de una hora. Se referían a la medicación que tomaba, a la muerte de su madre, a Voltaire, a su despido, a los problemas de dinero, al diagnóstico de su actual depresión.

—¿Ha intentado hacer algo así alguna otra vez? —preguntó la enfermera.

—En esta vida, no.

—¿Y cómo te sientes ahora mismo?

—No lo sé. Un poco rara. Pero ya no quiero morir.

La enfermera garabateó en el formulario.

Cuando la enfermera se hubo marchado, Nora contempló el suave vaivén de los árboles que se mecían por la brisa de la tarde y escuchó el distante rumor del tráfico que avanzaba lentamente por la circunvalación de Bedford. Aquello no era más que árboles, tráfico y arquitectura mediocre, pero lo era también todo.

Era la vida.

Un poco más tarde, decidió borrar sus publicaciones en redes alusivas a la muerte y, en un momento de sincera emotividad, escribió otro texto. Lo tituló «Algo que he aprendido (Firmado: una don nadie que lo ha sido todo)».

Algo que he aprendido (Firmado: una don nadie que lo ha sido todo)

Es fácil dolerse por las vidas que no vivimos. Es fácil desear haber desarrollado otros talentos o haber dicho que sí a otras ofertas. Es fácil desear haber trabajado más, amado mejor, gestionado nuestro dinero más astutamente, haber caído mejor a la gente, no haber abandonado un grupo de música, haber vivido en Australia, haber dicho que sí a ese café o haber hecho más puñetero yoga.

No cuesta ningún esfuerzo echar de menos a los amigos que no hicimos en el trabajo, a las parejas con que no nos casamos o a los hijos que no tuvimos. No es difícil verse a través del cristal por el que miran otras personas y desear ser todas las caleidoscópicas versiones que estas buscan en nosotros. Es fácil arrepentirse y lamentarse, y hacerlo una y otra vez, hasta el infinito, hasta que se nos termine el tiempo.

Sin embargo, el auténtico problema no son las vidas que lamentamos no vivir. El problema es ese lamento. El arrepentimiento en sí. Es el arrepentimiento lo que nos entristece y nos marchita, lo que nos hace sentirnos nuestro peor enemigo y el peor enemigo también de los demás.

Es imposible saber si esas otras versiones de nosotras mismas habrían sido mejores o peores. Esas vidas están sucediendo en otro lugar, eso es así, pero también tu vida está sucediendo. Y este es el suceso en que debemos centrarnos.

Desde luego, no podemos visitar todos los lugares ni conocer a todas las personas ni desempeñar todos los trabajos, pero tenemos a nuestra disposición en nuestra vida casi todas las cosas que podríamos sentir en cualquier otra vida. No tenemos que jugar a todos los juegos del mundo para sentir lo que es la victoria; no tenemos que oír todas las piezas musicales del mundo para entender la música. No tenemos que probar todas las variedades de uva del planeta para conocer los placeres del vino. El amor, la risa, el miedo y el dolor son divisas universales.

Lo único que tenemos que hacer es cerrar los ojos y paladear la bebida que tenemos ante nosotros; escuchar la canción que alguien toca para nosotros en directo. Estamos tan plena y radicalmente vivos como en cualquier otra vida y tenemos acceso a exactamente el mismo espectro emocional.

Solo necesitamos ser una persona.

Solo necesitamos experimentar una existencia.

No tenemos que hacerlo todo a fin de ser todo. Porque ya somos todo. Ya somos infinitas. Mientras estamos vivas, contenemos todo un futuro de variopintas posibilidades.

Seamos, así pues, amables y cariñosas con las personas con las que compartimos nuestra existencia. Levantemos de vez en cuando la mirada del lugar que ocupamos, porque, dondequiera que sea que nos situemos, el cielo se extiende hasta el infinito por encima de nuestras cabezas.

Ayer yo sabía que no tenía futuro y me era imposible aceptar la vida como es hoy. Y, sin embargo, hoy, esta misma vida caótica me parece preñada de esperanza. De potencial.
Lo imposible, supongo, ocurre viviendo.
¿Esquivaré en mi vida, milagrosamente, el dolor, la desesperanza, la pérdida, el desamor, las penurias, la soledad, la depresión? No.
Pero ¿quiero vivir?
Sí. Sí, desde luego.

Mil veces sí.

Vivir versus comprender

Unos minutos más tarde, su hermano entró a verla. Había oído el mensaje de audio que ella le había enviado, al que había respondido con un mensaje de texto, apenas siete minutos después de la medianoche: «¿Estás bien, hermanita?». Cuando el hospital se puso en contacto con él, cogió el primer tren que salía desde Londres. Mientras esperaba en la estación de St. Pancras compró para ella el último número de *National Geographic*.

—Antes te encantaba leerlo —le dijo, dejando la revista sobre la cama de hospital.

—Me sigue encantando.

Le hizo bien verlo. Seguían ahí sus cejas espesas y su sonrisa reticente. Había entrado en la habitación con aire un poco incómodo, con la cabeza gacha y el pelo más largo que en las dos últimas vidas en que había coincidido con él.

—Siento haber estado un poco perdido últimamente —se excusó—. No es por lo que te dijo Ravi. Ni siquiera me acuerdo ya de Los Laberintos. He tenido una época muy rara, eso es todo. Después de la muerte de mamá estuve viendo a un tío con el que terminé dejándolo; fue una ruptura muy fea. No quería tener que hablar contigo sobre el asunto y terminé no queriendo hablar con nadie. Solo quería beber. Y bebí, demasiado. Se convirtió en un auténtico problema. Pero por fin he buscado ayuda profesional. Y ahora llevo semanas sin beber. Estoy yendo al gimnasio a diario y he empezado con *crossfit*.

—Ay, Joe. Pobrecito. Siento mucho lo de esa ruptura. Y todo lo demás.

—Tú eres todo lo que tengo, hermanita —aseveró, con la voz un poco rota —. Sé que no te he valorado lo suficiente. Sé que no siempre fui el mejor hermano cuando éramos adolescentes. Pero tenía muchas movidas de las que ocuparme. Tenía que comportarme de cierta manera ante papá. Tenía que esconder mi sexualidad. Sé que no fue fácil para ti, pero para mí tampoco lo fue. A ti se te daba bien todo… Los estudios, la natación, la música… No podía competir contigo. Además, papá era papá, y yo tenía que estar a la altura de esa visión espuria que él tenía de cómo tiene que ser un hombre. —Suspiró—. Es

raro. Probablemente recordemos las cosas de maneras diferentes. Pero, por favor, no me des de lado, ¿vale? Dejar el grupo fue una cosa. Pero no des de lado la vida. No podría soportarlo.

—No daré de lado la vida si tú tampoco lo haces.

—Confía en mí. Yo no me voy a mover de aquí.

Pensó en el dolor que la había inundado cuando se enteró, en São Paulo, de la muerte de su hermano a causa de una sobredosis. Le pidió que la abrazase y él la complació delicadamente. Nora sintió su calidez viva.

—Gracias por intentar tirarte al río para rescatarme —dijo ella.

—¿Qué?

—Hasta el último momento pensé que no lo habías intentado siquiera. Pero sí. Te retuvieron. Gracias.

De repente, Joe supo de qué estaba hablando. Se sintió bastante confundido, preguntándose cómo era posible que supiera aquello, cuando ella estaba metida en el agua, rumbo ya a la otra orilla del río.

—Ay, hermana. Te quiero. Éramos jóvenes y un poco idiotas.

Joe salió durante una hora. Fue a ver al casero para que le diera unas llaves del apartamento de su hermana y luego recogió el móvil y algo de ropa para ella.

Nora vio que Izzy le había enviado un mensaje.

> Siento no haberte contestado anoche/esta mañana. ¡Quería poder hablar del tema como es debido! Tesis, antítesis, síntesis. Toda la vaina. ¿Cómo estás? Te echo de menos. Ah, ¿sabes qué? Estoy pensando en volver al Reino Unido en junio. Definitivamente. Te echo de menos, amiga. Tengo un MOGOLLÓN de fotos de ballenas jorobadas para enviarte. Besos.

Nora dejó escapar desde el fondo de su garganta un leve ronroneo de felicidad involuntaria.

Contestó al mensaje.

> Qué curioso —caviló para sí— cómo la vida te da una perspectiva radicalmente nueva de las cosas si esperas el tiempo necesario.

Entró en la página de Facebook del Instituto Internacional de Investigaciones Polares. Encontró la fotografía de la mujer con la que había compartido camarote —Ingrid—, junto al director de la expedición, Peter, midiendo el grosor del hielo con una fina broca, y un enlace a un artículo con el titular «El

IIIP confirma que la última década fue la más cálida de que se tienen registros en el Ártico». Compartió el enlace y publicó un comentario: «¡Enhorabuena por vuestro magnífico trabajo!». Decidió que, cuando ganase un poco de dinero, haría una donación.

Llegó el día del alta. Joe pidió un Uber. Cuando salían del aparcamiento Nora vio a Ash entrando en el hospital. Debía de tener turno de tarde. En esa vida tenía un coche distinto. Ash no la vio, pese a que ella lo siguió con la mirada sonriendo. Nora esperó que fuera feliz y deseó que tuviera por delante un turno sencillo con un par de vesículas biliares y nada más. Quizá fuese a verlo correr la media maratón de Bedford ese mismo domingo. Quizá fuese ella quien lo invitara entonces a un café.

Quizá.

En la parte de atrás del coche, su hermano le dijo que estaba buscando algún tipo de trabajo como *freelance*.

—Quizá me haga ingeniero de sonido —dijo—. Bueno, es una idea.

A Nora le alegró oír eso.

—¡Pues adelante! Hazlo. Creo que te gustaría. No sé por qué. Tengo la sensación.

—Vale.

—Lo que quiero decir es que quizá no sea tan glamuroso como ser una estrella del *rock* conocida en todo el planeta, pero bueno… Es más seguro, al menos. Quizá te permita ser más feliz, incluso.

Aquello era ir un poco lejos y Joe no le iba a seguir el juego, eso estaba claro. Pero su hermano sonrió y se dirigió un asentimiento a sí mismo.

—Hay un estudio de grabación en Hammersmith y están buscando ingenieros. Lo tengo a cinco minutos de casa. Podría ir andando.

—¡Hammersmith! Sí, ese es el que te conviene.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, que suena bien. Hammersmith, ingeniero de sonido. Me suena a que te haría feliz.

Joe se rio de su hermana.

—Vale, Nora. Vale. Y ¿te acuerdas del gimnasio del que te he hablado? Está justo al lado.

—Ah, ¡qué bien! ¿Hay tíos que molen?

—De hecho, sí. Hay un tipo que se llama Ewan. Es médico. Va a *crossfit*.

—¡Ewan, claro!

—¿Qué?

—Invítalo a hacer algo un día.

Joe se rio, convencido de que Nora estaba tomándole el pelo.

—No estoy seguro al cien por cien de que sea gay.

—Es gay. Es cien por cien gay. Y le gustas al cien por cien. El doctor Ewan Langford. Pídele salir. ¡Tienes que confiar en mí! Será la mejor decisión que hayas tomado en tu vida…

Su hermano se carcajeó mientras el taxi paraba delante del 33A de la avenida Bancroft. Pagó Joe, pues Nora seguía sin cartera y sin dinero.

El señor Banerjee estaba sentado junto a su ventana, leyendo.

Ya en la calle, Nora vio cómo su hermano escudriñaba con cara de sorpresa su teléfono.

—¿Qué ocurre, Joe?

No podía casi articular palabra.

—Langford…

—¿Qué?

—El doctor Ewan Langford. Yo ni sabía que se apellidaba así. Pero sí. Es él.

Nora se encogió de hombros.

—Intuición de hermana. Agrégale. Síguele. Mándale un mensaje privado. Haz lo que tengas que hacer. Bueno, que no te envíe fotografías desnudo si no se las pides. Pero ese es tu hombre, hazme caso. Es él.

—Pero ¿cómo sabías que se llamaba así?

Cogió a su hermano del brazo, sabedora de que no había explicación satisfactoria que pudiera darle.

—Escúchame, Joe —dijo, recordando la antifilosofía impartida por la señora Elm en la Biblioteca de la Medianoche—. No tienes que entender la vida. Tienes que vivirla.

Su hermano se dirigió hacia la puerta de la casa y Nora miró alrededor, a las casas adosadas y a las farolas y a los árboles que se elevaban hacia el cielo, y notó cómo sus pulmones se hinchaban con lo maravilloso de estar ahí, siendo testigo de todo aquello como por primera vez. Quizá en una de aquellas casas viviera otro saltador o saltadora, alguien que estuviera viviendo la tercera, la decimoséptima o la última versión de sí mismo o de sí misma. Se propuso identificarlos.

Miró hacia el número 31, la casa del señor Banerjee.

Vio cómo, al otro lado de la ventana, al señor Banerjee se le iluminaba el rostro progresivamente conforme se daba cuenta de que Nora estaba bien. Lo vio sonreír y pronunciar un «gracias» inaudible, como si el mero hecho de que siguiera con vida fuese algo por lo que estar agradecido. Al día siguiente, buscaría algo de dinero e iría al vivero a comprarle una planta para su macizo de flores. Dedaleras, quizá. Estaba segura de que le gustarían las dedaleras.

—No, ¡gracias a usted, señor Banerjee! —gritó de vuelta ella, lanzándole al aire un amistoso beso—. ¡Gracias por todo!

Y el señor Banerjee ensanchó aún más la sonrisa, y los ojos se le entrecerraron en un gesto de preocupación amable, y Nora recordó lo mucho que significaba dar cuidados y recibirlos. Siguió a su hermano al interior de su apartamento, que iban a ordenar, observando al paso el color de los iris de su vecino. Flores en las que no había reparado antes, pero que ahora la hipnotizaban gracias al color morado más exquisito que había visto nunca. Como si las flores no fueran únicamente colores, sino parte de un lenguaje, notas en una maravillosa melodía floral, tan poderosa como las de Chopin, comunicando silenciosamente la arrebatadora majestuosidad de la vida.

El volcán

Resulta muy revelador descubrir que el lugar al que deseabas escapar es exactamente el mismo lugar del que escapaste. Que la cárcel no era el lugar, sino el punto de vista. El descubrimiento más particular que hizo Nora fue que, de todas las variaciones extremadamente divergentes de su propio yo que había experimentado, la sensación de cambio más radical la había vivido en la misma vida donde todo comenzó. En esa vida todo acababa y empezaba.

El cambio mayor y más profundo, en efecto, no vino dado por ganar más dinero ni por tener más éxito ni por ser más popular ni por vivir entre glaciares y osos polares en Svalbard. Vino dado por despertar en exactamente la misma cama, en el mismo apartamento húmedo y sucio, con su sofá desvencijado y su yuca, y sus cactus diminutos y sus estanterías llenas de manuales de yoga sin abrir.

Estaban el mismo teclado eléctrico y los mismos libros. Estaba la misma triste ausencia de su gato y estaba el desempleo. Estaba la misma impredecibilidad de la vida, esperándola.

Y, sin embargo, todo era distinto.

Era distinto porque Nora no sentía ya que debiese servir a los sueños de otras personas. No albergaba ya la convicción de que solo lograría realizarse siendo esa versión imaginaria de la hija, hermana, compañera, esposa, madre o empleada perfectas. Supo que lo conseguiría únicamente siendo un ser humano que orbitase sus propios objetivos y propósitos y que respondiese ante sí misma.

Era distinto también porque vivía, habiendo estado muy cerca de morir. Y porque ella lo había elegido así. Había elegido vivir. Había palpado la vastedad de la vida y en esa vastedad había visto la potencialidad de las cosas que podría quizá hacer y también sentir. Había otras escalas, otras músicas. En ella habitaban muchísimas cosas más allá de la monotonía y la depresión leve a moderada salpimentadas de ocasionales brotes de desesperación. Aquello le dio esperanza e incluso hizo nacer en ella una gratitud pura, emocionada; la gratitud de poder habitar ese mundo sabiendo que tenía potencial para disfrutar de

muchas maneras: observando el cielo nocturno cuajado de estrellas; viendo comedias malas de Ryan Bailey; escuchando música, a alguien hablar, el latido de su propio corazón.

Y todo era distinto, por fin y sobre todo, porque aquel pesado y doloroso *Libro de los arrepentimientos* se había quemado con todo éxito y no era ya más que polvo.

—Hola, Nora. Soy yo, Doreen.

A Nora le hizo ilusión escuchar la voz de la madre de Leo, pues justo en ese momento estaba redactando un anuncio en el que ofrecía clases de piano.

—¡Vaya, Doreen! Quería pedirte disculpas por no haber podido darle la clase a Leo el otro día.

—No te preocupes. Es agua pasada.

—Bueno, no voy a extenderme con los motivos —continuó Nora, emocionada—, pero te diré que no volverá a darse nunca una situación así. En el futuro, prometo estar donde tengo que estar, si es que quieres que siga dándole clases de piano a Leo. No os decepcionaré. Entendería perfectamente que no quisieras, pero quiero que sepas que Leo posee un talento excepcional. Tiene algo especial para el piano. Podría terminar dedicándose a la música. Podría terminar recibiendo una beca del Royal College of Music. En fin, lo que quiero decir es que aunque no continúe tomando clases conmigo, debería por descontado seguir recibiéndolas en algún otro lugar. Eso es todo.

Hubo una larga pausa. Nora no oyó más que el rumor de la estática en el teléfono. Y a continuación:

—Nora, querida, no pasa nada. No hace falta que me des tantas explicaciones. Ayer estuvimos los dos en el centro. Estaba comprándole un gel para la cara en la farmacia Boots y me dijo: «Mamá, voy a seguir con las clases de piano, ¿verdad?». Así que ¿podríais seguir donde lo dejasteis la semana pasada?

—¿En serio? ¡Eso es estupendo! Claro, la semana que viene nos vemos, entonces.

En el momento en que colgó, Nora se sentó al piano e improvisó un tema. Le gustaba cómo sonaba. Se juró recordarlo y ponerle alguna letra. Quizá podría convertirlo en una canción con todas las de la ley y colgarlo en internet. Quizá podría escribir más canciones. O quizá se concentraría en trabajar y ahorrar para

hacer un máster. O quizá podría hacer ambas cosas. ¿Quién sabe? Mientras tocaba, vio la revista que Joe le había comprado, abierta por una página en la que aparecía una imagen del volcán Krakatoa, en Indonesia.

La paradoja de los volcanes es que son símbolos de destrucción, pero también de vida. Cuando la lava se ralentiza y se enfría, termina solidificándose y, con el tiempo, se resquebraja y acaba por convertirse en suelo nutricio y fértil.

Nora llegó a la conclusión de que ella no era un agujero negro, sino un volcán. Y no podía huir de ese volcán; no podía huir de sí misma. Tendría que quedarse ahí y atender aquel nuevo territorio anegado por la lava que ya se enfriaba.

Plantaría, quizá, un bosque dentro de sí.

Y así termina todo

La señora Elm parecía mucho mayor que en la Biblioteca de la Medianoche. Su pelo, antaño gris, se había vuelto blanco y ralo, su expresión era de fatiga, su rostro hacía pensar en un mapa, por las líneas que lo surcaban, y tenía las manos moteadas de manchas. Seguía siendo tan aficionada al ajedrez, no obstante, como cuando era bibliotecaria en el instituto Hazeldene.

La residencia de la tercera edad Hojas de Roble tenía un juego de ajedrez al que le hacía falta pasarle un paño y quitarle el polvo.

—Aquí no puedo jugar con nadie —le dijo la señora Elm a Nora—. Me hace mucha ilusión que hayas venido a verme. Ha sido toda una sorpresa.

—Bueno, puedo venir todos los días si quiere, señora Elm.

—Louise, por favor. Llámame Louise. ¿No tienes cosas que hacer?

Nora sonrió. Aunque habían pasado únicamente veinticuatro horas desde que le pidiera a Neil permiso para poner su anuncio en Teoría de Cuerdas, ya había llamado un montón de gente preguntando.

—Sí, imparto clases de piano. Y echo una mano en el refugio de personas sin hogar, los martes alternos. Pero siempre tendré un rato disponible. Y, si le soy sincera, yo tampoco tengo a nadie con quien jugar al ajedrez.

La señora Elm esbozó una sonrisa fatigada.

—Pues me encantaría, la verdad.

La anciana dirigió una mirada al otro lado de la pequeña ventana de su habitación. Nora siguió la dirección de sus ojos. Allá fuera había un chico con un perro. Nora lo reconoció. Era Dylan, paseando a su *bullmastiff*, Sally, aquella perra tan nerviosa que tenía quemaduras de cigarro y que le había cogido cariño. Se preguntó con cierta indiferencia si a su casero le importaría que tuviera perro. Al gato no le había puesto pegas. Tendría que esperar, en cualquier caso, a ponerse al día con el alquiler.

—A veces una se siente sola —dijo la señora Elm—. Estando aquí, sentada, sin más, es fácil convencerse de que la partida ha terminado. Como un rey solitario en el tablero. Ni siquiera sé cómo te acuerdas de mí… Fuera del

instituto, no siempre me comporté como… —Titubeó un instante—. He decepcionado a algunas personas. No siempre he sido una persona fácil. He hecho cosas de las que me arrepiento. No fui una buena esposa. Tampoco fui siempre una buena madre. La gente me ha dado un poco de lado y no la culpo, la verdad.

—Usted fue siempre amable y cariñosa conmigo, señora… Perdón, Louise. Siempre que lo pasaba mal en el instituto, tenías la palabra justa para mí.

La señora Elm aquietó su respiración, que se había agitado un poco.

—Gracias, Nora.

—Y no estás sola ya en el tablero. Se te ha unido un peón.

—Tú nunca fuiste un peón.

Le tocaba a la señora Elm. Movió un alfil varias casillas, hasta una posición amenazadora. En las comisuras de la boca se le dibujó una leve sonrisa.

—Vas a ganar esta partida —observó Nora.

Los ojos de la señora Elm chispearon, llenos de una vida repentina.

—Ahí está la belleza de este juego, ¿no crees? Una nunca sabe cómo va a terminar la partida.

Nora sonrió. Contempló el resto de piezas que le quedaban en juego y reflexionó sobre su siguiente movimiento.



MATT HAIG (Sheffield, Inglaterra, 1975), es un escritor y periodista inglés. Estudió lengua y literatura inglesa e historia en la Universidad de Hull y ha trabajado para medios como *The Guardian*, el *Sunday Times* o *The Face*. Su obra literaria se enmarca en la ficción y no ficción para niños y adultos, enfocándose principalmente en el género de ficción especulativa.

A la edad de 24, sufrió una crisis nerviosa y tras luchar contra la depresión durante años, se volcó en la escritura. Leer y escribir libros le salvó la vida, pues «en un mundo que intenta cada vez más aislarnos del entorno y de nuestro verdadero yo, los libros son nuestro camino hacia la libertad, hacia los otros». Esto lo trata en su libro *Razones para seguir viviendo* (2015) donde, basado en su propia experiencia, revela cómo se recuperó y aprendió a vivir con la depresión, intentando aprovechar al máximo el tiempo que uno tiene en la tierra.

De sus novelas se destacan *Los Radley* (2010), *Los humanos* (2013), *El chico que salvó la Navidad* (2015) y *Cómo detener el tiempo* (2017), con narraciones que a menudo mezclan los mundos de la realidad doméstica y la fantasía absoluta, con un giro peculiar y ocasionalmente oscuro.

En el ámbito personal, ha vivido en Nottinghamshire, Ibiza, Londres, Nueva York y actualmente en Brighton, donde reside con su esposa e hijos.